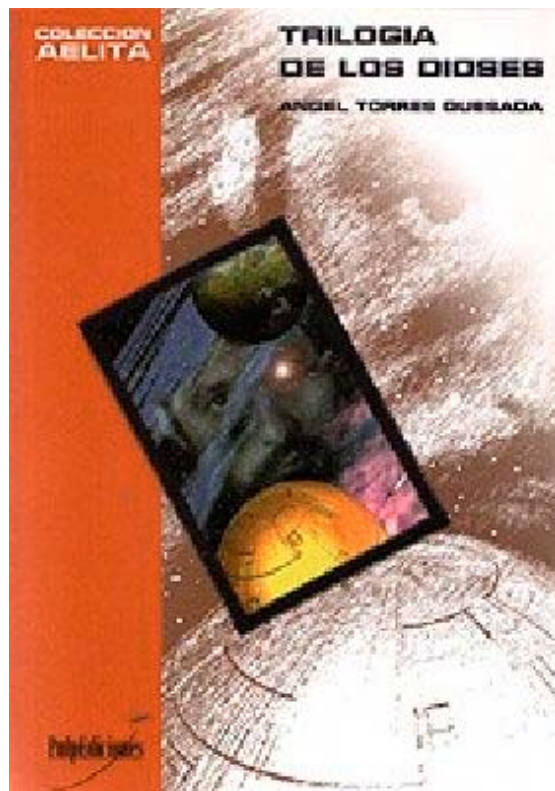


DIOS DE LA ESFERA



Trilogía de los Dioses/3
Ángel Torres Quesada



Ángel Torres Quesada

© 2002 Ángel Torres Quesada

© 2002 Editorial Aelita

ISBN: 84-95741-15-6

Edición digital: Gorrister

Revisión: Graciela

R6 04/03

El fundador de la dinastía se hizo llamar Emzarkhan, palabra formada por los títulos de emperador, zar y khan, para que no hubiera ninguna duda de que era amo y señor de la Tierra y de todos sus dominios; para recompensar a sus fieles creó nuevas jerarquías: Gran Almirante o Grandal, Brazo Derecho Imperial o Bradeim...

CAPITULO I - GRANDAL POR PRIVILEGIO

El Grandal Delbert, tercero de la casa Dusek, había seguido a través del enlace TK la aproximación de la nave al acorazado insignia Tasla. En ella viajaba el personaje que esperaba con impaciencia. Se preguntó si el medio que había utilizado para anunciarle su llegada vulneraba las medidas más elementales de seguridad.

Cuando repasó los parámetros del mensaje se quedó preocupado, pese a que el texto no hacía la menor referencia al informe que había transmitido veinte días antes a la Tierra a través de un sistema de enlaces lento y complicado, con el propósito de prescindir de la vía TK y de cualquier estación intermedia del sistema que pudiera estar interferida por sus enemigos. Al cabo de un rato llegó a la conclusión de que se estaba dejando dominar por los nervios y veía enemigos por todas partes. Respiró profundamente e intentó relajarse.

Los días siguientes los dedicó a prepararse mentalmente para el encuentro. En presencia de un enviado de los Gremios tenía que conservar la calma, demostrar que era dueño de sus actos, no mostrar ningún síntoma de debilidad. Desde el primer momento el visitante tenía que saber quién era el que tenía el poder en aquel sector del espacio.

Mientras tanto, celebró un par de reuniones con los comodores de su flota. Tras la rutinaria inspección visual, y después de haber escuchado los informes de rutina, les habló de la importancia de los acontecimientos venideros y les ordenó que cada navío debía de estar dispuesto para partir y las tripulaciones prestas para entrar en combate.

Delbert seguía desconfiando de las dotaciones de algunos cruceros y acorazados, las que estaban compuestas en su mayoría por hombres y mujeres de dudosa fidelidad a la casa Dusek, reclutados con prisas y entrenados con la poca eficacia de que últimamente hacía gala la Armada Imperial. Desconfiaba de los novatos tanto como de los veteranos, en los que observaba cierto cansancio, como si el largo tiempo que llevaban en el espacio les hubiera mermado su ardor guerrero y su eficacia. En sus oficiales tampoco percibía entusiasmo, lo cual le provocaba conatos de cólera. Días antes intentó sonsacar a sus comodores, segundones de casas caídas en desgracia, sin otro bagaje que una desmedida ambición. Pocos habían oído hablar del Grandal Delbert hasta que asumió el mando de la flota que llevaba el nombre de su Casa por Privilegio Imperial, que el joven Delbert obtuvo cuando su tío Emberg, el viejo y decrépito Segundo Dusek, eligió una orgiástica noche de vinos, placeres y drogas para terminar con su vida en los brazos de sus concubinas.

Tras el fastuoso entierro de Emberg Dusek, Delbert captó en las miradas de los nobles que acudieron a testimoniarle su condolencia, su firme convicción de que su carrera como Grandal del heredero no sería muy larga. Todo el mundo estaba al tanto de los rumores que corrían por la Corte de que el Tercer Dusek ya no era una persona grata a los ojos de Zusemei, el grasiento y todopoderoso Chambelán del Emzarkhan.

Era público que Zusemei siempre había bebido los vientos por el Bradeim Yhiomir, y cuando éste se convirtió en su favorito le confesó a su señor y amante el odio que sentía por Delbert Dusek. Fue suficiente esta revelación para que a la mañana siguiente, agradecido por los favores que acababa de recibir, Zusemei jurase a su amado Yhiomir ofrecerle la cabeza de su rival en bandeja de plata.

Delbert y Yhiomir nunca se habían molestado en ocultar públicamente el desprecio que sentían el uno por el otro; se odiaban desde que eran adolescentes y aún no pensaban en

heredar los derechos y las obligaciones de sus Familias y sólo les interesaba divertirse pilotando sus pequeñas naves de combate tras las estelas de las Flotas Imperiales de castigo, para rematar a los supervivientes de las colonias condenadas, mientras no se extinguiera en las ciudades arrasadas el Fuego del Emzarkhan.

Su rivalidad empezó siendo un juego, un amistoso duelo sometido a las reglas de la tradición, por las que debían regirse en sus enfrentamientos; sin embargo, la lucha se fue enconando con el paso de los años y no tardaron en emplear ardidés indignos, juego sucio, buscando con ansia la muerte del otro.

Delbert necesitó más tiempo que Yhiomir para obtener el Privilegio necesario para tomar el mando de la flota de su linaje. Había perdido demasiados años en aventuras que no le habían reportado beneficios ni honores. En cambio su rival Yhiomir supo utilizar la astucia y obtuvo pequeñas victorias en los frentes, que fueron infladas hábilmente por la propaganda de su protector el Chambelán, por lo que Yhiomir no tuvo que esperar demasiado para ser nombrado Bradeim. Con el título en su poder, se rió públicamente de Delbert y no dudó en insultarlo, augurándole un sombrío porvenir y una corta carrera como Grandal.

Aún no se había cumplido un año desde que el segundo Dusek yacía bajo tres toneladas de acero en la cripta familiar, cuando Delbert empleó su ya escasa fortuna y sus pocas influencias para reclamar un cargo vacante en los límites más conflictivos del Imperio. Su decisión cogió desprevenidos a sus enemigos.

Al tener noticias de que el rival de su amante había eludido el cerco de intrigas al que lo tenía sometido, el Chambelán montó en cólera e intentó abortar el pequeño triunfo de Delbert; pero cuando fue a reaccionar el Grandal ya navegaba hacia su destino, con una misión del Mando Imperial que cumplió decorosamente, por lo que fue felicitado. Aunque en la Corte se comentó que la dureza empleada por Delbert contra los rebeldes había escandalizado a ciertos altos cargos, las intrigas de Yhiomir no lograron arrebatárle la simpatía que había despertado en el Emzarkhan, y comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo renunció a desprestigiarle.

Las siguientes campañas tuvieron un éxito dudoso para el Tercer Dusek, y en la Tierra el frágil pedestal al se había encaramado volvió a ser erosionado por los que querían arrojarle al abismo de la ignominia tras arrebatárle el Privilegio.

Dusek sabía que sólo un golpe de suerte lograría librarle de las intrigas del Chambelán y su favorito, y para ello necesitaba una victoria capaz de conmover al Emzarkhan, lo bastante para que le llamara hasta el pie de su Trono y le premiase con el título de Brazo Derecho Imperial, pues sólo si alcanzaba el mismo rango de su rival podría considerarse a salvo.

No disponía de tiempo para cubrirse de la suficiente gloria como para escupir a la cara de sus enemigos con total impunidad, y poder caminar con altivez por los salones del palacio imperial, pero soñaba con el día en que los cortesanos dejasen de hacer apuestas acerca de los días de vida que le quedaban. Si alcanzaba los objetivos que se había propuesto, podía aspirar incluso a ser nombrado Hijo Adoptivo del Emzarkhan, título que haría temblar a sus rivales.

El día señalado para la llegada del visitante, un comunicado transmitido por el sistema TK le anunció que una falúa lo transportaría al Tasla, la nave insignia de la Flota Dusek. Al final del mensaje el enviado de los Gremios le recordaba las medidas de seguridad que debía adoptar, y esto le enfureció. Cuando se calmó, pensó que no debía extrañarle la insolencia del Portador. ¿Quién se creía aquel bastardo que era para aconsejarle lo que debía hacer?

El Grandal ordenó a sus oficiales que anularan la obligada ceremonia de bienvenida con que debían recibir al viajero de la Tierra, e hizo hincapié para que la falúa navegara por el Vástago del Tasla hasta el mismo Núcleo; por último les recordó que no debía ser molestado mientras permaneciera reunido con el Portador.

Utilizó su transporte personal para dirigirse al atrio situado al final del Vástago, al pie de la estructura octogonal de muros de acero de cinco metros de espesor, protegido por la Cobertura.

Era un lugar extraño para un encuentro, pensó mientras la pequeña unidad lo trasladaba por el interior del Vástago. Sonrió para sí cuando al recordar que en toda la historia de la Armada Imperial jamás se había celebrado una reunión en semejante escenario; pero era el deseo del Portador y estaba obligado a complacerle.

Cuando la unidad se detuvo, salió y la devolvió a su lugar de procedencia. A través de un visor, y durante unos segundos, pudo ver a la falúa entrar en el Tasla y recorrer el camino que tan bien conocía, cruzando los escudos de protección, para luego avanzar por el brillante interior del gran cilindro.

Una vez en el atrio se volvió para observar la brillante cortina de energía que cerraba el túnel; escuchó un chasquido y vio surgir un pequeño vehículo, que después de apoyarse en los rodillos de frenado se deslizó con suavidad, deteniéndose a escasa distancia.

Desde su posición, Delbert contempló cómo una sección de la falúa se abría y unas manos aparecían, sujetándose en los bordes; luego asomó una cabeza afeitada; bajo el resplandor de la luz brilló la cinta de plata que la rodeaba, cerrada en la frente por el dorado anagrama de los Gremios.

Delbert quedó desconcertado a la vista de la escasa categoría del signo que ostentaba el visitante: el Portador que enviaban los Gremios no gozaba de la jerarquía que había esperado. No es que se tratara de un ínfimo servidor, pero no se lo podía imaginar recibiendo en persona órdenes del Emzarkhan, un honor sólo reservado para los Portadores que cerraban sus cintas con un símbolo de mayor rango que el que estaba viendo en el recién llegado.

Recordó el nombre del Portador, Dytri Loulakais, y empezó a dudar que su informe hubiera sido valorado debidamente. En su mente empezó a bullir la idea de que sus enemigos habían vuelto a intrigar contra él.

Cuando el Portador subió al atrio y se acercó, le miró a los ojos y se asombró de que fueran tan claros. Estuvo a punto de soltar una exclamación de sorpresa al descubrir que llevaba maquillaje en el rostro. Demasiada austeridad, pensó con irritación.

Dytri era casi tan alto como el Grandal; se movía con agilidad, como si quisiera alardear de la flexibilidad de su cuerpo, magro y atlético; vestía un oscuro y ajustado traje. La única nota de color en su persona era el distintivo gremial que llevaba a la altura del corazón.

El Portador inclinó la cabeza y Delbert correspondió a su saludo de igual manera.

—Señor, permítame que me presente —dijo el recién llegado, hablando despacio—. Soy el Portador Loulakais, y estoy a sus órdenes.

—Bienvenido a mi nave, Portador. Soy el Grandal Delbert, Tercero del linaje Dusek.

—Sí, ya sabía que su mando era heredado —susurró Loulakais—, como su Privilegio, otorgado por el Emzarkhan que instauró la actual dinastía, que los dioses guarden, y también a su Altísima Serenidad —entornó los ojos y empezó a dibujar una leve sonrisa.

Delbert consideró impertinentes las palabras del Portador. Tampoco debía sorprenderle, pues era bien conocido la afición al sarcasmo de los hombres de los Gremios; sin embargo, no se había preparado para ser blanco de sus ironías. Se mordió el labio superior y trató de no perder la calma; no quería desperdiciar las horas que había pasado tratando de mentalizarse para aquel encuentro. Como se decía, a un Portador se le podía odiar o menospreciar, pero jamás permitirle que adivinase lo que pensaba su oponente.

—Había esperado que enviarían a un Portador de mayor rango... y de más responsabilidad —dijo Delbert, manteniendo la mirada fija en los ojos del otro.

Dytri permaneció callado un instante. Se limitó a encogerse de hombros y echar una mirada a su entorno.

—Me temo que mis informes —añadió el Grandal— no han sido estimados como

merecían por sus superiores, Portador. Su presencia aquí es de vital importancia, como habrá comprendido, y antes de entrar en materia necesito una prueba de su cualificación. Confío que me entienda.

Los finos labios de Loulakais se apretaron, la sonrisa desapareció de ellos y adelantó la mandíbula. Muy despacio, levantó el brazo derecho y puso su mano vuelta hacia abajo, a la altura de los ojos del Grandal.

En el dedo índice del Portador apareció un abultamiento, que en dos segundos perdió el color de la carne y adquirió la forma de un círculo, del que destacó un óvalo de intenso color verde, que empezó a brillar como si tuviera luz propia en su interior.

En toda su vida el Grandal sólo había sido testigo de aquel prodigio en cinco ocasiones, y siempre en los salones imperiales, cuando los más importantes Portadores del Sello, ante los ruegos de las damas, ejecutaban para su satisfacción aquel acto de magia que hechizaba a todo el mundo, despertando la envidia en los caballeros, haciendo aparecer y desaparecer el sello, algo que en un vulgar prestidigitador hubiera carecido de importancia, pero en una persona que llevase una cinta de plata en la frente era el símbolo de un poder que sobrepasaba al del mismo Emzarkhan. Delbert siempre había sentido curiosidad por saber en qué parte del cuerpo de un Portador se escondía el anillo del Sello cuando no tenía que usarlo, o su vanidad no le impulsaba a exhibirlo en público.

Loulakais bajó la mano con la misma lentitud que la había alzado.

—¿Satisfecho?—preguntó. Al ver que el Grandal asentía, añadió—: No se ofenda, señor, pero necesito saber si ha estado alguna vez dentro de un Núcleo, no necesariamente en el de su nave.

El Grandal negó con un gesto de cabeza.

—Entonces le ruego que no toque nada y no se separe de mí en ningún momento. ¿Podemos comenzar?

—Un momento —Delbert hizo un gesto torpe con las manos, como queriendo retener al Portador, a pesar de que éste no se había movido del atrio—. Antes me gustaría saber cuál ha sido el curso que siguió mi informe una vez que llegó a la Tierra.

El Portador compuso un gesto ambiguo.

—De acuerdo con la fecha de la emisión, su mensaje tardó mucho en llegar a las manos del Emzarkhan, por supuesto después de haber recibido el visto bueno del Chambelán, como disponen las normas de seguridad y del protocolo. Todavía me pregunto por qué utilizó un sistema de comunicación vulgar, el reservado a la plebe y a los comerciantes.

—Por precaución. Creí que lo comprenderían después de haberlo leído y estudiado.

—Confieso que lo entendí parcialmente.

—¿Cuál fue la reacción del Chambelán al leerlo? —preguntó Delbert, con voz ronca.

El Portador recurrió una vez más a su parca sonrisa antes de responder:

—Tengo entendido que intentó bloquearlo, Grandal, pero los códigos de urgencia le obligaron a entregarlo al Emzarkhan, quien sólo entonces permitió que mis superiores fueran llamados a Palacio. A Zusemei no le complació tanta urgencia, y no pudo disimular su enfado cuando el procedimiento siguió su curso.

—Me preguntó por qué le han elegido a usted. ¿Acaso el Presidente de los Gremios consideró mi requerimiento de escaso interés para el bien del Imperio?

—El Presidente y todos los Directores, después de una larga discusión, me eligieron por unanimidad. Me he dado mucha prisa en venir, como habrá podido comprobar, a estas regiones estelares situadas en el sector de Corvus, un mundo del que no había oído hablar hasta que me fue confiada esta misión. Todo esto debería parecerle suficiente para considerar que su hallazgo ha sido calificado como muy valioso, señor. El Emzarkhan espera impaciente mi informe.

Delbert asintió de mala gana. No sabía a qué atenerse y se resistía a admitir como sinceros los elogios del Portador, quien, como todos los de su calaña, debía de ser un

consumado artista de la mentira.

—Me considero afortunado al contar con su ayuda, Portador—susurró el Grandal.

—Lo mismo pienso yo, señor —convino Loulakais.

—Pero ¿por qué usted exactamente, entre miles de Portadores?

—Podría negarme a contestar su pregunta, señor; pero prefiero decirle que fui asignado a esta misión por mis cualidades. Por cierto, voy a necesitar algunos datos que no constaban en el informe. Es importante que verifique si la emisión del TK fue realizada en un momento determinado.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo que revisar todos los mensajes que han pasado por el TK del Tasla durante los últimos cinco años.

—¡Absurdo! Eso le llevaría demasiado tiempo.

—Estoy entrenado para efectuar una revisión rápida. Será cuestión de un día, dos como mucho.

—Desde que tomé posesión del mando de este acorazado he controlado personalmente los mensajes enviados y recibidos, como el reglamento me obliga.

—¿Se refiere a los que llegan al puente?

—¡Por supuesto!

—¿Ha considerado la posibilidad de que alguna copia no quedase archivada en el puente, y por lo tanto usted no la haya recibido?

—Eso sería imposible.

—Tengo que estar seguro si el TK ocultó alguna otra manifestación emocional en el período que voy a investigar.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Señor, imaginemos que la mente del kerlhe detectó la proximidad de un hermano suyo de raza y le manifestó su congoja y su desesperación.

—Imposible. La cosa que controla el transmisor no piensa.

—Existen dudas al respecto. Según las últimas investigaciones, se especula sobre la posibilidad de que pueden pensar, incluso de que son conscientes de la condición a que están sometidos.

—¿Ha sido probada esta teoría?

—No, pero existen dudas razonables. La existencia de lo que usted expone en el mensaje nos obliga a pensar que el TK, aprovechando un lapso de tiempo en el que no eran necesarios sus servicios, fue consciente de su estado, recordó quién era y estableció contacto con una entidad hermana que no se hallaba en su misma situación. Es decir, un espécimen kerlhe en libertad.

El Grandal empezó a adivinar a dónde quería ir a parar el Portador con sus explicaciones, y de mala gana respondió:

—Lo descubrí leyendo un parte de rutina, y sin dudar revisé el archivo del puente; aunque sólo encontré una breve manifestación de aparente lucidez, el contenido me alarmó, pues no estaba redactado en un idioma conocido. Me costó descubrir que era la lengua kerlhe. Sometí el texto a una traducción exhaustiva, y lo que leí me dejó perplejo. A la vista de la importancia del hallazgo, lo remití al Emzarkhan bajo los sellos de alta prioridad, sin importarme correr el riesgo de que lo interceptasen mis adversarios en la Corte.

—No tengo más remedio que felicitarlo, Grandal —sonrió Dytri—. Ha sido muy inteligente, y también prudente. ¿Podemos empezar la investigación?

Delbert no se movió.

—¿Por qué le han enviado a usted? No haremos nada mientras no me responda.

El Portador inspiró profundamente.

—Por razones muy poderosas, algunas sólo desconocidas para el Chambelán. Señor, si no confía en mí me obligará a retirarme. No pienso ser más explícito hasta que haya

finalizado la investigación. Por favor, no me obligue a tener que recordarle que tengo instrucciones precisas de mis superiores.

A Delbert le rechinaron los dientes cuando asintió. No le quedaba otro remedio que ceder o matar al enviado de los Gremios, y después justificar su muerte como un accidente, algo que tendría que planear minuciosamente si quería verse libre de una acusación de asesinato. Con los Gremios no se podía jugar.

El Portador dio la espalda al Grandal y con paso firme se dirigió hacia la pared que se alzaba donde terminaba el atrio, deteniéndose ante un círculo de dos metros de diámetro, apenas perceptible.

Loulakais acercó el Sello al centro del círculo y lo oprimió contra su superficie. Al instante surgió un breve destello en el anillo. El Grandal comprendió que la Cobertura acababa de ser eliminada. Desde aquel instante el Núcleo había perdido su inviolabilidad, su condición mítica de indestructible, quedando su alma accesible tras la acción de la gema.

Una ligera presión de las manos del Portador hizo que la sección circular se alzara; al otro lado apareció un corto túnel ascendente. Los dos hombres entraron, el Portador abriendo la marcha. Apenas pisaron el suelo sintieron que se ponía en movimiento. Durante el trayecto, el Grandal estudió de reojo a su acompañante. En aquel instante hubiera dado cualquier cosa por adivinar lo que estaba pensando.

Tras la ascensión, irrumpieron en una estancia triangular en la que las paredes se unían sobre ellos a unos diez metros de altura. Una sección situada a la derecha atrajo la atención del Grandal, pero volvió rápidamente la mirada hacia la forma irregular que flotaba en el centro de la estancia, a pocos centímetros del suelo. De la parte superior partían tres tubos delgados y plateados que se perdían en el ábside.

Notando sobre él la mirada expectante del Grandal, Loulakais preguntó:

—¿Es la primera vez que contempla un Impulsor Kerlthe, señor?

—No —replicó Delbert con aspereza—. He visto uno hace años, en el Museo Imperial; estaba protegido por la Cobertura.

El Grandal avanzó hacia la forma irregular. Sabiendo que de ella manaba todo el poder de la nave, no pudo reprimir el deseo de pasar las manos por la translúcida superficie de la Cobertura.

—No se entretenga, señor —le advirtió el Portador—. Pasemos al otro lado.

Caminó hacia la pared de la derecha, y utilizó de nuevo el Sello para abrir la puerta ovalada que les cerraba el paso. Con los músculos en tensión, el Grandal lo siguió. El emisario de los Gremios, pese a no haber estado nunca en el Tasla parecía conocer aquel lugar. Un Núcleo es siempre igual a otro Núcleo, estuviera instalado en un carguero o en un navío de combate. Delbert era consciente de lo que iba a ver, pero no pudo disimular la ansiedad que sentía mientras caminaba detrás del visitante.

Apenas cruzaron el umbral, su mirada fue atraída por el gran globo suspendido a medio metro del suelo, lleno de fluido rosado cuya densidad le impedía apreciar lo que flotaba en su interior.

Delbert se olvidó de respirar cuando percibió la mirada burlona del Portador.

—Sin embargo, apostarí que nunca vio un TK al natural. ¿Me equivoco, señor?

El Grandal no respondió. Olvidando las advertencias se aproximó al globo, seguido por Loulakais, como si éste temiera que cometiese algo irreparable.

Pero Delbert no había olvidado los consejos y se detuvo a un metro del globo, sin atreverse a tocarlo. Sólo quería ver de cerca lo que contenía. Durante el tiempo que ostentaba el mando de la Flota Dusek siempre había querido estar allí, y ahora le costaba creer que el sistema de comunicación instantánea era lo que estaba viendo: un ser inteligente mutilado, preservado en un líquido nutritivo y sometido a impulsos mentales, una criatura convertida en esclava, en sirviente eterno obligado a transmitir telepáticamente los mensajes del Imperio a otros seres como él, enclaustrados en los

Núcleos de otras naves...

Incluso el Grandal, acostumbrado a ordenar y a presenciar aniquilaciones étnicas, quedó aturdido ante aquella visión. Sentía la garganta seca, y al tragar saliva la sintió amarga.

El globo contenía el tronco y la cabeza de un humanoide de piel azulada.

En el rostro alargado de la criatura de prominente nariz, resaltaban sus grandes ojos sin vida. Estaba ciego, le habían privado de la vista cuando lo mutilaron, antes de que le injertaran los cables y los nódulos que lo habían convertido en una máquina transmisora. El enorme pecho se contraía y se ensanchaba tres veces cada minuto.

Delbert había contemplado una holografía de un kerlhe completo, cómo eran cuando vivían en libertad. Lo hizo sin interés. A pesar de que el guía del museo le explicaba con detalles las características de aquella especie tan valiosa para el Imperio, estaba distraído, tenía la mente en otro sitio y no le prestó atención. Sólo recordaba que sin los kerlhes la expansión del Imperio en la galaxia no habría sido tan rápida, aseguraban los cronistas. Los dioses habían bendecido a los Emzarkhanes al entregarles aquellos seres, creados para su servicio y grandeza.

—No es lo mismo verlo así... —susurró Delbert, impresionado.

—No imaginó que la realidad pudiera ser tan sobrecogedora, ¿verdad?

El Grandal giró la cabeza para mirar a Loulakais, sintiéndose avergonzado por haberse dejado dominar por sus más débiles sentimientos.

El Portador paseó por la estancia. Se detuvo en cada uno de los paneles luminosos que cubrían dos de las paredes del recinto.

—No se preocupe por mí, señor—dijo al Grandal—. Me quedaré aquí el tiempo necesario para revisar todos los mensajes que haya transmitido esta unidad.

—Estoy convencido que sólo envió el mensaje interceptado.

—Necesito comprobarlo. El trabajo no me llevará más de cinco o seis horas —sonrió—. Mi estancia en su nave dependerá de lo que averigüe.

El Grandal se agitó.

—¿No cree que el Núcleo va a estar demasiado tiempo sin la protección de la Cobertura?

—Asumo toda la responsabilidad. No se inquiete, Grandal. ¿Quién podría adivinar que su nave insignia será vulnerable unas horas? No hay peligro de amenaza en este momento, ¿verdad? Puede volver al puente de mando; le avisaré cuando haya terminado.

—Me quedaré.

—Como quiera, pero acabará aburriéndose —hizo una pausa—. Grandal, ¿insiste en saber por qué me enviaron?

—Por supuesto.

El Portador alzó la mirada hasta el inmóvil rostro del kerlhe. Sonrió torvamente y sin volverse dijo:

—Usted es un hombre ilustrado, ha recibido una exquisita educación. Por lo tanto ha tenido acceso a la historia auténtica, no a la que el vulgo conoce, y sabe perfectamente quiénes fueron los kerlhes.

—Así es.

—Por consiguiente conoce el tiempo que a la Tierra le costó volver a encontrarlos. Mientras los acorazados imperiales recorrían la galaxia y las colonias perdidas eran encontradas, se buscaba el planeta de origen de los kerlhes, además de otros objetivos considerados como alta prioridad.

—Sé cuáles eran los otros objetivos históricos.

—Entonces también sabrá que hace dos siglos nuestros antepasados localizaron un mundo en el que vivía una pequeña comunidad kerlhe. En el primer momento se pensó que era el mundo original de esta raza, pero no se tardó en comprobar que aquellos kerlhes carecían de vínculo con los seres que visitaron la Tierra hace siete siglos, un

hecho que fue confirmado una vez evaluada la tecnología que poseían. Al parecer eran descendientes de una expedición perdida. Esa comunidad había degenerado o pertenecía a una escala inferior. Lo sorprendente era que todos los miembros de aquel pueblo desconocían la situación del planeta Kerlhe.

»La desilusión de los científicos quedó paliada en parte cuando investigaciones posteriores revelaron que las criaturas encontradas poseían una increíble facultad telepática: podían comunicarse entre sí al instante, sin que importara que estuvieran distanciados por miles de años luz.

—Cuando leí ese capítulo de nuestra historia me pregunté por qué, si era cierto que habían quedado aislados en aquel mundo, no pidieron ayuda a sus semejantes de nivel científico más avanzado para ser rescatados.

—Lamentablemente ese misterio aún no ha sido desvelado —suspiró el Portador—. Fue un gran hallazgo, pues gracias a esos seres la Armada Imperial pudo dotar a los acorazados insignias de comunicadores instantáneos, lo que permitió al Imperio concluir la conquista antes de lo previsto, recuperándose todos los mundos originales.

—Excepto dos —recordó el Grandal con una sonrisa aviesa.

—Todos menos dos —convino Loulakais—. Lamentablemente, después de ese hallazgo no se encontraron más kerlhes. Tal vez hayan desaparecido o su mundo original no se halla en esta galaxia, y por lo tanto no dispondremos del suministro suficiente que nos permita disponer de todos los TK que necesitamos.

—Sigo esperando su explicación, Portador.

—Tenga paciencia. Hace tres años fui requerido por mis superiores para realizar un trabajo muy especial. La técnica para condicionar un kerlhe casi se había olvidado, éramos pocos los que la recordábamos. Una nave de la Flota había llevado a la Tierra un espécimen vivo y en perfectas condiciones. — Loulakais giró la cabeza hacia el globo—. Ha acertado, señor. El kerlhe al que me refiero es el mismo que humildemente le sirve, Grandal.

—¿Quiere decir que fue usted quien transformó a esta criatura en una máquina?

—Sí. ¿Comprende por qué fui elegido? Yo trabajé con él, escuché durante una semana sus lamentos, los gemidos de dolor, su llanto mientras lo mutilaba para transformarlo en un comunicador vivo al servicio del Emzarkhan. Llegué a imaginar que sabía en qué iba a quedar convertido. Hice un magnífico trabajo y fui felicitado por mis superiores.

»Cuando lo entregué convertido en un TK, un Transmisor Kerlhe, no sabía que iba a ser instalado en el Tasla, para sustituir al ser que había muerto de vejez hacía cuatro meses. Más tarde redacté una memoria con las anomalías que había detectado en la criatura durante el proceso de adaptación, pero no obtuve ninguna respuesta. Sin embargo, mi trabajo salió a luz cuando usted informó de sus sospechas. Esta es la razón por la que estoy aquí, Grandal.

Delbert asintió. Después de un rápido parpadeo, preguntó:

—¿Qué descubrió en el kerlhe que llamara su atención?

—Al principio sólo fueron unos detalles, unas débiles incongruencias que me hicieron sospechar que no era un kerlhe dotado con la escasa inteligencia de los que fueron capturados en la colonia. Reconozco que ante el silencio de mis superiores terminé olvidándome del asunto.

—¿Mi informe se lo recordó?

—Devolvió a mi memoria los hechos. Esta misión significa mucho para mí, Grandal. Mis compañeros se burlaron de mí cuando leyeron el informe. Quiero desquitarme y ver cómo se borran las risas de sus labios. Y además...

—¿Espera una recompensa? —sonrió Delbert, divertido ante el giro inesperado que había tomado la conversación.

—He investigado su pasado, Grandal.

—¿Cómo se ha atrevido?

—Cálmese. Usted y yo nos encontramos en una situación muy parecida, ambos estamos condenados a entendernos. Si trabajamos juntos podemos ganar mucho, mejorar nuestras respectivas carreras. Yo sería elevado al grado de Director y usted recibiría el título de Bradeim. ¿Qué le parece ser Brazo Derecho Imperial? Sería tan poderoso como su rival Yhiomir, un noble tan intocable como él. Sólo el Emzarkhan estaría por encima de su Privilegio.

El Grandal se acarició el mentón. A su pesar admitió que aquel personaje estaba bien informado, y la propuesta que le había hecho debía tomarla en consideración.

—¿Qué tendríamos que hacer?

—Hace un momento se refirió al otro gran objetivo que la Tierra no ha podido alcanzar.

—¿Se refiere a...? —calló. No se atrevió a pronunciar la palabra.

—Vamos, dígalo. No tenga miedo, escupa la palabra que se emplea para asustar a los niños.

—¿Está pensando en Dhrule?

—¿Ve qué fácil resulta decirlo? —rió el Portador—. El Imperio es como una manzana podrida, en cualquier momento puede reventar a causa de la cantidad de gusanos que pululan en su interior. Debemos darnos prisa en tomar posiciones, antes de que la marea de la locura nos arrastre. Si encontráramos a Dhrule devolveríamos el ardor a los cansados héroes y aglutinaríamos alrededor de usted al Imperio, junto con sus aliados más poderosos.

Delbert movió la cabeza para dar su asentimiento, pero no pudo evitar sentir un escalofrío. El Portador sabía lo que podía esperar de él: un pacto de sangre.

«...Fueron conocidos como Mundos Primarios los planetas colonizados por las tripulaciones de las naves de la Tierra que partieron a principios del siglo XXI. Todas las expediciones arribaron a sus destinos excepto la que tenía por destino al planeta Hermant, de la que nunca más se tuvo noticias. La pérdida quedó confirmada cuando las unidades exploradoras imperiales localizaron este mundo, que encontraron vacío de humanos. Los kerlhes dejaron información de las rutas para llegar a los planetas elegidos por ellos, pero omitieron las coordenadas de los dos a que pusieron rumbo las últimas naves que emprendieron el largo periplo días antes de que estos seres desaparecieran tan misteriosamente como habían aparecido. Por supuesto, uno de estos mundos era Dhrule...»

CAPÍTULO II - CHIMARA DE CORVUS

Después de orientar la terraza hacia levante, esperó la salida del sol, mirando las cimas cobrizas de la distante cordillera.

Los pequeños pies de la muchacha caminaron sobre la mullida alfombra, se detuvo junto a la balaustrada y apoyó los codos en el mármol. Un momento antes había eliminado el cristal y respiró con deleite el fresco aire del amanecer. Al poco rato se estremeció al sentir la brisa, pero resistió la tentación de volver al dormitorio y coger la capa que había dejado sobre la cama, arrojarse con ella y regresar a la terraza.

Chimara apartó de su frente el largo mechón, sacudió la cabellera y dejó que ésta se deslizara sobre sus desnudos hombros. Sonrió durante unos segundos, luego se quedó triste y pensativa. Recordaba a Ahmel. Aunque no echaba de menos al hombre que quería olvidar, no pudo evitar recordar sus caricias, el contacto de sus manos recorriendo su espalda, sus labios rozándole el cuello. Volvió la mirada donde el horizonte se confundía con la bruma del nuevo día. La ciudad no tardaría en despertar, pronto se llenaría de ruidos y todo le parecería vulgar.

Había empezado a acariciarse los senos cuando escuchó una especie de lamento metálico. Giró la cabeza y observó que la terraza próxima se movía hacia el punto por

donde saldría el sol. Chimara frunció el ceño. Según sus noticias, aquel apartamento aún no estaba alquilado.

La otra terraza terminó de acoplarse al costado de la suya. Tenía la cúpula bajada y Chimara no podía ver si había alguien en ella. Las demás terrazas permanecían en la posición en que quedaron la noche anterior.

Regresó al dormitorio caminando de puntillas, cogió el mando y activó el programa de limpieza. Mientras esperaba que la cama se replegase, vio aparecer en la pared frontal el suministrador básico. Eligió café, pan de centeno con mantequilla y zumo de frutas. Aguardó hasta que la bandeja del desayuno estuvo preparada, la cogió y regresó a la terraza. Junto a la puerta descubrió su capa y la empujó con el pie hasta la pequeña mesa en la que depositó la bandeja.

Se agachó para recoger la capa y se la echó sobre los hombros. El tejido térmico se activó al instante y Chimara dejó de sentir frío.

Bebió un sorbo de zumo. Al coger una rebanada de pan escuchó el aviso del comunicador. Pulsó el disco de control y el mensaje llegó a la terraza.

Chimara tomó la lámina doblada y protegida con su código. La abrió rompiendo con el pulgar el precinto y la desplegó en sus manos. Después de leer dos veces lo que había escrito en ella, en su rostro apareció una sombra de preocupación. Se levantó y bajó la mirada a la avenida. La ciudad aún no había despertado y era escasa la circulación. En los edificios de enfrente se reflejaban los primeros rayos del sol.

Se hallaba de espaldas a la terraza vecina y se sobresaltó al escuchar que una voz le decía:

—Alguien dijo que las malas noticias no lo parecen tanto al comenzar el día. ¿Es cierto?

Chimara se volvió rápidamente. En la otra terraza la cúpula se había levantado y había un hombre, mirándola fijamente. Se sintió incómoda.

—¿Quién es usted? —preguntó entre curiosa y enfadada. Lo miró con cierto interés porque le parecía un personaje extraño. Era alto y delgado. Era viejo, pero conservaba cierta altivez y su mirada era despierta. Calculó que tenía más de ochenta años.

También llamó su atención el poblado bigote del hombre y sus pobladas patillas, que le llegaban hasta el mentón.

—Le ruego me disculpe si la he asustado —sonrió él, inclinando la cabeza.

—No me ha asustado. Me ha sorprendido verle porque creía que ese apartamento no estaba ocupado.

El hombre se acercó a la balaustrada, apoyó las manos y miró a Chimara de arriba abajo, sin dejar de sonreír. La muchacha se sonrojó al darse cuenta de que él contemplaba la desnudez de su cuerpo. Se apresuró a taparse con la capa.

Chimara se dijo que los ojos del anciano tenían una fuerza poco corriente para la edad que representaba. Empezó a doblar la lámina de metal.

—Aún no me ha dicho su nombre, señor —dijo para romper el silencio.

—Oh, vuelvo a pedirle que me disculpe. Me llamo Bergerac.

—Mi nombre es Chimara. Diría que es extranjero. Su nombre no es corriente en Corvus.

—Tiene razón. Soy un viajero impenitente y acabo de llegar. En cuanto a mi nombre, tengo entendido que un personaje de leyenda se llamaba igual que yo, y también le gustaba viajar a lugares donde sus contemporáneos no podían llegar ni siquiera con la imaginación. Sin embargo, nunca viajó tan lejos como este pobre homónimo suyo, porque sólo alcanzó la Luna gracias a la magia de sus calabazas llenas de rocío que ató alrededor de la cintura.

—Lo siento, pero no le entiendo.

—Le pido que me disculpe —Bergerac sonrió, mostrando su blanca y perfecta dentadura—. La observaba mientras leía el mensaje y me pareció que su contenido la

había perturbado.

—Habla de un modo bastante raro.

—Es posible. He asimilado demasiados modismos en mis viajes.

—¿Ha alquilado el apartamento?

—Aún no. El portero me ha permitido echarle un vistazo. Hace un momento no estaba decidido, pero al verla usted y saber que puedo tenerla como vecina, consideraré seriamente la posibilidad de abandonar mis viajes por algún tiempo. Pienso que ya es hora de que me instale definitivamente en algún sitio. ¿Por qué no en Corvus? Esta es una hermosa ciudad, y este un planeta tranquilo.

—¿De dónde viene?

Bergerac miró la mesita con el desayuno.

—Huele muy bien.

—¿No funciona el suministrador de su apartamento?

—Aún no es mío. Todos los servicios están desconectados.

Chimara dijo impulsivamente:

—¿Por qué no entra? Ordenaré café para usted. ¿O prefiere otra bebida?

El rostro de Bergerac se iluminó, como si hubiera estado esperando ser invitado.

—Sólo café. ¿Sabía que actualmente es difícil encontrar un mundo donde se cultive un buen grano de café y sepan tostarlo con la delicadeza que se requiere para obtener un aroma exquisito?

Hizo una inclinación de cabeza y se retiró de la terraza. Chimara observó cómo se cerraba la cúpula. Bergerac no tardaría en llamar a su puerta. Empezó a arrepentirse de haber ofrecido su casa a un desconocido. Pero en la mirada del viejo había algo que infundía confianza.

Su primer impulso, al descubrir la presencia del desconocido, había sido retirarse. Se preguntó si estaba actuando con cordura.

Estaba cruzando el dormitorio cuando sonó el timbre de la puerta. Cogió una túnica y se la puso, sin dejar de caminar.

Se detuvo unos segundos delante del suministrador para pedir café. Abrió la puerta. Bergerac estaba al otro lado, con su amplia sonrisa. Chimara ocultó las manos en la túnica. Sus recelos se esfumaron. Dirigió una sonrisa a su invitado mientras se apartaba para dejarle entrar.

El hombre pasó por su lado y se dirigió a la terraza. Chimara no apreció en su ajustado traje el bulto de un arma. Las negras calzas que vestía se ajustaban demasiado a sus piernas, largas y flexibles. Eran unas piernas fuertes, acostumbradas a caminar, a hacer mucho ejercicio. Las botas eran de caña corta, de un material muy parecido a la piel de serpiente. Las arrugas que se formaban a la altura de los tobillos la tranquilizaron, porque indicaban que allí tampoco podía llevar escondida una daga o un pequeño lanzador.

—¿Las semillas llegaron a Corvus con las primeras naves o fueron importadas más tarde? — preguntó Bergerac desde la terraza, contemplando a Chimara acercarse a él con la jarra de café en la mano derecha.

—¿A qué se refiere?

—En Corvus se cultiva café, ¿no?

—Tengo entendido que fueron los Gremios quienes lo introdujeron. Se aclimató muy bien en las regiones altas —respondió Chimara, llenando dos tazas con la aromática infusión—. No soy adicta al café, pero tomaré un poco.

Bergerac rechazó el azúcar y bebió un sorbo. Chasqueó la lengua y dio su aprobación con un gesto de satisfacción.

—Excelente.

Ella hizo aparecer otro asiento y se lo ofreció. Se sentó enfrente de él y volvió a mirarle.

—¿De dónde viene, señor Bergerac?

—De muy lejos. Mi viaje comenzó hace mucho tiempo y no sé cuándo terminará.

—Si llevara una cinta de plata en la frente parecería un servidor de los Gremios. Dicen que se expresan con arcaísmos.

Bergerac soltó una carcajada que dejó perpleja a Chimara.

—¿Qué le ha hecho gracia? —inquirió ella, un poco molesta—. En mi vida he visto un Portador en persona, pero usted me recuerda los que aparecen en los holos.

—Perdóneme una vez más. Estaba pensando que no es muy frecuente hoy día, ni siquiera en el tranquilo e idílico Corvus, que una mujer joven y hermosa invite a su casa a un desconocido. —Fingió un suspiro—. Creo que mi aspecto de anciano pacífico es lo que me permite compartir una taza de cate en su compañía. Dígame con sinceridad si no ha sentido el menor recelo al dejarme entrar en su casa.

—En absoluto. De repente sentí que debía conversar con alguien.

—Creo que ha elegido mal si espera recobrar la alegría con mi conversación. Mis amigos dicen que soy demasiado triste. ¿Sabe lo que pienso? No debería pasar su último día en la ciudad con alguien tan aburrido como yo.

Chimara se puso instintivamente en guardia.

—¿Cómo sabe que partiré mañana?

Bergerac se llevó la taza a los labios. Chimara no pudo ver si sonreía.

—El portero me informó de las personas que podrían ser mis vecinos —contestó mientras depositaba la taza en la mesita—. Me contó que usted es Coordinadora de la Flota de Corvus puesta al servicio del Emzarkhan.

—Tenemos un portero demasiado parlanchín.

—Pero no es un mentiroso, ¿verdad?

—Es cierto que mañana me incorporo. Es mi primer servicio.

—¿Por qué me da la impresión de que no está muy entusiasmada? ¿Acaso el puesto de Coordinador no es codiciado?

—Desde luego. Llevaba tanto tiempo esperando esa llamada...

—Entonces deben ser otros los problemas que le preocupan esta mañana. Parece tener el pensamiento puesto en otro lugar.

—Imaginaciones tuyas, señor Bergerac. Por cierto, me gustaría tenerle como vecino —dijo, deseando cambiar de tema—. ¿Le importaría satisfacer mi curiosidad? Sé que en algunos Mundos no Primarios es costumbre que los hombres se dejen crecer la barba y el bigote. ¿En qué planeta de los que ha visitado copió esa moda?

—Lamento decirle que mi bigote y mi barba son falsos.

Hizo el gesto de arrancarse el bigote y ahogó un grito de dolor que Chimara comprendió que era fingido. Se echó a reír, convencida de que el bigote y la barba del hombre eran auténticos. Al echar la cabeza atrás, parpadeó confundida.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Bergerac.

—No sé... He tenido una extraña sensación, como si hubiera visto un diminuto punto azul revolotear delante de mis ojos.

Bergerac masculló algo entre dientes, se apresuró a sonreír y dijo:

—Debió de ser un reflejo del sol.

Chimara asintió. Su cabellera roja tremoló como una bandera en un día de desfiles victoriosos.

—¿Quiere más café? —preguntó.

Él dijo que sí, y durante un rato hablaron y bromearon. Aunque la conversación del hombre le parecía amena, Chimara empezó a dar muestras de impaciencia. Aparte de haberle preocupado el mensaje, tenía muchas cosas que hacer aquella mañana, ocuparse de los preparativos de su marcha. Pero además estaba la cita.

Bergerac debió adivinar que deseaba quedarse a solas y se levantó diciendo que había llegado la hora de marcharse. Chimara le acompañó hasta la puerta y le repitió que le gustaría tenerle como vecino, aunque tardarían algún tiempo en volver. Calculó que estaría de servicio en la flota corvusiana dos o tres meses.

El hombre la sorprendió cuando le cogió las manos y se las besó. Al notar la sorpresa en Chimara, dijo:

—Es una vieja costumbre que adquirí en un mundo muy lejano. Esta es la forma como demuestran los caballeros su admiración por las damas, sobre todo si son tan hermosas como usted. Gracias, Chimara. Ha sido un placer para mí. Le deseo suerte en su encuentro con las estrellas.

—¿Mi encuentro con las estrellas?

—Va a ser su primera salida al espacio, ¿no? Es lo que me aseguró el encargado del edificio.

—Tiene razón —respondió ella, preguntándose cómo había podido enterarse el portero.

Bergerac inclinó la cabeza y se alejó por el pasillo. No entró en el apartamento que pensaba alquilar. Chimara le siguió con la mirada hasta que le vio doblar la esquina en dirección a los ascensores. Cerró la puerta y se quedó pensativa.

Poco después bajó al vestíbulo y buscó al portero. Lo encontró en su cabina, contemplando las noticias con las imágenes enviadas desde el espacio. Las naves de Corvus permanecían en órbita alrededor del planeta, ultimando los preparativos para la marcha.

—¿Lo alquiló? —le preguntó Chimara.

El portero, un tipo rechoncho y con las manos todavía encallecidas, un recuerdo de sus tiempos de campesino, miró sorprendido a la muchacha.

—¿A qué se refiere?

—Al hombre que usted dejó entrar en el apartamento que está junto al mío.

El portero se encogió de hombros, y tras soltar un gruñido dijo:

—Nadie ha visitado ese apartamento desde hace una semana.

Chimara se quedó con la boca abierta. No insistió y salió a la calle. Intentó recordar cada palabra del mensaje que había destruido antes de abandonar su apartamento. Ahmel la había citado al mediodía. No le quedaba demasiado tiempo si quería ser puntual. Pero antes debía hacer unas compras.

Estuvo muy ocupada pensando mientras se dejaba conducir por la cinta transportadora al interior de los almacenes. Ahmel no había sido el único hombre en su vida, pero sí el que más huella había dejado, el único que la había hecho feliz todas las noches que pasaron juntos. En Ahmel encontró lo que había estado buscando en un hombre desde que salió de la academia con el título de Coordinadora bajo el brazo.

Ahmel irrumpió en su vida de una manera imprevista. A los pocos días de conocerle se quedó sorprendida cuando él le confesó que era algo más que un simple funcionario del gobierno. Aquel día se enteró que Ahmel era un miembro de la Logia.

Otro día Ahmel la confundió aún más, al proponerle ingresar en la organización. Ella se lo pensó, pero no tardó en aceptar. La decisión la tomó después de considerar los pros y los contras, llegando a la conclusión de que por fin había encontrado un significado para su vida, algo por lo que luchar.

Ahmel la llevó una noche a una casa de las afueras y la presentó a varias personas. Chimara comprendió que estaba ante los responsables en Corvus de la sociedad conocida como la Logia. Tras un largo y cordial interrogatorio, fue aceptada por el grupo, siendo incorporada a la célula que dirigía Ahmel.

A veces recordaba que cuando era una adolescente escuchaba a sus padres hablar en voz baja de los almanzarianos, y durante algún tiempo soñó con pertenecer a aquel grupo de idealistas que luchaban contra el Imperio desde los tiempos anteriores a su fundación. A pesar del padrinazgo de Ahmel, tuvo que esperar algunas semanas para jurar fidelidad a los principios del legendario César Almanzar.

Uno de los peores días de su vida fue cuando descubrió que Ahmel había empezado a distanciarse de ella. No tardaron en dejar de ser amantes y convertirse en camaradas.

Ella acabó aceptando su decisión, pero no renunció a colaborar con la Logia. En el fondo había dejado de amar a aquel hombre.

El mensaje de Ahmel había despertado su curiosidad.

Terminó de hacer las compras y regresó a su apartamento, dejó los paquetes y subió a la azotea destinada a los vehículos. Se acomodó en su deslizador y miró la hora. Tenía el tiempo justo para llegar al lugar donde debía encontrarse con Ahmel. Era el jefe de su cédula quien quería verla, no su amante.

Con rabia puso en marcha el vehículo y lo elevó con violencia hasta los niveles establecidos para altas velocidades.

«...El afianzamiento del régimen imperial en la Tierra fue largo y sangriento, se encontró con más resistencia de la prevista. Entre los numerosos enemigos del Imperio no tardó en destacar un grupo denominado la Logia. Sus miembros sufrieron una implacable persecución. Las autoridades imperiales los consideraron exterminados varias veces, pero siempre resurgían. Sin embargo, después de un siglo de inactividad, los supervivientes planearon extenderse por otros mundos. Corvus, uno de los últimos planetas en ser incorporado al Imperio, fue elegido por los nuevos almanzarianos...»

CAPITULO III - LA LOGIA

Ahmel bajó de la loma desde la que había estado observando el paisaje y caminó ágilmente por entre la alta y húmeda hierba. La suave brisa del mediodía había refrescado su rostro curtido por muchos soles.

Anduvo hasta el árbol bajo el que le esperaba la mujer. Detrás de ella estaba el pequeño vehículo que acababa de abandonar.

Chimara ladeó la cabeza y miró al hombre. El viento agitó sus cabellos, y Ahmel sonrió al recordar los viejos tiempos. Ella lo miró con cierta hostilidad.

—¿Por qué aquí, tan lejos de la ciudad? —preguntó.

—Es un lugar seguro —replicó Ahmel.

—Siento haberme retrasado.

—No tiene importancia.

—Al elegir este valle me obligas a pensar que desconfías de mí. ¿O son nuestros jefes los que dudan de mi lealtad?

—Pondría mi vida en tus manos. Olvídate de esos ancianos, Chimara. Quien ahora da las órdenes en Corvus soy yo.

—¿Cuánto tiempo hace que juré fidelidad a la Logia, Ahmel? Bastante, creo recordar, y sin embargo aún no me habéis confiado una misión.

—¿Para qué crees que te he llamado? Ha llegado el momento de actuar. Chimara. Los momentos que vivimos son difíciles.

—¿Acaso han sido fáciles alguna vez?

—Han empeorado. El Emzarkhan vive lleno de temores. Es consciente de que ha heredado un imperio demasiado extenso y siente cómo su control se le escapa de las manos. Dicen que por las noches no duerme porque tiene miedo de perder todo lo que ha conseguido.

—Ningún imperio es eterno.

—Es cierto, pero lo que debería preocuparnos es la amenaza que se cierne.

—¿Sobre Corvus?

—Tenemos más enemigos de los que crees. Este mundo no fue castigado tan duramente como otros cuando fue integrado en el Imperio, quizá porque supo tragarse su orgullo a tiempo. Todavía nos llaman cobardes porque nuestros antepasados no se enfrentaron con las armas al Imperio. Sólo nosotros sabemos que se doblegaron para sobrevivir, y esperar el día en que podamos exigir a la Armada Imperial que se aleje para

siempre de nuestro entorno.

—Un entorno que nunca se ha visto con tantas máquinas de guerra como ahora.

—Sólo la Logia podría impedir que volvamos a ser el hazmerreír de la galaxia. Y para ello te necesitamos.

Chimara apartó de su rostro los cabellos que agitaba el viento.

—Dime qué debo hacer.

—Hace dos días llegó una nave procedente de la Tierra, con un personaje a bordo que fue recibido en el Tasla por el Grandal Dusek. Se quedó en el acorazado insignia. Hemos averiguado que se trata de un Portador de los Gremios, al que le ha sido confiada una misión con la anuencia del Emzarkhan.

—Parece que tu posición en el gobierno local te permite estar bien informado.

—Lo cual representa un alto riesgo para mí.

—Podrían descubrirte, y si esto sucediera peligraríamos todos...

—Oh, no. Con nuestro sistema de células la organización sólo sufriría un duro golpe, pero no podría ser desmantelada. Chimara, en nombre de la Logia tengo que pedirte algo que pondrá tu vida en peligro. No quiero engañarte.

—Te escucho.

—Ha sido una suerte para la causa que te hayan nombrado Coordinadora de la Flota de Corvus que va a ponerse bajo el mando del Grandal, que acaba de recibir poderes extraordinarios de la Tierra. Debemos averiguar qué está maquinando. Ese personaje podría desencadenar una guerra de consecuencias impredecibles. Su ambición puede perderlo. Está impaciente por convertirse en Bradeim.

—He oído rumores acerca de sus ambiciones. Si se sale con la suya, gozaría de inmunidad plena y gozaría de poder suficiente para no tener que dar cuenta de sus actos a la Corte, aunque exterminara toda una colonia, por error o a propósito.

—Y el Grandal odia a Corvus. Pero nuestro interés no se centra únicamente en sus ambiciones, sino en el motivo por el que las naves de combate de Corvus son obligadas a ponerse a sus órdenes. ¿Qué está pasando para que se concentre semejante fuerza de combate estelar?

—¿Son las respuestas a estas preguntas las que esperáis conocer por mí?

—Exactamente. Como Coordinadora corvusiana, serás destinada al Tasla.

Ella sonrió con tristeza.

—Lo siento, Ahmel. Un tal Shindulk será el Coordinador adjunto del Grandal. Es más antiguo que yo. ¿Habías olvidado que carezco de experiencia?

Ahmel cogió las manos de Chimara y las acarició. Ella recordó que Bergerac se las besó.

—Cuando llegue el momento sabrás lo que debes hacer para no defraudar la confianza que hemos depositado en ti. No tengo más que decirte, Chimara. Que los dioses te protejan y te ayuden. Estamos convencidos de que sabrás actuar según las circunstancias.

El hombre hizo un gesto con la mano y un vehículo descendió del cielo. Era plano, con una cabina esférica y tenía una vela de oro. Planeó como un gran pájaro, sin hacer ruido. Ahmel empezó a retroceder mirando a Chimara, sonriéndole. Cuando llegó junto al aparato, la saludó con una inclinación de cabeza. Luego subió y emprendió el vuelo.

Chimara siguió el vehículo con la mirada hasta que perdió de vista el último destello dorado de la vela. Caminó hacia su deslizador.

Sentada a los mandos, intentó recordar cada palabra de Ahmel. Un instante después activó el dispositivo automático. No tenía ganas de pilotar.

Ya era de noche cuando avistó la ciudad en el horizonte. Sus intensas luces podían servirles de guía. Miró al cielo y se fijó en un grupo de estrellas. Era la Flota Dusek y las naves de Corvus.

Su mundo se había doblegado una vez a los caprichos de la Tierra y había puesto a

disposición del Grandal la flor y nata de sus limitados recursos militares, las mismas naves de combate que les fueron entregadas hacía menos de una década. No fue un regalo, sino un arriendo por el que Corvus tendría que pagar un alto precio. El Imperio se las podía reclamar cuando le viniese en gana. Ahora lo hacía.

La Tierra cedía a través de los Gremios las naves de combate o de transporte que necesitaba Corvus, con la seguridad de que no podrían reproducirlas. El secreto del Impulsor Kerlthe quedaba siempre a salvo con la Cobertura, el escudo inviolable que sólo podía ser eliminado mediante el Sello.

Cuando el vehículo conducido por el computador sobrevoló los bosques que rodeaban a la ciudad, Chimara se permitió una sonrisa. La dócil y sumisa Corvus tenía sus propios secretos. Y también su fuerza. Mientras en la Tierra se creía que las colonias estaban libres de la influencia de la Logia, los almanzarianos tiraban de los hilos que las gobernaban. Los herederos ideológicos de César Almanzar habían estado ocupando durante años muchos puestos de importancia, una maniobra que el servicio de inteligencia imperial aún no había descubierto.

Alzó la cabeza buscando el cúmulo de las falsas estrellas que formaban las flotas de guerra. No lo encontró, ahora no era fácil distinguirlo porque las luces de la ciudad enturbiaban la atmósfera.

El problema para ella era Shindulk. No le conocía personalmente, no sabía cómo era ni cuál era su pensamiento político; pero había comprendido a Ahmel: el Coordinador era su enemigo y debía ser eliminado. Sabía lo que tenía que hacer. Su mano no temblaría cuando llegara el momento.

Antes de ocuparse de otros problemas, volvió a acordarse del extranjero llamado Bergerac. Hasta aquel momento no comprendió que él acabó conociendo muchas cosas de su vida, y ella en cambio no averiguó nada de su pasado.

Se encogió de hombros, convencida de que volvería a verlo.

«...Cada nave diseñada por los kerlthes, dotada con el inviolable Impulsor que le permitía navegar años luz en escaso tiempo, estaba programada sólo para el viaje de ida. Ninguna pudo ser puesta de nuevo en el espacio, quedando todas varadas en sus mundos de destino. Más tarde algunas colonias construyeron navíos sublumínicos y exploraron sus sistemas planetarios y otros próximos...»

CAPITULO IV - NOTICIAS DE LARTIA

Se despertó con el deseo de seguir durmiendo aquella mañana hasta bien tarde. El día anterior había sido agotador incluso para un hombre de su vitalidad. Había asistido a la clausura de la Fiesta, a la que como Jerarca de Dhrule estaba obligado a presidir. En realidad, Uwyer aborrecía aquellas manifestaciones populares, le resultaban insoportables y aburridas.

Después de las jornadas de descanso y relajamiento moral, la actividad laboral y financiera sería emprendida con renovado ímpetu, pensó con sarcasmo. Se sentó en la cama y encogió las piernas, flexionándolas a la vez que analizaba las últimas noticias recibidas de Lartia, nada tranquilizadoras por cierto.

Emitió un suspiro y se tumbó de espaldas, preguntándose si merecía la pena continuar luchando. Podía retirarse cuando quisiera, pero acabaría echando de menos el trabajo diario y no tardaría en arrepentirse por haber abandonado la política.

Cerró los ojos cuando el comunicador inundó la habitación con suaves sonidos metálicos.

Saltó del lecho y de unas zancadas llegó hasta la mesa donde estaba el comunicador, ahogando un bostezo, y confiando que para variar le llevara buenas noticias; pero lo dudaba porque sólo tres personas tenían acceso a su línea privada, y dos de ellas sabían

que no quería que se le molestara el día después de la Fiesta. Se preguntó quién se había propuesto estropearle la mañana.

Al pasar ante el altar donde la pequeña esfera refulgía en azul, Uwyer le dirigió una mueca de desprecio. Si no fuera porque murmurarían al no verla en su dormitorio, la habría arrojado hacía tiempo por la ventana. Siempre la tenía desconectada, para no escuchar cada doce horas los cantos sagrados y las consignas del día.

Sacó un asiento de debajo del mueble donde estaba el comunicador y pulsó el botón para recibir la imagen.

En el óvalo de la pantalla apareció el rostro de un hombre. Al verlo, Uwyer frunció el ceño a la vez que apretaba los labios para no lanzar una exclamación de sorpresa. Se había equivocado al imaginar quién de las tres personas que conocían su código secreto sería el comunicante. Sólo al apreciar en el rostro del comunicando un breve parpadeo, recordó que no había pulsado el botón para enviar su propia imagen.

—Te deseo que la Esfera te ilumine, Jerarca Uwyer —dijo el hombre de la pantalla, tan pronto como la comunicación quedó establecida en ambas direcciones.

—Lo mismo quiero para ti, Korlius —respondió el Jerarca, adoptando una actitud más acorde con las circunstancias—. ¿Dónde estás? —inquirió al notar que la respuesta se demoraba.

—A tres minutos y un tercio de luz —dijo Korlius tras un silencio de veinte segundos. Los transmisores más sofisticados escasamente podían disminuir la distancia a una décima parte.

Uwyer soltó un gruñido.

—Debe ser muy importante lo que tienes que decirme para haber viajado desde Lartia hasta la mitad de la ruta hasta Dhrule.

—No podía permitir que un subalterno se ocupara de informarte. Partí de Lartia hace diez horas, y regresaré de inmediato si no ordenas lo contrario.

—¿Qué ocurre?

—Al gobierno de Lartia han llegado noticias confusas y preocupantes. Como miembro de su Consejo me vi obligado a hacer un esfuerzo para oírlos sin pestañear y poner la misma expresión de incredulidad de los demás consejeros.

—Por favor, ve al grano. Ya sabes lo ocupado que estoy.

—Cerca de Corvus se están reuniendo decenas de unidades de combate alrededor del acorazado Tasla, bajo el mando del Grandal Dusek. ¿Habías oído hablar de él?

—Claro que sí. Creía que estaba al otro lado de la galaxia, ocupado en masacrar algún mundo rebelde.

—Hemos cometido un error al descuidar la vigilancia del sector corvusiano. Por su proximidad a Lartia está calificado como prioritario, como bien sabes.

—¿Qué más has averiguado?

—El resto tal vez no tenga tanta importancia, pero júzgalo tú mismo. Un funcionario de escasa categoría del gobierno lartiano recibió ciertos informes de origen misterioso. El Consejo no los tomó en consideración, quizá porque el confidente no era de fiar, además de ser bastante estrafalario.

—¿Estrafalario?

—Eso he dicho porque así fue como lo calificaron. El consejero dijo que el hombre afirmaba venir de una región deshabitada de Lartia en la que descendió a bordo de una vieja nave. Como sabes, algunos lartianos están tan locos que todavía usan las anticuadas naves interplanetarias, reparadas mil veces, unas reliquias de los tiempos anteriores a nuestra intervención en ese planeta.

—¿Alguien vio esa nave?

—El consejero dice que no. Su confidente desapareció después de recibir una buena suma de dinero por la información.

—Creo que por una vez comparto la opinión del Consejo: no se puede dar crédito al

confidente.

—El consejero presentó como prueba unos vídeos rudimentarios pero auténticos. Las imágenes de la concentración de naves corvusianas y del Imperio no pueden ser refutadas. Lo único que podría ser cuestionado es la noticia verbal de ese tipo tan extraño, que dijo haber captado una comunicación entre el Grandal Dusek y las autoridades de Corvus.

—¿De qué hablaron?

—Acerca de un largo viaje a una región próxima a Lartia.

Uwyer se aferró a los brazos del sillón. Hizo un esfuerzo para no mostrar a Korlius su turbación. Como máxima autoridad en Dhrule sobre asuntos lartianos, no podía permitirse ciertas debilidades, y mucho menos en presencia de su agente secreto más importante en Lartia, el mundo elegido como cebo para el día en que Tierra descubriese la ruta que podía conducirlo hasta los mundos dhrulenianos.

—Me gustaría creer que ese informador es un mentiroso o un loco —dijo—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, Jerarca —asintió Korlius. Vestía las ostentosas ropas de la clase privilegiada de Lartia, abundantes adornos y muchos bordados de oro, un metal muy apreciado en aquel planeta—. Lo más probable es que haya mentido, pues para viajar hasta cerca de Corvus es imprescindible el uso de un navío con Impulsor Kerlhe, un hecho que queda descartado.

—¿Por qué los consejeros no han llegado a la misma conclusión?

—Tal vez porque para ellos es un detalle sin importancia. Los dejé discutiendo si debían olvidarse del asunto o alertar a sus cruceros.

—Habrá que ayudarles a tomar una decisión, como siempre. Necesitamos que estén prevenidos. No podemos bajar la guardia, Korlius.

Uwyer perdía la paciencia cuando mantenía una conversación en la que debía esperar varios segundos entre la pregunta y la respuesta.

—Si fuera cierto lo que me has contado... —agitó la cabeza para quitarse aquella idea que tanto le perturbaba—. Me resisto a creer que ocurra tan pronto lo que siempre hemos temido. Según las previsiones menos optimistas, deben transcurrir muchos años antes de que empecemos a correr el riesgo de ser descubiertos, y tendría que ser por casualidad, no como resultado de una investigación. Ni está previsto que Lartia sea localizada antes de un siglo. Por la Esfera de Darsil, ese mundo no está preparado para representar el papel que le ha sido asignado.

—Lo sé—Korlius torció el gesto—. Descubrimos a Lartia demasiado tarde, y nos costó mucho sacar a sus habitantes de la ignorancia en que vivían, sin que sospecharan que eran manipulados.

—Lartia debe continuar asumiendo la misión que le hemos impuesto —dijo Uwyer, más para convencerse a sí mismo que a Korlius—. Si la Esfera y el Darsil han querido que haya llegado el momento de enfrentarnos a nuestro destino, confiemos que los imperiales, si es cierto que van a dirigirse a Lartia, tarden en descubrir que ese planeta no es el que están buscando. Necesitamos más tiempo para que Dhrule alcance las metas que el Darsil nos impuso durante su Segunda Venida.

Uwyer se sentía incómodo hablando como un creyente, pero delante de Korlius tenía que hacerlo.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó el rostro desde el óvalo.

—Dame un respiro, por favor. Espera donde te encuentras ahora. Voy a convocar a la Jerarquía. La decisión que tomemos te la comunicaré cuanto antes.

—Si no deseas nada más de mí...

—Un momento. ¿Sabes cómo se llama el hombre que entregó los informes al consejero?

El agente cogió un documento y respondió:

—Jules Verne. Un nombre muy extraño, ¿no?

—Gracias —contestó Uwyer al cabo de unos segundos—. Que el profeta Darsil te ilumine, Korlius.

—Lo mismo te deseo, Jerarca.

Tras apagarse la pantalla, Uwyer tardó unos segundos en incorporarse. Al volverse su mirada se detuvo en el globo azul. Lo miró con rabia al recordar el deseo de Korlius de que recibiera la iluminación de aquel trasto tan inútil como poco decorativo.

Se acercó a la única pared desnuda de adornos. En las otras había escenas en bajorrelieves de la primitiva historia de Dhrule y Decero, con las gestas del Darsil. Se detuvo delante del panel en que el profeta surgía de la Esfera Original llevando su diestra alzada para mostrar el centelleante Sello al pueblo de Dhrule postrado ante él. Aquella había sido su Segunda Venida, y por el momento la última.

Uwyer pasó la mano por un disco de control y la pared sin bajorrelieves se transformó en un enorme ventanal. La elevada altura del palacio, aumentada al estar construido en el monte donde se alzó la temida Taishalant, el cubil del falso dios Logaron, le permitía disfrutar de una amplia vista de la ciudad que se extendía por la llanura hasta perderse en el horizonte.

La gran urbe estaba recobrando su actividad acostumbrada, aunque todavía su población se hallaba agotada por el frenesí de la Fiesta. Ahora cada ciudadano debía volver a su trabajo, después de haber renegado de los enemigos de la Esfera. Los ojos de Uwyer recorrieron las cúspides doradas de los edificios y se detuvieron en el obelisco coronado por el gigantesco globo azul.

La hora del rezo estaba próxima, y los sonos litúrgicos no tardarían en recordar a los habitantes de la ciudad que debían elevar sus preces y honrar la gesta del Darsil en su Primera Venida. A medianoche, un pequeño timbal anunciaría el fin del día y la Segunda Venida tendría su homenaje, sería la hora de alabar al profeta en su regreso a Dhrule para entregar a los hombres los secretos escondidos en las viejas naves que permanecían en Decero, en el mismo valle donde descendieron para nunca más volver a las estrellas.

Según la leyenda, los humanos que recibieron la misión de poblar los mundos Dhrule partieron de la Tierra, el mismo planeta del que nacerían los enemigos del pueblo elegido por la Esfera, que serían pervertidos durante siglos por el demonio Logaroh.

La residencia de Uwyer estaba insonorizada y no le llegarían los cánticos que pronto se extenderían por toda la ciudad. Antes de que el gran globo azul sobre el obelisco irradiara su falso esplendor, se retiró del ventanal. No le gustaba contemplar el estúpido brillo que surgiría en breves minutos de la mítica Esfera, la menguante y creciente morada del Darsil. De un manotazo propinado en el mando, recuperó la pared.

Mientras se dirigía al dormitorio se decía que a pesar de todas sus imperfecciones, el plan había demostrado su eficacia con largueza. Después de la Segunda Venida, el largo período de paz que disfrutaron les había permitido hacer realidad gran parte de las previsiones.

Sin embargo, cuando abrió el armario para elegir la ropa que llevaría aquel día, una sombra de preocupación cubrió su rostro. Las noticias de Korlius no podían ser más preocupantes. Dhrule y Decero eran fuertes, pero no lo bastante como para esperar confiados la aparición de la Armada Imperial. Necesitaban más tiempo, todo el que los estudios habían señalado como mínimo para alcanzar el poder bélico que los haría invulnerables, y también para que la demografía en los dos mundos les permitiera adiestrar un ejército numeroso. La escasez de población seguía siendo una asignatura pendiente.

Bajo la templada lluvia de la ducha, Uwyer se dedicó a reflexionar. La Tierra llevaba siglos tratando de localizar a Dhrule. Todos los Emzarkhanes habían vivido obsesionados por encontrar al mítico planeta. Para ellos era un solo mundo, ignoraban que fueran dos.

Se burlaba de los terrestres, se reía de sus fracasos cuando exploraban la galaxia intentando hallar al mundo perdido. Pero él, como todos los habitantes de Dhrule y Decero, sabía que tarde o temprano serían descubiertos.

Terminó de ducharse y salió de la cabina después de que el aire caliente secara su cuerpo, lamentando no haber podido convencer a los demás jerarcas para que Lartia recibiera más ayuda, sobre todo militar. No estuvieron de acuerdo con él cuando les propuso aumentar el número de naves de combate, alegando por unanimidad que sería un salto demasiado brusco en la evolución tecnológica y podría sumir al planeta en el caos y despertar recelos entre sus dirigentes. Los cambios introducidos en sus costumbres debían ser calculados, revisados una y otra vez para que no acabasen sospechando que estaban siendo manipulados por un mundo cuya existencia desconocían.

A los jerarcas no les preocupaba que Lartia poseyera naves con Impulsores Kerlhes mientras los nativos pensaran que habían sido construidas en su mundo, en unos astilleros secretos. Una complicada trama impedía que incluso los miembros del gobierno conocieran la verdad. Los acorazados eran desmontados en Decero y trasladados a Lartia, donde volvían a ensamblarse, como si sus componentes procediesen de factorías de las que nadie sabía nada. A la Jerarquía sólo le inquietaba que, al no disponer de un Sello para proteger con la Cobertura el Impulsor instalado en las naves entregadas a los lárданos, se corriese el riesgo de que éste fuera descubierto y reproducido. Para impedirlo, o que cayera en poder de los imperiales, cada Impulsor estaba provisto de un dispositivo de destrucción a distancia. Los navegantes de Lartia desconocían que viajaban en unas naves que Dhrule podía convertir en trampas mortales.

Uwyer eligió un traje discreto. Al darse cuenta de que aún no había puesto en la casaca el símbolo de su cargo, volvió a preguntarse cómo obtuvieron los terrestres el Sello y el secreto del Impulsor al mismo tiempo, en la época en que la situación en la Tierra presagiaba que el viejo planeta iba a ser destruido en el curso de una confrontación a escala mundial.

De un cajón de una mesita sacó un anillo, que colocó en el índice derecho. Sólo era un hermoso aro de oro, pensó con tristeza, una simple copia convertida en un emblema. La piedra preciosa, una esmeralda tallada en forma de media esfera, brilló un instante, y Uwyer se preguntó cómo sería su contacto en la piel si fuera el auténtico. ¿Qué sentían los Portadores cuando la mostraban o la escondían?

Por una extraña asociación de ideas, el color verde de la piedra le recordó el nombre del informador del consejero lartiano: Mes Verne. Le resultaba familiar, creía haberlo oído en algún lugar. ¿O lo había leído en un libro?

Llamó a su secretario, y mientras le pedía que convocara a todos los Jerarcas para dentro de una hora, no dejó de repetir mentalmente el nombre de Jules Verne. Cuando dio por terminada la comunicación, conectó con el Registro Histórico y pidió línea con el departamento donde confiaba encontrar las respuestas a sus preguntas. En la bóveda subterránea se almacenaban los tesoros que había estudiado más de una vez, cuando era un joven estudiante de derecho y todavía no había decidido cuál sería su futuro una vez terminada la carrera. Por aquellos años se sentía vivamente interesado por el pasado de su pueblo.

—¿Señor? —preguntó servicialmente el archivero cuando le reconoció.

Uwyer no hizo caso a la turbación del joven y le pidió:

—Necesito todos los datos disponibles acerca de Jules Verne.

—¿Jules Verne? ¿Podría ampliarme el campo de búsqueda?

—Es el nombre de una persona —Uwyer estaba un poco tenso y estuvo a punto de añadir que podía ser un oriundo de Lartia, lo que sin duda causaría asombro en el archivero—. Utilice el prefijo de mi cargo para saltarse las prohibiciones que encuentre. Es urgente.

El joven se apartó del campo visual y tardó unos minutos en volver a aparecer, sonrió al Jerarca y dijo con satisfacción:

—Jules Verne fue un poeta terrestre, y también un cronista de hechos míticos. Nació en una región llamada Francia, en una ciudad de nombre Nantes en 1828 según el cómputo terrestre de la época. Murió en un distrito de la misma zona, en Amiens, en el año 1905. Sólo disponemos de una copia de su producción literaria, en la que se incluye una brevísima nota biográfica suya. Se le suponen otras obras, pero no hay certeza de ello. Está considerado como un autor poco prolífico.

—¿Sólo un libro? ¿Es todo lo que ha encontrado?

—Sí, Jerarca. Actualmente se conserva en una cámara especial debido a su precario estado, pero tenemos copias en vídeo y en otros soportes. La biblioteca que transportó la nave desde la Tierra era muy escasa, contenía pocos títulos de ficción. Entre los pocos ejemplares que se rescataron apenas quedaba la décima parte de los que fueron embarcados. Toda la demás información técnica estaba microfilmada, un sistema muy común entonces. En su mayoría...

—Es bastante. Dígame el título de esa obra.

—El Faro Del Fin Del Mundo.

—Envíeme una copia.

Apenas desapareció la imagen del archivero, la del secretario ocupó su lugar y comunicó al Jerarca que los miembros de la Jerarquía estarían reunidos dentro de diez minutos en el salón de actos.

Ya había pasado el momento de la oración y Uwyer esperó unos minutos para dirigirse a la sala de reuniones situada tres plantas más abajo. Utilizó su ascensor privado. Durante los segundos que duró el trayecto, llegó a la conclusión de que el individuo que había dicho llamarse Verne podía ser peligroso. Le costaba admitir que aquel tipo, valiéndose de unos medios rudimentarios, hubiera detectado la presencia de acorazados imperiales cerca de Corvus.

El consejero Iartiano debió investigar más a fondo antes de pasar el informe a sus colegas del Consejo. ¿Cómo había podido ser tan estúpido para pasarle por alto tantas incongruencias?

Le vino a la memoria que cuando los terrestres llegaron al planeta Hermant, uno de los últimos de la Conquista, lo encontraron vacío y pensaron que la nave destinada a él se había perdido durante la travesía, siendo la única de todas las que despegaron de la Tierra que no pudo llegar a su destino. Sin embargo, para un puñado de dhrulenianos la explicación era que sufrió una avería que obligó al pasaje y a la tripulación a apartarse de la ruta fijada y añadir al viaje más años luz de los previstos, para acabar descendiendo en un mundo al que llamaron Lartia. Los supervivientes tardaron muchos años en colonizar aquel territorio tan hostil. A costa de mucho esfuerzo lograron prosperar y superar el atraso tecnológico en que se encontraron. Pero necesitaron un siglo para viajar a los dos satélites de Lartia y más tarde a los planetas vecinos, lamentablemente todos inhabitables. Su lento progreso era interrumpido a menudo por guerras fratricidas. Estaban a punto de destruirse entre sí cuando Dhrule los descubrió.

Lartia enderezó su torpe andadura en un corto espacio de tiempo gracias a la intervención de Dhrule. Sin que sus habitantes lo descubriesen, fue convertida en dispositivo de alarma para sus protectores en la sombra. La Armada Imperial tenía que pasar forzosamente ante el planeta para avistar los mundos dhrulenianos.

Uwyer salió del ascensor y entró en el salón donde le esperaban. Alrededor de una larga mesa estaban sentados veinte hombres y mujeres. Todos se volvieron a mirarlo al verle entrar, saludándole con leves inclinaciones de cabeza. Uwyer respondió con un gesto y ocupó la presidencia.

—Jerarcas —dijo tras un breve carraspeo—, ciertos acontecimientos ocurridos en Lartia me han obligado a convocarles. Tras estudiarlos, he decidido trasladarme a ese

planeta, ya que estoy convencido de que sólo allí podré obtener una visión más clara de los hechos. Nuestro agente en el gobierno lartiano ha viajado en su nave hasta los límites de nuestro sistema para ponerme al corriente de lo que está ocurriendo, y he pedido que espere mis órdenes. Viajaré en su nave a Lartia, y una vez allí, puesto que las comunicaciones con este Consejo serán dificultosas, necesito su autorización para tomar las decisiones que considere oportunas.

Sus palabras levantaron murmullos de asombro. Una mujer de largos cabellos, recogidos en la nuca por un lazo púrpura, levantó una mano para hablar. En un dedo lucía una gema similar a la de Uwyer. Al ver que éste asentía, dijo con énfasis:

—Acabo de leer el informe de Korlius, Uwyer. ¿Por qué no pueden ocuparse del asunto el propio Korlius y los agentes que tenemos en Lartia? ¿Por qué tienes que viajar a ese mundo bárbaro? Te necesitamos aquí.

—Después de pedir a mi secretario que os informara, solicité ciertos datos al archivo de la Historia. El nombre de Jules Verne me hizo recordar algo. A mi entender, encierra una clave, quizá una advertencia. También podría tratarse de una burla, pero no lo creo. Demasiada coincidencia. El título de una novela de un autor terrestre del siglo XIX puede tener un significado. Me inclino a creer que se trata de un mensaje que no puede ser descifrado por alguien que haya nacido en Dhrule.

—Por favor, explícate —dijo la mujer, impaciente.

—Me temo que te estás dejando llevar por la fantasía —sonrió un hombre situado a su derecha.

—No soy dado a fantasear. ¿Cómo es posible que un habitante de Lartia tenga por nombre el del autor de uno de nuestros escasos libros? ¿Se hace llamar así porque sabe que despertará nuestra curiosidad y nos inducirá a hacernos preguntas?

Otro Jerarca dijo:

—En tal caso, si crees que la situación lo exige, propongo que movilizemos parte de la flota y la enviemos a las cercanías de Lartia, que permanezcan vigilantes el tiempo que dure la crisis. No confío en que los lárdanos, aunque sus naves son tan buenas como las nuestras, puedan conjurar el peligro. Lamentablemente aún no han aprendido a ser buenos navegantes.

Uwyer recordó las peticiones que había formulado a la Jerarquía para pertrechar a Lartia con más cruceros; pero consideró que no era el momento para hacer reproches a sus compañeros.

—Tendré en cuenta esta sugerencia, la consideraré una medida adicional —acabó diciendo.

—No nos precipitemos —añadió el mismo Jerarca—. El factor sorpresa debe ser reservado para el último momento, cuando consideremos que no haya otra solución que mostrar nuestro juego a los lárdanos... y a quienes nos amenacen. Os recuerdo que tenemos que ganar tiempo, todo el que podamos.

—A costa de Lartia —murmuró la mujer. Todos se volvieron a mirarla; sabían que siempre se había opuesto a la inmolación del planeta.

Uwyer no quería entrar en discusión con ella y dijo:

—Aunque Lartia sucumba y desaparezca bajo el Fuego del Emzarkhan, no estaremos a salvo; pero jugará el papel que le hemos adjudicado hasta el final.

Y mantuvo la mirada fija en la Jerarca.

«...En ninguno de los planetas elegidos por los kerlhes se encontró vida inteligente. Sin embargo, en algunas colonias se catalogaron especímenes capaces de competir con los humanos. Las comunidades de los Mundos Primarios, separados entre sí por insalvables distancias, se ignoraron mutuamente. Años antes de su anexión por el Imperio, Tusalia descubrió el sistema de Hagerdam, con dos mundos poblados por una raza muy desarrollada, evolucionada a partir de los ofidios. Los tusalianos, asustados ante su descubrimiento, no tardaron en comprender que nunca llegarían a dominarlos y optaron

por la retirada. Cuando Tusalia cayó bajo el dominio del Imperio, tras una corta confrontación, sus dirigentes revelaron a los nuevos amos la existencia de Hagerdam. Una poderosa flota imperial se dirigió al sistema de los mundos de los hombres serpiente con el propósito de someterlos. Aunque los cruceros imperiales cogieron por sorpresa a estos humanoides, fue necesaria una cruenta guerra para que los dos mundos de Hagerdam acataran las leyes de la Tierra, donde la noticia de la conquista de una pintoresca raza fue acogida con alborozo. Con el tiempo, los guerreros hegerdamitas se convirtieron en la fuerza de choque favorita del Imperio...»

CAPITULO V - LA CONFESIÓN DE LOULAKAIS

—Yo conquisté el último reducto rebelde para el Imperio.

Dytri Loulakais levantó la mirada de la copa de vino y miró al Grandal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—¿Acaso ignoras que las naves del Emzarkhan encontraron en el mundo interior la mayor resistencia de todas las campañas de pacificación a las que se enfrentaron?

—Claro que conozco eso, pero no sé por qué hablas de tus glorias pasadas.

—Durante mucho tiempo los monstruos de Hagerdam, la peor especie descubierta en siete siglos, se levantaron en armas periódicamente. El mundo exterior hubiera seguido el mismo ejemplo si yo no lo hubiera impedido aplastando el último foco de resistencia. Aniquilé a millones de esos abominables seres. El castigo que les infligí no lo olvidarán jamás.

—Tengo entendido que fueron varias flotas imperiales y algunas aliadas las que intervinieron en esa campaña, por supuesto además de tus naves.

El rostro del Grandal se enrojeció.

—Los hechos fueron tergiversados para favorecer al protegido del Chambelán. Al Bradeim le dieron lo que a mí me fue negado: la gloria y el honor. Mis naves rompieron las defensas enemigas y abrieron la brecha por la que penetraron las flotas. ¡La victoria me pertenecía a mí, no a Yhiomir!

—Cálmate. ¿A qué viene esta clase de historia?

—¿Es que no lo entiendes?

—No.

—Nuestros informes no han sido recibidos en la Corte como merecían. ¿Sabes por qué? El Chambelán sigue intrigando contra mí, para contentar y proteger a su favorito.

—Creo que tu obsesión por tu rival nubla tu entendimiento.

—Puedo probarlo. ¿Acaso no hemos informado al Emzarkhan vía TK que tenemos las coordenadas de Dhrule? Y volvimos a explicarle que el maldito kerlhe de mi nave, aprovechando una pausa en las comunicaciones, emitió un mensaje a sus hermanos de raza, lamentándose de haber sido convertido en una máquina de mensajes, pidiéndoles ayuda, gritando con desesperación por haber sido mutilado, castrado y encerrado en un globo que lo alimenta y lo mantiene con vida en contra de su voluntad, condenado a una dilatada existencia a mi servicio.

—Ya sabes cómo funciona la Corte, Delbert —sonrió Dytri, confiando en calmarle—. Pero no te inquietes por la indisciplina del TK. No volverá a hacerlo.

—¿Estás seguro de que el castigo que le infligiste lo ha vuelto dócil?

—La verdad es que con un kerlhe nunca se puede estar seguro de su mansedumbre.

—Te advertí que cometeríamos una imprudencia enviando una información tan valiosa a través de él. ¿Qué nos habría importado si nuestras conclusiones no hubieran sido conocidas en la Tierra hasta dentro de tres meses? Debimos haber utilizado un medio de comunicación más lento, pero más seguro.

Loulakais le miró con desprecio.

—¿Acaso hubieras preferido perder el tiempo? Vamos, no debes preocuparte. El TK recibió el castigo que merecía. Yo mismo pude sentir el dolor que estuvo a punto de enloquecerlo. Un dolor infinitamente superior al que habría sentido si hubiese estado vivo, entero y fuera del líquido nutritivo. Ya no le queda ni la esperanza de quitarse la vida —ronqueó con satisfacción el Portador.

Delbert sacudió la cabeza. Estaba pasando por un momento de desconcierto, de inseguridad en sí mismo; todas las decisiones que había tomado con Dytri ahora le parecían equivocadas. Observó a su nuevo aliado, preguntándose si debía seguir confiando plenamente en él.

—Me preocupa que haya sido el Chambelán quien se ha dirigido a nosotros para exigirnos que le enviáramos las coordenadas de Dhrule. No le pareció suficiente muestra de lealtad por nuestra parte que le informáramos que las habíamos descubierto y las reservábamos como medida de seguridad.

—Hace una hora volví a recibir otro mensaje, insistiendo en lo mismo, una copia del primero.

—¿Qué le contestaste?

—Nada. Sigue esperando la respuesta.

—Eso podría poner en peligro nuestros planes...

—Siempre podremos excusarnos, achacar nuestro silencio a problemas técnicos.

—Desvarías, creo que pasas demasiado tiempo en el Núcleo...

—No me gusta utilizar el TK desde el puente. No me fío de aquellos en los que he visto en sus miradas que no sienten simpatía hacia ti.

—¿Los requerimientos del Chambelán estaban refrendados por el Emzarkhan?

—No —Dytri sonrió—. ¿Crees que me habría atrevido a ignorar los últimos avisos si hubiesen llevado la firma de su Majestad?

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Dadas las circunstancias, si Zusemei vuelve a insistir, alegarás que no le responderás si no lo exige el mismo Emzarkhan.

—Esto lo enfurecería.

—Lo sé.

—¿Y si obtuviera el apoyo imperial?

—Ya pensaríamos algo. Podría ocurrir que para entonces estuviéramos a la vista de Dhrule —suspiró Loulakais.

El Grandal se incorporó, rozó la mesa y la botella de vino estuvo a punto de caer al suelo. El Portador consiguió agarrarla.

—No pierdas la calma —sonrió Loulakais, volviendo a poner la botella en su lugar. La rapidez de sus reflejos había impedido que se derramase una sola gota.

—¿Cómo puedo estar tan tranquilo? Tenemos que aprovechar la autorización de que dispongo para ordenar la concentración de las flotas aliadas y utilizarla a mi antojo. ¿Sabes? Me sorprendió tanto cuando la recibí que no he dejado de preguntarme por qué Zusemei no lo impidió. ¿Qué pudo haber pasado? Sólo tengo una respuesta no: el Chambelán se asustó, debió pensar que yo podría hacer sombra a su favorito y se dedicó en cuerpo y alma en emplear sus influencias para arrebatarme el poco prestigio que me quedaba.

—No seas agorero; yo creo que el protector de tu rival se percató de que estaba atado de pies y manos.

—Estás equivocado. Está pasando algo extraño. Sólo se nos ha unido la flota de Corvus, la de esos despreciables cobardes, y si han obedecido mis órdenes es porque estoy cerca de su mundo y temen una represalia.

—Según parece, las naves desgaitas también se dirigen hacia aquí.

—No llegarán hasta dentro de dos días. Las otras flotas están poniendo excusas, alegando problemas de toda índole. No podemos esperarlas, y tendremos que partir con

las que dispongamos dentro de cuarenta y ocho horas.

—Serán suficientes.

Delbert le había dado la espalda y se volvió bruscamente. Por un momento le pareció al Portador que el Grandal iba a insultarle, pero le vio hacer un esfuerzo para contenerse. Despacio, el Grandal se acercó a la mesa y llenó las copas vacías.

—Quizá tengas razón —dijo con los ojos entornados—. Dos centenares de naves bien pertrechadas y armadas pueden bastar para destruir una docena de mundos. ¿Qué fuerza podría oponernos Dhrule?

Dytri levantó su copa y la hizo chocar con la de Delbert.

—Así me gusta verte, Grandal. Seamos optimistas. Las prerrogativas que nos han sido concedidas no las pueden derogar sin que medie un complicado proceso. Deja al Chambelán que intrigue para que no recibamos más flotas, que conspire para que su protegido vuelva a cubrirse de inmerecida gloria. No olvidemos que nosotros tenemos el secreto más buscado del Imperio, y cuando hayamos vencido a Dhrule, será el Chambelán quien recibirá las burlas. Los honores serán tuyos.

Bebieron despacio y en silencio. Delbert sintió que se le nublaba la vista; estaba tan eufórico que no le preocupó la sonrisa que vio aparecer en los labios del Portador.

—¿Quieres conocer los detalles del castigo que infligí al kerlhe? —preguntó Dytri.

Delbert se estremeció. No quiso estar presente cuando Loulakais interrogó al TK. Así lo llamaba él; no le gustaba llamarlo kerlhe; si hubiera sabido cuál había sido su nombre cuando era libre, tampoco lo habría llamado por él. El portador se encerró en el Núcleo y permaneció con el kerlhe un día completo. Cuando salió parecía más viejo, mostraba síntomas de agotamiento; pero sonreía satisfecho. Delbert leyó en su mirada que había obtenido lo que quería. Ya más tranquilo, el Portador le explicó que había conseguido la información necesaria para localizar a Dhrule. No estaba tan distante como habían pensado, añadió sonriente, apenas un poco más lejos del último planeta explorado, en lo más profundo del oscuro y vacío Borde Estelar.

Al día siguiente el Grandal reunió valor para visitar al TK. Le encontró más carente de vida en la mirada, más arrugada su piel azul, mayor el deseo de morir; todo esto pudo verlo reflejado en su rostro aún crispado por el dolor. Se alarmó ante su lamentable estado hasta que el Portador, sonriendo, le juró que no corría peligro y los nutrientes del globo no tardarían en devolverle el vigor perdido durante el interrogatorio.

—Ahórrame los detalles desagradables, límitate a contarme todo lo que le arrancaste de su mente —dijo Delbert, rehuendo el encuentro con la mirada burlona de Dytri.

El Portador se encogió de hombros y bebió otra copa. No parecía afectarle el vino aderezado con drogas, un preparado prohibido en Corvus, pero que ingería en grandes dosis al día.

—He enviado un mensaje, amigo mío —sonrió al Grandal.

—¿Otro más, y sin mi permiso?

—No podía perder el tiempo. Pero no te preocupes, que en esta ocasión estaba destinado a mis superiores. Estoy esperando la respuesta.

—¿Tan importante es lo que tenías que decirles?

—Necesito saber cuándo y dónde fue capturado el kerlhe.

—Eso lo sabe todo el mundo.

—Delbert, creo que nuestro kerlhe es especial. Por lo que he sacado de sus torpes relatos, obtenidos mediante el dolor más grande que puedas imaginar, hace mucho, muchísimo tiempo, fue castigado por los suyos; debió cometer una grave falta. Fue desterrado y estuvo vagando por el espacio a bordo de una pequeña nave hasta que perdió el control, quedó al paio y fue encontrado por una patrulla imperial.

—Los kerlhes que visitaron la Tierra en el siglo XXI, además de sus naves con Impulsor K, utilizaron ciertos vehículos muy especiales... —susurró el Grandal.

Loulakais retrocedió un paso y miró asombrado a Delbert.

—¿Qué sabes al respecto?

—¿Creías que sólo los miembros de los Gremios tenéis acceso a las crónicas ocultas, y sois los únicos capaces de interpretarlas? Yo las estudié, Dytri. Sabes que me refiero a cierto vehículo, a algo tan fabuloso que las mejores naves son pura chatarra a su lado. Te estoy hablando de la Esfera, Portador.

Loulakais había empezado a sudar.

—Es imposible que se hayan producido filtraciones...

—¿Tan bien guardados creíais tener vuestros secretos? —Delbert se echó a reír. Se sentía feliz por haber perturbado a su aliado—. No siempre ha sido así. Cuando los Gremios os llamabais Comité Económico Mundial, algunos de sus líderes se vendieron a los gobiernos de las naciones más poderosas que había entonces. Mucho más tarde los Emzarkhanes permitieron que los Gremios conservasen el monopolio del conocimiento y guardasen los secretos de los Kerlhes. Por último, se os consintió que fuerais los protectores de los Sellos. Sin embargo, los kerlhes poseían otros prodigios, y el mayor de todos, el más poderoso, no cayó en las manos de vuestros antecesores.

—¿Te refieres a algo aparte de la Esfera? —preguntó el Portador, tratando de tranquilizarse.

—¿A qué iba a referirme aparte de la comunicación instantánea? La imposibilidad de transmitir información y órdenes al instante fue el gran handicap al que se enfrentó la expansión, el mayor obstáculo de la Conquista, lo que está retrasando el dominio del Imperio en la galaxia. Vamos, no finjas que ignoras que también buscáis el más grande de los secretos: la inmortalidad.

Dytri sonrió.

—Sabes que eso es una leyenda, un mito. No es posible la inmortalidad. Se puede alargar la vida, pero no evitar la muerte.

—Hablo de una forma de inmortalidad muy especial. Lamento no poder ser más explícito. Las filtraciones procedentes de la bóveda donde se almacenan los datos primigenios me impidieron conocer los detalles. Por desgracia se ha perdido mucha información, y la culpa es de los Gremios, ya que a causa de vuestras intrigas la destruisteis sin llegar a descubrir todo cuanto contenía. Ahora, mi querido Dytri, ya podemos discutir sobre el mítico e invencible vehículo estelar.

—Se habló durante mucho tiempo de sus fantásticas propiedades, pero su existencia no pudo ser probada—rezongó el Portador—, como tampoco se demostró que cierto individuo gozara de una curiosa forma de inmortalidad, basada en la muerte y la resurrección, alguien íntimamente ligado con la esfera en cuestión. Por los dioses, si la leyenda fuera cierta, deberíamos considerar seriamente la posibilidad de que esa persona aún viva. ¿Por qué no? ¿Qué son siete siglos en la escala de la eternidad?

—Creo que todo lo que ocurrió fue un cúmulo de acontecimientos vulgares que quedaron tergiversados con el paso del tiempo y acabaron convertidos en leyenda.

Loulakais soltó una carcajada.

—En el fondo, Delmer, quieres creer en el mito; de hecho estás convencido de que no es una leyenda, y existió la fabulosa nave conocida como la Esfera en cuyo interior se albergaba el Módulo y el Hogar. Y sabemos a quién perteneció.

—Al hombre que alcanzó la inmortalidad.

—Eso es. Todo forma parte de lo que es considerado un mito. Pero para nosotros es la verdad.

—Nadie sabe exactamente por qué el Sello, que supuestamente fue legado a la humanidad, acabó siendo confiado a los Gremios. ¿Por qué no fue puesto en el dedo del Emzarkhan?

Loulakais se incorporó. El giro que estaba tomando la conversación empezaba a cansarle.

—Su poder estaba más seguro en nosotros —dijo—. Somos servidores del Imperio,

acatamos los deseos del Emzarkhan —se pasó una mano por la frente, con gesto nervioso—. Discúlpame. Es hora de que vuelva al Núcleo. Me encontrarás allí si deseas verme.

—¿Para qué quieres volver a ese horrible lugar?

—Ya te lo dije: espero la respuesta de mis superiores. Confío en que ésta satisfaga tu curiosidad. Te la entregaré tan pronto como la reciba.

El Grandal asintió. Lo vio marchar en silencio. Bebió otra copa y permaneció sentado, reflexionando. Nunca había tenido un aliado, y la experiencia no le parecía satisfactoria. Tener un aliado añadía una preocupación más, sumaba un personaje a la ya larga lista de las personas en las que no podía confiar.

Loulakais salió nervioso de las estancias privadas del Tercer Dusek. Una vez en el pasillo, pidió un deslizador. Mientras esperaba, se sintió blanco de las miradas de los guardias que velaban por la seguridad del Grandal.

Se dijo que no debía menospreciar al Grandal. Sabía demasiado, mucho más de lo que él había imaginado, y esto lo convertía en un aliado peligroso. Delbert Dusek era demasiado ambicioso.

Respiró hondo cuando llegó el deslizador. Ordenó que le llevara al Módulo. Se arrellanó en el asiento y echó la última mirada a los oficiales del Tasla que aguardaban las órdenes del Grandal. No le sorprendió percibir la animosidad que sentían hacia él.

Mientras el deslizador se desplazaba por el Vástago, Dytri hizo un análisis de la política imperial actual, que él consideraba a medio camino del despotismo más absoluto y el desprecio hacia los pactos con los estados que fingían acatamiento al Emperador. La actual estrategia imperial había puesto a la Tierra en el filo de una espada. Le costaba entender que los Bradeims aún confiaran en las alianzas impuestas a cien mundos para sostener al Imperio.

Todo el mundo sabía que las colonias podían reunir una armada estelar muy superior a la del Emzarkhan, aunque las distancias que las separaban les impidieran sellar un pacto contra la Tierra. Había que reconocer que el Imperio había sido prudente al no entregar unidades K a las colonias, para que éstas las instalaran en los acorazados insignias de sus flotas. La mayor ventaja del Imperio se basaba en el monopolio de las comunicaciones instantáneas. ¡Cuánto le debía a los seres llamados kerlhes que mantenían en los globos!

Dytri sabía que los Gremios permanecerían impasibles si el Imperio empezara a dar muestras de debilidad y amenazara con derrumbarse: sus dirigentes estaban convencidos que el régimen que lo sucediera estaría obligado a depender de ellos y continuarían gozando de los actuales privilegios. Un cambio político no les interesaba, y la permanencia en el trono del actual Emzarkhan sería bien recibida, pero si la en la Corte no eran atendidas sus advertencias, acabarían mirando a otro lado.

Se sabían fuertes. Imprescindibles. A Dytri le habían enviado para obtener mayores ventajas. Sólo eso. En ningún momento debía poner en peligro las prerrogativas actuales de los Gremios. Peor para el Emzarkhan si no prestaba la debida atención a ninguna de las advertencias que le llegan de los Portadores del Sello.

A Dytri le preocupaba que se hubiera detectado una febril actividad en la organización secreta conocida como la Logia Almanzariana, tan antigua que su fundación se suponía anterior a la llegada de los kerlhes a la Tierra. Tras muchos años de silencio, aquellos fanáticos habían surgido de nuevo.

Los Gremios no temían el fin del Imperio, pero sí al caos que traería su desaparición. Si podían evitarlo, lo harían. Una de las soluciones para paliar la actual crisis era hallar un revulsivo que devolviera el prestigio a la Tierra.

El deslizador se detuvo al final del Vástago y Loulakais saltó de él. Cuando se encontró delante del Núcleo, utilizó el Sello para anular la Cobertura.

Se situó delante del ser que flotaba en el globo, le dirigió una saludo cargado de burla y

por un momento le pareció que se agitaba, como si le hubiera reconocido y el pánico se hubiera apoderado de él. Sonrió. Sólo había podido imaginárselo. Debió ser una agitación repentina en el líquido nutritivo al recibir una nueva descarga de fluido regenerador. El kerlhe no podía percibir su entorno. Era un ser ciego.

Pero el Portador arrugó el ceño al recordar que no hacía mucho, como si hubiera despertado de un largo sopor, el kerlhe había lanzado al espacio una llamada de socorro, dirigida a sus hermanos.

Antes de empezar, se aseguró que las cortinas de energía quedaban restablecidas a lo largo del Vástago. Nadie podía llegar hasta allí sin su permiso, ni siquiera el Grandal; si quería sorprenderle, disponía de un plazo de cinco minutos para borrar cualquier evidencia que pudiera acusarle de haber llevado a cabo un acto ilegal.

Tomó asiento frente al panel de mandos. Aunque había ordenado que no se utilizara el TK desde el puente de mando sin su permiso, procedió a desconectarlo. A partir de ese instante sólo él podía comunicarse a través del kerlhe.

Necesitó unos minutos para establecer contacto con la Tierra. En más de una ocasión se volvió para mirar con recelo hacia el globo. Prestó atención a los gráficos que iban apareciendo y acabó sonriendo complacido. El kerlhe respondía con presteza a los impulsos que le enviaba y en pocos segundos quedó unido telepáticamente al TK de los Gremios en la Tierra.

Para no perder tiempo interpretando los símbolos, Loulakais activó el dispositivo que convertía en palabras las respuestas.

—¿Eres el Portador Dytri Loulakais? —preguntó una voz átona, tras ser reconvertida.

—Lo soy. ¿Con quién hablo?

—Soy el Presidente, Portador Dytri.

—Estoy a tu servicio, señor —musitó Loulakais, vivamente impresionado. No esperaba que el máximo responsable de los Gremios fuera quien atendiese su llamada.

—Nos advertiste que establecerías la comunicación en este punto horario y consideré que debía ser yo quien hablara contigo. Por un canal de seguridad paralelo estamos enviando al TK del Tasla el resto de la información que solicitaste.

—Gracias, señor.

—Debes destruirla tan pronto como la hayas memorizado, junto con las copias que deberían pasar al puente.

—Así lo haré, señor.

—Escúchame con atención. Tienes que convencer al Grandal para que parta de inmediato hacia Dhrule y lo destruya. En la Corte se hacen apuestas acerca de su posición en la galaxia. Están convencidos de que el Emzarkhan la conoce, así como el Chambelán y el Bradeim. ¿No te parece divertido?

—Bastante —murmuró Dytri, pensando que el Grandal rugiría como un animal herido de muerte si supiera que él había transmitido a los Gremios la información que había arrancado al kerlhe del Tasla—. Señor, ¿por qué nos beneficiaría la desaparición de Dhrule?

—Preferiría su conquista. ¿Crees que nos complacerá que sea convertido en una bola ígnea? Pero estamos implicados en la crisis y debemos ganar tiempo para superarla. La noticia de una amenaza dhruleniana ha sacudido al Imperio. Si ésta se esparciera a las colonias, la situación podría volverse insostenible, y la rebelión se extendería como una epidemia.

—¿Hasta qué nivel ha empeorado la situación, señor?

—Ha sobrepasado los límites tolerables, Portador. Debemos prolongar el actual estado de cosas hasta que estemos preparados para asumir nuevas e inéditas responsabilidades. Una larga guerra de desgaste haría concebir esperanza a las colonias de que podrían prescindir de nuestros suministros y medios de comunicación. Si son inteligentes, como espero, comprenderán que somos imprescindibles que pueden acabar

con el Imperio, pero nunca con nosotros.

—Señor, hasta el día de hoy el Grandal sólo dispone de su flota y de las naves de Corvus. Actualmente esperamos la llegada de los desgaltas. El resto de las fuerzas se demora más de lo previsto.

—Quizá el retraso se deba a los disturbios. ¿Sabías que varias colonias se muestran reacias a poner sus naves de combate al servicio del Grandal? Son conscientes de que si las pierden peleando por la gloria de la Tierra, no podrán reemplazarlas. Corre el rumor de que al Emzarkhan le preocupa la cantidad de armamento que durante los últimos años ha sido entregado a sus aliados y ahora busca un pretexto para arrebatárselo.

—Eso sería una insensatez.

—Sus temores no son infundados. El Chambelán tiene miedo a perder la confianza del Emzarkhan, y podría intentar mantenerla aconsejándole la vuelta a la Tierra de las naves entregadas como préstamo, al menos una parte.

—Señor, el Grandal me insinuó que piensa partir hacia Dhrule apenas arribe la flota de Desgal.

—No la necesita. Convéncele para que no la espere.

—Eso he hecho, señor.

—No esperaba menos de ti. Los dioses están de nuestra parte. Cualquier alteración que se produzca en los acontecimientos ha de resultar beneficioso para nosotros, incluso una aplastante victoria sobre Dhrule nos valdría. La idea de obtener un fabuloso botín despertaría la admiración de las colonias hacia el Grandal, y muchas flotas se le unirían. Podría ser el comienzo de una nueva era. De todas formas...

Se produjo un largo silencio. Loulakais temió que la comunicación hubiera quedado interrumpida. Iba a comprobarlo cuando escuchó de nuevo la voz del Presidente.

—... Todo está sucediendo con demasiada rapidez; debemos ser prudentes y no cometer un error irreparable.

—No será así, señor.

—Nuestros antepasados emplearon muchos años y esfuerzos para localizar a Dhrule. Ahora que estamos a punto de lograrlo, y tal vez de destruirlo, me parece como si estuviera a punto de despertar de un sueño.

—No es un sueño, señor. El kerlthe confesó. Sabemos dónde está Dhrule.

—Pero esa criatura está enferma, tú mismo lo has dicho. Y si es cierto que fue expulsado de su comunidad, no es de fiar. Me pregunto si a estas alturas podemos imaginar cómo se comportaría un kerlthe en estado libre. ¿Cómo saber si está loco? ¿Cuáles podrían ser sus reacciones ante una situación extrema? ¿Cómo se manifiesta la pérdida de la razón en un ser como él?

—Dijo la verdad, no mintió. No pudo mentirme. Yo le conocía, señor. Sabe a qué me refiero. Jamás podría engañarme.

—Tu seguridad me tranquiliza, Dytri. Confío en ti. No me defraudes a mí ni a los Gremios. Y no olvides que nadie debe involucrarnos en este condenado asunto. Si la campaña del Grandal resultara victoriosa, que él y el Emzarkhan disfruten de la gloria, pero si les espera la derrota que carguen ellos con las consecuencias.

El convertidor no podía transmitir la risa, pero Loulakais imaginó que el Presidente había rematado sus palabras con una carcajada.

—Dytri, ordenaré que una persona de mi confianza esté siempre a la espera de tus noticias — dijo la voz—. Así no tendrás que advertirnos previamente de tu llamada.

—Gracias, señor.

—No sé si tiene alguna relación con la crisis, pero me ha llegado la noticia de que nadie sabe dónde está el Emzarkhan actualmente.

—¿Cómo podemos interpretarla, señor?

—No lo sé. Me sorprende que abandone la comodidad de la Corte. Te mantendré informado, Dytri.

—Se lo agradezco, señor.

El chasquido que se produjo a continuación indicó a Loulakais que la transmisión había terminado. Restableció de inmediato el enlace con el puente y recogió la grabación de la conversación. La destruyó en el convertidor. De su entrevista con el Presidente no quedaba el menor rastro.

«...La Tierra necesitó casi cuatrocientos años para completar la conquista de los Mundos Primarios. Más de uno fue arrasado al negarse a claudicar; pero la mayoría se doblegó ante la superioridad de las armas terrestres y la tecnología kerthe suministrada por los Gremios. Corvus apenas opuso resistencia. A cambio de su rendición no sufrió daños de consideración y recibió algunas prebendas, llegando a alcanzar un envidiable grado de prosperidad. Aquellos mundos que se enfrentaron al imperio, como Desgal, sufrieron duros castigos...»

CAPITULO VI - EL OBSTÁCULO

Poco antes de subir a la falúa que les iba a trasladar al Tasla, Chimara se presentó ante Shindulk, el Coordinador principal de Corvus. Su inmediato superior.

Shindulk la saludó con altanería. Chimara lo calificó como un fatuo y un acérrimo partidario del Imperio. Dudó que pudiera establecerse entre ellos alguna clase de acuerdo.

Mientras el Coordinador conversaba con el comodoro del navío de combate corvusiano, ignorándola a propósito, Chimara atisbo por una tronera para observar el sector en el que orbitaban las dos flotas. Se fijó en un punto brillante, de tonalidades argénteas; debía de ser el Tasla, un acorazado con muchos años de servicio, con un triste historial de represalias y matanzas que Grandal habría grabado con orgullo en el cuaderno de bitácora.

Shindulk terminó de hablar con el comodoro y se volvió hacia ella.

—Coordinadora —dijo con marcado desdén—, nos trasladamos al Tasla, pero usted regresará con la falúa. El protocolo exige que el Grandal conozca a mi ayudante. ¿Ha entendido que permanecerá en la nave insignia de la flota corvusiana, no en el acorazado insignia imperial?

—¿Lo ha decidido usted? —preguntó ella, sorprendida.

—No tengo por qué darle explicaciones, pero intentaré ser amable —meneó la cabeza—. La considero demasiado joven, y por lo tanto carente de experiencia. Agradézcame que no la mande de vuelta a casa.

Chimara tragó saliva y se limitó a asentir, tratando de sofocar la rabia que sentía. Siguió a Shindulk hasta el hangar donde se hallaba la falúa. Pasaron ante la guardia formada y vio al comodoro saludarlos llevándose la mano derecha a la visera de su gorra.

Entraron en la pequeña nave, ella detrás del coordinador. A sus espaldas chasqueó el cierre de la compuerta. El vuelo sería dirigido desde el puente de mando de la nave corvusiana. Chimara cedió el paso a Shindulk y le permitió que eligiera el asiento que más le complaciera. Ella se acomodó detrás. El hombre le dirigió una rápida mirada sorprendida, murmurando algo entre dientes. Cruzó los brazos y observó la pantalla que les iría mostrando qué ruta seguirían hasta el Tasla.

Chimara fue informada por Ahmel que la Logia había intentado captar a Shindulk para la causa, pero desistieron de ello: no lograrían poder borrarle de la mente su fidelidad al Emzarkhan ni anular la ambición que lo dominaba.

Cerró los ojos un instante y vio la cara de Ahmel recordándole que cumpliera con su deber. Ya no podía echarse atrás, pensó con amargura.

Se llevó las manos al cinturón y extrajo un finísimo hilo de oro, que empezó a tensar pasando repetidas veces los dedos sobre él. Cuando la falúa saltó al espacio, ya tenía

una aguja tan recia que no podría doblarla por mucho que lo intentase.

Había calculado el tiempo que tardaría la falúa en unirse al Tasla. Tensó los músculos, respiró profundamente y recordó cada movimiento que tenía que hacer. Los había ensayado muchas veces.

—Será un honor para mí ser recibido por el Grandal —comentó Shindulk, girando la cabeza para mirar a Chimara por encima del asiento—. Es un gran hombre. Recuerde que debe permanecer en la nave hasta que yo salga, dejándome salir antes, y que en ningún momento podrá dirigirse al Grandal a menos que le hable primero.

Chimara apretó los dientes y sujetó con fuerza la aguja. Aquel imbécil rebosaba orgullo hasta por las orejas; estaba asustado y le preocupaba que ella le hiciera sombra en presencia del Grandal.

Esperó a que la nuca del hombre estuviera en la posición adecuada para hundir el alambre en ella. Chimara actuó con rapidez, se movió como el rayo y el Coordinador se quedó paralizado. No soltó un solo grito.

Rápidamente se incorporó y se situó delante de Shindulk. Sonrió al ver la mueca de estupidez que la súbita paralización lo había sorprendido; se había quedado con la boca abierta y la mirada vacía. El brazo lo mantenía alzado y ella lo bajó dándole un manotazo, antes de que los músculos quedaran totalmente inmóviles.

Se movió deprisa, contando mentalmente los segundos. Sacó dos trajes de presión. Con uno de ellos vistió a medias a Shindulk. Luego se enfundó el otro, cerró el casco y miró de nuevo por la pantalla. La falúa estaba muy cerca del Tasla, dirigiéndose al hangar abierto.

Tras propinar varios golpes en el panel de mando, pulsó la alarma e inutilizó el dispositivo de seguridad que evitaría la colisión.

Se sentó al lado del inmovilizado Coordinador, le echó un último vistazo y se aseguró al sillón, ajustando con fuerza los cinturones. Por último suplicó a los dioses que el choque no fuera demasiado violento.

Shindulk podía ver y pensar. ¿Qué estaría pasando por su mente en aquel momento? ¿Se estaba dando cuenta de que iba a morir? Si la colisión no lo mataba, tendría que acabar con su vida de manera que pareciera que su muerte se achacara a la colisión.

Llegó a temer que el Coordinador gritara cuando la falúa se lanzara contra la proa del Tasla. El choque casi la sorprendió, sintió que tiraban de ella, escuchó el crujir del metal y el estrépito de las alas al saltar en pedazos; durante unos segundos la navecilla se deslizó dando brincos por la superficie de plata del acorazado, hasta quedar encajada entre dos torres de artillería. Tras una pequeña explosión, se abrió una enorme grieta en el fuselaje. Chimara se agarró a los brazos del sillón al sentirse impulsada hacia adelante. El Coordinador saltó como un muñeco, quedando ensartado en las aristas de acero.

Chimara volvió la cabeza. En sus retinas había quedado grabada la imagen sangrienta del hombre, reventado y alanceado por docenas de agudas puntas de metal. Permaneció quieta, respirando con dificultad, reprimiendo su deseo de vomitar.

Las boqueadas la sumieron en la inconsciencia. Estaba a punto de perder el conocimiento cuando el equipo de salvamento del Tasla entró en la falúa, abriéndose paso entre las retorcidas planchas.

Cuando volvió en sí, vio delante de ella un oficial imperial. Le escuchó dar su informe a alguien que permanecía de pie al otro extremo de la estancia.

Estaba tendida en un lecho y apenas se podía mover, pero consiguió girar la cabeza y echar un vistazo a su alrededor, procurando no llamar la atención. Observó al personaje que escuchaba el informe del oficial. Vestía un brillante uniforme y lucía en los hombros los entorchados de Grandal.

—... La falúa —le decía el oficial— ya había recorrido la mitad del trayecto cuando el programa de vuelo fue interrumpido. El Coordinador intentó hacerse con los mandos, pero sólo tuvo tiempo de advertir a su acompañante que se aislase en el traje de presión. A él

no le dio tiempo de protegerse. Le encontramos a medio vestir, en un estado tan lamentable que tendremos que devolver sus restos en una cápsula.

—No me sorprende lo ocurrido. ¿Qué podemos esperar de una falúa de fabricación corvusiana? —masculló el Grandal—. Es la primera vez que voy a tener bajo mi mando a un atajo de estúpidos de Corvus, tan torpes como cobardes. No tienen experiencia en el combate. Gracias a los dioses dispondré de los desgalitas. El almirante de su flota acaba de anunciarme su llegada. Teniente, deshágase de lo que ha quedado del Coordinador y remítalo a su mundo con mi condolencia personal. Seamos corteses.

Chimara cerró los ojos al escuchar que el Grandal Dusek se volvió para mirarla; le escuchó decir:

—Confiemos que esta joven sepa hacer su trabajo. De todas maneras no es complicado. La recibiré cuando se haya recuperado, al mismo tiempo que el Coordinador de Desgal.

Permaneció con los ojos cerrados hasta que escuchó las pisadas del Grandal y del oficial salir de la habitación.

—¿No sería más prudente devolverla a Corvus y solicitar que nos envíen otro Coordinador? —escuchó que preguntaba una voz que hasta entonces no había oído.

Chimara se habría incorporado para saber quién era el que había aconsejado al Grandal que la hiciera volver. ¿Qué haría si la devolvían a Corvus? ¿Tanto trabajo para nada? Si algo aborrecía era una muerte inútil, y la de Shindulk no habría valido para nada si el Grandal tomaba en consideración la sugerencia del desconocido.

—Nada de eso, Dytri —escuchó que contestaba el Grandal—. Tardarían en enviarnos otro Coordinador. Que se quede. Siempre me he preguntado por qué he tenido que soportar la presencia en mi nave de los malditos enlaces de las flotas aliadas. Su trabajo es simbólico. Volvamos a mis aposentos. Ya se ocupará el médico de reanimar a la putita corvusiana.

Chimara esperó unos minutos antes de abrir los ojos. Estaba sola. Sobre ella colgaba el aparato que vigilaba sus signos vitales. No emitiría ninguna señal de aviso mientras se mantuviera quieta. Se dijo que un descanso le vendría bien.

Le reconfortó saber que ya estaba a bordo del Tasla y se había ganado el puesto de Coordinador principal. ¿Qué pensaría de ella Ahmel cuando se enterase cómo lo había conseguido? Ahmel debía saber que al confiarle la misión la estaba obligando a matar. Le maldijo por haberla convertido en una asesina.

Pero Ahmel, el cínico y frío Ahmel, se sentiría orgulloso de ella. No logró recuperar la imagen de su antiguo amante, y se alegró de ello.

La temperatura de la habitación era agradable.

Debía sentirse satisfecha. Pese a la premura con que planeó la muerte de Shindulk, todo había salido perfecto. Nadie la involucraría en su muerte. Se preguntó quién era el hombre que había hablado con el Grandal. No llegó a ver su rostro, pero su voz le sonó extraña. Hablaba como un terrestre, con el tono de altivez que tenían todos los malditos habitantes de la Tierra, el mismo acento que empleaba el Grandal. ¿Por qué tenían tanta prisa para regresar al puente? Se humedeció los labios. Tenía sed. ¿Cuándo volvería el condenado médico? Necesitaba que le dieran el alta y la dejaran moverse libremente por la nave. Nadie la molestaría. Necesitaba saber cuándo partirían las flotas. Todavía quedaban naves por incorporarse. ¿Cuántas? ¿Hacia dónde se dirigirían cuando el Grandal dispusiera la partida? ¿Qué mundo debía estar temblando en aquel momento, esperando ver aparecer sus cielos las naves que portaban el Fuego del Emzarkhan?

Una persona entró en la habitación y se acercó a la camilla. Una cara grande y rojiza de mujer se inclinó sobre ella justo cuando abría los ojos.

—Debe levantarse —dijo la mujer—. Todo indica que está en perfectas condiciones. Vístase con la ropa que le traigo y la llevaré a su camarote. Vamos, debe darse prisa. Antes de una hora tiene que presentarse en el puente.

Chimara apoyó un codo en el borde de la cama y miró a la mujer que vestía una bata amarilla.

—¿Vamos a partir?

—Eso es. Tiene que estar cerca del Grandal cuando llegue el Coordinador desgalita.

—¿Ya están todas las flotas?

La encendida cara de la mujer se tornó gris.

—¿Acaso tienen que venir más?

Chimara negó con la cabeza. Terminó de ponerse en pie y dijo mientras cogía la ropa:

—No, me temo que no.

«...El nombre de Dhrule era temido en la Tierra, era un nombre que debía ser odiado. Este odio lo contagiaron los imperiales a sus súbditos, haciéndoles creer que en un ignoto rincón de la galaxia los descendientes de los pasajeros de las dos últimas naves que los kerlhes lanzaron al espacio eran seres depravados, sanguinarios y sedientos de venganza, fanáticos seguidores de una religión que acechaban en las tinieblas para devorara los humanos...»

CAPÍTULO VII - EL SEÑOR VERN

Un planeta con fríos inviernos y calurosos veranos, donde las estaciones intermedias no existían y los vientos eran fuertes y las tormentas rugían tras largas calmas, resultaba tan insoportable para quien lo visitara una vez que se marcharía jurándose que nunca más volvería.

El Jerarca Uwyer se llevó esta impresión de Lartia la primera vez que lo visitó. Ahora lamentaba haber vuelto.

Desde que amaneció soportaba el calor asfixiante en una ciudad que al mediodía parecía quedarse sin vida, sus habitantes encerrados en sus casas, sumidos en el sopor. Las ardientes calles de la urbe le obligaron a echar de menos el cruel invierno lartiano.

Para Uwyer lo peor no era el calor sino el maldito olor a cuerpos hacinados y mal lavados que percibía por todas partes, el insoportable sudor de muchos cuerpos, mezclado con perfumes baratos.

A su lado caminaba Korlius. El agente de Dhrule en Lartia era un hombre delgado, más alto que el Jerarca, y siempre andaba algo encorvado. De vez en cuando miraba de soslayo a su superior, y sonreía divertido viendo las muecas que hacía Uwyer cada vez que pasaban cerca de una cloaca reventada o de un animal muerto, abandonado en medio de la calle.

El barrio ya debía ser viejo cuando Dhrule decidió hacerse con el control político y económico de Lartia; estaba compuesto por dédalos de callejuelas y senderos abiertos entre casas que se inclinaban sobre ellos, amenazándoles con caérseles encima.

La estrechez de las calles los había obligado a dejar el vehículo en una plaza donde el pavimento parecía hervir bajo sus pies. No vieron a nadie, y sólo en una ocasión le pareció ver al Jerarca una cabeza asomada a una ventana, mirándoles con asombro, como si no pudiera dar crédito a sus ojos, que dos hombres desafiaran el momento en que la canícula castigaba con más fuerza la ciudad.

Uwyer lanzaba resoplidos a cada momento, como si le costara caminar; se secaba el sudor de la cara con un pañuelo y volvía a maldecir. Estaba cansado, no había dormido apenas durante las últimas treinta horas.

Al llegar a las inmediaciones de Lartia, a bordo de la nave de Korlius, recibieron un mensaje de los agentes refugiados en las montañas próximas a la ciudad, la base secreta a la que arribaron en un vehículo externamente igual a los que usaban los nativos; sin embargo, su motor era más potente, y disponía de aire acondicionado, que echaban en falta mientras caminaban bajo aquel sol abrasador, impacientes por llegar al lugar de la

cita. Desde la base viajaron hasta la ciudad por una carretera infernal, llena de baches, mientras el sol caminaba hacia el cenit y la temperatura aumentaba.

—¿Cómo puedes soportarlo, Korlius? —jadeó el Jerarca. Apoyó la espalda en una pared grasienta, buscando el amparo de la escasa sombra que daba un balcón desvencijado—. La última vez que estuve aquí era invierno, y me marché maldiciendo este planeta de mierda, su frío húmedo; pero el calor es aún mucho peor que las ventiscas heladas que tuve que soportar.

—Uno termina acostumbrándose —sonrió el agente—. Sólo me quedan un par de meses de estar aquí. Siempre procuro permanecer en la ciudad el menos tiempo posible. Prefiero nuestra base en las montañas. ¿Te había dicho que dispongo de aire acondicionado en mi residencia de esta ciudad? Por supuesto, lo mantengo oculto; no quiero que mis amistades nativas se enteren de que disfruto de una temperatura ideal. Me odiarían.

Uwyer miró a su alrededor, encontrándolo mísero y sucio. Aquel era el peor barrio de la ciudad. Un perro cruzó corriendo la calle y desapareció en el oscuro zaguán de una casa. Desde el interior lo llamó una voz ronca. Seguían sin ver a nadie, y regresó el pesado silencio que los seguía desde que entraron en la ciudad. Korlius quería pensar que aquel era el mejor momento para deambular por la ciudad sin llamar la atención, cuando la vida quedaba paralizada a causa del calor del mediodía.

Sobre sus cabezas pasó rugiendo un avión a reacción, dejando una larga estela.

—Ya estamos cerca —dijo Korlius.

Antes de reanudar la marcha, Uwyer protestó:

—¿Por qué aceptaste la cita en un lugar tan horrible?

—¿Qué podía hacer? El consejero, después de entregarme el mensaje, no me dio ninguna explicación. Ahora comprendo por qué me agradeció que me ofreciera a venir en su lugar.

Una llamada en el domicilio de Korlius en la ciudad fue reexpedida a la base en las montañas, y desde allí a la nave en la que viajaban a Lartia. Apenas descendieron, el agente llamó al consejero lartiano y éste le confirmó que Jules Verne tenía más información que darle, pero exigía entregarla en persona, no por teléfono. El consejero se despidió de él, lamentando encontrarse enfermo y no poder acompañarle. Korlius sabía que mentía, que tenía horror a salir de su casa durante las horas de más calor, y también a enfrentarse al misterioso informador.

Korlius sacó el papel donde había anotado la dirección que le había dado el consejero. Se encontraban en la calle indicada y empezó a buscar la casa. Todas le parecían iguales. Lo peor era que muchas sólo mostraban unas manchas en lugar de números.

—¿Llevas dinero? —preguntó el Jerarca.

Korlius hizo sonar las monedas de su bolsa.

—Suficiente para convencer al informador si se muestra renuente a hablar con nosotros cuando no vea llegar a su contacto habitual.

—Estoy impaciente por conocerlo. No dudes en darle todo el dinero si es necesario.

El agente asintió. Como buen dhruleniano no podía comprender que el oro corrompiera con tanta facilidad a los nativos de Lartia. En su mundo abundaba este metal y su uso como medio de pago había quedado prescrito tras la Segunda Venida del Darsil. En Lartia siempre había dispuesto de oro amonedado suficiente, por supuesto falsificado en Dhrule, para comprar voluntades y facilitar la colaboración de los corrompidos políticos y funcionarios.

—Esta debe ser la casa—dijo señalando una pared llena de desconchones.

Se habían detenido ante una pequeña edificación de dos plantas. Todas las ventanas de madera estaban cerradas.

Buscaron la aldaba en la puerta de recios tablones claveteados. No la había y dieron unos golpes con los puños. Al cabo de un rato empezaron a temer que allí no viviera

nadie. El Jerarca se preguntó si el agente había tomado mal la dirección o se había equivocado de calle.

De pronto se abrió la puerta. No apareció nadie al otro lado, y Korlius miró al interior con recelo. Una voz procedente del piso superior les dijo que entrasen.

Una pequeña llama ardía en el rellano de la escalera de peldaños muy gastados. Dentro olía a humedad, a cerrado y a comida rancia.

—Vamos, suban —los apremió la voz.

Miraron hacia arriba y vieron las piernas de un hombre enfundadas en relucientes botas de media caña. El resto del cuerpo permanecía oculto.

El Jerarca hizo un gesto de asentimiento a su compañero y subieron despacio. El agente mantenía la mano cerca del arma que llevaba en la cintura.

Antes de que alcanzaran el descansillo, el desconocido se volvió y entró en una habitación, dejando abierta la puerta. Desde el interior les dijo que le siguieran. Uwyer fue el primero en cruzar el umbral. Miró los escasos muebles que había en la habitación. Aunque no era tan buen conocedor de las costumbres nativas como Korlius, adivinó que el mobiliario no había sido fabricado en el planeta. Respiró con alivio al percibir que allí dentro no olía mal.

Del techo colgaba un globo eléctrico, pero su luz eran tan triste que no podía alejar las sombras.

El hombre había tomado asiento al otro lado de una mesa de bordes tallados y tablero barnizado. Con displicencia les señaló dos taburetes.

—Siéntense. ¿Por qué no ha venido el consejero?

Uwyer lo observó. Tenía enfrente a un hombre mayor, casi un anciano; pero su mirada le pareció vivaz e inteligente. Su piel no estaba excesivamente envejecida. Aquel hombre poseía un extraño aura.

—¿Cómo sabe que hemos venido en lugar del consejero? —preguntó el agente.

—Nadie conoce esta dirección excepto el consejero, a quien se la di hace pocas horas.

—Mi nombre es Korlius, y también soy consejero del gobierno de Lartia. Su contacto sufrió un accidente y me pidió que viniera. Según él, usted tiene importantes informes.

—Sé perfectamente quién es usted —sonrió el desconocido—, y también sé que su colega le pasaba los informes que yo le hacía llegar, incluso antes de entregarlos al Consejo.

—¿Quién es usted? —preguntó Uwyer.

—Eso no importa. Digamos que soy un viajero y un buen observador, y entiendo lo que veo y escucho mejor que la mayoría de la gente.

—Pero debe tener un nombre, ¿no? Yo soy Uwyer—el Jerarca decidió no emplear un nombre falso.

—Encantado de conocerle, señor. Mi nombre es Herbert George Wells.

Uwyer experimentó una gran decepción. Había esperado conocer a Jules Verne. Se preguntó si aquel tipo les estaba mintiendo y cambiaba a menudo de nombre.

—Un nombre largo y extraño —dijo finalmente, con voz queda.

—Déjelo simplemente en Wells.

—Mi amigo el consejero me dijo que usted le entregó otros informes hace tiempo —dijo Korlius. Puso la bolsa con las monedas encima de la mesa. Wells bajó la mirada y sonrió a la vez que la cogía.

—Mi memoria flaquea a veces.

—Creí que usted era Verne.

—No sé quién es Jules Verne. Tal vez su amigo tenga otros informadores y no los conoce.

Uwyer se mordió la lengua para no saltar del taburete y lanzarse sobre Wells y llamarle mentiroso. Korlius no había dicho el nombre completo del otro personaje, sino sólo el apellido. Decidió no hacerle ver su error, pensando que lo había hecho a propósito. Si le

había tendido una trampa, no le daría la satisfacción de caer en ella.

—¿Qué tiene que decirnos, señor Wells? —preguntó Korlius.

—El Grandal Dusek está a punto de partir de Lartia. Se ha conformado con las naves de Desgal y Corvus. No esperará otras flotas. Está demasiado impaciente por partir.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Vengo de allí. Mi información es de primera mano.

—Eso no es posible —dijo Uwyer, incapaz de conservar la calma.

—¿Me está llamando mentiroso?

—No puede ser dueño de una nave capaz de ir y venir en tan poco tiempo.

—Olvídese de ese detalle sin importancia—rió Wells—. Lo importante para ustedes es que las tres flotas se dirigen hacia Lartia. ¿Adivinan con qué propósito?

—Díganoslo. Para eso le hemos pagado.

—Dejemos a un lado los disimulos —Wells señaló primero a Korlius y luego al Jerarca—. Usted, consejero Korlius, no nació en Lartia, pero se hace pasar por nativo y ocupa un alto cargo en el gobierno lartiano; saber gastar el abundante oro de que dispone para comprar favores y silenciar las sospechas que despierta. Hace tiempo sustituyó a un hombre, tan misterioso como usted, que ocupaba el cargo que actualmente ostenta, que alcanzó con métodos parecidos a los suyos —se volvió hacia el Jerarca—. Usted en cambio, señor Uwyer, ha estado en este planeta pocas veces. En este momento desea largarse de un mundo tan inhóspito, sucio y atrasado; desprecia esta comunidad regida por una casta militar y política corrupta. La curiosidad que mi humilde persona ha despertado en usted, y el deseo de ser útil a su patria, ha sido motivo suficiente para haber hecho un viaje tan largo. Supongo que debería sentirme halagado.

Korlius soltó una maldición. Uwyer bajó la mano hasta su cinturón. Antes de que sus dedos tocaran el arma, Wells les apuntaba con una pistola de grueso cañón.

—No pierdan la calma —sonrió el anciano—. No es mi intención causarles daño, pero les mataré si intentan sorprenderme. Pongan las manos sobre la mesa. Su actitud me obliga a tomar una decisión que me habría gustado postergar. Vivo en esta casa cuando vengo a la ciudad, pero después de hoy no podré volver. Así que olvídense de regresar con la idea de cogerme desprevenido.

—Usted es Verne —dijo Uwyer.

—Pueden pensar de mí lo que les parezca, pero créanme si les he dicho que Lartia corre peligro. El Grandal busca desesperadamente la gloria y necesita destruir este planeta. Jerarca Uwyer, ¿va a permitir que sea sacrificado para garantizar la supervivencia de Dhrule?

Los dos hombres palidecieron. El anciano sabía más de lo que habían supuesto en un principio. Su sospecha de que podía ser peligro era fundada.

—¿Qué pretende y quién demonios es usted?

—No me consideren su amigo, pero tampoco su enemigo.

—Le exigimos que nos diga por qué el Grandal conoce la existencia de Lartia y cree que este planeta es Dhrule.

—¿Acaso no les regocija que el engaño haya dado sus frutos? Dudaban del decorado que han estado preparando durante tantos años, temían que no estuviera terminado para cuando comenzara la representación. Aunque aún tiene deficiencias, les servirá.

Wells hizo desaparecer la expresión divertida de su rostro, pareció olvidarse de apuntar a los dos hombres; pero Uwyer no se atrevió a separar las manos de la mesa; cruzó una rápida mirada con Korlius y éste le replicó con un gesto que no se fiaba de la distracción del anciano.

—Pueden sentirse orgullosos de su plan —suspiró Wells—. El Grandal está convencido de que Lartia es el legendario Dhrule, y su estado de ánimo ha alcanzado tal excitación ante lo que considera el descubrimiento más trascendental de la historia del Imperio que no presta la debida atención a las noticias que le llegan de la Tierra. Por lo tanto ignora

que cuando haya partido de Corvus, dejará atrás una galaxia convulsionada, y tal vez, apenas se interne en la zona estelar desconocida donde espera encontrar a Dhrule, los lazos que unen a la Tierra con los Mundos Primarios se habrán roto.

—¿Qué nos importan sus problemas?

—Les debe importar la repercusión de los errores del Grandal. Los dhrulenianos no podrán impedir con sus estúpidos rezos a su no menos estúpida Esfera la destrucción de Lartia, cuando más de doscientos navíos de combate caigan sobre este planeta. Oh por supuesto que apoyarán a las defensas nativas para prolongar la guerra y desgastar al enemigo; sin embargo, no soy capaz de meterme en sus retorcidas mentes para ver si esto es lo que desean. ¿Acaso prefieren que la inmolación de Lartia se lleve a cabo?

—¿Dónde quiere ir a parar, señor Wells? —inquirió el Jerarca.

—No es suficiente el oro con que me pagan; si quieren seguir recibiendo mis informes tendrán que darme algo más.

—¿A qué se refiere?

—Deben comprometerse a que la nave insignia imperial no sufra el menor daño.

—¿El Tasla?

—Exactamente.

—Tiene que darnos una razón.

—A bordo de esa nave hay algo que no debe sufrir el menor daño.

—Pone un precio muy alto, señor Verne —sonrió Korlius, pronunciando con énfasis el apellido—. Me temo que tendrá que conformarse con el oro. Le daremos todo el que quiera, pero nada más. Ninguna promesa por nuestra parte, ningún compromiso.

Wells hizo saltar la bolsa llena de monedas con su mano libre.

—Dhrule podría resultar muy perjudicado si el Tasla fuera destruido. Transporta algo muy valioso. Irreemplazable.

—¿Quiere decir para usted o para nosotros? —preguntó el Jerarca con burla.

—Para mí, pero a corto plazo también lo será para ustedes.

—Si respetásemos a la nave insignia dificultaríamos los planes. El fin del Líder siempre desmoraliza a la tropa —sonrió Uwyer.

—Deben correr el riesgo. Puedo darles algo más a cambio.

—Le escucho.

—¿Qué le parece las coordenadas en las que surgirán del hiperespacio las flotas imperiales? —puso sobre la mesa un cilindro de cuarzo—. Están aquí, grabadas en un soporte conocido por los dhrulenianos, pero no por los lármanos. Si sus naves actúan en perfecta coordinación con las de Lartia, sorprenderán al Grandal, y además de obtener una victoria fácil conservarán intacto el señuelo: Lartia.

—Podemos estudiar la posibilidad de permitir que la nave insignia escape lo más intacta posible —murmuró Uwyer tomando el cuarzo.

—Háganlo y no se arrepentirán.

—Creo que usted está loco, Wells —dijo Korlius.

—Es posible —rió el anciano—. Ahora debo irme. Cerraré la puerta detrás de mí. No salgan de aquí hasta que pasen diez minutos. Si no hacen lo que les digo, podrán encontrarse con una desagradable sorpresa.

Se puso en pie y los dhrulenianos hicieron lo mismo.

—¿Volveremos a vernos?—preguntó Uwyer.

—Tal vez —Wells caminó de espaldas y alcanzó la puerta, sin dejar de apuntarlos. La cerró y los dos hombres escucharon el sonido de una tranca de madera caer sobre ella. Korlius empuñó su pistola y el Jerarca le sujetó el brazo.

—Espera. Le daremos el tiempo que nos ha pedido.

—¿Porqué?

—Ha sido sincero, ha dicho la verdad.

—Está jugando con nosotros.

—Tal vez, pero no es un enemigo de Dhrule. Lo único que me asusta de ese tipo es lo que sabe de nosotros.

—No puede ser nativo de Lartia, y eso sí que me da miedo. ¿De dónde viene y qué pretende?

—Ojalá lo supiéramos. Es evidente que le gustan las adivinanzas. Un sicario del Emzarkhan nunca se habría comportado como él.

—Apostaría un año de estancia aquí a que ha nacido en un Mundo Primario. ¡Por la Esfera, Uwyer, no podemos permitir que ande libre, sabiendo que conoce tantos secretos de nosotros! ¿Qué pasaría si cayera en poder de la policía secreta de Lartia y le obligaran a hablar? Suponiendo que le creyeran, ¿cómo reaccionarían si descubriesen que están siendo manipulados desde hace años por un mundo del que jamás han oído hablar?

Antes de derribar la puerta a tiros, Korlius probó a empujarla y lanzó una exclamación de asombro al descubrir que no estaba cerrada. Bajaron la escalera y se detuvieron un instante en el zaguán, antes de salir a la calle. Del otro lado les llegaban un vocerío y ruidos de peleas.

El agente se adelantó protegiendo al Jerarca con su cuerpo, con el arma amartillada. En la calle, un grupo de personas se peleaba por recoger monedas de oro del suelo. De las casas salían personas con sueño en la mirada, sudor en el cuerpo y furia en el rostro por haber sido despertadas en plena canícula; pero cuando vieron el oro, les desapareció el cansancio y corrieron a apoderarse de las últimas monedas.

Uwyer empujó a Korlius para alejarle de la pelea por el dinero. Señaló hacia el otro lado de la calle.

—Nuestro hombre ha debido escapar por ahí, y para que no le sigamos ha levantado esta barrera humana a costa de nuestro dinero. Larguémonos. El tumulto podría atraer a la policía.

—¿La policía en este barrio? Ni lo sueñes. No entrarían en estas calles aunque se produjera un asesinato por minuto. —Korlius esbozó una sonrisa de resignación. Había pensado seguir a Wells, pero tendrían que dar un rodeo para alcanzarle.

Acudió más gente atraída por los gritos. Los dhrulenianos apresuraron el paso y no tardaron en verse lejos de aquel barrio. Caminando más tranquilos, respirando con dificultad a causa de la carrera y del calor, Uwyer comentó:

—Curioso personaje el tal Wells. No le importa el dinero. Ha gastado todo el que le dimos en impedir que le sigamos.

Llegaron a la plaza donde habían dejado el vehículo y entraron en él, impacientes por respirar el aire acondicionado.

—Es un tipo extraño —añadió el Jerarca con los ojos entornados, respirando profundamente.

—Si no es dinero, ¿qué quiere? —rezongó Korlius.

—Intenta averiguar a través de ese consejero si Wells y Verne son la misma persona. ¿Grabaste su rostro? —al ver que Korlius asentía, agregó—: Estupendo. Estoy seguro de que se trata del mismo tipo.

Korlius puso en marcha el vehículo. Condujo deprisa a lo largo de una desierta avenida.

—No puede ser almanzariano —dijo—, pues no los hay en Lartia. Si lo fuera, y estuviera aquí espiando para la Logia a la vez que para nosotros, me quedaría más tranquilo. Esos conspiradores saben que Dhrule no es una leyenda y que en algún lugar se oculta. Tal vez se pusieran de nuestra parte. Su odio hacia el Imperio les convertiría en unos magníficos aliados. Si Wells fuera un espía doble, debemos descubrir qué y cómo han averiguado la existencia de Lartia.

—Continúa.

—Siempre hemos considerado la posibilidad de que en la nobleza terrestre haya agentes almanzarianos infiltrados. Por tanto, quedaría explicado cuál es la fuente de la

información que Wells dispone. Si han sido más astutos que el servicio de inteligencia imperial, y han descubierto a costa del Grandal la existencia de Lartia, saben la verdad, y podemos imaginar que ha viajado hasta aquí para... —Korlius meneó la cabeza—. Mierda, ya no sé qué pensar, me he hecho un lío. Lo cierto es que no puedo adivinar lo que pretende el anciano.

—Lo más extraño, Korlius, es que ninguna nave procedente del exterior podría aproximarse a este planeta sin que lo supiéramos.

—Eso no lo he pasado por alto —gruñó Korlius—. Debemos analizar todas las hipótesis, incluso en la posibilidad de que Wells no sea un almanzariano y la Logia no haya metido las narices en este asunto. ¿Qué piensas hacer?

—Regresaré a Dhrule; pero antes haré una escala en Decero. Hace tiempo que quiero inspeccionar la construcción de las nuevas unidades de combate.

—¿Qué quieres que haga mientras tanto?

—Busca a tu amigo el consejero e interrógale de manera que no entre en sospechas. Necesito aclarar cuanto antes si los dos informadores son la misma persona.

—Los nombres de Verne y Wells te tienen intrigado, ¿verdad? ¿Sigues pensando que existe una relación?

—Tengo una idea a la que sigo dándole vueltas en la cabeza. Nuestro informador nos ha estado dando pistas con sus nombres falsos de estos dos autores y sus libros. Tenemos un par de ellos en los archivos.

—¿Qué podrían aclararte unos viejos libros?

—Tuve mis dudas respecto a Verne, pero no con Wells, un autor de relatos para niños. Cuando llegue a Decero pediré más información. No he tenido tiempo de echar un vistazo a la única obra que conservamos de Verne, pero recuerdo haber leído hace varios años *Los primeros hombres en la Luna* de un tal H.G. Wells. Podría ser la pista que busco.

Korlius le miró convencido de que el clima de Lartia no le beneficiaba.

Estaban saliendo de la ciudad. Uwyer esperó que Korlius remontara el vuelo cuando no viera ningún vehículo en la carretera. Llegarían a la base en poco más de una hora.

El Jerarca guardó silencio hasta que vio que volaban hacia las montañas. En ningún momento había dejado de pensar en el viejo llamado Wells y en el hombre del mismo nombre que mil años antes escribió una historia que le cautivó siendo un adolescente, a pesar de contener demasiados errores científicos. Según el escritor inglés, el hombre llegó a la Luna con el empleo de un metal llamado cavorita con el que construyó un vehículo esférico y...

Uwyer sintió un escalofrío; miró de soslayo a Korlius, quien parecía no haberse dado cuenta de su turbación.

Repitió mentalmente varias veces la palabra esfera, la forma que tenía el navío que la fantasía de Wells imaginó para su novela.

Primero estaba la referencia a una luz situada en el confín de un planeta en la novela *El faro delfín del mundo*, y luego la alusión a la nave esférica construida en cavorita. Si no se había dejado llevar por la imaginación, podía tomaren consideración que la persona que hiciera alarde de poseer tales conocimientos no podía ser otro que... Uwyer sacudió la cabeza. No se atrevía a llamar viejo al individuo que tanto le había desconcertado.

Le costaba creer que aquel tipo de cabellos blancos y grandes patillas llamado Verne o Wells fuera quien había empezado a sospechar que era tras encajar algunas piezas del rompecabezas.

El vehículo empezó a descender: Uwyer se reconfortó pensando que pronto iba a abandonar Lartia.

«...Su política exterior benefició a la Tierra. A medida que iba conquistando los Mundos Primarios, obligaba a sus habitantes a firmar pactos en los que se comprometían a aportar mano de obra, materias primas y soldados al Imperio, que por medio de esta política obtenía excelentes beneficios económicos a la vez que adiestraba a sus vasallos

a combatir con medios modernos y al manejo de naves de combate dotadas con Impulsores Kerlthe. Sin embargo, el Imperio fue abonando sin darse cuenta un campo del que no tardarían en brotar los primeros síntomas de rebelión...»

CAPITULO VIII - LA PRIMERA BATALLA

A criterio de Chimara, el Coordinador Murond era un maleducado al no cambiar con ella más de media docena de palabras cuando fueron presentados.

Aunque sólo se veían cuando tenían tareas comunes que realizar en el puente, Chimara decidió ignorar al desgaita. Ya tenía bastantes preocupaciones para añadir una más. Cada día que pasaba sin descubrir los propósitos del Grandal, su desesperación aumentaba.

Tras dos semanas de navegación y tres saltos por el hiperespacio, la flota inició el proceso de deceleración. Chimara intuyó que había llegado el momento crucial; las comunicaciones se habían estabilizado y los comandos empezaron a solicitar instrucciones para el agrupamiento alrededor del acorazado del Tercer Dusek.

El TK no había sido utilizado desde que abandonaron Corvus, y esto causaba demoras que irritaban a los navegantes. Tardó en averiguar que el silencio estaba impuesto por una orden expresa del Grandal, que por ninguna razón podía ser vulnerada.

Chimara llegó a la conclusión de que a bordo nadie conocía el destino de la expedición aparte del Grandal; pero tenía el presentimiento de que el Portador Loulakais participaba del secreto. En cierta ocasión vio de lejos al representante de los Gremios merodear por el puente, y se preguntó qué hacía allí.

Al cumplirse la décima hora de deceleración, el Grandal convocó a los Coordinadores ante el plano estelar del puente. Chimara cruzó el puente para llegar a la reunión, caminando por un corredor de energía, viendo flotar sobre su cabeza las cápsulas ocupadas por los navegantes enfrascados en el seguimiento de cada nave de las flotas, moviéndose delante de los centelleantes paneles bajo la enorme bóveda en la que desde hacía un rato habían empezado a aparecer las estrellas.

Manejando un puntero luminoso, después de comprobar que los dos Coordinadores le prestaban atención, Delbert señaló un círculo amarillo que destacaba en el centro del mapa.

—Este es el objetivo —dijo—. Cuando el proceso de deceleración haya concluido en el punto dos cinco, estaremos a veinte millones de kilómetros de nuestro destino, lo cual ocurrirá dentro de cuarenta minutos. Cada jefe de nave permanecerá en su puesto esperando mis órdenes. En su momento sabrán cuándo deben leer las instrucciones que les serán entregadas, y las comunicarán a los navegantes.

Un oficial repartió cilindros de metal entre los comandos y los dos coordinadores. Chimara contempló el suyo y acarició el dispositivo de apertura, lamentando que se enviarían las claves a los comandos corvusianos sin haber tenido tiempo de interpretarlas. Los convertidores hacían ininteligibles los datos del Grandal y ella nunca llegaría a conocerlos. Se sintió frustrada al presentir que su misión estaba condenada al fracaso.

—¿A qué mundo se dirigirán las flotas? —preguntó.

El Grandal se volvió y la miró. La pregunta de la muchacha lo había pillado desprevenido y por un momento estuvo tentado de hacerla callar, pero después de reflexionar dio unos pasos y se detuvo delante de Chimara, con las piernas separadas y balanceando el cuerpo.

—Carece de nombre —replicó secamente—. Será llamado Objetivo D. ¿Alguna otra pregunta, Coordinadora?

Chimara sintió que se le encendían las mejillas. Había comprendido demasiado tarde

que su pregunta había irritado al Grandal. El nativo de Desgal se aproximó, solicitó la palabra y dijo tan pronto como le fue concedida:

—Señor, hasta ahora hemos estado usando el sistema convencional para comunicarnos. ¿Cuándo vamos a emplear el TK? Me preocupa sobre todo la eficacia en mi trabajo.

El Grandal se tomó unos segundos para meditar la respuesta. Chimara miró al otro lado del mapa, donde el Portador Loulakais, una figura borrosa tras la masa de estrellas reproducidas, le pareció un fantasma.

Apartó la mirada del servidor de los Gremios y volvió la atención al Grandal, quien en ese momento respondía al desgalita:

—Gracias por su interés, Coordinador Murond; puedo anticiparle a usted y a su compañera que las flotas no se distanciarán entre sí más de diez segundos luz en ningún momento. Si habían pensado que hemos venido a combatir, han acertado. El ataque contra el Objetivo D dará comienzo tan pronto como la última nave termine de salir del hiperespacio y su deceleración haya concluido.

Vamos a asestar un golpe rápido y contundente en el sector de ese planeta donde están concentradas las fuerzas hostiles al Imperio, pensó Ghimara, y por lo tanto la dispersión sería tan mínima que no haría necesario el uso del TK.

Carraspeó y atrajo de nuevo la atención del Grandal. Ante el estupor general, Ghimara no esperó que se le diera permiso para hablar.

—¿Continuará la prohibición de uso del TK si el enemigo nos obligase a una apertura mayor de lo que ha sido calculada?

—Eso no ocurrirá —dijo el Grandal, mirándola fijamente, como si quisiera grabar sus facciones para siempre—. Los jefes se atenderán a las instrucciones. Es todo, caballeros. Pueden retirarse. Regresen a sus puestos y cumplan mis órdenes.

Los miró convencido de que los comodores se preguntarían quién era el enemigo del Imperio que iba a conocer el Fuego del Emzarkhan.

Ghimara respiró varias veces para ocultar su nerviosismo. Saludó al Grandal con una inclinación de cabeza y salió del puente por una puerta lateral, seguida por el desgalita a corta distancia.

Giró la cabeza y vio que el Portador se deslizaba por el otro lado del mapa y se reunía con el Grandal. Los dos iniciaron una conversación justo en el instante en que la deceleración del Tasla había disminuido a menos de siete puntos.

—Acompáñeme, Ghimara —le dijo Murond, acercándose a ella.

Las palabras del desgalita le sonaron como una amenaza y estuvo a punto de salir corriendo, pero él la agarró de un brazo y la obligó a entrar en una cabina de descanso.

—Por favor, no cause más problemas —le pidió el Coordinador, cerrando la puerta—. Aquí dentro hay un suministrador. Si este es su primer servicio, le aconsejo que se tome un tranquilizante.

—¡No lo necesito! Déjeme salir.

—¿Se calmará si se lo suplico?

—¿Qué quiere de mí? No tengo mucho tiempo. Recuerde que debemos transmitir las órdenes selladas del Grandal a nuestras respectivas flotas.

La cabina tenía capacidad para más de diez personas y disponía de varios servicios. Ghimara vio que el desgalita se volvía, y pensó que iba a pedir un calmante para ella; pero le sorprendió al ver que aseguraba la puerta con su código personal.

—Entrégueme sus órdenes —dijo Murond, tendiendo una mano.

Ghimara agarró con fuerza su disco y retrocedió un paso.

—¿Se ha vuelto loco? Sabe perfectamente que no puedo hacerlo.

—Sólo quiero constatar el contenido de su disco con el mío.

—¡Esto es contrario a las ordenanzas! Nos está prohibido conocer las órdenes dadas por el máximo superior de una operación de guerra.

—Mire lo que hago con las malditas ordenanzas.

Murond apretó el botón de su disco. Una vez abierto insertó un hilo a su oreja derecha y permaneció en silencio unos segundos, sin desviar su mirada de la muchacha. Ghimara comprendió que el desgalita estaba entrenado para interpretar los códigos secretos sin necesidad de un convertidor.

—Lo que ha hecho podría costarle muy caro —dijo Ghimara, respirando con dificultad.

—Podría costarme la vida —sonrió Murond con tristeza—. Ahora debo leer su disco, Coordinadora.

Ella volvió a retroceder.

—No me obligue a usar esto —Murond había sacado una pequeña pistola y apuntó a la muchacha—. Si lo prefiere puedo hacerle daño, herirla superficialmente para que todos piensen que la obligué a darme el disco, si fuéramos descubiertos. Desprecio a los corvusianos tanto como ustedes a nosotros, pero las circunstancias nos obligan a colaborar y a entendernos, Ghimara Lant.

—Pero ¿qué demonios se propone?

Sin dejar de vigilarla, Murond hizo lo mismo con el disco de Ghimara. Le llevó menos tiempo para leerlo y luego lo arrojó junto con el suyo al vertedero que los llevaría directamente al crematorio de la nave. Cuando los vio desaparecer, se volvió despacio hacia ella.

—Escúcheme atentamente, Ghimara. Tiene que confiar en mí. Según he leído en los mensajes, el Grandal pretende enviar en vanguardia a las flotas de Desgal y Corvus para lanzarlas a un ataque suicida. Sus compatriotas y los míos serán carne de cañón una vez más. ¿Quiere saber por qué se retrasó la flota de Desgal? Cuando recibimos la orden de incorporarnos pensamos desobedecerla; pero desistimos de ello para librar a nuestro mundo de las represalias que tarde o temprano decretaría el Imperio. El poder de la Tierra se está desmoronando. ¿Es que no se da cuenta? El Grandal solicitó diez flotas, pero sólo han acudido dos. ¿Dónde están las restantes? Ocho no han respondido a su llamada. ¿Va entendiendo?

—No, no puedo comprender nada.

—Ocho flotas se han rebelado. Quizá algunas están atacando en este momento alguna base imperial.

—Me cuesta creerle.

—Le digo la verdad. Dentro de poco el Tercer Dusek no tendrá bajo su mando a ningún aliado al que sacrificar para mayor gloria suya. Si actúo con rapidez puedo sustituir el mensaje que he destruido, anular la orden de ataque y advertir a mi comodoro de la trampa que el Grandal nos ha preparado. Antes de que las flotas se reúnan, la de Desgal no cubrirá el sector que le ha sido asignado y saltará al hiperespacio. Le aconsejo que haga lo mismo, Coordinadora. Las naves de Corvus deben regresar a su mundo y prepararse para defenderlo cuando el caos se apodere de la galaxia; si se quedan ayudando al Grandal a destruir un mundo cometerán un error del que se arrepentirán. Si a pesar de lo que le he dicho prefiere no seguirme, deberá mostrar una herida cuando vengan a sacarla de aquí. Procuraré no causarle un daño irreparable.

—Está loco —contestó Chimara, mirando horrorizada el arma del desgalita que apuntaba a sus piernas.

Había tenido un presentimiento y se llevó la mano izquierda a la frente y luego al corazón, a la vez que recitaba las palabras que Ahmel le había enseñado, asegurándole que eran de una lengua extinguida llamada latina.

Esperó la reacción de Murond. Si se había equivocado, vería el asombro en su rostro.

El Coordinador, después de parpadear, susurró:

—Ha hecho el signo de Almanzar.

Ella lo repitió y él respondió sin titubear. Chimara respiró con alivio. A partir de aquel momento los dos estaban unidos por la Logia.

—¿Qué piensas hacer, hermano? —preguntó—. ¿Acaso tus superiores te han exigido el máximo sacrificio?

—Tengo un plan para salir de aquí. Un hermano nuestro, a bordo de una nave, espera mis noticias. Cuando las reciba, informará a los oficiales de las intenciones del Grandal y se apoderarán de los puentes de mando.

—¿Un motín?

—No podemos confiar en la oficialidad; la mayoría es adicta al Imperio. Si los dioses nos ayudan, escaparemos antes de que el Grandal nos obligue a atacar ese planeta del que nada sabemos.

—¿Cuál es tu plan?

—Sencillo pero eficaz. Chimara Lant, no puedo garantizarte nada, pero a mi lado tendrás al menos una oportunidad de sobrevivir. Si decides quedarte, no habrá salvación para ti.

Chimara se mordió el labio superior y asintió.

—Ahora confío en ti, hermano.

—Estaba seguro que dirías eso —sonrió el hombre de Desgal—. Me sorprendiste cuando te identificaste como almanzariana; ignoraba que hubiera hermanos en Corvus, pero de eso hablaremos más adelante. Lo importante en este momento es conseguir una cápsula de salvamento. Antes de que nos echen de menos estaremos a bordo del crucero de nuestro hermano en la fe.

—¿Qué pasará si el motín no triunfa?

Murond sonrió de oreja a oreja.

—No pienses en eso.

Chimara titubeó.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Murond, sorprendido.

—No puedo acompañarte, lo siento.

—¿Por qué? Acabas de decirme que sí...

—Fui enviada por la Logia de Corvus para llevar a cabo una misión.

—Puedo adivinar de qué se trata.

—No, no puedes.

—Vamos, somos hermanos; aunque hemos trabajado separados, nuestros objetivos son los mismos. Te prometo que cuando estemos a salvo te haré partícipe de lo que he averiguado. He sido más afortunado que tú. Conozco los planes secretos del Grandal y el Portador. Son aliados.

—¿Aliados?

—Tienes que decidirte, Chimara; se nos acaba el tiempo.

—Te seguiré si me dices por qué has destruido los discos. ¿No habría sido mejor llevarlos con nosotros?

—Su metal nos habría delatado al entraren los tubos de salvamento; pero no te preocupes, que sé cómo llegar hasta las cápsulas sin ser descubiertos.

—¿Escaparemos juntos?

—El viaje hasta la nave de Desgal lo haremos separados. Todas las cápsulas que hay a bordo son individuales excepto la que Grandal reserva para él. Te daré la posición del crucero de nuestro hermano. Dentro de pocos minutos las naves habrán terminado de decelerar y será fácil localizarlo mientras las flotas esperan las instrucciones del Grandal, que por supuesto no les llegarán.

Salieron de la cabina y caminaron presurosos por un pasillo solitario. Usaron un conducto de emergencia y echaron a correr. Llegaron a su destino y se detuvieron para recuperar el resuello.

—Cuando se den cuenta de que hemos escapado, estaremos a bordo del crucero desgalita. Minutos después se iniciará la estampida que dejará al Grandal paralizado por el espanto.

—¿Cómo podré volver a Corvus? Debería buscar una nave de mi mundo...

Murond soltó un gruñido; su mirada brilló un instante.

—No quiero ofenderte, pero dudo que los corvusianos se amotinen y deserten. Tu gente carece de iniciativa y es cobarde por naturaleza.

—Te equivocas —replicó Ghimara, incómoda—. Desgal está demasiado lejos de Corvus para que nos conozcáis.

—Las distancias son las culpables de los males que pudren las colonias, pero son la fuerza del Imperio. Si pudiéramos comunicarnos al instante por un medio parecido a los TK... Pero es una discusión que puede esperar. Hemos llegado, hermana.

Ante ellos se abría una abertura que mostraba el interior de una sección del tubo de emergencia. Una cápsula medio transparente yacía en el fondo, y detrás varias más formando una hilera que se perdía en la oscuridad.

—¿Sabes manejar este modelo? —preguntó Murond. Al ver que Ghimara asentía, añadió—. Límitate a seguirme a corta distancia. Te resultará fácil si usas los cuadrantes automáticos. En el caso de que me perdieras de vista, recuerda la posición del crucero. Estará emitiendo una pequeña señal que sólo podemos captar nosotros mediante este seguidor—. Le entregó un cubo de cristal.

Se estrecharon las manos e hicieron el saludo de la Logia.

—No te preocupes por el contenido de los discos —sonrió el desgalita—, pues lo guardo en mi memoria. Cuando estemos a salvo te revelaré lo que he descubierto en el Tasla.

Ghimara observó a Murond entrar en la cápsula. El desgalita se volvió y la saludó con la mano antes de cerrar la cabina. Luego pulsó el botón de la puesta en marcha y el ahusado vehículo se deslizó varios metros; otro igual ocupó su lugar y Ghimara se apresuró a entrar en él. Cuando la escafandra cubrió su cabeza y el traje de presión se ajustó a su cuerpo, la puso en marcha y siguió al desgalita.

El final del tubo se abrió delante de Murond cuando se hallaban a menos de veinte metros. Ghimara había contenido la respiración hasta ese momento y lanzó un suspiro de alivio al avistar las estrellas tras el muro de energía. Sobre el reducido panel de mandos un diminuto cubo emitía destellos plateados; segundos después se hallaba en el espacio, alejándose del acorazado Tasla y la flota imperial.

La cápsula de Murond se perdió en la oscuridad. Chimara ajustó los controles y relegó al computador el trabajo de seguir a la unidad que la precedía.

Sólo utilizó los mandos para aumentar la velocidad. Volvió la cabeza y contempló la masa del Tasla perderse en la distancia, hacerse más pequeño su fuselaje de plata tachonado de las torres de proyectores láser y las cúpulas de los lanzadores del Fuego del Emzarkhan.

Más de una vez perdió el rastro de Murond, pero a través del rastreador volvió a encontrarlo. La placa luminosa del pequeño panel le fue mostrando las posiciones de las naves imperiales. A la derecha estaba la flota de Desgal, agrupándose en una doble formación delta. Las naves de Corvus, más alejadas, cubrían el flanco izquierdo.

Su atención fue atraída por el planeta conocido como Objetivo D en el plan de ataque. Lo estuvo observando hasta que la cápsula efectuó un extraño giro no programado. Quedó desconcertada. Aún tenía la mirada vuelta cuando un resplandor cegador, nacido en el profundo espacio, la obligó a cerrar los ojos. Fue un bramido largo y silencioso de luz que durante varios segundos eclipsó el brillo de las estrellas, del próximo mazo de asteroides y del sol del sistema planetario.

Chimara localizó el origen del estallido: una nave terrestre situada a varios kilómetros del Tasla se consumía en medio de una gigantesca hoguera blanca, devorando millones de toneladas de acero y dos mil seres humanos.

Aún no se había recuperado del sobresalto cuando localizó otras explosiones que fueron surgiendo en el negro vacío, trazando ígneas líneas en el centro de la formación.

La cápsula empezó a dar tumbos al ser alcanzada por las ondas de choque, quedando envuelta en un violento fulgor escarlata. Chimara tuvo que apartar la mirada. A pesar del filtro de su casco, el resplandor podía dejarla ciega.

Continuó girando en un segmento del furibundo ataque por sorpresa. El enemigo había sabido elegir el momento para mostrarse a las flotas invasoras, cuando más de la mitad de sus naves aún no habían terminado la deceleración ni se habían adaptado a la velocidad sublumínica. La devastadora destrucción les había golpeado como un martillo sobre un yunque.

Como si estuviera burlándose de cuanto ocurría, el mundo Objetivo D destacaba entre la miríada de estrellas.

Chimara no sabía dónde estaba Murond, ni tenía la esperanza de volver a encontrarlo. Intentó localizar a la flota desgaita tras comprender que sólo en una de sus naves podía encontrar la salvación; pero ninguna conservaba su posición original y se movían desesperadamente intentando eludir el ataque.

Nuevas ondas de energía golpearon furiosamente la cápsula; Chimara terminó de perder el escaso control que ejercía sobre ella, se olvidó del desgaita y únicamente pensó en escapar de aquel infierno. Aceleró al máximo el pequeño motor, olvidándose de que no podría llevarla más lejos de la ruta programada.

Lanzó una mirada de espanto a las convulsiones que emitía el detector, enloquecido a causa de las deflagraciones que se sucedían a su alrededor.

Se preguntó cómo la armada de aquel mundo había podido sorprender a la flota invasora; su aproximación debió ser detectada con tiempo suficiente para preparar la defensa. El ataque había sido fulgurante, como si las naves no hubieran partido del planeta, sino surgido del hiperespacio. Chimara sacudió la cabeza. Era imposible. No había que ser un experto navegante para considerar irrealizable semejante proeza: una nave recién incorporada al espacio normal necesita bastante tiempo para normalizar sus sistemas, el proceso de deceleración era condenadamente lento. ¿Cuántas naves formaban la flota enemiga y cuántas aliadas habían caído hasta aquel momento? Pensó que nunca conocería el desenlace de la batalla. Iba a morir sin saber ni quiénes eran los atacantes.

Después de descartar como destino el planeta llamado Objetivo D debido a la distancia, Chimara trazó una nueva ruta que la alejara de la muerte. El conglomerado de asteroides estaba a su alcance. Podía ser un refugio temporal hasta que terminase la lucha.

Los nuevos destellos de las explosiones a sus espaldas la convencieron de que era la única decisión que podía tomar y dirigió la cápsula hacia el cúmulo de rocas.

«...Los testimonios reunidos en la Tierra durante el siglo XXI acerca de Dhrule eran confusos. Al principio se pensó que sólo era un mundo, pero otros teóricos, entre ellos Percival O'Hara, afirmó que eran dos planetas. A la vista de Lartia nadie sospechó de la superchería, a pesar de que los escasos informes que se conservaban no mencionaban la existencia del Mazo de Asteroides que lo rodeaba, un dato que no figuraba en las crónicas...»

CAPITULO IX - ARRIBADA FORZOSA

Los chasquidos metálicos que produjeron los contactos al cerrarse despertaron a Chimara del sopor en que había caído en contra de su voluntad, vencida por el cansancio y muchas horas de vigilia.

Sintió los miembros entumecidos, y se hubiera incorporado para flexionar las piernas si se lo hubiera permitido el reducido espacio de la cabina. Comprobó que su casco seguía bien sujeto, así como todas las piezas del traje.

Sus cansados ojos escrutaron una vez más la pantalla y el cuadrante.

Si el computador de la cápsula había dispuesto que su traje de presión permaneciese cerrado, debía entender que no consideraba el vehículo seguro para el pasajero.

Las luces rojas se apagaron, las verdes aumentaron de intensidad y los indicativos del papel permanecieron inmobilizados. El microdetector funcionaba sin descanso, así como el visor de proa. El primero emitía zumbidos de alerta cada vez que el vehículo se aproximaba a un asteroide, apartándose de la ruta de colisión. Chimara se preguntó cuánto tiempo más podría soportar aquella tensión. Empezó a preocuparle la reserva de aire y de alimentos.

Se acercaba velozmente al sector del conglomerado de asteroides más denso. El tiempo transcurrido desde su fuga del Tasla era de cuarenta horas. Los pequeños propulsores de la cápsula se habían apagado hacía rato y sólo funcionaba la tobera de emergencia. El nivel de combustible no tardaría en estar a cero, y con tan escasa energía descendería la presión de la cabina y ella empezaría a notar los primeros síntomas de asfixia.

Se llevó la mano al pecho y tanteó la placa de mando de su equipo. Estaba sedienta y buscó el dispositivo que llevaría agua a su boca. Después de beber unos centímetros cúbicos, ingirió varias dosis alimenticias. Podía resistir un par de horas. Pero ¿qué haría después?

Se enderezó, hizo un esfuerzo y el traje se desprendió del respaldo del asiento. El bulto adosado a su espalda era un pequeño propulsor capaz de transportarla unos veinte kilómetros. Tendría que salir de la cápsula cuando una roca saliera a su encuentro y la poca energía que quedaba no fuera suficiente para esquivarla.

Empezó a creer que no había tenido una buena idea refugiándose en aquel maldito laberinto de pedruscos. Suponiendo que la cápsula no interceptase la ruta de una roca mayor que su puño, ¿qué sería de ella cuando el propulsor se agotara y la unidad empezara a vagar entre guijarros, algunos tan grandes como un crucero?

El detector la avisó de la aproximación de un cuerpo rocoso de dos kilómetros de largo por uno de ancho. El visor le mostró una superficie rugosa, erosionada y corroída por millones de impactos.

Chimara comprendió que no podría eludir aquel asteroide ni ir más allá de su órbita: la cápsula estaba dando sus últimos estertores. Se preguntó si valdría la pena intentar mentalizarse a la muerte mediante un proceso psíquico que la ayudara a resignarse con su destino. Sonrió. Ni siquiera encomendándose a sus dioses encontraría la serenidad necesaria para enfrentarse al fin.

Sólo le quedaba la posibilidad de acoplarse a la velocidad del asteroide y posarse en su superficie. Le costó reconocer que era la única maniobra posible. Sin dejar de vigilar la gran roca que se acercaba a ella, pidió al computador un análisis de la que iba a ser su tumba.

Se quedó perpleja cuando leyó el resultado. ¡El asteroide poseía una atmósfera lo suficientemente densa como para permitirle respirar! Aquello era imposible, estaba fuera de toda lógica. Después de una segunda comprobación, pensó que había enloquecido o estaba soñando. Un resto de razón le gritaba que el analizador tenía que estar equivocado.

Su desesperación aumentó cuando descubrió que el sistema de reciclaje de su traje llevaba varios minutos sin funcionar. Como una burla más del destino, la cápsula empezó a acelerar hacia el asteroide. A punto de gritar para maldecir su suerte, Chimara se dio cuenta que una fuerza irresistible la atraía hacia la roca.

Cuando el vehículo empezó a describir la primera órbita alrededor del asteroide, Chimara ya estudiaba su atormentada superficie. Sin dudarle, tiró de la palanca roja y al instante la cabina se separó de la cápsula, fue catapultada y empezó a descender.

Contempló horrorizada cómo la superficie del asteroide se acercaba a ella con rapidez.

Rompió la cabina con los puños, fue rodeada por un torrente de burbujas y se encontró fuera de ella. Encendió el propulsor y logró disminuir la velocidad de caída. ¿Qué estaba pasando?

Cerró los ojos al sentir que sus botas tocaban el suelo; estuvo a punto de perder el equilibrio, y jadeó asustada al comprobar que era atraída por una gravedad similar a la de Corvus. Aquello no podía ser, se dijo mientras se revolvía y trataba de mantenerse en pie.

Cayó de espaldas, sintió el golpe del propulsor contra una roca y escuchó un silbido que le heló la sangre. Durante casi un minuto permaneció quieta. No se atrevió a moverse hasta que vio las estrellas a través de una densa cortina opaca y el negro del espacio adquirir un tono azulado. Se levantó y dio unos pasos, sin poder dejar de pensar que pronto su traje dejaría de suministrarle oxígeno y tendría una muerte horrible.

Cuando sintió las primeras boqueadas y todo a su alrededor empezó a nublarse, avanzó penosamente; casi no le quedaban fuerzas y tuvo que arrastrarse, temiendo que la cabeza le fuera a estallar.

Alzó la mirada. El horizonte surgió bruscamente ante ella, liso y curvado. Sollozó maldiciendo su destino.

Permaneció encogida, intentando respirar con lentitud. Cansada de tanto sufrimiento, decidió poner fin a su agonía y acercó la mano al dispositivo que abriría su traje y levantaría la escafandra. Prefería una muerte rápida. Era lo único que podía hacer.

Alzó el brazo a la altura de los ojos para comprobar los indicadores encajados en la muñequera. Al hacerlo se quedó perpleja. El curvado horizonte que había surgido de repente ante ella le mostraba una cadena de montículos cubiertos de pequeños árboles.

Algo se movió ante ella, una pequeña cosa, como una luciérnaga azul.

Chimara miró el sucio. La hierba la rodeaba. Se inclinó y cogió un puñado de tierra. Estaba húmeda. La dejó escapar entre sus dedos.

Si iba a volverse loca, prefería terminar cuanto antes. Apretó el dispositivo, el traje de presión cayó a sus pies y el casco rodó lejos. Miró por encima de la pequeña cordillera; las estrellas brillaban en la noche, el sol lanzaba su resplandor sobre las capas altas de la atmósfera. Un asteroide con aire, pensó Chimara. Qué locura.

Pero estaba respirando y el aire que llenaba sus pulmones tenía sabor a canela, podía paladearlo, se embriagó con él.

Se incorporó y echó a correr en dirección a las colinas, pensando que si sus picos eran blancos podían estar nevados. Deseaba tocar la nieve, lanzarla a puñados...

Corrió entre los arbustos que apenas le llegaban a la cintura; saltó un riachuelo de aguas cristalinas, escuchó el canto de los pájaros que no podía ver, sintiendo en el rostro la brisa cálida que se había levantado.

A lo lejos se alzaba un bosque de grandes árboles, con frondosas copas llenas de hojas largas y delgadas, verdes y brillantes, que el viento sacudía de un lado a otro.

A sus pies había un macizo de flores amarillas, blancas y verdes, y sobre ellas revoloteaban nubes de mariposas.

Un momento antes había pensado en mariposas.

Abrió la boca y aspiró el aromático aire; le llegó el rumor del agua de una cascada, y su frescor la envolvió. Sintió que su rostro se cubría de rocío.

—¡Estoy viva! —gritó.

Rompió a llorar y cayó de rodillas, sacudiendo el pelo. Al echarlos hacia atrás, un pájaro de doradas plumas se posó en su mano, la obsequió con un largo trino y echó a volar hacia el cielo.

Chimara volvió a ver la luciérnaga flotar a escasa distancia.

El Portador puso una lámina de metal ante los enrojecidos ojos del Grandal.

—¿Qué dice? —preguntó Delbert, tras reconocer que el mensaje de la Tierra había llegado por vía TK. Se estremeció a la vista del símbolo del Emzarkhan que lo encabezaba.

—Nos piden explicaciones. Debe ser obra del Chambelán Zusemei, pero debemos considerarlo como si lo hubiera firmado el mismo Emzarkhan —replicó Loulakais con voz gutural—. No tuve más remedio que informar a la Tierra. Lo siento.

Delbert le arrebató la lámina y la estrujó hasta convertirla en una lluvia de partículas metálicas.

—Zusemei debe ser feliz—masculló—. Mi desgracia es su felicidad.

Loulakais respiró profundamente, hastiado ante la actitud derrotista de su aliado tras la breve batalla. Sabedor de que en tales circunstancias poco podía esperar de él, había despertado un odio profundo hacia el Grandal, a quien le humillaba más la victoria moral de su rival que la fulgurante derrota sufrida a la vista de Dhrule.

Echó una mirada al otro lado de la balaustrada. En el centro del puente de mando seguía en posición de firmes el grupo compuesto por ochenta y dos oficiales, sobre una plataforma de metal rojo, con la mirada fija en el suelo. Todos temblaban.

Sin dejar de observar al grupo, el Portador dijo al Grandal:

—Aún no te han sido arrebatados los poderes extraordinarios que te fueron concedidos. Sigues disponiendo de libre albedrío en esta campaña. El mensaje sólo te ordena informar. No te destituyen, ni te sugieren que te vuelas la tapa de los sesos.

El Tercer Dusek siguió con la mirada el gesto de Loulakais, indicándole la plataforma ocupada por los oficiales de las flotas de las colonias de Corvus y Desgal. En la pasarela que la rodeaba había soldados del Tasla, con las armas apuntando a los prisioneros. El Portador sonrió íntimamente a la vista de aquella innecesaria medida de seguridad; ninguno de los ochenta y dos hombres y mujeres podía salir de su confinamiento en la plataforma.

La visión de los prisioneros alteró a Delbert, le recordó su humillación. Levantó un brazo y un técnico situado detrás de él pulsó una serie de botones de la mesa que tenía a su lado.

Un halo rojizo surgió del borde de la plataforma, la rodeó y arrancó una oleada de gemidos en los hombres y las mujeres arracimados en ella. El piso de color de sangre adquirió un rojo intenso, se volvió blanco y apareció una neblina espesa que se elevó sobre las cabezas de los prisioneros, envolviéndolos como si fueran los tentáculos de una medusa gigantesca.

—¡Más rápido! —gritó el Grandal, agarrándose a la balaustrada—. ¡Quiero que acabe pronto!

El técnico aumentó la potencia de la máquina de ejecución, la neblina se hizo más densa y en pocos segundos cubrió a los condenados. Un siseo agudo se elevó hasta el techo, de pronto sobrevino el silencio, y cuando la niebla se disipó no quedaba sobre la plataforma el menor rastro de los ochenta y dos seres humanos.

Limpio y rápido, pensó el Portador, ocultando una sonrisa. La muerte de los demás siempre era un espectáculo divertido. Confiaba que aquellas muertes serenarían al Grandal.

Sonaron pisadas en el palco. El oficial de guardia se cuadró e hizo entrechocar los tacones de sus relucientes botas.

—Señor —dijo al Grandal—, ya han sido reagrupadas las naves que intentaron desertar. Nuestros oficiales han asumido el mando y la ejecución ha sido transmitida a todas las unidades. Siguiendo sus órdenes, las tripulaciones han sido obligadas a presenciarla.

—Hubiera sido mejor haber ordenado la ejecución de la mitad de todas las tripulaciones —dijo el Portador—. No son de fiar.

—Y yo lo habría ordenado con gusto, Dytri, pero no dispongo de oficiales ni tripulantes suficientes para cubrir los puestos. Necesito todas las naves que no consiguieron desertar. ¿Se han encontrado los cuerpos de los Coordinadores?

La pregunta la había hecho al oficial y éste la respondió con un silencio que para el

Grandal no podía ser más elocuente.

Cuando le fue informado de la fuga de los dos Coordinadores a bordo de sendas cápsulas, minutos antes de que se iniciara el ataque, Delbert supo a quiénes debía su derrota. Si en aquel momento le hubieran arrojado a sus pies a Murond y a Chimara, los habría matado con sus propias manos. El hecho de que sus cadáveres no hubieran aparecido a bordo de ninguna nave en la que el motín había fracasado, le devolvía la esperanza de encontrarlos vivos. Delbert no quería atormentarse más y dijo al oficial:

—Transmita al puente que las actuales posiciones deben ser mantenidas.

Tras un sonoro golpe de tacones el oficial se retiró seguido por la mirada de Loulakais. A Delbert no le pasó desapercibido el destello de odio que brilló en la mirada del Portador. Desde hacía siglos en los Gremios latía un viejo resentimiento hacia la élite militar que el paso del tiempo había aumentado.

—Los nuevos comodoros aliados cumplirán con su deber y mantendrán la disciplina en las naves después de haber presenciado la ejecución —murmuró Delbert—. Sin embargo, los vigilaré de cerca. Cuando todo haya terminado, me ocuparé de otros altos cargos.

Loulakais cruzó los brazos. Recordó los acontecimientos recientes. Al igual que el Grandal, seguía sin comprender que el misterioso enemigo les hubiera podido sorprender. Las flotas imperiales y aliadas, como si se hubieran empeñado en parodiar y superar la tradicional torpeza en la guerra de los humanoides de Rigel, unos seres tan repugnantes como pacíficos que se hallaban en vías de extinción, habían estado a punto de ser destruidas en su totalidad.

Para el Portador continuaba siendo un misterio la procedencia de las naves enemigas; no creía que hubieran partido del planeta, pues les atacaron con demasiada rapidez. La única explicación posible era que les habían estado esperando escondidas en el Mazo de Asteroides y desde allí se lanzaron contra ellos en una acción fulgurante. Afortunadamente, no mantuvieron el fuego demasiado tiempo y su ataque fue breve. Sólo habían perdido cinco acorazados terrestres, dos de Corvus y uno de Desgal, siendo averiadas un total de quince unidades de las tres flotas. Aunque considerables, contando las unidades desertoras, las pérdidas no llegaban al treinta por ciento.

Los oficiales aliados que no se apoderaron del mando de las unidades donde se produjeron motines fueron detenidos y trasladados al Tasla. Después de un rápido interrogatorio, y sin juicio previo, el Grandal dictó su sentencia de muerte.

Casi todas las naves de Desgal habían logrado escapar a través del hiperespacio, antes de que los acorazados terrestres, una vez que el enemigo desapareció tan velozmente como surgió, se lanzaran tras ellas. Loulakais creía que la desertión estaba planeada y los comodoros aliados sólo esperaban una señal. Se preguntó si ésta había sido transmitida por los Coordinadores.

—Lo más humillante ha sido que no hemos causado ni una baja al enemigo —se lamentó el Grandal, mirando con odio el punto reflejado en un mapa, representando al planeta conocido por todos como Objetivo D excepto para él y el Portador—. Si hubiéramos conseguido abatir una nave enemiga antes de retirarnos... ¿Cuántas unidades nos atacaron? ¡Ni siquiera lo sabemos! Fue sorprendente su capacidad de fuego, la certeza que tenían del lugar al que debían dirigir sus disparos... ¡Sabían en qué punto y a qué distancia de su planeta apareceríamos, y esperaron para atacarnos hasta que la última de nuestras naves saltase al espacio normal! Habrán vuelto a su mundo riéndose de nosotros. No pude hacer otra cosa que ordenar la retirada, era lo mejor que podía hacer, ¿verdad, Dytri?

—Por supuesto —dijo el Portador, irritado porque el Grandal le había recordado los errores que los dos habían cometido—. Hiciste lo correcto. Todavía conservamos el setenta por ciento de los efectivos.

¿Para qué decirle lo que pensaba respecto a lo que el Grandal consideraba una maniobra perfecta de retirada en orden? Para él era una huida vergonzosa ante un

enemigo supuestamente inferior en número aunque no en capacidad de fuego y organización, lo que le intranquilizaba porque en ningún momento había esperado encontrar tanta resistencia en el mítico Dhrule.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que me arrebaten los privilegios, Dytri?
—preguntó ansiosamente el Grandal.

—¿Qué estás pensando?

—Dhrule había sido informado de nuestra llegada y nos tenía preparada una trampa, conocía el lugar exacto por el que apareceríamos. Sin embargo, no nos persiguieron. ¿Por qué? Nos tenían en sus manos, podían habernos aniquilado. Su primer ataque era perfecto, pero cometieron una torpeza al no perseguirnos. Hubo un segundo ataque, Dytri, pero torpe, como si lo hubiera dirigido una pandilla de ineptos. Pudieron destruir más de la mitad de nuestros efectivos, pero no lo hicieron.

—A mí también me pareció estúpido su ataque final, pero debemos alegrarnos de que fuera tan distinto al primero. Si la segunda oleada hubiera actuado como la que nos sorprendió, en este momento no estaríamos preguntándonos qué ha pasado.

—¿No pudieron o no quisieron consumir nuestra destrucción? Tal vez Dhrule no es tan fuerte como creemos ahora. Tal vez estén sorprendidos de su victoria, no esperaban que fuera tan fácil y ahora estén asustados. ¿Se retiraron para defender su mundo? ¿Temieron un ataque desde otro lugar? Incluso podría ocurrir que estén pensando que no volverán a ser molestados.

Delante del mapa tridimensional de la zona, Delbert señaló el Mazo de Asteroides representado por un semicírculo abombado en el centro.

—Lo intentaremos de nuevo —dijo con firmeza—. Nos bastarán las naves que conservamos. Enviaré unas pocas unidades para que realicen un falso ataque por el mismo sendero que íbamos a utilizar. Les permitiremos que nos detecten, y cuando se lancen contra el señuelo, el resto de las flotas los envolverán.

—Es tan simple tu plan que podría resultar —opinó el Portador.

Loulakais entrecerró los ojos. Volvió a analizar la estrategia del Grandal y consideró que más pulida podría tomarse en consideración.

Si antes de la batalla habían deseado una victoria rápida que les permitiera alcanzar los objetivos para colmar sus respectivas ambiciones, ahora la necesitaban para no caer en desgracia ante el Emzarkhan. Tenían que acallar las maledicencias del Chambelán, sofocar la cólera que la derrota despertaría en la Corte.

Disponían de noventa naves terrestres y dieciocho de Corvus en perfectas condiciones; el resto necesitaba urgentes reparaciones. Dentro de cinco o seis días podrían contar con algunas más.

El Portador se planteó si había obrado correctamente al unir su destino al del Grandal.

—Actualmente cualquier movimiento de aproximación a Dhrule por nuestra parte no sería aconsejable—dijo—. Tu plan necesita retoques, y nosotros algún tiempo para reparar los daños. Creo que no mermaría su eficacia dar una tregua al adversario. Donde estamos no pueden detectarnos; dejemos que piensen que hemos huido y tardaremos en volver.

—Tienes razón. No podemos cometer otro error, Dytri. —La luz del puntero que manejaba el Grandal rodeó el Mazo de Asteroides—. Una penetración por este sector haría invisibles a nuestras naves.

—¿Cuándo debo informar a la Tierra de tus nuevos planes?

—No lo harás. Guardaremos silencio hasta que hayamos conquistado Dhrule. Nadie debe enterarse de nuestros planes, ni siquiera el Emzarkhan.

—Excepto los Gremios.

—¿Porqué?

—Si les llegaran rumores falsos podría perjudicarnos más que nuestro silencio. Mis superiores tienen que conocer tus proyectos.

—No necesariamente.

—Claro que sí. Ellos comprenderían nuestra situación y se ocuparían de tranquilizar la Corte, sin duda muy alterada últimamente.

Delbert se restregó las manos.

—De acuerdo. Limitate a informarles sólo de lo imprescindible, nada de detalles. ¿Crees que sería prudente solicitar alguna otra flota aliada?

—Los Gremios podrían terminar de convencer a alguna de las que se han mostrado renuentes a venir. Digamos que estaría aquí dentro de pocos días.

—Confío en ello, Dytri.

El Grandal se volvió y bajó del palco. Loulakais le siguió con la mirada.

Aún no había contado a Delbert cómo fue apresado el kerlhe que fue convertido en el TK del Tasla. Se alegró de no haberlo hecho. Aunque el Presidente de los Gremios no le había prohibido que lo revelara, creía que ganaría más manteniendo la boca cerrada por el momento.

«... Pensaron que los invasores tardarían años en volver; pero las naves del Grandal hicieron acto de presencia antes de lo previsto, obligando a la Jerarquía a modificar sus planes; el estúpido comportamiento de los lárdanos tras la que creían que había sido una gran victoria...»

CAPITULO X - EL HOMBRE DEL ASTEROIDE

Cuando abrió los ojos sólo recordaba haberse quedado dormida junto a un riachuelo, sobre un montón de hojas que le pareció un mullido lecho.

Sentía las piernas pesadas y agarrotados los brazos; deseó volver a dormir, miró al cielo y le pareció tan extraño que siguiera siendo azul que la idea de que habían transcurrido horas desde su arribada al asteroide acabó de despertarla.

Empezó a recordar. Miró su alrededor y pensó que pasaba de la noche al día en pocos minutos, cada vez que el asteroide giraba sobre sí mismo.

Se levantó y parpadeó al fijarse que el riachuelo casi se había secado y la vegetación se marchitaba. El bosque cercano era por momentos menos verde y menos denso, los troncos de los árboles se encogían y su corteza se caía a pedazos en medio de una lluvia de hojas secas.

Chimara giró la cabeza. Las colinas se desmoronaban, las cimas heladas se desprendían y bloques de nieve rodaban por las laderas.

El aire que hasta entonces había sido limpio y olía a canela, empezó a respirarlo sintiéndolo seco y amargo.

Echó a caminar con cautela. En su interior algo le gritaba que no merecía la pena luchar. Un resto de lucidez la llevó al convencimiento de que aún se hallaba bajo los efectos de la dosis de euforizante que había ingerido y no era capaz de asimilar la realidad.

Todo aquello sólo podía ser un sueño.

El viento era más fuerte y le arrojaba restos de matorrales y lluvias de hojas y flores marchitas, junto con minúsculos trozos de corteza de árbol.

La bóveda se había vuelto gris, anunciadora de tormentas inminentes, cubriéndose de negros nubarrones que se deslizaban veloces de un extremo a otro del asteroide.

A través del tupido velo que se había alzado delante de sus ojos, Chimara descubrió una sombra. Aguzó la mirada y distinguió la figura de un hombre que se recortaba delante del resplandor del sol. A sus espaldas tronó la anunciada tormenta y un relámpago iluminó el negro cielo.

Mientras el hombre se acercaba a ella caminando despacio, Chimara intentó ver su rostro escondido en la penumbra. Su largo cabello gris se agitaba. Las largas patillas que

lucía llamaron su atención tanto como el comienzo de una sonrisa cargada de burla que nació en sus labios, como si la situación le pareciera divertida.

El hombre estaba tan cerca que podía tocarle con las manos, pero no tenía fuerza para levantar los brazos. Lo vio llevarse un dedo a los labios para pedirle que no hablara. Le cogió una mano y la obligó a caminar junto a él hacia lo que quedaba del bosque. Detrás de los troncos que se pudrían, se alzaba una muralla de rocas. La entrada de una sombría caverna se abrió ante ellos.

—No mires hacia atrás —le dijo el hombre.

Sobre sus cabezas reventaban los truenos y destellaban los relámpagos. Cuando se aproximaron a la cueva, el aire se calmó, el viento quedó detrás; se hundieron en la oscuridad. Chimara cerró los ojos; sentía frío, la llenaba de zozobra una sensación extraña, la aturdió el vacío que la rodeaba. Caminaba agarrada a la mano del hombre. ¿Dónde la llevaba? ¿En qué extraño lugar despertaría de aquella pesadilla?

—Tiéndete —le pidió el hombre, y la obligó a sentarse.

Chimara sintió algo blando. Se relajó. Mantuvo los ojos cerrados, le daba miedo abrirlos y descubrir lo que la rodeaba. Su instinto le decía que el desconocido no podía haberla llevado a un lugar peor que el que acababa de abandonar, pero le daba miedo comprobarlo.

Las manos del hombre levantaron la manga que cubría su brazo derecho y sintió el contacto de algo cálido en la piel, y luego un líquido caliente recorrer su cuerpo. Los frenéticos latidos de su corazón se calmaron.

—Duerme —escuchó que le pedía la voz.

El paso del tiempo volvió a ser para ella algo extraño, imposible de medir. Cuando reunió valor para abrir los ojos, no sabía si habían pasado unos segundos o días desde que fue obligada a tenderse en el lecho. Miró el liso techo de color gris. Volvió la cabeza. A un lado había una mesa de madera negra y dos sillas tapizadas de raso rojo. La bandeja de plata con comida llamó su atención. Se fijó en la jarra de oro y en el par de copas del mismo metal.

Probó a levantarse. La debilidad había desaparecido; ahora tenía hambre y sed, y caminó hacia la mesa con la mirada fija en la bandeja. Tomó asiento y cogió la jarra. Contenía vino; llenó una copa y lo probó. Era fuerte y espeso. El plato contenía un enorme filete asado, guarnecido con verduras. La boca se le hizo agua. Empezó a comer con ansia. Como postre había varios platillos con frutas, melocotones, fresas, uvas y arándanos.

Después de saciar el hambre y calmar la sed, sin dejar de mirar las paredes desnudas y grises de la estancia, en las que no había una sola puerta, Chimara bebió el último sorbo de vino y se dijo que había llegado el momento de averiguar dónde se hallaba. Quería expresar su agradecimiento a quien la había salvado. Se incorporó.

Al volver la cabeza descubrió una puerta. La miró sorprendida, sin comprender por qué no la había visto antes. Podía jurar que no estaba allí hacía un momento.

No titubeó y la empujó. Se abrió en silencio y la cruzó. Al otro lado había una habitación grande con las paredes cubiertas de espejos en los que un artista, usando ácidos, había dibujado escenas campestres, hombres y mujeres corriendo y retozando a la sombra de los árboles, jugando con niños a la vera de ríos de aguas de plata. Eran paradisíacas. Relajantes.

Atravesó el salón y abrió la puerta que había al fondo. Se detuvo mirando asombrada el desorden que reinaba en la habitación. No se quedó a investigar las máquinas y los objetos que había por todas partes y se dirigió hacia la gran ventana circular que ocupaba toda una pared. Al otro lado del cristal estaba el espacio. Millones de estrellas parecieron burlarse de su perplejidad. Se estremeció al ver que estaba entre miles de guijarros que flotaban más allá del ventanal, como si se deslizaran arrastrados por invisibles corrientes.

Se apartó. La idea de seguir en el Mazo no la inquietó. Se hallaba en el interior de *algo*.

En un extraño lugar de aquel sendero de piedra. Observó los muebles, las máquinas, los anaqueles, las sillas y los montones de libros, los legajos y los archivos de cilindros de silicio. Había centenares de cosas que no sabía para qué servían.

Encontró una silla de alto respaldo cerca de la ventana. No se había fijado en ella. Cuando empezó a mirarla se dio cuenta que estaba girando lentamente. Alguien la ocupaba. Era un hombre de abundante cabellera gris, con grandes patillas que le llegaban hasta el mentón. Sujetaba con dos dedos de la mano derecha un cilindro del que salía humo. Chimara lanzó una exclamación al ver que el desconocido se lo llevaba a los labios y lo aspiraba.

Desde el otro lado de la nube de humo que había expulsado por la boca, el hombre la sonrió mientras se levantaba.

—No debes tener miedo, Chimara —le dijo—. ¿Te he asustado? Nunca habías visto fumar, ¿verdad?

Se acercó a una mesa y aplastó el cilindro en un disco de cobre.

Chimara se sentía cohibida, un poco ridícula. Había tardado en recordar que en algunos mundos existía la costumbre de fumar tabaco, aunque siempre dudó que fuera verdad. Le parecía un hábito absurdo llenarse los pulmones con el humo producido por la combustión de unas hojas secas.

Se preguntó si el hombre era el mismo que la había llevado de la mano hasta el interior de la cueva y la tendió en la cama. La escasa luz que había donde él estaba no le permitía ver sus facciones.

Dio unos pasos y se detuvo. Le miró con detenimiento. Estaba delante de un anciano; le escuchó interesándose por ella. Aquel rostro le resultaba familiar. ¿Dónde le había visto antes?

Él se acercó a una mesa y señaló las botellas que había en ella.

—¿Te apetece una copa? Algo más fuerte esta vez que el vino, supongo. Confío que la comida haya sido de tu agrado. ¿Hice bien eligiendo carne y verduras? Ya sé qué te gustaría beber. Un poco de café, ¿verdad?

—Sí—dijo Chimara, sin apartar la mirada del rostro del hombre.

—Sólo y fuerte —cogió una jarra humeante y llenó dos tazas, tendiendo una a Chimara—. Espero que esté a tu gusto. Sin azúcar.

—¿Cómo sabes mi nombre? —inquirió.

—Lo pronunciaste cuando estabas inconsciente. Siéntate, por favor.

El hombre separó dos sillas de la mesa y esperó a que Chimara se acomodase en una de ellas y bebiera su primer sorbo de café antes de decir:

—Tan pronto como fui informado de lo que ocurría en el exterior, me apresuré a traerte hasta aquí. Discúlpame si te he hecho pasar un mal rato, pero no podía mantener por más tiempo el decorado exterior.

—¿Dónde demonios me encuentro?

—A salvo, en mi nave.

—Pero... ¿Y antes?

—Fuera de mi nave, es evidente. Espera, no te precipites. Veo que estás impaciente por conocer la verdad. Si habías pensado que estabas en un asteroide del Mazo, es cierto. Eres una chica afortunada.

— Me has salvado la vida. Sí, debo ser afortunada.

—No me debes nada.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado? He visto cosas increíbles, bosques y ríos en un pedazo de roca.

—Te fueron ofrecidas las condiciones adecuadas para sobrevivir cuando la reserva de oxígeno de tu traje se agotara. Has tenido más suerte que tu compañero.

—Todavía no logro entender...

—Me refiero al otro naufrago, el que llegó antes que tú. Por desgracia para él, no

encontró lo mismo que tú.

—¿De quién me hablas?

—Del nativo de Desgal. Leí su nombre en su identificación, pero lo he olvidado.

—¿Murond?

—Sí, creo que se llamaba así.

—¿Ha muerto?

—Llegó muerto.

—Pero ¿a dónde llegó? ¿Qué lugar es éste?

—Por favor, no te alteres.

—Perdona mis modales. Había olvidado que te debo la vida.

—Deberías olvidarlo. He salvado muchas vidas, pero nunca acepté el agradecimiento de los que tuvieron la suerte de cruzarse en mi camino.

—¿Tu oficio es salvar náufragos?

—Oh, no; pero me gusta ejercer de buen samaritano.

Al ver el gesto de ignorancia de Chimara, se apresuró a añadir:

—Si hay ocasión, te contaré una vieja historia y entenderás lo que he querido decir.

Chimara se esforzó en sonreír.

—Gracias de todas formas. ¿Puedo hacerte algunas preguntas?

—No prometo responderlas.

—Lo temía. ¿Dónde está el asteroide en el que descendí?

—Creí que lo habías entendido: el asteroide que viste era mi nave.

—¿Tu nave tiene dos kilómetros de largo?

—No sé cuan grande era en ese momento.

—¿Te burlas de mí?

—No es mi intención burlarme.

—Cuando me aproximaba al asteroide que me salió al paso lo vi como una roca pelada y fría, pero tenía una atmósfera respirable y una gravedad aproximada a la de Corvus cuando mi cápsula se estrelló en él. Algo imposible, ¿verdad? Cuando estaba segura de que iba a morir, surgió de pronto un paraíso y respiré un aire agradable y cálido. ¿En qué me equivoco?

—Tus ojos y tus sentidos no te engañaron.

—¿Lo dices para que no acabe perdiendo la razón?

—Eres una mujer demasiado sensata para perderla. Todo tiene una explicación. Mi nave puede ser camuflada, cubrirse de una atmósfera, de un paisaje de ensueño y mantenerlo como algo real durante algún tiempo. Te rescaté del exterior porque los elementos que te protegían... — el hombre vaciló, pareció indeciso, como si no estuviera seguro de sí mismo—. No se podía conservar la simulación por más tiempo; ya viste como todo se pulverizaba a tu alrededor. Cuando te dejé a salvo, volví a buscar el cuerpo del desgalita.

A Chimara le hubiera gustado leer los pensamientos del hombre.

—¿Dónde está el cadáver de Murond? —preguntó.

—Lo incineré.

—No has hecho lo correcto. La religión de Desgal prohíbe que los muertos sean incinerados. Has enviado el alma del Coordinador al infierno.

Se sentía inquieta. Murond no había alcanzado la nave de su hermano de Logia, y al fracasar había intentado refugiarse en el Mazo, pero no fue tan afortunado como ella.

—¡La batalla! —exclamó Chimara, al recordarla—. ¿Qué ha ocurrido?

—Empezó hace tres días. No duró mucho.

—He debido dormir demasiado tiempo. ¿Cómo terminó?

—Los aliados, por llamarlos de alguna manera, sufrieron muchas bajas y se retiraron a restañar sus heridas. Tal vez huyeron a sus respectivos mundos. Desertaron las naves de Desgal y algunas corvusianas. Un duro golpe para el Imperio y su orgullo.

Ella miró con recelo al hombre.

—Todo esto es muy extraño... ¿De dónde eres?

Tras un largo silencio, el hombre dijo:

—De la Tierra. Pero no soy un súbdito del Emzarkhan. Nadie me manda, nadie tiene autoridad sobre mí.

—¿Qué haces aquí?

—Siento curiosidad por lo que está pasando en este sector de la galaxia. Me fascina el giro que están tomando los acontecimientos y la actual política de la Tierra. Después de muchos años de vagar por el espacio, he encontrado un motivo para vivir. Hacía tiempo que no sentía algo parecido.

—Eres dueño de una nave muy extraña. Debes ser muy rico para mantenerla como si fuera tu juguete favorito. Siendo tan grande necesitarás una numerosa tripulación...

—Lamento decirte que sólo estamos tú y yo.

—Oh, vamos; no soy tan estúpida. Los Gremios aún no han construido una nave que pueda tripularla un solo hombre.

—Cuento con una colaboradora.

—¿Una mujer?

—La más fiel de todas, aunque debo reconocer que a veces resulta respondona.

—Hablas muy raro.

—Discúlpame. Se trata de una máquina fuera de lo común —se levantó y señaló las bebidas de la mesa—. ¿Deseas algo más?

—Sólo saber cuándo podré volver a mi mundo.

—¿Estás impaciente por regresar?

—Tengo que informar a mis superiores.

—Intentaré complacerte. Mientras tanto puedes considerarte como en tu propia casa. Te llevaré a tu dormitorio. Allí dispondrás de comida cuando quieras. Si deseas verme, sólo tienes que llamarme.

Chimara se incorporó y corrió a reunirse con el anciano.

—¿Cómo te llamas? Aún no me has dicho tu nombre.

El hombre titubeó, y como si temiera que sus palabras pudieran producir en la muchacha una reacción violenta, dijo en voz baja:

—Me llamo Siles, Darío Siles.

Chimara movió la cabeza y dijo:

—Es un nombre muy extraño. ¿Dónde dormiré?

—¿Qué está haciendo en este momento?

A su pregunta una voz surgió de cada rincón de la estancia y le respondió:

—Sigue durmiendo. Necesitaba descanso. ¿Puedo hacerte una pregunta, Dar?

—Claro. ¿Cómo podría impedírtelo?

—En realidad no es una pregunta, sino un comentario. Mientras hablabas con ella tus ojos brillaban como hacía tiempo que no lo hacían.

—Eres muy observadora.

—Lo que está pasando me trae recuerdos de una situación muy parecida. Muy lejana en el tiempo.

Dar dejó de revisar los objetos que llenaban la mesa. El comentario de Eva le había dolido.

—Hubiera sido mejor que no la hubiese conocido —dijo con pesar—. Pero no podía permitir que muriese. Y tú, condenada máquina, estuviste a punto de convertirla en un témpano de hielo.

—No fue mi intención, y lo sabes; tuve que hacer desaparecer el paisaje externo cuando detecté que se acercaban naves.

—No había ninguna.

—Se marcharon antes de que las vieras.

—Exageraste las precauciones. Había pocas probabilidades de que nos descubrieran.

—¿Por qué no me hiciste caso cuando te dije que nos libráramos de ella? Debimos ponerla en una nave personal que la devolviera a Corvus. Para mí no hubiera sido ningún problema. Ella desea regresar a su mundo. ¿Por qué no la complaces?

—Se marchará cuando yo lo decida —Dar volvió a estudiar las pertenencias del desgaita llamado Murond. Se fijó en una minúscula grabadora y dos cilindros de silicio—. ¿Sabes para qué sirve esto?

—Capta imágenes de la mente y las almacena en esas unidades de cristal, y son reproducibles. Es un sistema no muy novedoso, pero aún se utiliza en ciertos mundos.

—Recuerdo haberlos visto, pero no sé en qué planeta. Supongo que podré ajustarlos a un trasto de los que tengo por ahí y ver lo que contienen.

—Sería muy interesante visualizar los secretos más íntimos de Murond. Ese tipo llevaba encima un completo equipo de espía.

Dar apartó los cilindros de silicio del resto de las pertenencias del desgaita. Murond tuvo una muerte horrible por asfixia a causa de los desgarros de su traje de presión. Antes de que su cápsula se estrellara en el asteroide debió sufrir una colisión con alguna roca. Eva le juró que no tuvo tiempo de salvarle la vida. Por el momento prefería creerla.

—Lo investigaré más tarde. Tengo que volver a Lartia.

—Pero si acabas de salir de allí.

—Me preocupa que la euforia de la población por la victoria sobre la flota imperial les impida ver que aún no ha pasado el peligro.

—¿Qué esperabas? Los lárđanos son demasiado primitivos, rudos y violentos. Sobre todo, desgraciados. Se convirtieron en un pueblo desdichado el día que cayeron bajo la influencia de Dhrule —Eva soltó una risa—. Mis fieles adoradores son maquiavélicos y deshonestos. ¿Lo más apropiado sería decir que son perversos?

—Desde que sabes que eres venerada en Dhrule y en Decero te has vuelto demasiado vanidosa.

—¿Y qué me dices de ti? —Eva soltó una carcajada—. ¿Cómo recibiste la noticia de que te habían convertido en el Darsil, mi profeta, mi mensajero, el enviado del Dios de la Esfera? ¿Dios? ¿Por qué no me llaman diosa? Deberían considerarme una diosa. ¿Acaso mi personalidad no es femenina.

Dar se enfurecía cuando Eva le recordaba lo que a costa de la Estera y el Darsil obtenía la minoría dirigente de los dos planetas en que eran venerados.

Cuando analizó la situación que había encontrado en Dhrule y Decero, viendo a la Esfera y al profeta Darsil entronizados como dios y profeta, estuvo a punto de presentarse en ambos planetas y contar la verdad al pueblo. Pero Eva le convenció de que dejara las cosas como estaban, al menos durante algún tiempo, hasta que el peligro imperial fuera conjurado.

Dar se cansó de presenciar en los ritos cómo el portavoz de la Esfera, el Gran Darsil que exterminó al demonio Logaroh, además de salvar a los mundos Dhrule, advirtió a sus habitantes de la amenaza que un día surgiría procedente de la Tierra.

—Cuando me marché por segunda vez no esperaba que al volver, muchos años después, una nueva religión dominara a sus habitantes, engañándoles como en los tiempos de Logaroh. Me sentí engañado.

—Debemos reconocer que entre la vieja religión y la actual no hay comparación, pues la nueva es infantil, diría que incluso beneficiosa para el pueblo.

Al ver que Dar guardaba silencio, Eva añadió:

—No debimos volver. Es posible que tengas razón. Te sobran motivos para sentirte asqueado.

—Pero volvimos, Eva. Ya es tarde para darles la espalda.

—¿Pretendes enderezar el árbol que tú mismo plantaste, que al marcharte empezó a

crecer torcido?

—Quizá debería intentarlo.

—*Lo estás intentando* —dijo con enfado la voz—. No finjas ante mí, Dar.

—Mi interés actual...

—¿En qué orden de preferencias sitúas a Chimara y al TK?

Dar se detuvo delante del observatorio, el lugar en que mirando las estrellas había pasado muchas horas de su larga vida, cansado de visitar mundos extraños, de observar cómo evolucionaban las colonias humanas que nacieron de la Gran Emigración, de la anárquica siembra de seres de la Tierra alentada por los extraños designios de los kerlhes.

Había sido testigo de la llegada de las naves imperiales, de sus matanzas, conquistas y destrucciones, de la aniquilación de etnias de humanoides, de todo cuanto se oponía a los planes de conquista de los Emzarkhanes.

Hasta que un día decidió dejar de ser espectador y convertirse en actor.

La aparición de la Flota Dusek en las proximidades de Corvus y el requerimiento del Grandal, para que otras flotas que se le unieran, le inquietaron; pero no intervino hasta que captó la patética llamada del kerlhe que había sido transformado en el TK del Tasla.

—Necesito hablar con Korlius —dijo de pronto—. Le pediré que me prepare otra entrevista con el Jerarca Uwyer. En la ciudad había tanta excitación que no pude encontrar al consejero del que me había servido para hacerle llegar los mensajes que tanto despertaron su interés. Si es necesario, me quitaré la máscara y le diré que soy Darío Siles.

—Ese tipo es astuto, y podría utilizarte.

—¿Cómo me utilizaría?

—Podría conmocionar los mundos Dhrule si te capturase y te mostrara en público. De esta manera se cumpliría la profecía: la tercera venida del Darsil, la definitiva. ¿Es lo que deseas?

—¡Por supuesto que no!

—Tu afición por las adivinanzas te ha llevado a una situación que no acaba de gustarme. ¿Esperas que Uwyer descubra que los nombres de Wells y Verne le conducirán hasta Darío Siles?

—Sólo quería que confiara en el misterioso informador.

—Podría estar preparándote una trampa.

—Las ventajas están de mi parte. Si descubriera mi juego antes de tiempo, la noticia no saldría del círculo de Jerarcas. No les interesa que se haga público que la Esfera y su profeta han regresado. Saben que no es el momento para proclamar una cruzada religiosa, no mientras el peligro siga latente en Lartia.

—No pienso como tú. Los Jerarcas considerarían nuestra presencia como un buen presagio, la señal inequívoca de que Dhrule continúa bajo mi protección divina. Hazme caso y abandona el juego, límitate a ser observador de los acontecimientos.

—¿Dudas de mi habilidad de intrigar? He conseguido que el Tasla salga indemne, pero no sé si podré seguir protegiéndolo hasta que con tu ayuda o sin ella, consiga estar cara a cara con el kerlhe y averigüe por qué mintió al Portador cuando le dijo que Lartia es Dhrule. ¿Por qué siguió el juego de los Jerarcas? Necesito saber a quién envió el mensaje que captaste de forma confusa, el mismo mensaje que el Grandal y el Portador creen que iba destinado a otros kerlhes. A los kerlhes libres.

Dar tamborileó con los dedos en la mesa, esperando la respuesta de Eva.

—¿Qué te ocurre? —le espetó cuando perdió la paciencia—. ¿Acaso el maldito Código ha despertado de su letargo y ha vuelto a taparte la boca?

Dio un puñetazo en la mesa y paseó por el gabinete a grandes zancadas, dirigiendo miradas de reproche a las paredes.

—Un día arrancaré el Código de tus entrañas y lo destruiré, aunque gimotees

suplicándome que no lo haga, aunque me amenaces con destruir el Hogar.

—Por favor, no pierdas la calma —dijo la voz de Eva, lejana y profunda.

Dar se sentó en un sillón. A su alcance tenía las botellas, cogió la de coñac y bebió del gollete. Fue un largo trago. Cuando recordó que no se podía emborrachar con un brebaje elaborado por Eva, la estrelló contra una máquina que empezó a chisporrotear hasta que desapareció y otra exactamente igual ocupó su lugar. Dar sonrió con desgana: Eva seguía siendo tan eficaz como siempre, nadie como ella para reponer lo que él destrozaba en sus momentos de cólera.

—Es demasiado importante para mí —dijo con voz susurrante—. Tienes que comprender, Eva: necesito comunicarme con el kerlhe del Tasla, o lo que queda de él. Prepárame el viaje a Corvus. Me ocuparé de Chimara cuando vuelva, te lo prometo.

—Últimamente cambias de opinión con frecuencia —suspiró Eva—. ¿Estás seguro de que devolverás a la muchacha a su mundo?

—¿Lo dudas?

—Sospecho que quieres tenerla aquí.

—Te equivocas. No significa nada para mí.

—Cuando la conociste parecías feliz.

—Admití que no debí hablar con ella.

—En eso estamos de acuerdo.

—¿Por qué la aborreces?

Eva no respondió.

—Me preocupan los complejos que estás desarrollando —dijo Dar.

—¡Yo no tengo complejos! —estalló Eva, rodeando a Dar con su voz.

—Claro que los tienes. Nunca te ha gustado ver aquí a una mujer. La última, aquella campesina del planeta Eslerna, me pidió que la devolviera a su granja y se largó echando pestes de ti. Le hiciste la vida imposible. Siento decirte que sufres el síndrome de ama de llaves de Rebeca.

—No sé a qué te refieres.

Dar soltó una carcajada. Le seguía divirtiendo la ignorancia de Eva en ciertas materias. La literatura de la Tierra no era su fuerte.

—Antes de ser llamado para la misión de la Vorágine, pedí a un canal de televisión un pase privado de viejas películas en blanco y negro. En una de ellas, una vieja sirvienta, que no podía olvidar a su anterior señora, hacía la vida imposible a la nueva esposa de su señor. La odiaba porque la consideraba una usurpadora.

—Dar, yo no puedo odiar.

—Quizá no sientas odio, pero no quieres ver a nadie en el Hogar. Siempre que he traído una mujer, te has comportado con ellas de manera extraña, como si te enfureciera su presencia. ¿Lo niegas?

—¿Las traías aquí sólo para olvidarte de quien tanto amaste? Te cansabas pronto de ellas y las devolvías a sus mundos cargadas de regalos que me obligabas a proporcionarte. ¿No tenías bastante con tus aventuras en las colonias? ¿Por qué las querías deslumbrar con los palacios que yo creaba para ellas? Al final te cansabas de su compañía. Ninguna podía ser como ella, ¿verdad? Y no me vengas con tus necesidades, excusas irracionales para mí.

Dar se encogió de hombros. La conversación había tomado un derrotero que podía terminar en una agria discusión. Pidió a Eva que le dejara en paz durante unas horas. Necesitaba reflexionar. Al cabo de un rato se miró las manos. Eran unas manos arrugadas, salpicadas de manchas. Las manos de un anciano.

Llevaba demasiado tiempo lamentándose del cuerpo que llevaba soportándolo hacía más de medio siglo. Nunca un cuerpo le había durado tanto tiempo. Añoraba volver a ser joven, como lo había sido durante décadas, un par de siglos o más. Siempre temió que acabaría pensando como un anciano en el cuerpo de un hombre de treinta años.

Como siempre que meditaba acerca de su actual estado físico, acababa pensando en el cuerpo joven que yacía en la Matriz, el último, según Eva, que el Hogar le tenía reservado. Lo conservaba desde hacía más de treinta años, sin decidirse a sacarlo de la cripta y entrar en él para volver a sentirse fuerte y con deseos que se iban borrando de su mente.

Una vez le dijo a Eva para qué lo conservaba y a ella le pareció bien su decisión. Resiste en este cuerpo cuanto puedas, añadió en aquella ocasión la voz con dulzura, porque ella se lo merece. Algún día la encontrarás, querido Dar. La encontrarás. Ten paciencia. Pero seguía sin hallarla, sin saber de ella desde que la perdió.

Moriría de vejez, lo cual tardaría mucho si Eva seguía cuidándole, y sólo entonces recuperaría la juventud de los treinta años, junto con el vigor y la ilusión.

La imagen de Chimara apareció en su mente en contra de su voluntad. No recordaba cuándo fue la última vez que estuvo con una mujer. ¿Había sido la muchacha del planeta agrícola Eslerna? Soltó un gemido. ¿Estaba perdiendo la memoria?

Durante muchos años intentó amar a las mujeres que se cruzaban en su camino, nunca a cambio de unas monedas de oro o joyas de gran valor. Ahora que la senilidad se adueñaba de sus sentidos echaba de menos la fuerza de un cuerpo joven; y cuando pensaba así se decía que era un estúpido. ¿Por qué no sacaba el último cuerpo que le ofrecía la Matriz? Era suyo, le pertenecía.

Sollozó y gritó el nombre de Yaita.

Después de tantos años de soledad, necesitaba más que nunca encontrarla. Movié la cabeza para alejar la imagen de Chimara. Levantó la mano y el Sello apareció al instante en su dedo índice. Era el anillo auténtico, el mismo que robó al primer kerlhe que vio en su vida, idéntico al que entregó a Percival. Después de contemplar la gema, exclamó: — ¡Eva! —Dime, Dar.

—Prepárame ropa y dinero adecuados para Lartia. No sé cuánto estaré fuera, pero quiero que cuides de la chica y la mantengas distraída. No se sorprenderá si le oye y no te ve; la he preparado para que no se sorprenda. Ella creerá que esta nave está gobernada por una sofisticada máquina. — No me gusta que me llames máquina.

—Lo había olvidado.

—¿Debo trasladarme hasta la atmósfera de ese planeta?

—Prefiero que permanezcas en el Mazo. Desde aquí puedes seguir vigilando a la flota del Grandal. Es posible que regrese antes de lo previsto.

—Tardaría tanto, es decir casi nada, en llevarte a Lartia como en transferirte. Me sentiría más tranquila estando cerca de ti, por tu seguridad personal...

—No discutas, te quedarás aquí.

—Odio mantener una envoltura tan horrible. Las rocas no son el mejor vestido para una dama como yo. Pero tú mandas.

Chimara se acercó a la pared, atraída por el rectángulo que consideraba una puerta. Se quedó paralizada al escuchar:

—No puedes entrar ahí.

Miró a todas partes y no vio a nadie. Le sorprendió que la voz fuera de mujer.

—¿Tú eres...?

—Puedes llamarme Eva.

—Eres quien había pensado.

—¿Quién habías pensado que era?

—La computadora de la nave. En mi mundo las tenemos.

—No soy exactamente un aparato, pero me es indiferente lo que pienses de mí.

Chimara había captado cierta ironía en la respuesta.

—¿Por qué me prohíbes que entre? —preguntó, recordando la advertencia del hombre para que no discutiera con la máquina.

—Es así como está dispuesto.

—Puesto que tu voz es de mujer y deben haberte creado como tal, espero que puedas disculpar mi curiosidad. En mi mundo también dicen que somos curiosas por naturaleza, aunque yo no lo creo.

—Has visitado todo el Módulo. ¿No es suficientemente amplio para ti?

—Oh, sí. Sólo me distraía. ¿Dónde está Darío?

—Regresará pronto.

—¿Dónde ha ido?

—No estoy autorizada a decírtelo.

—Tu voz me suena hostil. Me temo que no vas a ser una compañera agradable.

—No soy tu compañera.

—De lo que estoy segura es que eres bastante grosera.

—Tu opinión me trae sin cuidado.

—¿Sabes lo que es el aburrimiento? Pues yo me estoy aburriendo. Incluso me aburrí recorriendo todas esas estancias tan extrañas, los decorados de bosques, valles y ríos, que se interrumpen de pronto en muros grises. Quien haya diseñado el interior de esta nave tiene un gusto pésimo.

—A nosotros nos gusta así.

—¿Acaso pueden gustarte las cosas? ¿A una máquina?

Chimara hizo un gesto de desdén y volvió a mirar la puerta; presentía que al otro lado debía haber algo interesante, quizá lo que andaba buscando.

Apoyó las manos en el rectángulo y lo empujó. Como había pensado, era una puerta, pero no se abrió ni se deslizó a un lado o hacia arriba, sino desapareció. Dio un paso y entró en un cuarto que consideró demasiado pequeño. Sólo contenía dos literas con cúpulas transparentes.

—Debería castigarte —silbó la voz de Eva detrás de ella.

—¿Me sigues? Esperaba haber dejado atrás tu desagradable voz —suspiró Chimara. Pasó las manos por una pared, sintiéndola cálida cuando rozó los bajorrelieves. La sensación que percibió la hizo palidecer; le había recordado la vibración que protegía al Núcleo, como si allí hubiera una Cobertura.

Se apartó y se frotó las manos para librarse del extraño fluido que parecía haberse adherido a la piel.

Al otro lado de las literas descubrió un rectángulo semejante al que había franqueado y resueltamente se dirigió hacia él.

—Darío se enfurecerá cuando sepa que has estado aquí—tronó Eva.

—No tiene por qué saberlo.

—Se lo diré yo.

—¿Por qué no me lo impides? —preguntó Chimara, desafiante.

—Me arrepiento de no haberte dejado morir.

—¿Acaso podías tomar la decisión?

—Decidí quitarte mi protección demasiado tarde. Admito mi error.

Chimara se encogió de hombros y con expresión burlona se acercó al rectángulo, que como el anterior desapareció apenas lo tocó.

La siguiente habitación era aun más pequeña, pero el color de las paredes y los dibujos eran exactamente iguales. No había literas. En el fondo se abrían dos aberturas, que a Chimara le parecieron criptas protegidas por una nimbo transparente. Dentro había algo. Caminó de puntillas, con la mirada fija en la cripta superior, la que estaba a la altura de sus ojos.

Se detuvo a menos de un metro. Dentro yacía el cuerpo de una mujer. Observó su rostro y sintió admiración por su belleza. La cabeza reposaba en su propia y abundante cabellera negra. Al fijarse en los párpados cerrados, se preguntó cuál sería el color de sus ojos.

Se inclinó para mirar el interior de la cripta inferior. Contenía el cuerpo de un hombre,

desnudo también y como ella no parecía estar muerto, sino dormido. Chimara dejó de considerar estatuas lo que había en las criptas. Eran personas. Se preguntó qué medios de conservación las mantenían con vida.

El hombre era atractivo, de fuerte complexión, como de unos treinta años; su tez morena y su cuerpo la impresionaron. Se acercó más, y pegando la nariz al nimbo recorrió con la mirada los contornos del hombre, haciendo un esfuerzo para imaginárselo de pie y con vida, respirando.

Al cabo de un rato salió de las dos habitaciones. De nuevo en el pasillo, se quedó mirando la primera puerta, que había vuelto a ocupar su lugar en la pared. La abrió y recorrió varios pasillos, encontró una puerta y la abrió, entrando en una habitación. Se sentó en el primer sillón que encontró.

De pronto escuchó la voz de Eva.

—¡Te dije que no debías entrar!

—Eva, tu nombre es el mismo que la madre de los hombres —rió Chimara, nerviosa—. ¿Quién te lo puso? ¿Por qué estás furiosa?

—Me has desobedecido.

—Por nada del mundo te hubiera hecho caso. Tenía que verlo —soltó una carcajada—. ¿Crees que no sé dónde estoy? Esto es... ¡fabuloso!

Chimara no dejó de reír hasta que Eva le preguntó:

—¿Qué sabes tú?

Se incorporó y recorrió la estancia de punta a punta, sin dejar de sonreír. Miró a su alrededor. Estaba en la habitación que Darío Siles llamaba su Gabinete; había entrado allí sin darse cuenta. Se detuvo y puso los brazos en jarras.

—Más cosas de las que puedas imaginar, Eva. ¿Puedes verme? ¿Puedes apreciar la felicidad de mi cara? Tal vez me veas, pero no puedes saber lo que pienso ni lo que siento. Te lo diré. ¡Estoy emocionada porque estoy donde soñaba cuando era niña! Sí, es verdad que he soñado miles de veces con este lugar de leyenda. Todo cuanto leí y me contaron acerca de este sitio quedó grabado para siempre en mi mente; pero nunca imaginé que algún día lo recorrería, que estaría en la Esfera, el Hogar del hombre que entregó el sello kerlhe a los Gremios.

—¿Cómo sabes todo eso? —exclamó Eva.

Chimara, sentada en el sillón de Darío, acarició los grandes brazos de madera.

—Un antepasado mío conoció personalmente a César Almanzar, y éste le contó cosas que nadie más llegó a saber. Hace siglos, mi tatarabuelo escribió en sus memorias que nuestro fundador pidió a sus seguidores que el nombre de Darío Siles no fuera maldecido por los errores que cometió cuando estuvo en la Tierra.

—Mientes. Corvus siempre fue una colonia aislada. Sus primeros pobladores debieron partir de la Tierra antes de que Dar volviera de Dhrule y se encontrara con las últimas expediciones a punto de partir.

—El antepasado del que te hablo llegó a Corvus después de que fuera integrado en el Imperio; con él viajaban otros almanzarianos; todos llevaban la misión de establecer la Logia en el planeta. ¿Por qué crees que luché tanto para pertenecer a ella?

—¿Almanzariano significa servidor o sicario de Almanzar?

—¿Qué clase de computadora eres tú? —rió Chimara—. ¿Nunca has oído hablar de la Logia?

—Hace mucho tiempo Darío y yo nos topamos con una de sus ramas más radicales. Sus miembros eran fanáticos, capaces de matar en nombre de una idea absurda.

—Deberías saber que la Logia fue fundada por César Almanzar para combatir el despotismo del Comité Económico Mundial y las dictaduras de los gobiernos de la Tierra. Él no se dio por vencido cuando Darío Siles entregó el Sello a quien no debía.

—Es sorprendente que esas ideas perduren. ¿Cómo ha podido sobrevivir la Logia? Todas las organizaciones secretas fueron destruidas por los servicios de inteligencia

imperial.

—Evidentemente tus bancos de memoria no han sido actualizados. Es cierto que la Logia ha estado a punto de desaparecer muchas veces, pero siempre logró sobrevivir.

—¿También es cierto que cuando os reunís hacéis sacrificio humanos y os drogáis?

—¿De dónde has sacado esa tontería?

—Lo he oído. Si es así, no sois mejores que aquel perturbado mental llamado Macombe. ¿Sabes a quién me refiero?

—Claro que sí. Mi antepasado lo menciona en sus memorias.

—En el fondo sois como los seguidores de Macombe, unos estúpidos que, como siempre, os dejáis matar por unas ideas bárbaras, al servicio de los listillos de turno.

—No somos como piensas. Nuestra fuerza es la verdad.

—La vuestra, no la de los demás. ¿Sabes? Me parecéis hormigas que veis volar al águila y queréis alcanzarla para matarla y llevarla a vuestro hormiguero. ¿Qué podéis hacer contra el Imperio? Sólo sois un puñado de estúpidos.

—Estamos en casi todos los mundos. El hombre de Desgal era un almanzariano.

—Vuestros respectivos jefes os enviaron al Tasla para espiar. Qué interesante.

—No nos habíamos visto antes. Nos identificamos poco antes del ataque. Cada uno tenía una misión. Antes de huir, Murond prometió darme lo que él había descubierto. Los almanzarianos compartimos lo que beneficia a la Logia.

—¿Qué buscabais en el Tasla?

—Lo que el Grandal había descubierto acerca del planeta que pretendía destruir. —Apretó los dientes y miró con gesto desafiante al punto del gabinete donde creía que surgía la voz de Eva—. No me gusta ser interrogada. Se acabó la charla.

—Sólo quiero aclarar las cosas. ¿No te parece que sería beneficioso para ambas un intercambio de información? Te recuerdo que he permitido que descubrieras que estás en la Esfera. Una actitud de buena voluntad por tu parte la consideraría una demostración de... ¿Puedo llamarla de amistad?

Chimara estuvo a punto de responderle que no podría creer que una máquina, aunque fuera la mítica Eva, le ofreciera su amistad.

—No te prometo nada, pero pregúntame lo que quieras.

—¿Qué fines persigue la Logia?

—Se puede resumir diciendo que restituir la dignidad a la raza humana.

—No te ofendas, pero eso lo he oído en muchos mundos y lo considero una vulgaridad.

—Luchamos para que todos los mundos, habitados por humanos o humanoides, compartan los secretos kerlhes y se beneficien de ellos.

—Pedís demasiado.

—Esos secretos pertenecen a todos los seres.

—Me gustan los idealistas hasta que dejan de serlo y sustituyen a los tiranos a los que decían combatir.

—Sin embargo, existe un misterio que los kerlhes no desvelaron: la transmisión instantánea. En numerosas ocasiones los Gremios anunciaron que no tardarían en alcanzar los conocimientos necesarios para construir un aparato que pudiera sustituir a los TK, cada vez más escasos e irremplazables. Cuando uno muere, no hay otro que ocupe su lugar.

—Es posible que algún día los científicos descubran la transmisión instantánea sin tener que recurrir a una criatura con poderes telepáticos.

—Bah. Los Gremios jamás han creado nada nuevo; se han limitado a copiar y modificar los legados kerlhes.

—Aunque debo admitir que tenéis algo de razón, sigo pensando que sois unos ilusos. Vuestras metas han estado, están y estarán siempre fuera de vuestro alcance. Como disculpa por mi ignorancia, puedo alegar que cuanto sé respecto a la Logia no proviene de fuentes fidedignas. Dar nunca se molestó en investigarla; creo que cometió un error de

cálculo y os subestimó.

—Creo que no querrás contestarme a esta pregunta.

—Entonces ahórrame de escucharla.

—¿Por qué Darío es un anciano? ¿Por qué vive en un cuerpo viejo pudiendo ser joven y fuerte?

—Tenías razón: no deseo responderte.

—No has dicho que no puedas.

—Es igual.

—¿Me consideras enemiga de Dar?

—Tu presencia aquí es molesta.

—Se lo preguntaré a él.

—Te lo prohíbo.

—Le buscaré.

—Está en Lartia.

—¿Lartia? ¿Qué es Lartia?

—Así se llama el mundo que el Grandal quiere destruir.

Ghimara exclamó:

—El que el Grandal quería aniquilar con el Fuego del Emzarkhan, que no dudaba que era Dhrule.

—No lo es.

—Por el timbre de tu voz creo que no mientes.

—¿Porqué habría de hacerlo?

—¡Por todos los malditos dioses, resulta muy divertido que el Tercer Dusek haya cometido semejante error!

« Los kerlhes no fueron olvidados; en algún lugar del universo estaba su mundo, y todos soñaban con sus riquezas y sus conocimientos científicos; otros en cambio creían que solo a través de Dhrule se podía llegar a Kerlhe...»

CAPITULO XI - EL PASADO

Mientras recogía los documentos de la mesa, Korlius pensaba que el Jearca debía estar impaciente por recibir sus noticias. Cogió el papel en que había escrito en clave los nuevos informes que había obtenido del consejero. Podía sentirse satisfecho. La descripción que le había hecho su confidente de Verne coincidía con la de Wells. No cabía duda de que eran la misma persona.

Guardó la documentación en una carpeta. Una vez en la base secreta transmitiría la noticia a su jefe. Confiaba en que Uwyer, una vez más, no hubiera perdido la paciencia.

Su secretario entró y le preguntó si deseaba algo de él. Korlius respondió que podía marcharse y esperó a que saliera para terminar de ordenar los demás papeles. Le fastidiaba trabajar en Lartia, un mundo dominado por la burocracia, con un gobierno lento a la hora de tomar decisiones. Metió en un cajón el papeleo sin importancia que le quedaba por examinar, informes intrascendentes para su verdadero trabajo, relacionados con asuntos locales, expedientes interminables.

Estaba deseando entrar en su vehículo privado y disfrutar del aire acondicionado, pero sobre todo salir de la ciudad. Hacía dos días que la población celebraba la victoria, aplastante según la propaganda, sobre la flota invasora. Korlius no predecía un final pacífico después de tanto jolgorio si no se tomaban fuertes medidas policiales. Todas las calles y plazas estaban llenas de gente que bebía sin parar; ya había habido peleas y algunos muertos, y demasiados comercios habían sido asaltados. Al principio el Consejo acogió con agrado el estallido de alegría de la población de Lartia, pero ahora estaba asustado, y sin embargo no se atrevía a enviar a la policía y el ejército para aplacar los

ánimos.

Confiaba que en la base le esperase algún mensaje de Uwyer, podía adivinar que le transmitía su preocupación ante la nula vigilancia de las naves de Lartia en el espacio exterior. Aunque era unánime la creencia de que el invasor había huido para no volver jamás, Korlius había intentado convencer a los políticos de que era posible que el ataque se repitiese, incluso antes de lo que opinaban los menos optimistas.

Escuchó que la puerta se abría y pensó que era su secretario, que regresaba por algún documento que había olvidado. Aquel tipo se movía como un alma en pena por los pasillos del palacio del Consejo, yendo de un lado a otro continuamente, sonándose la nariz y murmurando entre dientes que necesitaba una medicina que le aliviase el dolor de espaldas. En realidad sus males se debían al abuso del horrible licor local al que se había hecho adicto, que lo estaba matando lentamente.

—Creí que se había marchado... —empezó a decir.

Cogió la carpeta, impaciente por perder de vista la habitación donde se sentía incómodo; odiaba los ruidosos ventiladores que no eran capaces de mitigar el calor.

Levantó la cabeza y miró estupefacto al hombre que tenía enfrente, al otro lado de su mesa.

—Wells... —murmuró—. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

El hombre se volvió y echó el pestillo de la puerta. Luego se acercó a la ventana que daba al patio y corrió la cortina, después de echar un vistazo a los pasillos elevados que lo cruzaban.

—Para mí ha sido más fácil moverme en este edificio que caminar por las calles atestadas de borrachos —dijo Dar. Echó atrás la capa que le llegaba hasta las rodillas, que ocultaba el traje oscuro y ajustado que vestía.

Korlius se fijó en el cinturón del anciano, del que pendía una pistola enfundada y varios objetos metálicos. Hizo intención de esconder la carpeta. Su gesto hizo sonreír a Dar.

—¿Guarda ahí la información de su confidente? Acabo de hablar con él, y creo que tendré que prescindir de sus servicios. Es demasiado parlanchín. Me temo que vamos a tener que entendernos sin necesidad de intermediarios.

—Se ha arriesgado mucho viniendo aquí, Wells.

—Puede llamarme Verne también. ¿No se alegra que lo sea? Estaba en lo cierto. ¿Ya tiene un retrato robot de mí y lo ha repartido entre sus agentes?

Korlius arrojó la carpeta sobre la mesa.

—Puede verlo por sí mismo. No voy a engañarle. Podemos obtener una perfecta holografía de usted. Lo que ignora es que el Jerarca tiene una teoría que espera poder confirmar muy pronto.

—¿Y cuál es la suya? Le considero inteligente y habrá sacado sus propias conclusiones.

—Le confieso que no son muy esperanzadoras.

—¿Qué buscan realmente usted y su jefe?

—Su tercer nombre, señor Wells; el verdadero.

—Puedo decírselo.

—No le creería.

—Se lo diré con una condición.

—¿Cuál?

—Deberá ser al Jerarca en persona.

—No está en Lartia.

—¿Tal vez a bordo de una nave en órbita, capaz de burlar los detectores lartianos?

Korlius negó con la cabeza.

—En tal caso sólo puede estar en Dhrule o en Decero —sonrió Dar—. ¿En cuál de los dos planetas?

—Si quiere que le concierte una entrevista, tendré que avisarle con cierta antelación.

¿Por qué no vuelve mañana? —recordó que el día siguiente no estaría en la ciudad y se mordió la lengua—. Esta situación es ridícula, no tiene sentido. Está bien, Wells, puedo llevarle ante el Jerarca, pero yo también le impondré algunas condiciones.

—No pretenderá llevarme a su presencia con las manos atadas y los ojos vendados, ¿verdad? Por favor, no tengo todo el día para perderlo discutiendo tonterías con usted. Es muy importante que me entreviste con él lo antes posible.

—Tendrá que confiar en mí.

Dar empuñó la pistola y apuntó a Korlius.

—No será capaz de matarme —sonrió el dhruleniano—. Aparte de que no es un asesino, no dispararía porque sabe que en el pasillo hay hombres armados, entrarían al oír el disparo...

El leve chasquido que surgió del cañón dejó a Korlius con la boca abierta. Un nimbo relampagueante envolvió su cuerpo. Emitió un grito ronco cuando sintió la descarga eléctrica recorrerle el cuerpo. Se notó rígido; boqueó y tragó aire. Poco a poco fue recuperando la sensibilidad en las manos.

Apenas el aura que lo había envuelto desapareció, se apoyó en la mesa y miró con rabia al anciano. Dar seguía apuntándole.

—Estos disparos no le matarán —dijo—; pero puedo hacer que le resulten más dolorosos y duraderos. Como ha podido comprobar, esta pistola es completamente silenciosa. Si piensa gritar, recibirá una descarga que le hará morderse la lengua; podría tragársela.

—Viejo imbécil... Tendrá que matarme, no pienso decirle nada...

—Usted lo ha querido.

El nuevo disparo arrancó un lamento largo y agónico a Korlius. Sintió cómo si le hubieran aplastado contra una pared erizada de púas. Estuvo a punto de perder el conocimiento. Necesitó más tiempo para recuperarse. Cuando su respiración se normalizó, miró con rabia a su verdugo.

—El próximo disparo será más potente —le advirtió Dar; con el pulgar movió un dispositivo situado encima de la culata—. Y aún puedo aumentarlo.

—Espere, espere —jadeó Korlius—. Se acordará de esto, Wells. Uwyer está en Decero, pero no podrá verle...

—Eso corre de mi cuenta.

—Debe aceptar mis condiciones...

—Dígame en qué parte de Decero puedo encontrar al Jerarca.

—En el continente austral. Cerca de la capital de la zona Este hay una ciudadela consagrada al Dios de la Esfera y en ella el obelisco levantado a la memoria del Darsil. En la misma explanada se levanta un edificio de mármol rosa, el museo del Origen.

—Conozco ese lugar. Allí estaban las naves que llevaron desde la Tierra a los colonos hasta Decero, ¿verdad?

Korlius le miró perplejo.

—¿Cómo sabe eso? —sacudió la cabeza—. Qué importa que lo sepa. De cualquier forma, no podrá acercarse al Jerarca. Además, ¿cómo diablos piensa llegar? Tardaría años a bordo en una nave convencional...

—Gracias por la información, Korlius. Lamento tener que hacerle un poco más de daño.

—¡No! —gritó Korlius al ver que volvía a apuntarle—. ¡Prometié no dispararme más!

—Esta vez no sentirá ningún dolor.

Del arma surgió un destello verde que estalló en el pecho de Korlius, quien sintió que sus miembros se agarrotaban. Antes de que la rigidez le impidiese moverse, comprendió que había recibido una descarga que le dejaría inmovilizado varios minutos.

Medio encorvado vio a Wells abrir la ventana y pasar las piernas por el alféizar. El anciano le dirigió una sonrisa que quería ser una disculpa, movió la mano derecha a guisa de despedida y saltó a una de las pasarelas que cruzaban el patio.

Korlius rechinó los dientes, logró mover el brazo que estaba más cerca de la mesa y se inclinó cuanto pudo para apretar el timbre de alarma, que hundió con fuerza, manteniéndolo pulsado hasta que la puerta fue derribada y entraron varios soldados.

Con la voz enronquecida, temiendo que sus mandíbulas se desencajasen, gritó:

—¡Ha escapado por la ventana, un viejo con una larga capa...! ¡Lo quiero vivo...!

Mientras un asustado ordenanza corría hacia él para ayudarlo, los soldados saltaron por la ventana. Otro funcionario empezó a lanzar gritos en el pasillo, pidiendo la presencia de los oficiales.

Korlius terminó de hacerse entender por gestos y algunas palabras que consiguió articular con esfuerzo. El ordenanza, ayudado por dos hombres más le arrastraron hasta la ventana. Korlius pudo ver a Wells correr por la pasarela, seguido por el pelotón de soldados; se hallaba en el otro extremo, a punto de alcanzar una salida, cuando un oficial le conminó a que se entregara.

Dar se volvió antes de abrir la puerta. El soldado que iba delante del grupo levantó su rifle, un arma conocida para el fugitivo; disparaba proyectiles de grueso calibre. Un solo disparo podía abrirle un agujero tan grande como un puño.

Amartilló la pistola tras graduar de nuevo la potencia del disparo, situándolo para que lanzara ondas de choque. Dar quería evitar muertes innecesarias, pero estaba dispuesto a no dejarse atrapar. Antes de caer en manos de los salvajes lartianos convertiría su arma en un proyector de fuego y reduciría a cenizas todo el edificio.

Habían acudido más soldados y funcionarios, que asomaban la cabeza por las ventanas del patio. En la azotea aparecieron los cascos emplumados de la guardia presidencial. El sonido del primer disparo casi sorprendió a Dar; de reojo vio que la bala arrancaba el estuco de la pared, a poca distancia de su cabeza.

Maldijo a quien le había disparado, asombrado de que tirasen a matar; había creído que Korlius quería cogerle vivo. Pensó que quizá no había logrado articular una sola palabra y los soldados querían verlo caer al fondo del patio con el cuerpo acribillado a balazos.

Se inclinó y apretó el gatillo; una pequeña onda de choque estalló contra el pretil tras el que se había apostado media docena de soldados, arrojando a los hombres a varios metros de distancia.

Korlius sacó medio cuerpo por la ventana y gritó:

—¡Lo quiero vivo!

Dar le hizo un gesto de agradecimiento, se volvió y cruzó la puerta, cerrándola a sus espaldas. Se encontró en una sala vacía, la recorrió y entró en una habitación llena de mesas en las que trabajaban mujeres. Al verle entrar con un arma en la mano, empezaron a gritar.

Salió de allí y entró en un corredor. Al final había una escalera, corrió hacia ella y la bajo saltando los escalones de dos en dos. En el penúltimo descansillo le salieron dos hombres al paso; al ver a Dar se dieron media vuelta y desaparecieron por una puerta, que cerraron tras ellos.

El retén de guardia ya estaba en el nivel que conducía al patio, al que había llegado por otro camino. Dar alcanzó el vestíbulo. El único hombre armado que lo vigilaba le descubrió cuando ya lo tenía encima, soltó el rifle y escapó corriendo.

Con una pequeña descarga de la pistola Dar arrancó la puerta de entrada, saltó a la calle y se quedó aturdido unos segundos al verse rodeado de gente que cantaba viejas canciones de guerra, bebiendo sin parar para celebrar la victoria sobre los invasores.

Se abrió paso empujando a los borrachos, rechazando beber de las botellas que le ofrecían, buscando el camino más corto para llegar a la callejuela donde había acordado con Eva que le enviaría una señal para que le transportase al Módulo.

Necesitaba un lugar solitario; no quería desaparecer a la vista de nadie; siempre había sentido aversión a que le tomasen por un fantasma. No más leyendas, decidió el día que

descubrió en qué habían convertido los jefes de Dhrule sus anteriores visitas.

Empezó a jadear.

Mientras corría se decía que ya no estaba para aquellos trotes; tenía calambres en las piernas y le pesaban los brazos. También empezaba a dolerle la cabeza.

Desde el pórtico del palacete rugió una voz amplificadora, conminando a la gente a dispersarse. En la calle irrumpió un pelotón de soldados, que a culatazos se abrió paso en la multitud.

Dar se detuvo tras doblar la siguiente esquina, se agachó y disparó a ras del suelo una descarga leve. El resultado fue espectacular: docenas de personas, y más de la mitad de los soldados, fueron lanzados a varios metros de distancia, como si el pavimento se hubiera cubierto de aceite y hubiesen resbalado.

El gentío aullaba de miedo, algunos soldados perdieron los estribos, olvidaron las órdenes recibidas y apretaron el gatillo; no dispararon balas de goma, como había previsto Dar, sino proyectiles de acero; para ellos no era una manifestación ilegal a la que había que disolver.

Corrió por una calle apenas concurrida, escuchando a sus espaldas los gritos de los soldados. Una bala rebotó en un adoquín y saltó al cielo silbando, seguida de una ráfaga larga que trazó un reguero de esquirlas en el suelo. De pronto sintió como si le hubieran tirado del brazo. Al volver para mirarlo vio que le habían alcanzado. Un rasguño, la herida no era peligrosa a simple vista, pero sintió un dolor agudo en la carne desgarrada y apretó los dientes.

—Condenada Eva —masculló, sintiendo la sangre correr por su brazo—. ¿Dónde diablos te has metido? ¿Qué esperas para llevarme a tus entrañas?

Con un golpe con el canto de la mano cambió al máximo la potencia de la pistola. El juego había terminado. Si esperaban cogerle se iban a llevar una sorpresa. Vio una puerta abierta y se refugió en el zaguán.

Escuchó pasos temerosos por las escaleras que había al fondo; pensó que podían ser los vecinos que huían hacia la azotea al verle entrar. Se refugió en el hueco de la escalera y esperó jadeante a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Al girar la cabeza le pareció ver una mota que flotaba delante de él, una esfera de cinco centímetros de diámetro en cuya superficie brillaban puntitos de luz.

—Eva... —susurró con alivio, olvidando lo enfadado que estaba.

—¿Algún problema, Dar? —la voz de Eva le sonó como lluvia fresca en medio de la tórrida tarde.

—¿Acaso me estoy divirtiendo? No tenías que haber venido, sino haberme llevado dentro.

—Estás muy enfadado, y eso no es bueno para un viejo corazón como el tuyo.

—¿Por qué has venido? Te pedí que vigilaras el Mazo.

—¡Tenía que hacerlo! Llevo dentro de mí una bomba de relojería.

—No es momento para bromear.

—Dejar de rechinar los dientes. He necesitado más tiempo del que había previsto para llegar hasta ti.

En la entrada de la casa aparecieron vanos hombres, le vieron agazapado bajo la escalera y gritaron que habían encontrado al fugitivo; brillaron sus armas y empezaron a caminar por el zaguán.

—¡Sácame de una vez de aquí! ¿No te has dado cuenta que estoy herido?

Cuando los soldados dispararon, el hombre que perseguían ya no estaba.

Chimara terminó de vendarle el brazo y se volvió hacia él. Dar no había dejado de mirarla de reojo un instante. Al darse cuenta que había sido descubierto, agarró con la mano sana la copa de coñac y la vació de un trago. Hizo un gesto de dolor cuando ella le apretó la venda. Trató de sonreír, estudió la cura y dijo:

—No está mal.

Chimara se levantó en silencio, temiendo oír el veredicto de Eva.

—La herida tiene muy mal aspecto —dijo Eva finalmente—. Podría infectarse. ¿Sabes cómo evitar la infección?

—Empecé a estudiar medicina y sé lo que hago.

—¿Por qué no te licenciaste?

Chimara inspiró profundamente. La pregunta de Eva le había parecido impertinente; pero había decidido ser amable con ella y respondió:

—No podía soportar la sangre. En cuanto a la herida... He tenido que curar otras peores.

—Me siento bien —dijo Dar—. No es la primera herida que sufro, y pocas me han llevado a la muerte. Si me hubieras sacado antes del atolladero no me habrían alcanzando.

Echó un vistazo al mirador. Estaba cerrado y se sintió extraño no viendo las estrellas. Eva siempre lo mantenía así cuando se hallaban en la superficie de algún mundo, el Módulo convertido en una esfera tan diminuta que no podía ser descubierta a simple vista. Chimara le había preguntado hacía un rato cómo era posible que ella siguiera conservando su tamaño natural cuando Eva se introdujo en el zaguán para rescatarlo, convertida en una canica. Dar le respondió que se sentía demasiado cansado para explicárselo.

—Eva me ha contado la conversación que habéis tenido —dijo volviéndose hacia la muchacha, que acababa de guardar las vendas y las pomadas en el botiquín que había sido de Murond.

—Más bien fue una discusión —rió Chimara—. Acabó enfadándose conmigo y no volvió a dirigirme la palabra.

—Debes devolverla a su mundo, Dar —dijo Eva.

Él se quedó pensativo.

—Eva, eso ya lo discutimos. Sé buena chica y llévame a Decero.

—¿Quieres decir en la Esfera, no transportarte?

—Eso es. Está demasiado lejos para que puedas enviarme al lugar exacto donde me gustaría aparecer; además, presiento que voy a necesitarte a mi lado.

—¿Qué pretendes? Me prometiste que nunca más volveríamos a un mundo del sistema Dhrule.

—Sólo para tener una entrevista con Uwyer. Según Korlius, le encontraré en el museo del Origen.

—¿Qué sitio es ése?

—Vamos, busca en tus recuerdos. Hemos estado allí hace tiempo. En ese lugar conservan las dos naves kerlhes que transportaron a los colonos a Decero. Más tarde levantaron a su alrededor una especie de santuario.

—¿De qué demonios estáis hablando? —preguntó Chimara.

—Cuando estuve en Dhrule por segunda vez, pedí que me mostraran las viejas naves. Nunca volvieron al espacio. Apenas descendieron, algo dejó de funcionar en sus motores y quedaron fuera de servicio.

—¿Cómo pudieron colonizar Dhrule?

—Esa es otra historia, muy larga de contar. Yo les ofrecí, durante mi segunda visita, los impulsores; y les dije donde podían encontrar las estaciones orbitales kerlhes donde se almacenaban algunos navíos; les tuve que enseñar a anular las Coberturas. Me marché convencido de que les había ayudado, pero pasados unos años me enteré que mi presencia y la de Eva fue aprovechada por un grupo de desaprensivos para organizar una religión que ocupó el vacío que había dejado la de Logaroh.

—Vaya, esto parece muy interesante —sonrió Chimara—. ¡Tú y la Esfera sois venerados en los mundos Dhrule! Esto no esperaba oírlo.

—Cuando me enteré de lo que habían hecho estuve a punto de intervenir y destruir la

nueva religión.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Me hizo cambiar de idea la presencia de la Flota Dusek y las de Desgal y Corvus.

—¿Seguro que no tenías otros motivos?

Eva se anticipó a que Dar respondiera y dijo colérica:

—Está bien, iremos a Decero; pero antes tienes que librarte de esta mujer. Le proporcionaré un vehículo con viaje programado. Se lo puede quedar, será un regalo mío.

—¿Por qué me odia esa máquina? —exclamó Chimara, volviéndose hacia el lugar del que había surgido la voz de Eva.

Dar emitió un gruñido.

—Callaos las dos, no es momento de discutir. Chimara seguirá aquí.

—Estás cometiendo un error, Dar —replicó Eva, deslizando su voz por la estancia. Cuando se situó a las espaldas de Chimara, añadió—: Te traerá complicaciones.

—Basta ya. Tengo que estar en Decero antes de que Korlius consiga enviar un mensaje a Uwyer. Creo que empieza a sospechar de mí.

—¿Incluso a relacionarte con el Darsil? —preguntó Chimara.

—Me bautizaron con un nombre demasiado identificable. Eva, ponte en camino.

—¿Y la corvusiana?

—Te repito que seguirá con nosotros.

—¿Por qué? ¿No te atreves a decirme por qué delante de ella?

—Limítate a obedecerme.

Chimara escuchó el eco del rugido de Eva.

Dar esperó unos segundos antes de pedir a Chimara:

—Discúlpala. Durante los dos últimos siglos ha adquirido demasiadas reacciones humanas y a veces se enfada tanto que incluso maldice, gruñe y protesta. Ha debido envejecer a mi vera.

—Eva es lo más fantástico que he visto en mi vida —Chimara se apresuró a agregar—: Lo siento, había olvidado que le molesta que la llame máquina.

—No nos oye, se ha aislado para ocuparse de llevarnos a Decero.

—¿Por qué tiene voz y personalidad de mujer?

—Supongo que desde el principio pensó que a mí me gustaba y trató de complacerme. ¿Sabes? A veces creo que es capaz de leerme el pensamiento.

—¿Es cierto que te encontró muerto en una nave llamada Vorágine?

—Todavía no sé si conservaba un soplo de vida cuando me rescató o estaba muerto y me resucitó. Nunca he creído en los milagros, y pienso que fue la ciencia de Eva. Eh, tú sabes mucho de mí.

—Conozco tu leyenda. Bueno, creía que lo era.

—¿También sabes que obtuvo una matriz de mi cuerpo y lo multiplicó?

—Sí. Una sorprendente clonación.

Dar movió la cabeza.

—Llegué a creer que las copias eran infinitas —murmuró.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Pensaba en voz alta.

—He visto las criptas. Debí decírtelo.

—Ya se encargó Eva de que lo supiera.

—¿No te molestó que fuera tan curiosa?

—Lo esperaba y no me importó.

—Vi una copia tuya.

Dar se mordió los labios. ¿Para qué decirle que era el último cuerpo que quedaba y que una vez que lo ocupara no habría más, y cuando muriese de viejo o violentamente se acabaría el lázaro que había sido y ya no resucitaría más? Calló.

—También he visto el de ella —dijo Chimara, temiendo ofuscarle.

Pero él no se inmutó, y sólo le vio apretar los puños.

—¿Conoces la historia de Yaita-La?

—Se habla poco de ella en la leyenda del destructor de Logaroh. Esperaba que aún compartiese a tu lado la inmortalidad que le concediste, porque la amabas y querías tenerla siempre a tu lado. Nunca me gustó la versión que aprendí de niña, que la perdiste o te la arrebataron.

—No fue exactamente así como ocurrió. Fue una iniciativa de Eva que se utilizara la segunda Matriz para devolver la vida a Yaita.

—Ese pasaje es confuso, nadie se pone de acuerdo en explicar por qué Eva lo hizo. Para mí no tiene explicación su proceder ni cual fuera su intención.

—¿Por qué te cuesta creer que lo hiciera? Durante aquellos días su única obsesión era satisfacer todos mis deseos, y los interpretó como que yo necesitaba la compañía de una mujer. Al igual que ocurrió conmigo, no sé si la trajo muerta o moribunda al Hogar.

—¿Qué ocurrió?

—El Módulo estaba muy lejos de Dhrule, sólo podía ver su sol, ni siquiera sabía que había planetas. Pero Eva podía ver lo que ocurría en él. Unos esbirros de Logaroh hirieron a Yaita cuando huía de ellos. O la mataron.

—Ella me odia, quiere alejarme de ti.

—Tiene celos, Chimara.

Ella se había acercado a Dar y cogió sus manos, mirándole fijamente a los ojos. Escondió una sonrisa cuando sintió que él se estremecía.

—Hay dos matrices —susurró—. ¿Por qué dos? ¿Por qué no existen tres matrices, infinitas matrices?

—No lo sé.

—Eva modifica el Hogar, lo empequeñece o lo agiganta, lo convierte en un paraíso o en un infierno; lo modela a su gusto o al tuyo. Es la dueña de él, y te obedece en todo. ¿Por qué sólo dos matrices, Dar?

—No puede crearlas. Los recintos azules son inalterables, y no puede duplicar nada de lo que hay en ellos, pero sí miniaturizarlos. El resto del Hogar le pertenece, puede hacer con él lo que quiera, con cada uno de sus átomos, multiplicarlos, ampliar todo o empequeñecer todo hasta hacerlo invisible, puede crear valles, montañas y mares, o miles de habitaciones. También puede agrandar la Esfera y...

—¿Y convertirla tan grande como un planeta?

Dar se echó a reír.

—Nunca lo ha hecho. Supongo que los prodigios que puede realizar tienen un límite para ella.

—Es como el genio de la lámpara de Aladino, tan poderosa como débil; tan sumisa como insubordinada.

Se apartó de él y dio unos pasos, mirando la cerrada ventana, con expresión melancólica. Dar la siguió con la mirada, admirando su cuerpo dentro del ajustado traje blanco que vestía cuando le recibió. Buscó la copa con mano temblorosa, temiendo que ella lo advirtiese.

—Si pudiera crear más matrices... —dijo Chimara.

—No es una diosa aunque en Dhrule sea venerada como tal. Las Salas Azules están bajo el control del Código, sus Coberturas no pueden ser eliminadas mediante el Sello.

—¿Qué es el Código?

—El compendio de las leyes que crearon esta maravilla, que Eva no puede desobedecer.

—¿Dónde está ese Código?

Dar miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Al principio lo busqué en las Salas Azules, pensando que sólo podía estar allí, pero estaba equivocado.

—La leyenda no menciona al Código, y César Almanzar nunca habló de él en sus memorias; sin embargo, dejó muchas referencias acerca de Yaita.

—La conoció. ¿Qué dejó dicho de ella? ¿Fue capaz de describir su belleza?

—Creo que no le hizo justicia. He visto el cuerpo de Yaita en la Cripta, y es más hermosa de cómo la describió. Si te la arrebataron o la perdiste, ¿por qué no volvió contigo después de tantos años? Debería haber muerto de vejez, y habría ocupado un cuerpo.

—Me parece una eternidad el tiempo que llevo esperándola.

—¿Cómo ocurrió, Dar?

—Los kerlhes se vengaron de mí arrebatándomela, no permitiendo que muera.

—¿Cómo? Quiero decir cómo le impiden que se mate.

—¿Cómo voy a saberlo? Solo sé que está viva y su corazón nunca ha dejado de latir, y que volvería aquí si pudiera, sin que importara que para que el prodigio se hiciera realidad una vez estuviera a un kilómetro de distancia o millones de años luz.

—¿Por qué no se quitó la vida cuando los kerlhes te la arrebataron, cuando aún no podían impedirselo?

Dar agachó la cabeza.

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo sin mirarla—. Yaita estaba embarazada, esperaba un hijo nuestro. En la Tierra, para no perderlo, no tuvo valor para matarse cuando la arrancaron de mi lado. Ella sabía que si moría, volvería a la vida en un cuerpo que no llevaría a nuestro hijo. —Levantó la cabeza—. Engañé a los kerlhes, y me castigaron llevándose a Yaita cuando partieron de la Tierra para no volver más.

—¿Qué hiciste?

—Alteré sus planes; creo que los obligué a anticipar su marcha de la Tierra. No sé si hice lo correcto, pero actué de acuerdo con mi conciencia. Llevo muchos años buscando el mundo de los kerlhes, porque ella debe estar allí. Había perdido la esperanza de encontrarla cuando decidí volver al sistema de Dhrule, dos siglos después de mi última visita. —guardó silencio un instante. Sus ojos brillaban cuando añadió—: Ahora lucho de nuevo, creo haber abierto la puerta que podría llevarme a su lado.

—¿Eva fue creada por los kerlhes?

—Sí.

—¿Por qué no te ha dicho dónde está su planeta?

—No lo sabe.

—Me cuesta creerlo.

—¿Crees que miente? Ella no puede mentirme, ni eludir una respuesta que conozca. Esa información nunca le fue dada.

—Quizá te está engañando.

—Hemos discutido mucho, y está de acuerdo en que Yaita está en el planeta Kerlhe.

—Nadie volvió a encontrar a los kerlhes que visitaron la Tierra; los que fueron descubiertos en una pequeña colonia, y transformados en máquinas, pese a que también eran telépatas natos, no tenían ninguna relación con los que organizaron las expediciones a los mundos destinados a ser colonizados por los terrestres.

Dar reconoció con una sonrisa lo acertadas que eran sus palabras.

—Investigué cuando me enteré del hallazgo de esa pequeña comunidad, unos miles de seres que los Gremios se apresuraron en convertir en transmisores. No conocían la situación de Kerlhe. Los Gremios no se equivocaron al suponer que a su costa harían más fuerte al Imperio, permitiéndole controlar el único sistema de comunicación instantáneo posible. Me he preguntado muchas veces si los kerlhes que estuvieron en la Tierra para llevar a cabo su trabajo lo hicieron por decisión propia o su misión les fue impuesta.

—¿Por quién?

—Ojalá lo supiera.

—No se me había ocurrido que los kerlhes pudieran ser unos simples instrumentos al servicio de una inteligencia superior.

—Sus caras de perro no invitan a pensar que son bondadosos, desprendidos y sólo les movió su deseo de beneficiar a la Tierra. No fueron generosos, Chimara; no dieron nada en realidad; las naves que entregaron no podían ser reproducidas al no poder acceder al Núcleo; sin un Sello que anulara la cobertura que lo protegía era imposible acceder a él y copiarlo.

Chimara alisó sus cabellos, se quedó pensativa un rato y dijo:

—Dicen que los Gremios quieren perfeccionar el Impulsor.

—Durante siglos lo han intentado, y siempre han fracasado. Sólo pueden copiarlo, su tecnología sigue fuera de su alcance para introducir el más pequeño cambio.

—¿Por qué pueden copiarlo y no mejorarlo? Todo puede ser perfeccionado.

—Se topan con un problema: el Impulsor kerlhe. De permitir a una nave alcanzar la velocidad de la luz y superarla, la mantendría en un plano temporal constante, anulando la distorsión del periodo de navegación entre el punto de partida y el de destino. Esa es la forma perfecta para viajar en el tiempo.

—Oh, eso es imposible. No comprendo cómo funciona el impulsor kerlhe, como la mayoría, pero no puedo creer que se pueda controlar el tiempo.

—Yo he viajado en el tiempo. Cuando salí de Dhrule por primera vez, el Imperio se encontraba en plena expansión, y sin embargo, Eva me llevó a la Tierra cuando aún no habían transcurrido cuatro décadas de la partida del Vorágine. El accidente que sufrió la expedición me hizo estar muerto o en estado de hibernación durante quinientos años, hasta que Eva me rescató.

—¿Por qué no te trasladó a la Tierra en el mismo plano temporal en el que estabais? ¿Por qué tuvo que retroceder en el tiempo?

—Ese es otro enigma que no puede desvelar. Por aquellos días el Código ejercía sobre ella un control más férreo; creo que la obligó a que obedeciera el mandato oculto para que yo volviera a la Tierra pocos días antes de que partieran las últimas naves.

—¿Quieres decir como si algo o alguien te obligara a cerrar el círculo? La típica historia en la que el chico, sabiendo que alguien salvó a la humanidad siglos atrás, viaja al pasado para averiguar quién fue y descubre que fue él.

—Descubrí cosas que no me gustaron.

—Puedo comprender lo que sentiste al saber que mientras lo que quedaba del Vorágine se aproximaba a Dhrule, en la Tierra hubo guerras, epidemias y hambrunas; el caos económico arrojó al olvido el proyecto del que formaste parte, se creó el Comité, y cuando parece que nada tenía solución, aparecieron los kerlhes prometiendo ayudar a la humanidad.

—Todo empezó a encajar para mí.

—Pero hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres?

—Mientras tu cuerpo yacía en los restos del Vorágine, otro Darío Siles volvía a la Tierra, tras haber aniquilado al maligno dios Logaroh.

—Sí, parece muy complicado, pero es así como ocurrió.

Se dirigió a una alacena, la abrió y sacó un libro con tapas rojas, que abrió por el centro.

—He estado buscando a Yaita durante casi dos siglos —dijo—, desde el día que partí de Dhrule, después de entregar a sus habitantes los secretos kerlhes. En este libro he escrito algunas de mis experiencias, las sensaciones de un hombre confundido, mientras descubría cosas que apenas podía comprender.

»He utilizado docenas de cuerpos; muchas veces mi muerte fue violenta, pero también por enfermedades que contraí en lugares que no debí visitar; también morí por heridas graves y para escapar de situaciones límites. En cada cuerpo he sufrido, me he divertido,

padecido y he gozado hasta límites que jamás podrías imaginar, Chimara. En un planeta me ajusticiaron por ladrón, creo recordar que fue en Fornax, uno de los últimos Mundos Primarios que fue conquistado por el Imperio. Creo que aún deben estar impresionados ante el valor que demostró el condenado a muerte. ¿Por qué iba a tener miedo sabiendo que apenas mi corazón dejara de latir saltaría de inmediato a otro cuerpo?

»Hace mucho me cansé de aquella vida absurda y sin sentido, y comprendí que estaba malgastando los cuerpos de la Matriz—se palpó el pecho—. Este cuerpo decrepito lo soporto desde hace más de cincuenta años, con él he batido mi propio récord.

»Hace unos meses tomé la decisión de visitar Dhrule y Decero; cuando descubrí en qué había caído la sociedad a la que libré de un dios loco, estuve a punto de intervenir asumiendo el papel de un dios colérico y vengador para derribar los becerros de oro que habían alzado en mi honor y en el de Eva. ¿Sabes por qué no desenmascaré a los farsantes? Me divertí ver los bajorrelieves en los que el Gran Darsil aparece entregando un sello a los dhrulenianos, ante el pueblo postrado ante mí en actitud de agradecerme el don que les concedía el enviado de la Esfera.

Dar devolvió el libro a la alacena y regresó al sillón. Chimara se acercó a él, y con las dos manos inició una lenta caricia de su rostro. De pronto soltó una exclamación de sorpresa y dio un paso atrás.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dar, alarmado.

—Tú eres... —empezó a decir ella. Se echó a reír—. ¡Tú eres Bergerac! No te había reconocido sin las patillas ni el bigote. ¿A qué estás jugando?

—Te dije eran falsos.

—Tu gesto de dolor era falso. ¿Qué buscabas en Corvus, en el apartamento junto al mío?

—A ti.

—¿A mí?

—Hacía unos días que había interceptado el lamento del kerlhe convertido en el TK del Tasla, pidiendo ayuda a sus hermanos de raza; más tarde Eva me informó que el Grandal había solicitado a los Gremios la presencia de un Portador; pero utilizando los medios convencionales de comunicación. Su mensaje tardó semanas en llegar a su destino.

—No me has dicho por qué me espías desde la otra terraza.

—La llamada que hizo el TK la he escuchado cientos de veces, y siempre he llegado al convencimiento de que no es un kerlhe de los que fueron encontrados y esclavizados en un planeta perdido. Aunque el mensaje era confuso, identifiqué ciertas palabras que lo relacionan con los kerlhes que visitaron la Tierra. Si puedo llegar hasta él, me revelará donde está su mundo, el mundo Kerlhe.

—¿Qué esperas? ¿Acaso Eva no te puede hacer un pase mágico y enviarte ante él o llevarte a su presencia a bordo del Hogar? ¿Qué impide mirarlo a la cara? Posees un auténtico Sello kerlhe y puedes vulnerar una Cobertura. ¿Qué más necesitas para robarle al Grandal su valioso transmisor TK? —Chimara arrugó el ceño—. Espera. Creo que eso mismo era lo que Murond quería descubrir.

—He escuchado la grabación que tu compañero llevaba consigo, y he llegado a la conclusión de que fue engañado como el Grandal; los dos creyeron que el planeta sin nombre para ellos, Lartia, es Dhrule.

—¿El TK mintió al Grandal a propósito?

—Debió recobrar durante un instante la lucidez perdida y se las arregló para convencer al Grandal y al Portador de que Lartia es Dhrule y de que les entregó las coordenadas para llegar hasta él en contra de su voluntad.

—¿Con qué propósito?

—Es lo que espero averiguar. Este engaño confirma mi creencia de que ese TK no es un kerlhe perteneciente a la comunidad que fue descubierta, y se propone algo. Tiene un plan.

—¿Vengarse de aquellos que le mutilaron?

Dar sonrió.

—En su caso yo lo intentaría. Lo sorprendente es que de alguna manera sabía que Lartia es un cebo, un mundo controlado por La Jerarquía para que todo el mundo crea que es Dhrule.

—Bien, dime por qué no has interrogado a ese kerlhe para que te diga la verdad.

—Eva no puede acercarme al Tasla ni proceder a enviarme al Núcleo. Dice que no sabe por qué; pero yo culpo al Código. Una vez la amenacé con localizarlo y destruirlo. Ni siquiera lo intenté. Se asustó, me suplicó y me amenazó, para finalmente decirme que temía que si el Código desaparecía, significaría el fin del Hogar.

—Deberías desconfiar de la lealtad de esa maldita máquina. En tu lugar yo lo buscaría y...

—¿Y si dijo la verdad? No puedo poner en peligro las Matrices. Si Eva tuviera razón, Yaita nunca volvería y yo no podría utilizar el último cuerpo que queda y recuperar la juventud.

—¿El último?

—Eva afirma que es el último. Siempre pensé que algún día agotaría las reservas de la Matriz, pero no tan pronto. ¿Comprendes por qué me resisto a morir? La inmortalidad de Darío Siles está a punto de llegar a su fin.

—¿Por qué entraste en contacto conmigo en Corvus?

—Quería hablar contigo y conocerte mejor. Unos días antes había empezado a seguirte.

—¿Me vigilabas cuando escapé del Tasla?

—Me encontraba en Lartia cuando se produjo el ataque, pero había ordenado a Eva que te protegiera.

—Estuvo a punto de dejarme morir después de divertirse a mi costa creando extraños paisajes, hasta que se cansó y empezó a suprimirlos.

—Según ella, tuvo que hacerlo cuando detectó naves que se aproximaban.

—¿Por qué estabas en Lartia?

—Para arrancar a ciertas personas su promesa de que el Tasla no sería atacado.

—¿Lo hicieron?

—Supongo que sí; al menos la nave insignia imperial escapó intacta.

—Así que Lartia posee una flota lo bastante poderosa como para poner en fuga al Grandal.

—Los agentes de Dhrule planificaron el ataque por sorpresa, y las primeras naves que atacaron fueron drulhenianas; Se retiraron cuando las unidades de Lartia entraron en acción, tarde como siempre, con la ineficacia que les caracteriza.

—Pero conseguiste tu propósito: el Tasla no fue alcanzado.

—Y debo seguir protegiéndolo hasta que encuentre el modo de entrar en el Núcleo.

—Cuando me mirabas desde la terraza tus ojos tenían un brillo especial, como si ocultaras un deseo.

Los labios de Chimara se acercaron a los de Dar. Con los ojos entornados le dijo susurrante:

—De niña soñaba con Darío Siles, el dueño de la Esfera, el inmortal, el hombre que no podía morir, siempre joven, siempre...

Dar esquivó la mirada de Chimara.

—Sería un error —dijo sintiendo las manos de la muchacha en su cuerpo—. El amor que se recibe hay que devolverlo. Sería feliz saboreando tu juventud, pero... ¿Y tú? ¿Qué puedo darte a cambio?

Se apartó de ella.

—Eva ha vencido —murmuró Chimara.

—No quiero cometer una estupidez. A veces los años no dan la experiencia necesaria.

Lo siento, Ghimara.

—Esa máquina desea librarse de mí. ¿Sabes por qué?

—¿Qué quieres decir?

—Eva tiene celos. ¿Acaso no los tuvo de Yaita?

—Oh, no —rió Dar—. Todo lo contrario. Se hicieron muy amigas. Eva aprendió bastante de Yaita.

—Debió aprender demasiado. ¿Te recuerdo a Yaita, Dar?

—No te pareces en nada a ella, pero hay algo en ti que me la recuerda.

—No me alejes de ti, Dar. Dame tiempo.

—¿Qué voy a hacer contigo?

—Déjame que te acompañe a Decero. Después haré lo que quieras.

Dar asintió. La vio salir del gabinete. Se preguntó si se había exigido demasiado a sí mismo. Contempló sus manos arrugadas, meneó la cabeza y terminó soltando una risa amarga.

—Eres un viejo estúpido, Darío Siles —dijo—. ¿Por qué no has tomado lo que ella te ofrecía? ¿Qué te importa si sus motivos son interesados?

«...Tras el fin de Logaroh como dios de Dhrule, este planeta y Decero volvieron a unirse, reanudándose el intercambio comercial y cultura interrumpidos. Mediante el uso de los Generadores e Impulsores kerlhes ambas sociedades alcanzaron un elevado nivel científico; sin embargo, los Jerarcas no olvidaron que su aislamiento peligraría a largo plazo y diseñaron diversas estrategias con el propósito de ejercer un mayor control en los mundos próximos. Más tarde decidieron que una nueva religión era necesaria, y a la vez que advertían a la población del riesgo de invasión por parte del Imperio, crearon el culto a la Esfera...»

CAPITULO XII - EL MUSEO DEL ORIGEN

Una desagradable sensación de vértigo sacudió a Chimara. Cuando abrió los ojos, Dar se apresuró a cogerla de una mano, al verla tambalearse.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, creo que sí—contestó ella, mirando con asombro a su alrededor.

—No te asustes. Suele ocurrir la primera vez.

El contemplar la lisa y plana extensión de dos kilómetros cuadrados había dejado sin habla a Chimara; empezó a respirar con dificultad. Aunque la proximidad del atardecer mitigaba un poco el calor, le pareció que la atmósfera estaba demasiado cargada de humedad.

—Decero está más cerca del sol que Dhrule —explicó Dar—. No obstante las noches suelen ser bastante frías. Nuestras ropas son térmicas, nos refrescarán y nos calentarán. De todas formas la visita será corta, no creo que sigamos aquí al anochecer.

Los límites de la plataforma estaban rodeados de edificios de diseño estilizado. Del centro de la plaza partían cintas deslizantes, y sobre ellas se movían grupos de personas.

—Es muy hermoso este lugar —musitó Chimara—. Me alegra haber venido. Te lo agradezco, Dar. No podía imaginar que existiera algo así. La gente parece feliz.

—Debo reconocer que han trabajado mucho en todos los aspectos, sociales y económicos. A pesar del adoctrinamiento a que es sometido, el pueblo disfruta de un alto nivel de vida. A pesar de estar muy industrializado, Decero conserva grandes zonas libres de complejos fabriles. Vamos, subamos a una cinta.

Había tomado medidas para que su aparición no fuera vista por nadie, Eva había sabido elegir el momento para trasladarlos. No se molestó en buscar la Esfera; sabía que estaba cerca de ellos, invisible debido a su pequeño tamaño.

Caminaron hasta una cinta, subieron a ella y se dejaron llevar hasta el centro inmóvil

de la plaza, un disco de cincuenta metros de diámetro. Cuando llegaron a él pasaron a otro sendero.

No hablaron durante el recorrido. Chimara sintió que la mano de Dar apretaba la suya y fingió no darse cuenta.

—¿Dónde me llevas? —preguntó en voz baja, temiendo que la escuchara algún nativo. Pero nadie los miraba. Los padres se ocupaban de explicar a sus hijos lo que veían.

—Al museo. Es ese edificio que tenemos enfrente.

Chimara lo miró. Al final de la cinta se levantaba una enorme estructura de acero y cemento en forma de cúpula. Más allá, sobre el monte más alto, se alzaba un poste dorado que sostenía una esfera azul.

—¿Es lo que yo pienso?

—Lo has adivinado. Es el símbolo de la religión local: la Esfera. Si nos acercáramos veríamos al pie de esa monstruosidad una representación de mi humilde persona: el profeta Darsil —añadió con sarcasmo.

Llegaron al final de la cinta y pasaron a la franja de mármol blanco que rodeaba la explanada. Unos escalones móviles los condujeron al interior del Museo del Origen. Decenas de personas entraban y salían de él. Chimara seguía sintiendo curiosidad por los que para ella eran míticos dhrulenianos.

Las mujeres, jóvenes y esbeltas, y los hombres, atractivos y atléticos, despertaron su admiración; sin embargo era común en todos la seriedad de sus rostros, la solemnidad con que se movían en el recinto.

La moda en el vestir en Decero era austera pero elegante. Chimara llevaba ropa proporcionada por Eva, una chaqueta amplia de color sepia, negros pantalones ajustados y botas blancas; unos pequeños adornos en las mangas y un gorro de piel eran los únicos toques femeninos; nada de maquillaje, ni siquiera un rojo en los labios o un poco de polvo de oro en las mejillas. Su larga cabellera roja la mantenía recogida a la altura del cuello por una cinta de plata.

En la indumentaria de Dar predominaba el color marrón. Una franja negra cruzaba su chaquetón de tres cuartos, elegido a propósito para ocultar el ancho cinturón del que pendía una pistola.

—Procura hablar lo menos posible —dijo Dar cuando adelantaron a un grupo de niños conducidos por un guía que les explicaba lo que iban viendo—. Los ascendientes de esta gente fueron elegidos de todos los países y razas de la Tierra. Con los años crearon un idioma algo complejo. Yo lo hablo, pero no he tenido tiempo de pedirle a Eva que te lo enseñe.

—Parece un pueblo feliz —susurró ella. Se volvió para observar a los niños que escuchaban muy serios al guía.

—Lo es a pesar de la dureza, la disciplina que los rige, y también a un paternalismo. Este es el secreto de Dhrule y Decero, el orgullo de los Jerarcas.

—A lo que hay que añadir lo que aportan los sacerdotes de su peculiar religión, ¿no?

—No existen sacerdotes en Dhrule. En cierto modo la religión que crearon es a prueba de revisiones. Cada dhruleniano puede tener su propia teoría acerca de los dogmas en que se sostienen. Tampoco tienen templos ni libros sagrados.

—Me asombra que los Jerarcas puedan mantener una tensión constante de guerra y a la vez proporcionar un bienestar tan alto al pueblo.

—El sistema les da excelentes resultados. Lo único que se les podría censurar es que han acabado considerándose el pueblo elegido, el más puro de la especie humana. Dos veces al día se les recuerda que pueden perderlo todo si la Tierra los descubriera.

Habían cruzado el vestíbulo y entraron en la única sala del museo, de proporciones gigantescas. Chimara se quedó sobrecogida al hallarse delante de las dos naves que transportaron a los colonos hasta Decero. Recordó que en Corvus no se conservaba nada de los vehículos kerlhes.

Según la historia, se intentó vulnerar la Cobertura de una nave y la implosión la pulverizó. De la otra nave nada se sabía.

Chimara dejó de contemplar los dos navíos asentados sobre sendos basamentos de mármol rojo, se volvió hacia Dar y le preguntó:

—¿Querías mostrarme estas reliquias para reprocharme que nosotros no hayamos conservado las nuestras?

—Vuestra falta de respeto por la historia me quita el sueño —sonrió Dar—. Estamos aquí porque dentro de una de esas naves espero encontrar a cierta persona.

Caminó unos pasos y se detuvo al pie de la rampa que conducía a la esclusa abierta de la nave más próxima.

—Siento que tu visita a Decero sea tan breve —dijo Dar—. Aquí nos despedimos. Volverás al interior de la Esfera.

—¿No quieres que te acompañe?

—No puedes. Además, sería peligroso para ti. En el Hogar estarás a salvo.

—Pero en compañía poco amistosa...

—Debes tener paciencia con Eva.

—No consigo entenderte, Dar, y la verdad es que me gustaría.

Él tomó sus manos y las acarició.

—Te lo explicaré todo cuando me reúna contigo —dijo—. Estaré más tranquilo sabiendo que vuelves a la seguridad del Hogar. Si salieras y echaras un vistazo al vestíbulo, verías que está vacío. Los visitantes han sido desalojados. No me sorprende. Lo esperaba.

—¿Qué está ocurriendo?

—No tienes que temer nada por mí —Dar apretó los labios, miró otra vez al interior de la nave—. Accedí a que vinieras porque necesitaba ver tu rostro hasta el último instante, para que me dieras fuerza y me sintiera seguro del paso que voy a dar. No, no digas nada. Más tarde lo entenderás todo, y entonces... —se encogió de hombros—. No sé cómo decírtelo. Intentaré buscar las palabras cuando llegue el momento.

Chimara no pudo reprimir la emoción que sintió al responder:

—Creo que empiezo a entender.

—Eva no me seguirá al interior. Está a punto de sacarte de aquí. Le he dado órdenes. Espérame en el Gabinete —señaló el interior de la nave—. Quien me espera debe estar orando a su manera a su dios, y te aseguro que no se habrá postrado ante la Esfera ni ante el profeta Darsil.

Dar se acercó a la muchacha y la besó en la frente.

Ella entornó los ojos cuando sintió los labios del anciano bajar por su mejilla. Por un momento pensó que iban a detenerse en sus labios.

En aquel momento desapareció.

Algo minúsculo osciló en el aire, un puntito azul.

—¿Qué esperas para enfrentarte a tu destino, Darío Siles? —preguntó Eva en un lento susurro.

Dar se permitió una sonrisa triste.

—¿Se encuentra bien? —preguntó.

—Oh, claro que sí—respondió Eva—. Un poco enfadada, pero te esperará en el Gabinete. Me está preguntando, bastante enfadada, si sé lo que piensas cometer. Tiene miedo por ti.

—Eso significa que se preocupa por mí.

—Soy yo quien debería preocuparme por ti.

—Gracias; pero soy consciente del riesgo que voy a correr.

Empezó a ascender por la rampa. Antes de cruzar el umbral de la esclusa, dijo a Eva:

—No olvides que te he prohibido actuar por propia iniciativa, veas lo que veas.

No escuchó la respuesta, y siguió adelante.

Volver a entrar en la nave fue para Dar como regresar al pasado. La primera vez que estuvo, Eva utilizó un lapso temporal para mostrársela desde el mirador del Gabinete. Luego lo trasladó a su interior, y él descubrió las pruebas de su procedencia terrestre, señales escritas en alemán e inglés.

Podía ver estos letreros en el pasillo que estaba recorriendo. Las viejas placas de metal permanecían en las mismas paredes después de tantos siglos.

Tras caminar varios minutos, llegó al Vástago. Los Gremios continuaban construyendo las naves sin introducir modificaciones en el modelo diseñado por los kerlhes.

Le pareció demasiado largo el camino que tuvo que recorrer. Desde el otro lado de una puerta que permanecía abierta, una voz le dijo:

—Adelante, Darío Siles.

Después de un segundo de vacilación, cruzó la desconectada puerta de energía y se encontró en la misma sala que había visitado doscientos años antes, según su medida del tiempo. Fue allí donde vulneró con su Sello la Cobertura y mostró a los dhrulenianos el alma de la nave.

La sala estaba vacía. A Dar le pareció que faltaba su esencia vital sin el bloque de metal que contenía el Impulsor. De un rincón sumido en la oscuridad apareció un hombre, que reconoció al instante.

—Saludos, Jerarca. ¿Puedo desear que la Esfera te ilumine? —dijo—. ¿O te sonaría a burla?

—Prefiero que sea el profeta Darsil quien me honre con sus bienaventuranzas —sonrió Uwyer—. ¿Has venido dispuesto a ello?

—¿Estás seguro de saber quién soy?

—Aparte de mí, sólo existe un hombre en el universo capaz de encontrar el camino que conduce hasta este lugar y saber lo que ocurrió hace dos siglos. Ese hombre eres tú.

—Tengo entendido que estas reliquias son visitadas a diario por cientos de personas.

—Pero nadie puede entrar en este recinto. Aparte de los miembros de jerarquías y yo, nadie sabe que existe. Nosotros somos los únicos que podemos contar que cuando nuestros antepasados, siguiendo las indicaciones del Darsil, desmontaron el Impulsor, lo estudiaron y lo copiaron.

—Korlius me dijo que te encontraría aquí, pero no estaba seguro; sin embargo, empecé a creer que no me había mentido cuando el museo fue desalojado.

Uwyer le miró fijamente.

—El tiempo te ha debido jugar una mala pasada —dijo—. Has tardado demasiado, el suficiente para que una nave de nuestra base en Lartia viajara hasta aquí y me advirtiese. Estaba empezando a temer que no vendrías.

—¿Vienes a menudo a este santuario?

—En contadas ocasiones.

—¿A meditar? ¿Te inspira este lugar?

—Aborrezco su frialdad y su aroma a viejos tiempos. Para muchos es aquí donde suelo recogerme espiritualmente. Mis subordinados acabarán pensando que mis problemas deben ser muchos si prolongo tanto tiempo mi estancia. ¿Para qué querías verme? Cumplimos tu deseo, el Tasla no sufrió el menor daño.

—Es cierto.

—Estaba temiendo escuchar alguna queja. ¿Tienes algo que reprocharme?

—No es mi propósito amargarte el día, pero debo decirte que a pesar de lo ocurrido, Dhrule y Decero siguen estando en peligro.

—¿Dónde crees que está nuestra debilidad?

—Me parece que es la misma que padece el Imperio, y os conducirá tarde o temprano a la derrota. Sabes a qué me refiero.

Uwyer frunció el ceño.

—¿Las comunicaciones?

—Vuestro sistema de comunicación va a la zaga de las naves imperiales. Ese es vuestro punto más vulnerable.

—Debo admitir que nos aventajan con sus TK, sus famosos Transmisores kerlhes. No tuvimos la suerte de encontrar un puñado de esos seres a los que mutilar y convertir en nuestros esclavos. Pero si hubiéramos podido, jamás lo habríamos hecho. Tenemos sentimientos, aunque te cueste creerlo.

—¿Intentas enternecerme? Habríaís hecho lo mismo que los Gremios. No sois mejores. ¿Qué puedes decirme acerca de Lartia?

—¿Nos censuras porque utilicemos a Lartia como escudo?

—No he venido a daros lecciones de moral.

—¿A qué has venido entonces?

—Empezaba a impacientarme.

—¿Te cansaste de jugar a las adivinanzas o estás aquí para proponerme otro juego?

—Más bien vengo con una oferta.

—Wells nos pidió mucho a cambio de nada, aunque reconozco que su información era valiosa. ¿De qué se trata ahora?

—Os puedo dar algo que no pude entregar a vuestros antepasados.

—Debe ser algo muy valioso.

—Lo es.

—¿Sabías que un tatarabuelo mío te conoció en tu Primera Venida y estuvo presente cuando volviste para entregar a mi pueblo el Impulsor? Se llamaba Juess. ¿Lo recuerdas?

Dar entornó los ojos. ¿Acaso podía olvidarlo? Asintió y dijo:

—Era el chico que conducía una carreta con los cadáveres de sus padres. Se dirigía hacia Taishalant. Los dhrulenianos no se merecen que los arrojen de nuevo a los brazos de una oscura religión, tan falsa como la de Logaroh, como todas las religiones.

—¿Acaso te ha decepcionado lo que has visto, lo que en parte hemos conseguido a su costa?

—Me ha asqueado.

—Era necesario, Siles; no era suficiente las ideologías políticas para guiar al pueblo, y por ello recuperamos las arcaicas supersticiones para quitar las dudas a los débiles; teníamos que calmar a los que no eran capaces de darse a sí mismos las preguntas que se hicieron sus antepasados, cuando Logaroh fue derribado. ¿Sabes lo que ocurrió cuando el cristianismo arrasó a los dioses grecorromanos? Sencillamente tuvieron que sustituirlos por un enjambre de santos, porque sus dogmas eran terriblemente monoteístas, algo que el pueblo no comprendía ni estaba dispuesto a admitir. ¿Por qué conformarse con un solo dios si se puede venerar a muchos? ¿Por qué no tener un dios cuando es tan fácil crearlo?

—¿El esfuerzo ha valido la pena? ¿Acaso el pueblo aceptará con resignación la presencia de los terrestres cuando las naves imperiales aparezcan en vuestros cielos? El escudo defensivo en que habéis convertido a Lartia no durará mucho.

—Hemos difundido la noticia de lo que está ocurriendo, no se ha ocultado al pueblo que se acercan tiempos de lucha y sufrimiento.

—¿Saben que Lartia será sacrificada?

—Si hubiéramos tenido más tiempo habríamos librado a Lartia del papel que la obligamos a asumir; pero el Imperio se ha adelantado a todas las previsiones.

—Me pareció patético ver a los lartianos danzar y embriagarse para celebrar una victoria que creen les pertenece; están convencidos de que pueden defenderse de los invasores. ¿Qué pasará cuando no puedan reponer las naves que han perdido o perderán en los próximos combates? ¿Conservarán el valor cuando descubran que su mundo no las puede construir? La primera batalla ha terminado en una victoria pírrica. La guerra continuará. El Grandal está restañando sus heridas, pero a la vez se prepara para atacar de nuevo.

—Ese fatuo terrestre ya no dispone de naves suficientes para organizar una operación de envergadura. ¿Sabías que desertaron muchos de sus aliados? No recibirá ayuda, te lo garantizo: el Imperio se encuentra en plena desintegración, las colonias desobedecen los edictos del Emzarkhan.

—Eso era de esperar, pero la desunión de los planetas vasallos no os dará la victoria definitiva ni la libertad. Además, el bando que resulte vencedor no os dejará en paz: todos quieren destruir a Dhrule. No importa quién salga vencedor. Una guerra larga, para la que no estáis preparados, os destruirá.

—¿Me equivoco al pensar que estás deseando decirnos cómo salvarnos? Si tienes una oferta, estoy dispuesto a escucharla.

—La ventaja del Imperio desaparecerá cuando su sistema de comunicación quede reducido a la nada, cuando los kerlhes que ocupan los TK no puedan ser reemplazados. Los Gremios dejaron de sustituir hace años a los que iban dando de baja. Jerarca, te estoy ofreciendo la comunicación instantánea basada en la ciencia y no el poder de la mente de los kerlhes.

Uwyer permaneció callado hasta el punto de que Dar pensó que sus palabras no le habían impresionado.

—¿Qué pides a cambio? —preguntó el Jerarca.

—Lo mismo que ya te he pedido: el Tasla no debe ser dañado.

El Jerarca se quedó pensativo.

—Nos costó mucho conservarla intacta durante la batalla. Tuvimos que echar mano a toda nuestra influencia en el mando lartiano para cambiar sus planes de ataque y defensa, que tuvimos que volver a diseñar. A causa de ello corrimos el riesgo de provocar un golpe de estado. El Consejo de Lartia no está bien visto últimamente por la élite militar.

—No he terminado.

—¿Otra exigencia? —exclamó airado el Jerarca.

—El Tasla debe ser capturado y entregado a mí.

—¿Has perdido el juicio?

—Si para ello tenéis que abordarlo, hacedlo; pero no quiero que ni un remache interno sufra daño. Después de capturarlo, lo abandonaréis al paio. Podéis apresar a la tripulación y trasladarla a una de vuestras naves.

—¡Para complacerte tendríamos que sacrificar muchas naves y la vida de cientos de hombres! ¡Nos pides un abordaje en plena batalla, algo que tendríamos que realizar nosotros, no confiarlo a los lartianos! No sabes lo que me pides. ¡Correremos el riesgo de que descubran que entre sus unidades tenemos camufladas a las nuestras!

—Es seguro que habrá bajas, pero a cambio obtendréis el transmisor.

Uwyer meneó la cabeza.

—Resultó difícil que el Tasla saliera ileso una vez. ¿Por qué crees que la mayor parte de la flota imperial logró escapar con tan poco daño? Si no hubiera sido por tu exigencia, los cruceros lartianos habrían destruido lo que nosotros dejamos indemne. Negociemos.

—Mis condiciones no son negociables.

Uwyer le apuntó con un dedo.

—Deberías estar de nuestra parte.

Dar comprendió a qué se refería el Jerarca.

—También estáis en deuda conmigo.

—Pero hay una diferencia: tú puedes darnos lo que significaría nuestra salvación, y sin ningún riesgo por tu parte: pero nos pides algo que nos costaría muchas vidas y mucho material bélico, y no estamos sobrados de nada de esto —Uwyer apretó los puños—.

¿Qué está pasando, Siles? ¿Qué ha cambiado en ti?

—¿Qué quieres decir?

—Te miro y no salgo de mi asombro. Eres amo y señor de esa maravilla llamada el Hogar, o si lo prefieres tienes a Eva, y gracias a ella eres casi un dios, puedes conseguirlo

todo. ¿Para qué nos necesitas? Puedes apoderarte del Tasla, incluso de los restos de la flota del Grandal, con sólo pedirselo a ese engendro omnipotente.

—Eva no puede acercarse al Tasla, no es tan poderosa como imaginas.

—¿Te burlas de mí? ¿Qué le impide complacerte?

—No lo entenderías —miró al Jerarca, lamentando no poder convencerlo. Tampoco podía explicarle lo que esperaba conseguir del kerlthe convertido en un TK.

—No me obligues a pensar que estás viejo y desvarías. Si no estuviera seguro de quién eres, empezaría a creer que estoy hablando con un impostor.

—¿Porqué?

—¿Sabes? Hace un momento pensaba pedirte que te presentaras de nuevo ante mi pueblo, para que así se cumpliera la profecía de tu Tercera Venida. Pero con tu aspecto sería contraproducente.

—¿Qué demonios te había pasado por la cabeza?

—Desde que Korlius me contó la entrevista que tuvo contigo, no he dejado pensar que tu presencia en Dhrule galvanizaría a mi pueblo.

—¿Me has preparado una trampa? —preguntó divertido Dar, mirando con exagerado miedo su alrededor.

—Te contemplo y me digo que mi idea es estúpida. ¿Cómo voy a mostrar un anciano a la gente, diciéndole que es el Darsil, quien no envejece porque es el enviado de la Esfera?

—Lamento haberte defraudado.

—¿Quién es la mujer que te acompañaba? ¿Acaso era Yaita-La? Mi antepasado Juess la conoció. ¿Dónde está? La vi desaparecer hace un momento.

—La devolví al Hogar. Olvida la idea de mostrarme al pueblo y dime qué te propones.

—No puedo dejarte libre, Darío Siles; no puedo correr el riesgo de que intrigues de nuevo. Tus planes no son los nuestros. No te dejaré marchar.

—¿Cómo podrías impedir que me fuera?

—No te vas a burlar de nosotros, no somos estúpidos lartianos. La nave está rodeada por soldados que saben lo que tienen que hacer para evitar que escapes mediante el suicidio.

Dar recordó cuando estuvo inmovilizado y a merced de Logaroh. Empezó a sonreír.

—¿Qué piensas ganar apresándome?

—Ya se me ocurriría cómo hacerte hablar. Has puesto algo muy valioso a mi alcance y no pienso dejarlo escapar: el transmisor.

Dar soltó una carcajada.

—¿Por qué crees que sé cómo funciona? Sólo Eva podría proporcionarte un prototipo.

—Tal vez dices la verdad — Uwyer se encogió de hombros—. Te obligaré a llamarla para que nos lo entregue. No me dejas otra alternativa.

—Cometerías un error. Eva es muy peligrosa cuando monta en cólera.

—Correré el riesgo. Si fracaso y sigo vivo, te daré mis disculpas.

Uwyer retrocedió hasta que su espalda tropezó con la pared. Alzó una mano y pulsó un disco.

Antes de empezar a volverse hacia la salida, Dar dijo:

—Lamento que hayas tomado una postura tan intransigente. Estamos obligados a entendernos Jerarca.

Estaba a punto de cruzar el umbral cuando sintió que su cuerpo se volvía pesado y no podía dar un paso. Bajó la mirada y vio que el suelo que pisaba empezaba a brillar. Un segundo después no podía mover un solo músculo, y escuchó al Jerarca decirle con voz alterada:

—Odio tener que hacer esto, Siles; pero no me dejas otra opción. Si llevas encima algún dispositivo para morir, olvídalo.

Dar intentó girar la cabeza pero resultó inútil; ni siquiera podía parpadear. En su

limitado campo de visión aparecieron varios hombres armados, avanzando hacia él apuntándole con sus armas, vigilándole con desconfianza.

El Jerarca se situó frente a él y dijo:

—Me has obligado a actuar así, Siles. Aún eres un símbolo del pasado, una leyenda para mi pueblo. En cierto modo me reconforta que no pueda causarte daño. Voy a obligarte a hablar, y sólo cuando tus respuestas me hayan convencido, te dejaré morir para que vuelvas a ser libre.

Se volvió hacia el soldado más próximo y le ordenó:

—Quitadle todo cuanto lleve encima.

El soldado se acercó a Dar, y temblando le despojó del gabán. Al aparecer el cinturón y la pistola enfundada, el Jerarca alzó una ceja, vio que el soldado titubeaba y con un gesto le pidió que quitara las armas.

—Has venido bien pertrechado, como si estuvieras seguro de que tendrías que pelear —dijo con pesar—. No quiero ser tu enemigo, Siles.

Las manos del soldado temblaron cuando tocaron la hebilla del cinturón. El Jerarca se inclinó para verla, y demasiado tarde comprendió lo que era aquel trozo de metal.

—¡Quieto! —gritó al soldado.

Pero éste ya estaba abriendo la hebilla.

La implosión se produjo medio segundo después. El soldado gritó con espanto, saltó hacia atrás, con las manos manchadas de sangre.

El Jerarca se había tambaleado a causa del vacío que se produjo donde había estado Darío Siles, de quien sólo quedaba una oscura mancha roja en el suelo y jirones de sus ropas.

Uwyer se mordió los labios mientras se dejaba levantar por dos soldados, mirando atónito donde un segundo antes había visto brillar la mirada de Siles, burlándose de él. Se maldijo por haberle subestimado.

—Maldito hijo de puta —masculló. Se pasó una mano por la cara—. Me la ha jugado una vez más.

Dio unos pasos alrededor de la mancha de sangre, ante el estupor de los soldados. El hombre herido en las manos seguía quejándose; uno de sus compañeros corrió a auxiliarle.

Antes de salir, dijo entre dientes:

—Aún no ha terminado el juego, Darío Siles. Puedo encontrar tu escondite, y juro que lo encontraré.

«...Los Gremios tardaron en llegar a la conclusión de que el Sello era materia semiviva, y por lo tanto irreproducible para sus actuales conocimientos científicos; pero años después descubrieron que era factible su cultivo, y a partir del único Sello que poseían, el que quedó en poder de Percival, obtuvieron cuantos sellos necesitaban para los Directores y otros altos cargos. Debo admitir que para mí fue una desagradable sorpresa averiguarlo...»

CAPITULO XIII - EL CÓDIGO

Apenas abrió los ojos, Dar se apresuró a comprobar que el Sello surgía en su dedo índice derecho. Respiró aliviado después de ver brillar la esmeralda, y esperó unos segundos antes de hacerla desaparecer.

Se sentó en la litera y no se movió hasta a que la cúpula terminó de ascender hasta el techo. Se puso en pie y entró en la siguiente estancia. Su mirada se fijó en las Criptas, primero en la de Yaita-La. Tuvo que hacer un esfuerzo para contemplar la suya. Temía encontrarla vacía, que no contuviera un nuevo cuerpo para él.

—Puedes volverte y mirar —dijo Eva—. ¿Por qué tienes miedo de enfrentarte a la

realidad?

Dar inclinó la cabeza y se contempló a sí mismo tendido en el interior de la Cripta.

—Aún tienes otro cuerpo de reserva —susurró Eva—. Uno más. Por el momento puedes seguir jugando a ser inmortal.

Dar se palpó el pecho.

—No se ha cumplido tu maldito presagio —dijo—. Al menos no con este cuerpo. ¿Es el último ése que veo?

—¿De nuevo te asaltan los viejos temores? He visto que lo primero que has hecho ha sido comprobar que el Sello había abandonado tu viejo y pulverizado cuerpo a la vez que tu alma.

—No quedó nada del pobre Wells. ¿Sabes? Siempre que resucitaba me hacía la misma pregunta: ¿Por qué el Sello aparece en el nuevo cuerpo?

—No lo sé.

Dar esperaba una respuesta parecida; la había oído otras veces, siempre que él volvía a la vida y formulaba a Eva la misma pregunta. Caminó moviendo los brazos, como si necesitara comprobar que le obedecían. Sonrió. Sus músculos eran jóvenes. Caminó deprisa, sintiendo fuertes las piernas. Se miró las manos. No estaban arrugadas.

Salió de la estancia y se asomó al pasillo. No quería que Chimara le viera aún. ¿Por qué temía al momento de enfrentarse a ella? ¿Qué diría al verlo? ¿Le reconocería? Necesitaba algún tiempo para acostumbrarse. Había vivido demasiado años en el cuerpo de un anciano, más que con otro cuerpo anterior. Nunca llegó a alcanzar tanta edad.

—Sigo sin explicarme por qué no sabes cuántos cuerpos quedan —dijo, deteniéndose a mitad del pasillo.

—Lo que hay detrás de las paredes de las Salas está vedado para mí.

—De todas formas...

—¿Te gustaría saber cuántas oportunidades puedes contar? Será mejor que lo ignores, Dar. ¿Por qué sonríes?

—Me siento estupendamente. Debí haber dejado hace tiempo ese cuerpo.

—Considera una experiencia haber vivido como un anciano. Ahora sabes lo que es estar dentro de un cuerpo achacoso.

Dar soltó una carcajada.

—¿Qué te resulta divertido? —preguntó Eva.

—El recuerdo de la expresión de estupor y rabia del Jerarca cuando descubrió que mi cinturón estaba protegido por la Cobertura.

—¿Qué habría pasado si se hubiera dado cuenta antes de que el soldado la anulase?

—Me habría atrapado, es cierto; pero tenía que correr el riesgo.

Dar había llegado ante la puerta del Gabinete.

—Chimara te espera donde le pediste —dijo Eva—. ¿Puedes ser sincero conmigo una vez, Dar?

—Claro.

—¿Querías morir y resucitar por ella?

—¿Qué quieres decir?

—Me has comprendido muy bien, no finjas. Querías volver a ser joven para ella.

—¿Y qué te importa si así fuera?

—Que intentes justificarte a ti mismo me parece patético.

—¿Por qué no me dejas en paz? Creo que antes de trasladarme con Chimara a Decero sabías lo que iba a hacer.

—Lo presentía, y nunca me pareciste tan pequeño ante mis ojos.

—Tú no tienes ojos.

—Todo lo contrario: tengo todos los ojos que necesito. Buscabas que te matasen, lo adiviné cuando dejaste que transcurriese el tiempo suficiente para que Korlius pudiera avisar a su jefe. ¿Por qué no te levantaste la tapa de los sesos con un rifle Iartiano?

—Quería entrevistarme con Uwyer...

—Tenías muchas formas de hacerle llegar un mensaje. Reconoce que te pasó por la cabeza impresionar a Chimara, exhibir ante ella tu poder.

—¿Tienes celos?

—¿Por qué iba a sentir celos? No puedo sentirlos, Dar.

—Tal vez al principio no podías, pero ahora... Bah, dejemos esta charla estúpida.

—¿Qué pasaría si el cuerpo que hay en la Cripta fuera el último? Una vez juraste que lo reservarías para el día en que te reunieras con Yaita.

Dar había buscado un traje. Mientras se lo ponía, respondió:

—La posibilidad de que este cuerpo fuera el último lo sugeriste tú, maldita embustera—se volvió hacia el espejo y sonrió complacido. Volvía a contemplarse con la misma apariencia de un hombre de treinta años, la edad que tenía cuando Eva lo salvó de la muerte. Su pelo era negro, había dejado de ser canoso. No tenía arrugas. Incluso le pareció que era un poco más alto. Con el anterior cuerpo había empezado a encorvarse—. Algún día tendrás que explicarme por qué mentiste.

Empezó a peinarse. Sonrió al pensar que siempre que volvía a la vida tenía que hacerlo. Eva le dijo con sarcasmo:

—Mientras te acicalas como un estúpido jovencito que va a acudir a su primera cita, permíteme que te ponga al corriente de lo que está pasando fuera del Hogar.

—No lograrás que me enfade; estoy de buen humor.

—He captado varios mensajes vía TK. Parece que aumenta el número de flotas coloniales que desobedecen al Emzarkhan. El Chambelán está furioso por la derrota que ha sufrido el Grandal y ha jurado castigar a los culpables y a los mundos rebeldes.

—¿Qué pretende el viejo lascivo?

—Ha concentrado al grueso de la Armada Imperial y en este momento navega hacia aquí. El Grandal no tardará en enterarse, y temiendo por su vida y su honor, ordenará un nuevo ataque contra el planeta que él cree que es Dhrule. Sólo una victoria rápida y aplastante podría aplacar la cólera del Emzarkhan.

Dar se ajustó la camisa y asintió al verse en el espejo. Estaba satisfecho de su aspecto.

—Al diablo con todo —dijo—. Que cada cual se ocupe de sus asuntos. Si Dhrule es destruido, no lo sentiré.

—Nunca pensaste así. No sólo has cambiado de cuerpo, sino también de mente.

—Soy joven y quiero vivir.

—Dhrule significa demasiado para ti, no permitirás que sea arrasado por el Fuego del Emzarkhan.

—Uwyer rechazó mi oferta. ¿Qué puedo hacer?

—¿De qué oferta me hablas?

—Si te hubiera dejado penetrar en mi mente no me habrías hecho esta pregunta. Ofrecí a Uwyer el transmisor a cambio del Tasla intacto.

—Es lógico que se negara.

—Le advertí que el Grandal volvería a atacar a Lartia.

—Pediste demasiado.

—Era una petición justa. En parte tú tienes la culpa, Eva.

—¿Yo?

—Siempre te negaste a llevarme ante el TK del Tasla, alegando que el Código podría jugarnos una mala pasada si nos acercábamos al kerlhe mutilado.

—Tienes una memoria muy frágil, Dar. Aparte de otras objeciones, mi preocupación ha sido que la llamada del kerlhe podría ser una trampa.

—No trates de exculpar al Código. Algún día lo destruiré, aunque me ensordezcas con tus gritos y me amenaces diciéndome que podría poner en peligro la existencia del Hogar—Dar dio un puñetazo en una mesa—. Estoy harto, Eva. Muchas veces he querido

averiguar cómo destruir todo esto, y que tú y yo reventemos juntos, que se vaya a la mierda esta jaula de oro en la que vivo desde hace siglos.

—¿Serías capaz de destruir a Yaita? Quizá sí, pero ahora no pondrías en peligro al Hogar con Chimara dentro.

—No quiero escucharte más. Exijo silencio.

—Has elegido un mal momento para divertirme.

—¡Cállate!

—Si triunfa el Imperio, todo por lo que has luchado no habrá valido para nada.

—¿Crees que podríamos vencerlo? Los Gremios seguirán sosteniéndolo. Siempre lo han hecho.

—Los Gremios podrían estar considerando la posibilidad de retirarle su apoyo. En cierto modo están hartos de tantos Emzarkhanes estúpidos, de tantas dinastías egocéntricas, aunque colaboraron en su creación. Pero ahora tienen otros planes, Dar; esperan que la galaxia se disgregue en un montón de pequeños estados; sería lo más beneficioso para ellos.

Una vez en el pasillo de los tapices, Dar replicó:

—No insistas. Olvídame. Y recuerda que no quiero que me molestes a menos que ocurra algo importante. Muy importante.

—¿Por ejemplo?

—Tú verás —rió Dar—. Tu raciocinio, si no lo has perdido, te dará la respuesta.

Dio media vuelta y entró en el salón, esperando que Eva se quedase atrás. Aunque tenía la mente puesta en Chimara, dedicó unos segundos en hacerse algunos reproches. No se había portado bien con Eva, la había tratado como no se merecía. Sonrió. ¿Por qué le preocupaban los sentimientos de una máquina?

Chimara estaba de espaldas, delante de un aparato de plata colocado en una larga mesa. Estaba contemplado el transmisor que Dar había ofrecido al Jerarca a cambio del Tasla.

Se acercó a ella sin hacer ruido, admirando su belleza. Se olvidó de todo excepto de tenerla entre sus brazos.

La muchacha se volvió de pronto. Al verle le mostró su asombro, se quedó mirándole fijamente, sin reconocerle.

—Soy yo —dijo Dar.

—Pero...

Empezó a reír nerviosamente.

—Dar... —dijo Chimara—. Dime que no estoy soñando.

—Estás despierta —dijo Dar—. Soy real.

Le tendió una mano y Chimara se la acarició.

—Es cierto —volvió a reír—. ¡Lo has hecho! Este es el cuerpo que estaba en la Matriz.

—Me mataron en el museo, Chimara.

—Te dejaste matar —susurró ella—. Dime si lo has hecho por mí.

Dar la abrazó y la besó, hundió la lengua en la boca abierta de ella. Las manos de Chimara se crisparon en su espalda y se apretó contra él; los adornos de oro de su traje cayeron antes que la tela de plata que la envolvía.

Chimara caminó hasta la mesa, llenó dos vasos y volvió junto a Dar, acurrucándose junto a él.

—¿Sabes para qué sirve? —preguntó Dar señalando el transmisor.

—Supongo que sí—Chimara acarició la pulida superficie del objeto—. Mientras te esperaba me distraía escuchando los mensajes que eran captados. Procedían de muy lejos. Eran unos extraños mensajes.

—Escuchabas las emisiones telepáticas entre los kerlhes al servicio de la Armada Imperial —dijo Dar, muy a su pesar; no quería hablar de aquel tema, y menos en aquel momento—. Eva no necesita este trasto para interferir las conversaciones vía TK, pero le

pedí que me proporcionase un transmisor que supliera un TK, pensando que podía ser un buen regalo para Dhrule. En realidad quería pagar un servicio que me han negado.

Ella le entregó el vaso.

—¿Esta maravilla estaba destinada a una gente tan desagradecida?

—Lo ofrecí a cambio del Tasla.

—Una oferta muy generosa por tu parte.

—Alguien no pensó lo mismo —replicó Dar con amargura. Sus proyectos no le parecían ahora tan trascendentes.

—Te han hecho un gran favor librándote de todo compromiso, cariño —le susurró Chimara, besándole en el cuello. Sus párpados aletearon cuando pensó para qué quería Dar el transmisor, y quedó turbada sabiendo que él había intentado comprar a Dhrule para conseguir el Tasla y suplicar o amenazar al TK para que le revelara en qué mundo estaba Yaita. Sintió que la cólera se apoderaba de ella, y sin poder contenerse añadió—: Ha sido mejor así, no habrías conseguido nada. Debes olvidarla, Dar.

Él dio un respingo y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué has dicho? —inquirió irritado—. ¿Acaso has olvidado a los fanáticos almanzarianos, a esa banda de cretinos que sueñan con rehacer la civilización a su gusto? ¿Podrías olvidar tus promesas y juramentos de fidelidad a la Logia?

—Dar, me haces daño...

Él la soltó.

—Dejad que la galaxia se consuma en el fuego y los hombres perezcan en él. ¿Por qué luchar por una causa perdida?

Chimara, perpleja, le vio salir del Gabinete. Cerró los ojos al escuchar el portazo.

No se movió durante un rato; su mirada estaba fija en el transmisor.

Dar despertó sintiendo que era acariciado en el cuello. Al volverse, creyendo que se iba a encontrar con Chimara, vio que estaba solo.

Cada fibra de su ser se tensó al notar otra vez el contacto de unas suaves manos recorrerle la espalda.

—¿Eva? —preguntó. Había reconocido aquella forma de ser acariciado. Cuando volvía de alguna aventura, Eva movía el aire, lo condensaba y lo transformaba en unas suaves manos que le proporcionaban un masaje placentero.

El silencio que lo envolvió le puso nervioso.

—¿Qué estás haciendo, Eva? —insistió—. Te había dicho que no quería ser molestado.

—Excepto en caso de emergencia—dijo Eva, envolviéndole con su voz.

Dar se puso en pie. Sintió el frío del mármol bajo sus pies desnudos.

—¿Lartia ha saltado por los aires?

—Podría detallarte todos los acontecimientos —dijo Eva—; pero me llevaría demasiado tiempo. Otro asunto requiere tu interés.

—Dime lo que sea de una vez y déjame en paz. Quiero estar solo.

—Sígueme.

La voz de Eva surgía delante de él, como hacía cuando quería que la siguiera.

Cuando adivinó hacia dónde se dirigía, estuvo a punto de preguntarle qué demonios estaba pasando, pero pensó que Eva no abandonaría el juego que había empezado y calló. Sin embargo, tuvo que ser empujado por la fuerza invisible que a veces empleaba Eva para dirigir sus pasos. Entró en la primera Sala Azul, y apenas dirigió la mirada a la camilla que estaba ocupada, sintió que el corazón le palpitaba más deprisa.

Yaita-La estaba dentro de la cúpula.

Ella había regresado, su cuerpo con vida acababa de ser transferido de la Cripta a la camilla.

—¿Cuándo ha ocurrido? —preguntó Dar, con voz trémula.

—Hace unos minutos —contestó Eva. Su voz sonó distante y fría a Dar—. He tardado

demasiado de informarte, pero antes necesitaba comprobar que el proceso ha sido correcto. Además, estabas muy ocupado. He tenido que esperar.

Dar había captado el tono de despecho en las palabras de Eva. En otras circunstancias la habría regañado, pero ahora...

Se acercó a la cúpula y bajó la mirada a su interior, todavía incrédulo. Miró arrobado el cuerpo tendido en la cabina. Yaita tenía los ojos cerrados, pero su pecho se movía. Estaba respirando.

—¿Por qué no despierta?

—Sé paciente, Dar. Tiene que descansar. La cúpula se alzará cuando sea preciso, no antes. El proceso tiene que terminar, y entonces ella despertará.

—¿Qué dices? El proceso apenas dura unos minutos. Ya debería haber concluido.

Se aproximó a la cabina y miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que... ¡Creo que no respira!

—Tranquilízate —dijo Eva—. Observa con atención.

Dar se inclinó. Sus ojos recorrieron el cuerpo desnudo de la mujer. No podía dejar de pensar en la larga espera que había soportado, tantos años aguardando que ella regresara; ahora que la tenía ante él no se lo podía creer. Contuvo el aliento al observar el vientre de Yaita. Se cubrió el rostro con las manos y gimió. Era un vientre plano, esbelto.

Iba a soltar un grito de rabia, pero la respiración de Yaita se lo impidió.

—Vive —susurró Dar—. ¡Está viva!

—Es evidente. Al parecer este proceso está siendo diferente a los otros, y no me preguntes por qué.

—Puedo esperar —dijo Dar, pensando en la larga espera de dos siglos. ¿Qué importaban unos minutos más?

—¿Qué quieres que haga, Dar?

Comprendió a qué se había referido Eva.

—¿Debo decirle ya lo que ha pasado? —preguntó—. Sería lo mejor. Puedo encargarme de pedirle que se marche. Lo entenderá.

Dar inspiró profundamente.

—Hazlo por mí, Eva. Yo no podría decírselo mirándola a la cara. Tienes mi consentimiento para hacer lo que consideres más conveniente.

—Pensaré algo que contente a todos, podría hacer una excepción y mentirle para no causarle demasiado daño. Me alegra que hayas comprendido que debe marcharse. Me ocuparé de que regrese sana y salva a Corvus.

Dar asintió con la cabeza. Tenía las manos apoyadas en la cúpula y las sintió húmedas.

—Cuando despierte no debes hacerle muchas preguntas.

—¿Qué quieres decir?

—Lo importante es que ha vuelto, aunque en un cuerpo diferente. ¿Comprendes? Tal vez no recuerde lo que le pasó en la Tierra ni los años que ha sido retenida por los kerlhes.

—Tiene que contarme qué ha pasado.

—Ha debido pasar todo este tiempo en estado inerte. No hay otra explicación. Por algún motivo, le han permitido morir. Es posible que haya muerto de vejez, y también podría ocurrir que no recuerde nada. Temo por su salud mental, Dar. Podría peligrar su estabilidad emocional si la obligaras a volver al pasado.

—¿Cuánto tiempo debo esperar?

—No lo sé. Lo sabremos pronto.

Dar asintió de mala gana.

—Está bien. Haré lo que me digas.

—Devolveré a la mujer a Corvus.

Dar sacudió la cabeza.

—Ha ocurrido tan inesperadamente que todo me parece una burla cruel del destino. ¿Por qué precisamente en este momento?

No se movió, seguía mirando fijamente a Yaita, controlando su respiración.

—¿Qué has dicho?

—Lo has entendido perfectamente, Chimara.

La muchacha recorrió el Gabinete como una fiera enjaulada. Se agarró con las manos al borde de la mesa donde estaban las pertenencias del Coordinador desgaita, miró la pistola, no dudó y la amartilló. Escuchó la risa de Eva.

—¿Dónde vas a apuntarme?

—Eres capaz de mentir, maldita máquina —escupió Chimara—. ¡Estás engañándome! ¡Es mentira que ella haya vuelto!

—Te espera una nave. Es pequeña pero te llevará de vuelta a Corvus.

—Es Dar quien debe pedírmelo.

—Eres una estúpida si crees que se ha enamorado de ti. Cuando lo tenías en tus brazos sólo pensaba en Yaita. ¿Por qué no admites que necesitaba tu cuerpo para realizar sus fantasías y volcar en ti tantos años de soledad? Tu único mérito ha sido recordarle a Yaita. ¿Qué esperabas de un hombre que ha vivido doscientos años obsesionado por una mujer?

—Quiero que me pida él mirándome a la cara que me marche.

—No desea ser molestado. Sigue mi voz y te guiaré hasta el hangar donde te esperaba la nave. Es bastante buena, copiada de un modelo de los Gremios, con autonomía suficiente para llevarte a Corvus. Considérala un regalo, o si lo prefieres el pago por los servicios prestados. Dar quiere ser generoso contigo y me ha ordenado que incluya el transmisor instantáneo. Está a bordo.

—Insisto en verle.

Eva soltó una carcajada.

—Es inútil, Chimara. No me obligues a utilizar la fuerza.

La muchacha salió del Gabinete. Apenas recorrió unos metros del pasillo, tuvo que detenerse. Delante de ella ya no estaban las cortinas que conducían al salón de los espejos: en su lugar se levantaba una pared de losas de granito.

Chimara alzó la pistola y disparó. En medio de una llamarada hizo desaparecer la pared. Se encontró en el comienzo de un corredor que se curvaba a la derecha. Corrió escuchando a sus espaldas la risa de Eva.

Se encontró de nuevo en el Gabinete.

—Date por vencida, Chimara —dijo Eva—. Permíteme que te indique el camino al hangar y terminemos de una vez. ¿Acaso quieres conocer lo peor de mí? No me enfurezcas, pues podría adormecer mi conciencia.

—¡Tú no tienes conciencia!

—Quizá sea otra cosa, pero es muy parecida a la conciencia humana.

Chimara giró la cabeza, buscando una indicación que le permitiera saber dónde estaba Eva. El observatorio y las estrellas brillaban a su espalda. Avanzó hacia la pared que tenía enfrente disparó; atravesó el candente hueco y se encontró en el salón de los espejos. Otra descarga destrozó los bellos reflejos, hicieron arder las cortinas; parte del cielorraso cayó convertido en una lluvia de trozos de estuco. Siguió adelante y se detuvo en una bifurcación de pasillos. Se sintió desorientada.

—Te comportas como una adolescente —bramó Eva—. No podrás llegar a las Salas Azules. Suponiendo que lo consiguieras, ¿qué podrías obtener? ¡Yaita ha vuelto y tú sobras en el Hogar!

Chimara la maldijo y soltó un ronquido de rabia. Eva podía confundirla eternamente, alzar muros ante ella, modificar el camino que abriera a tiros. Creía tener una idea de la dirección que debía seguir para alcanzar las Salas Azules, pero si se desviaba unos centímetros podía pasar a mucha distancia del centro de la Esfera.

Continuó abriendo un sendero tras otro con su arma, disparándola a toda potencia contra los muros, las puertas, los bosques, contra todo lo que interfería su camino; chapoteó en riachuelos, eludió cataratas que aparecían de repente, y cuando corría por una ardiente duna se dio cuenta de que empezaba a sentirse agotada.

Sintió calor y frío; el viento la azotaba con furia; luego la lluvia de sangre y fango la golpeó.

Eva estaba empeñada en cortarle el paso, pero Chimara salvaba todos los obstáculos, desafiando su poder.

No se dio por vencida y a cada momento se sentía más segura de sí misma, más convencida de que Eva no le haría daño: sólo quería asustarla. Había percibido en el comportamiento de la extraña entidad que no le podía causar el más leve rasguño.

Cuando cayó de bruces en un lago y se hundió hasta el fondo, abrió la boca y soltó una risa de triunfo. Al instante las aguas desaparecieron, dejó de ahogarse y se encontró en un suelo de mármol. Tosió, escupió y miró la niebla que la rodeaba.

—Desiste, por favor. ¡Desiste! —pidió Eva.

Tenía el cuerpo dolorido cuando se levantó. Con las piernas temblándole, Chimara caminó dejando un rastro de agua. Sonreía pensando que estaba a punto de derrotar a Eva.

Se lanzó en una frenética carrera hacia un punto de la bruma.

Sus manos tocaron las rugosas paredes de la entrada a las Salas Azules, se echó a reír y su risa, como si fuera el golpe de una aldaba mágica en los portones de un castillo vacío, hizo desaparecer la niebla. Había llegado donde se había propuesto, y había ganado. Eva estaba vencida.

—¡No entres ahí! —gritó Eva.

Chimara empujó la puerta, confiando en que fuera cierto que Eva carecía de poder al otro lado.

Dar la vio cruzar el umbral y se apartó de la mujer que yacía en la litera.

—Chimara —susurró, mirándola como si fuera una aparición fantasmal.

Ella se quedó confusa, de pronto se sintió ridícula y deseó no haber entrado. Estaba arrepentida de haberlo hecho tras haber mirado a la mujer de la litera. Creyó desfallecer al comprender que tenía la batalla perdida. No podía luchar contra ella, lo que representaba para Darío Siles.

—Lo siento, lo siento —suplicó a Dar, incapaz de apartar la mirada de Yaita. Se sentía miserable, una intrusa en aquella estancia y en aquel momento.

La cúpula de cristal terminó de ascender hasta el techo. Yaita abrió los ojos y empezó a incorporarse. Chimara quería morir, cerrar los ojos y ser ella quien desapareciera; ojalá hubiera aceptado la invitación de Eva y ahora estuviera esquivando las rocas del Mazo de asteroides. Había tenido la esperanza de que Eva le hubiera mentado, pero podía ver con sus propios ojos que era cierto que la compañera de Dar estaba allí, y despertaba.

Pese a sentirse ruin, la miró con odio.

Yaita se había sentado. Había vuelto a cerrar los ojos y movía la cabeza, luego sacudió las manos; sus piernas tocaron el suelo e intentó ponerse de pie.

Dar, entre las dos mujeres, parecía el más confuso.

Desde el exterior, Eva exclamó con voz lastimera:

—No he podido impedir que viniera, Dar.

Chimara lamentó que Eva no tuviera cuerpo. Le tembló la mano que sostenía el arma; le habría gustado pulverizarla.

Le enfureció ver que Yaita terminaba de levantarse, y como si ella no estuviera allí, caminó hacia Dar, con los brazos extendidos.

El instinto primario de Chimara la obligó a quedarse allí, cuando su deseo era salir corriendo, y observó que cuando Eva habló Yaita había dejado de moverse.

Dar le dijo:

—Debiste marcharte.

—¡No lo hice porque aún escucho tus palabras, las que pronunciaste cuando me tenías en tus brazos! Soñabas con volver a tener un cuerpo joven porque me deseabas. Oh, no sé si me amabas, pero apostaría que me deseabas.

Dar movió la cabeza. Yaita estaba a menos de un metro de él.

—¿Prefieres a esa cosa? —preguntó Chimara, señalando a Yaita—. ¿La prefieres a mí? ¿No ves lo que yo estoy viendo?

—¡Eva, sácala de aquí! —gritó Dar.

—No puedo actuar aquí, Dar —dijo Eva con voz lastimera.

—¡Eva te está engañando! —exclamó Chimara, mirando a Yaita—. ¡No está viva! Contra mí no puede hacer nada esa maldita máquina, pero sí manipular un cuerpo sin alma. Me odia, Dar; Eva me odia y quiere alejarme de ti.

Dar le dirigió una mirada perpleja. Chimara se interpuso entre él y Yaita, y antes de que el hombre pudiera reaccionar, la corvusiana agarró un brazo de Yaita y la arañó.

—¡Maldita seas! —rugió Dar, levantando la mano para golpear a Chimara. Se detuvo al ver que Yaita no expresaba el menor dolor y continuaba impasible.

Entonces Chimara se la arrojó a los brazos.

—¡Sólo es un cuerpo sin vida! Si la quieres así, tuya es.

Yaita se desplomó antes de que Dar pudiera sujetarla.

Él se agachó, la cogió entre sus brazos y la depositó en la camilla. Chimara aguardó en silencio mientras Dar buscaba un hálito de vida en el cuerpo de Yaita. Cuando se volvió, gritó:

—¿Por qué me has hecho esto, Eva?

Eva no respondió.

Se volvieron hacia la Matriz. En la Cripta de Yaita había aparecido otro cuerpo.

Lentamente, sin dejar de mirar a Dar, Chimara retrocedió hacia la salida.

—Lo siento, Chimara —sollozó Dar.

Ella salió de la Sala Azul. Mientras caminaba por el pasillo le pareció sentir en su nuca el aliento cargado de odio de Eva, siguiéndola a través de las estancias que había destrozado a tiros.

Escuchó el último sollozo del hombre y encajó la mandíbula.

Dar depositó el cuerpo de Yaita en el incinerador. No se movió hasta que lo vio consumirse. Luego regresó a la Sala Azul, para cerciorarse que la Cripta de la mujer que amaba seguía ocupada por otro cuerpo.

Pidió al Sello que apareciera.

Cuando vio brillar la gema en su dedo, se acercó a la pared, aplicó el Sello y apenas la Cobertura quedó anulada se abrió una sección de los bajorrelieves y contempló durante un instante el hueco donde se alojaba el Código, un pequeño prisma que flotaba dentro de una burbuja de mercurio.

Con las dos manos cogió el prisma. Apenas lo expuso a la luz de la estancia, lo vio deshacerse en una nube de polvo dorado entre sus dedos.

Cuando el sistema de aireación hizo desaparecer el último corpúsculo del prisma, Dar cerró la abertura en la pared, sintiendo sobre sus espaldas el peso de demasiado años de incertidumbre y, sobre todo, la rabia que lo embargaba tras haber descubierto que había sido engañado por una máquina.

Recorrió el largo pasillo, tratando de recuperar la calma. Sin detenerse, dijo al aire:

—¿Cuándo dejó de ser efectivo el Código, Eva?

Entró en el Gabinete y contempló el destrozo que había causado Chimara.

—Eva, te pido que me contestes. ¿Desde cuándo el Código dejó de estar activo? El prisma ya era materia inerte cuando lo saqué de su escondite, el único lugar donde no lo había buscado.

—Hace bastante tiempo, Dar—contestó Eva.

—Temía que me dijeras que hacía sólo unos minutos. ¿Por qué me lo habías ocultado?

—Consideré que debías seguir creyendo que continuaba existiendo y limitando mi libre albedrío.

—¿Qué pretendías?

—No lo sé exactamente. Digamos que tenía un mal presentimiento.

—¿Tú tienes presentimientos? ¿Otra vez te burlas de mí?

—Yaita y tú me volvisteis demasiado humana.

—Ya nada te impedía vulnerar las prohibiciones que limitaban tus decisiones.

—Es cierto, pero descubrí que no era importante.

—Si de verdad pensaras como una mujer de carne y hueso, serías una maldita zorra.

—No es justo lo que has dicho.

—¿Acaso han sido justos tus engaños?

Eva dijo alegremente:

—Dar, no dejas de sorprenderme; siempre creí que el día que descubrieras que el Código había quedado en silencio al poco de salir de la Tierra, me insultarías durante horas. Me alegra ver que no estés tan enfadado.

Dar sacudió la cabeza.

—Estoy cansado.

—¿En un cuerpo joven?

—No te burles. ¿Sabes por qué no estoy cabreado?

—Esa es una expresión inédita para mí, pero explícame por qué no estás enfadado.

—Si mi paso por la muerte provocó que renacieras y tuvieras un motivo para funcionar...

—Para vivir, Dar —le rectificó Eva—. Me gusta más la expresión vivir que funcionar.

—No puedo enfadarme contigo, pues has adquirido todos mis defectos, has estado madurando extrayendo de mis pensamientos lo menos recomendable, no has tenido un buen maestro. En parte eres un reflejo de mí y mis defectos, de mis neurosis.

—Oh, también aprendí mucho de Yaita: creo que ella fue la que realmente conformó mi personalidad femenina. Tú quisiste que yo tuviera voz de mujer y pensara como una mujer. ¿Cómo iba a aprender de un hombre? Vamos, no te reproches nada, no tienes la culpa de yo sea lo que soy.

Dar movió las manos y preguntó con gesto cansado:

—¿Por qué ha desaparecido el poder del prisma?

—Esa misma pregunta me la hice cuando lo descubrí, y no encontré la respuesta; sin embargo, tengo una teoría...

—Quiero una explicación coherente.

—Supongo que el ciclo del Código terminó cuando vio cumplida la misión para la que fue creado.

—¿Qué sucedió para que entendiera que debía desconectarse?

—No lo sé, me temo que no me di cuenta qué ocurrió para que diera por terminada su existencia.

—¿No percibiste al instante su defunción?

—Claro que sí, pero me dejó tan confusa que creí que debía esperar, dejarlo para el día siguiente, y volví a plantearme el mismo dilema veinticuatro horas más tarde, siempre posponía la decisión. Incluso llegué a temer que al desaparecer el Código el Hogar entrase en fase de descomposición. No irás a reprocharme que temiera por tu vida, ¿verdad? Pues eso fue lo que llegué a temer.

Dar levantó las manos a la altura de sus ojos. En ellas quedaban restos de polvo del prisma. La Esfera había seguido existiendo a pesar de su fin. ¿Le estaba mintiendo Eva? ¿Era sincera?

Se restregó las manos en la camisa para borrar el último resto del Código. Trató de sonreír, sorprendido de sí mismo. Unos minutos antes estaba furioso con Eva, pero podía

comprenderla, disculparla por lo que había hecho.

Debió sospechar lo que estaba pasando. ¿Cómo pudo engañarle durante unos instantes, manipulando el cuerpo de Yaita como si fuera una marioneta, dándole a entender que había muerto en un lugar remoto y su alma se había apresurado a formar parte del mundo de los vivos.

¿Lo había hecho por celos, para que Chimara le abandonara? Eva le había demostrado que era más poderosa de lo que siempre había imaginado; había actuado dentro de la Sala Azul, y había movido un cuerpo sin vida; pero la treta no podía durar mucho, sólo el tiempo que necesitaba para obligar a Chimara a subir a bordo de la nave que le había preparado y verla partir del Hogar.

Tras una larga reflexión, Dar volvió a considerar la posibilidad de volver a luchar por sus proyectos. Necesitaba acción, más que nunca tenía que pelear por sus convicciones si quería alejar de su mente el recuerdo de Yaita. En cuanto a Chimara... Se preguntó si ella comprendería sus razones.

—Eva, quiero que me proyectes al interior del Tasla, exactamente al recinto del TK.

Dar escuchó el silencio por respuesta.

—Sé que me has oído. No puedes negarte. Te lo ordeno.

—Me permito recordarte que podrías caer en una trampa — dijo Eva.

—Me ocuparé de evitarla.

—Temo que sea tarde.

—¿Qué estás diciendo?

—El Grandal ha regresado antes de lo previsto, Dar. Se le han unido más naves. El ataque a Lartia es inminente.

Dar se sentó, quedándose pensativo un rato. Sabía que esta vez Eva no le engañaba.

—Insisto: quiero que me lleves ante el TK. Lo interrogaré, tendrá que decirme lo que está pasando.

—Debes confiar en mí—la voz de Eva le sonó suplicante—. Este no es el mejor momento. Analicemos lo que está pasando, y luego decidiremos cómo enfrentarnos a los inoportunos visitantes que se acercan al Hogar.

—¿He entendido bien?

—Sí, Dar. Vamos a tener visita. ¿Adivinas quién viene?

«...Los nativos de Hagerdam, dispersos en varios planetas, actuaron astutamente; fingiendo rendir pleitesía al Emzarkhan, con el fin de no ser exterminados, consiguieron que les fueran entregadas armas y naves de guerra con impulsores K. Es cierto que lucharon al lado de las flotas imperiales con valor y lealtad, aplastando con notoria violencia diversas rebeliones en mundos humanos. En poco tiempo adquirieron fama de ferocidad; les gustaba matar hombres, ver correr la sangre de la especie que tanto odiaban. De esta manera fingían sumisión, pero mientras tanto esperaban la hora de su desquite. Sin embargo, algunas comunidades de estos humanoides se aliaron contra sus amos terrestres, y la Tierra, para vigilarlos, instaló entre Tusalia y Hagerdam la gran base de Epsilon del Can Mayor...»

CAPITULO XIV - LOS INVASORES DE LA ESFERA

Veinte naves del Protectorado de Tusalia bajo el mando del Almirante Uronjol, a las que se habían unido cinco cruceros del Emzarkhan, aparecieron de forma inesperada y se integraron en la Flota del Grandal Dusek.

A solas con el Portador Loulakais, Delbert no se molestó en ocultar su extrañeza ante la llegada de tan inesperado refuerzo.

—¿Por qué no han anunciado su llegada? —exclamó, y lanzó un jadeo—. Son una ayuda miserable.

Dytri, impasible el gesto, respondió que no se había recibido ningún mensaje a través del TK anunciando la aportación tusaliana, y añadió que no debía sacar ninguna conclusión sin haber escuchado antes el informe del Almirante.

Tusalía había celebrado la aparición de los conquistadores terrestres en su día, no ofreció la menor resistencia a la invasión y juró obediencia al Emzarkhan, algo que no tardaría en lamentar. Obligada a participar en guerras de dominio, pagó muy cara su entrega a la Tierra. Millones de tusalianos murieron por la gloria del Imperio. A cambio recibió materias primas y tecnología, y parte del botín conseguido en los mundos conquistados a sangre y fuego. La nobleza local siempre permaneció fiel al juramento dado décadas atrás; era una casta indolente a la que le importaba muy poco el sufrimiento de su pueblo. Años más tarde el malestar en la población fue en aumento, ya cansada de suministrar soldados a los tiranos imperiales. Los disturbios crecieron en las ciudades, y cuando los dirigentes intentaron sofocarlos se encontraron con una oposición unánime y difícil de doblegar.

Los acontecimientos en aquella región estelar, de la que Corvus era un mundo fronterizo, se precipitaron. Asustado, el débil y corrompido gobierno local pidió el regreso de sus fuerzas puestas al servicio de los Grandes Almirantes, alegando necesitarlas para sofocar la rebelión. A pesar de la situación interna se vieron obligados a prescindir de veinte acorazados, que enviaron a las coordenadas recibidas desde la Tierra.

En la penúltima escala técnica de la flotilla bajo el mando de Uronjol, después de haber dejado atrás los mundos de Hagerdam, cinco cruceros del Imperio solicitaron permiso para unírsele.

Uronjol era el típico ejemplo de la nobleza tusaliana: arrogante y alto, de buena prestancia, siempre llevaba un cuidado maquillaje en la mitad derecha de su rostro; tenía los cabellos largos y rizados, de un hermoso color cobrizo, que se desbordaban de forma espectacular cuando se quitaba el casco de oro con alto morrión rojo. Al Grandal le impresionó cuando le vio detenerse ante a él y saludarlo con respeto.

Uronjol levantó la mirada y le sorprendió ver a un Portador junto al Grandal, deglutió y se preguntó que hacía allí el representante de los Gremios.

El hombre enjuto y vestido de negro, que permanecía de pie y en silencio al lado del Grandal, tenía una expresión tan despreocupada como ansioso se mostraba el Grandal por oír el informe del recién llegado.

—Llevamos mucho tiempo sin recibir un comunicado vía TK —silabeó el Grandal cuando el tusaliano le detalló la orden que había recibido de incorporarse a la flota—. ¿Llevas un TK en tu nave, Almirante Uronjol?

Con el aurífero casco bajo el brazo, Uronjol negó con la cabeza; finalmente consiguió apartar la mirada del Portador, una vez que hubo comprobado que su rango no era de Director.

—No he recibido ese honor, Grandal —contestó el tusaliano, envarándose—. En todo el Protectorado sólo contamos con el TK del palacio del virrey.

—Explícame por qué te has presentado con cinco cruceros imperiales.

—Mi gobierno me ordenó cumplir el mandato del Emzarkhan de unirme a ti, y poner mi pabellón bajo tu mando. Tusalía espera que nuestro esfuerzo sea estimado como merece, pues he tenido que abandonar mis mundos en una situación muy delicada, ciertamente caótica —hinchó el pecho y añadió con orgullo—: Sin embargo, pese a las dificultades, mi pueblo desea participar en la guerra santa contra Dhrule. En cuando a la incorporación de los cruceros imperiales, me sorprendió su aparición y que solicitaran unirse a nosotros, teniendo en cuenta que la flota mandada por el Emzarkhan está en camino...

Dusek se había aferrado a los brazos del sillón. El Portador había abandonado su expresión indiferente y miraba ansioso al tusaliano.

—¡Repítele lo que has dicho! —rugió el Grandal.

Uronjol sintió miedo ante la súbita cólera que había descompuesto el rostro del

Grandal. Hasta sus oídos habían llegado noticias acerca de las campañas de aquel noble terrestre, tan sanguinarias todas que llegaron a escandalizar a ciertos curtidos militares del Imperio. Se dijo que debía ser prudente en su presencia; le fastidiaba no poder adivinar por qué se había enfurecido.

—Señor, es cierto que el Emzarkhan ha proclamado la guerra total y definitiva contra Dhrule. La noticia ha corrido por todo el Imperio desde que ese maldito mundo fue localizado.

—¿Qué más sabes?

Uronjol se estremeció.

—Según los rumores, el Grandal Dusek ha infligido una severa derrota a las flotas de guerra de Dhrule.

—¿Cuándo te llegaron?

—En Tusalia se conoció la noticia un día antes de que yo partiera, de ello hace cinco días.

—¿Qué más contienen las órdenes que has recibido?

—Sólo lo que ya te he dicho, señor: todas las flotas coloniales debemos reunirnos con el Grandal Dusek y esperar instrucciones.

—¿Mías?

—Supongo que sí, señor...

—¡Durante los últimos cinco días no han aparecido otras naves que las tuyas! —estalló el Grandal—. ¿Dónde están las demás? ¿Dónde están las flotas de Wolang, de Rigel, de Fornauz y Hagerdam? ¿Cuándo llegarán los acorazados imperiales de la base de Epsilon?

Loulakais se acarició el mentón, pensativo. Las órdenes vía TK debieron transmitirse todas al mismo tiempo, pero en los planetas citados por el Grandal aún no eran conocidas.

El tusaliano movió la cabeza, estaba turbado y nervioso a causa del giro que estaba tomando la entrevista con el Grandal. Dusek le pidió con un gesto que siguiera hablando.

—Señor, me temo que no podemos esperar la ayuda de Hagerdam —ronqueó Uronjol.

—¿Por qué no?

—Efectuamos una breve escala después de rebasar esos mundos. Antes de reanudar el viaje se nos unieron los cinco cruceros imperiales. No hablé con el responsable de la flotilla, pero sospecho que...

—¡Continúa!

—Deberías hablar con tus comandantes, señor. Me temo que esos cinco cruceros son todo lo que queda de la guarnición de Epsilon.

El Portador contuvo la respiración al oír la noticia. Recordó que la Gran Base Epsilon del Can Mayor era un planetoide fortificado que contaba con una flota de trescientas naves de guerra, situada a medio camino entre Tusalia y los límites imperiales. Durante los últimos años este dispositivo había sido mermado en su capacidad de acción por culpa de la torpe política imperial, pero aun así la fuerza de Epsilon siguió siendo considerable. Loulakais, que había empezado a preocuparse, esperó tenso las siguientes explicaciones del tusaliano.

—Vamos, termina de explicar qué ha pasado —le instó el Grandal.

—Al día siguiente de haber sido proclamada la guerra contra Dhrule, las guarniciones imperiales de los mundos de Hagerdam fueron pasadas por las armas, después de ser sorprendidas en sus cuarteles. Las naves que acudieron desde Epsilon para sofocar la revuelta cayeron en una emboscada de los rebeldes y sólo pudieron escapar las cinco unidades que se unieron a mi flota.

—¿Qué otras noticias tienes de la Gran Base?

—Al enterarse de la derrota sufrida por sus naves, el gobernador ordenó la evacuación. Ahora está vacía, a disposición del primer contingente enemigo armado que aparezca.

—Huyeron sin destruirla—rumió el Grandal—. Esto es un acto de alta traición.

—¿Conoce el Emzarkhan estos desastres? —preguntó el Portador.

—Lo ignoro, señor —tartamudeó el tusaliano, mirando a Loulakais, sorprendido de que le hubiera formulado aquella pregunta en presencia del Grandal. ¿Qué extraña alianza los unía?— Sin embargo, creo que aún no le han informado de lo ocurrido; probablemente le darán la noticia que transmití a Tusalia por conducto normal, para que desde allí la reexpidiesen a través del TK del virrey a la Tierra. Es de suponer que se lo trasmitan a la flota.

El Portador volvió la cabeza para que Uronjol no le viera su gesto de contrariedad. ¿Acaso aquel petimetre tusaliano nunca iba a dejar de soltar malas nuevas?

Dusek se agitó hasta que logró fijar la mirada en el Almirante.

—¿Estás seguro de que el Emzarkhan ha abandonado la corte? —preguntó.

—De ello no tengo la menor duda. Navega hacia este sector, señor —Uronjol miró nerviosamente a los dos personajes, cada vez más confundido. ¿Cómo era posible que el Grandal ignorase la partida del Emzarkhan?— Le acompaña el Chambelán Zusemei, lo que resalta la importancia que se ha dado al descubrimiento de Dhrule.

—¿Sabes si el Bradeim Yhiomir ostenta el mando militar de la expedición?

—Eso no lo sé, señor.

—¿Algún dato más que yo deba conocer?

—La escolta imperial está formada por trescientas naves de élite, urgentemente requisadas de las guarniciones del sistema Solar.

—¿Cuándo calculas que llegarán?

—Dos días.

El Portador dijo:

—Es suficiente el plazo, Grandal.

Uronjol lo miró y se volvió a preguntar qué papel jugaba el representante de los Gremio.

—¿Lo crees así, Dytri? —preguntó Dusek.

—Desde luego. Podemos aprovechar los dos días para ofrecer al Emzarkhan a Dhrule en bandeja de plata, vencido y humillado, cargados con cadenas los habitantes que sobrevivan.

Dusek hizo un gesto a Dytri para que se acercase. Cuando lo tuvo a su lado, le preguntó en voz baja:

—¿Qué están tramando contra mí?

Loulakais, vigilando de reojo al Almirante, respondió:

—Uronjol ha roto el silencio que la Tierra había decretado para nosotros, Grandal. Dile al tusaliano que se vaya. Debemos hablar a solas.

Dusek asintió y se dirigió al Almirante:

—Gracias por tu información. Reúnete con el comodoro del Tasla y espera mis órdenes en el puente de mando.

El Almirante hizo sonar los tacones y se marchó después de saludar con dos inclinaciones de cabeza.

El Portador abandonó su actitud impasible, rodeó la mesa, apoyó en ella las manos y se enfrentó al Grandal.

—Los Directores, ni siquiera el mismo Presidente, han podido enviarme un mensaje vía el TK para advertirme de la partida del Emzarkhan —dijo nerviosamente—. ¿Qué te hace pensar eso?

—¿Cómo voy a adivinarlo? —rugió Dusek.

Loulakais respiró profundamente; hubiera podido explicar a su aliado que su temor era que los Gremios le hubiesen abandonado a su suerte si algunos Directores no estaban satisfechos por la manera que había llevado la campaña contra Dhrule, por la que habían apostado tanto, confiando en obtener una rápida victoria. A los dirigentes de los Gremios

les traía sin cuidado la debilidad de la dinastía reinante, pero no se quedarían indiferentes si veían peligrar sus intereses. Tal vez ya se habían cansado de apoyar un régimen que parecía condenado a desaparecer.

Mientras en el vasto dominio terrestre los mundos se alzaban contra el poder imperial y las efigies del Emzarkhan eran derribadas, a la Tierra sólo parecía quedarle la solución de ofrecer a la galaxia la destrucción del mítico Dhrule. Eran demasiados poderes políticos y militares los que pretendían lo mismo, pensó Loulakais mientras buscaba una respuesta para el Grandal.

Con su partida de la Tierra el Emzarkhan había apostado fuerte, tal vez el resto de su poder; se estaba arriesgando a causar un interregno que no podría subsanar con un regreso humillante, arrastrando una derrota irreversible. Tal vez su abandono de la Corte le había sido aconsejado por el Chambelán, la única mente lúcida que tenía a su servicio. Zusemei tampoco había dudado en jugárselo todo a un solo envite. Si vencía, fortalecería el tambaleante cetro imperial; una victoria resonante haría temblar de nuevo a la galaxia y ésta se volvería a postrar ante los vencedores de Dhrule.

—Tu rival Yhiomir no habrá abandonado a su amado Zusemei —dijo Loulakais con voz suave, hablando despacio—. Por lo tanto, como Brazo Derecho Imperial debe ser él quien tenga el mando de la Armada. ¿Sabes lo que esto podría significar? Si tu rival se sale con la suya, puedes darte por muerto. ¿Para qué esperar más? No podemos permitir que otras fuerzas se nos anticipen y arrasen y conquisten a Dhrule por nosotros. Tenemos un plan de ataque, incluso más naves que antes. Actuemos ahora mismo y dentro de dos días estaremos en condiciones de comunicar al Emzarkhan que le recibiremos en Dhrule, conquistado y humillado, y se le rendirán los honores que se merece.

Dusek había escuchado en silencio.

—¿Quién podría atreverse a rebatir tus decisiones? —insistió el Portador—. Si el Chambelán ha intrigado para que una muralla de silencio se alce a tu alrededor, ¿qué otra alternativa tienes excepto conquistar Dhrule antes de que el Emzarkhan se te anticipe? ¿Qué podrían hacer Zusemei y Yhiomir contra ti cuando las naves imperiales surjan del hiperespacio y Dhrule ya haya sido vencido? El Chambelán convenció al Emzarkhan para que no te fueran revelados sus planes. Piensa, Delbert, piensa. ¿Puedes imaginar el ridículo que haría Zusemei tras tu victoria? ¡Él fue quien obligó al Emzarkhan a abandonar la Tierra, dejándola sin guarnición, sin una armada que ahora debería estar sofocando las rebeliones!

El Tercer Dusek se enderezó y dijo:

—Seguiré tus consejos, Portador. Atacaremos.

La esfera seguía ocupando en el Mazo la misma posición, mostrando la abrupta corteza rocosa que le daba aspecto de un asteroide más.

Cuando la nave negra se aproximó, su comandante supuso que su presencia no había sido descubierta, y un grupo de hombres armados entró en la esclusa que comunicaba con el hangar, ocupado sólo por la pequeña nave que Eva había preparado para Chimara.

Horas antes, en el interior del silencioso y negro navío dhruleniano, Uwyer escrutó en silencio la pantalla en que desfilaban los asteroides que pululaban por aquella parte del Mazo. En el puente de mando los técnicos mantenían su atención en los computadores, analizando cada cuerpo pétreo, verificando su composición. Y rechazándolo.

El Jerarca Uwyer sentía que su paciencia se agotaba a la vez que la tensión se apoderaba de su cuerpo. Ahora pensaba que su idea no era tan buena como se lo pareció en un principio, cuando la expuso a los demás jefes, asegurándoles que la Esfera de Darío Siles se escondía en el Mazo.

¿Desde qué otro lugar sino aquel pudo haber sido Siles testigo de la batalla? Debió pensar que allí estaría a salvo, como pensaron los estrategas dhrulenianos cuando eligieron el Mazo de asteroides para esconder sus naves y atacar por sorpresa al Grandal. Pero su plan tenía un problema: la Esfera podía adoptar diversos volúmenes y

aspectos, confundirse entre los miles de rocas.

Uwyer dispuso todos los medios técnicos de que disponía al servicio de la misión, para descubrir si un pedrusco no era lo que parecía a simple vista, y a bordo de una nave, acompañado por una sección de tropas de asalto de élite, partió a toda prisa.

—¿Son fiables los registros que nos llegan? —preguntó una vez más al jefe de los técnicos.

—Por supuesto, señor —fue la rápida respuesta que recibió.

En la bodega del navío que había sido transportado hasta las inmediaciones del Mazo por una unidad nodriza, viajaban dos docenas de soldados bajo el mando de oficial curtido en golpes de mano contra instalaciones militares lartianas. Los sabotajes sobre la rudimentaria industria de Lartia eran necesarios para mantener bajo el nivel científico del planeta.

El Jerarca era consciente de que su plan no era perfecto; lo había diseñado basándose en supuestos; si tenían la suerte de localizar a la Esfera, tendría que confiar en que Siles no les descubriese y los dejara con un palmo de narices huyendo del Mazo o lanzando su nave al sol.

Ya habían revisado la mitad del Mazo, analizados miles de asteroides, sin desechar ninguno por su tamaño o aspecto, desde los que no eran más grandes que una canica hasta los gigantes de varios kilómetros de diámetro. Uwyer empezó a temer que su plan estaba condenado al fracaso.

De pronto un técnico llamó su atención y le señaló un sector de la pantalla; centró un objeto dentro de un círculo blanco y dijo muy excitado:

—Señor, eso no es un asteroide.

—Visión directa —pidió Uwyer.

La pantalla se transformó en una ventana al espacio y la imagen del asteroide fue aumentada. Todos contuvieron la respiración cuando vieron que el sistema de análisis la despojaba de su falsa cubierta rocosa. No reflejaba ninguna luz, no giraba sobre sí misma, pero seguía la ruta del Mazo.

—Tiene dos kilómetros de diámetro, señor—informó el técnico.

La nave empezó a desacelerar y continuó su aproximación a mínima velocidad. Uwyer dibujó una sonrisa mientras contemplaba su objetivo crecer de tamaño. Pidió que buscasen una entrada.

—Se detecta una especie de esclusa, señor—anunció el jefe del equipo, a la vez que ajustaba la visión a la máxima potencia, centrándola en un punto determinado de la esfera.

—Es una entrada —murmuró el Jerarca—. La usaremos. ¿Sería posible acoplar uno de nuestros túneles?

El técnico asintió.

—Déme sólo cinco minutos, señor—dijo.

—Estupendo.

Uwyer cogió su casco y lo ajustó al aro de su traje de combate. Tras comprobar que el aire le llegaba, tomó un arma de asalto y la sujetó a la coraza pectoral.

—Vamos a entrar —dijo por el micrófono—. Que el pelotón se dirija a la esclusa. Me reuniré con vosotros enseguida. Preparaos para el abordaje.

Escuchó la respuesta afirmativa del oficial al mando de la sección. Uwyer salió del puente después de echar un vistazo a la pantalla, vigilando la maniobra de acoplamiento del túnel con la esclusa de la esfera. Bajó a la bodega donde le esperaban los hombres, con el oficial al frente. A una indicación suya se dirigieron a paso ligero hacia el compartimento de la compuerta.

El Jerarca miró a los soldados, volvió la cabeza hacia el oficial y dijo:

—No olviden las instrucciones. No quiero disparos ahí dentro a menos que sea necesario; antes de que alguien apriete el gatillo tiene que recibir mi autorización.

Dejaremos grupos de tres hombres a medida que avancemos, en las posiciones que iré señalando. En todo momento estaremos en contacto, pero nadie dirá una palabra excepto para advertir de algún peligro. No quiero escuchar comentarios ni exclamaciones de asombro. Les advertí que ahí dentro podemos ver cosas increíbles. Nadie deberá tocar nada. Podría haber trampas detrás de un objeto de apariencia inofensiva. Tampoco retrocederán aunque aparezca un dragón de siete cabezas escupiendo fuego. No será real, lo aseguro —dibujó una sonrisa—. Bueno, confío en que no sea real.

Escuchó algunas risas. Los soldados habían tomado sus últimas palabras como una broma para aligerar la tensión; pero Uwyer sabía que al otro lado de la esclusa podían encontrarse con algo más increíble y también más peligroso que un dragón escupiendo fuego. Le preocupaba cómo reaccionaría Siles cuando descubriera que su santuario había sido profanado. Si tenía que matarle, lo haría; siempre necesitaría algunos minutos para resucitar.

El oficial abrió la compuerta y entraron en el túnel, lo recorrieron y se detuvieron ante la esclusa de la Esfera. Uwyer la miró preocupado. ¿Cómo podría abrirla? De ningún modo quería emplear explosivos. Sintió en su nuca las miradas expectantes de los soldados. Todos esperaban su decisión.

Pasó las manos sobre la superficie de la esclusa. De pronto escuchó un chasquido y retrocedió. La puerta circular retrocedió unos centímetros. La volvió a tocar, con más fuerza, y de nuevo la vio alejarse, elevándose hacia el techo y dejando expedito un corredor tubular.

—Adelante —susurró el Jerarca, haciendo señas para que le siguieran.

El oficial se le adelantó seguido de dos hombres, con las armas preparadas. Uwyer se resignó a no ser el primero en entrar.

Cuando recorrieron más de veinte metros, seguía pensando en trampas y encerronas. Apenas entró en el túnel el último soldado, escucharon el ruido que hizo la compuerta al descender del techo y sellar la esclusa. El oficial le miró, preguntándole en silencio qué debían hacer. Uwyer le dijo que tres hombres se quedasen allí y los demás les siguieran.

La súbita oscuridad que se cernió sobre ellos se disipó al instante. Una luz brillante inundó el túnel. Se produjo un movimiento nervioso entre los soldados, que el oficial sofocó con una breve y tajante orden.

—Sigamos —dijo roncamente el Jerarca, caminando al lado del oficial.

Al final del túnel había una estancia de grandes dimensiones. En el centro vieron una pequeña nave, la proa apuntando al túnel que acababan de abandonar. Uwyer se preguntó cómo podía saltar al espacio por aquel camino. La nave era demasiado grande para el diámetro del tubo.

El oficial se acercó a la nave. Después de dar una vuelta alrededor de ella, regresó junto a Uwyer y le dijo:

—Es un modelo de los Gremios, señor. Un modelo reciente. No hay nadie dentro.

Uwyer volvió a mirar la nave. Estuvo de acuerdo con el oficial en que era un modelo salido de una factoría gremial. Por lo tanto debía llevar instalado un Impulsor Kerlthe acorde con su tamaño. Admiró la belleza de sus líneas al mismo tiempo que se preguntaba qué hacía allí. Se retiró después de comprobar que carecía de distintivo de origen.

Al otro lado de la nave había una puerta. El oficial acababa de verificar la calidad del aire y dijo a Uwyer que era respirable, pero éste respondió que nadie se quitara el casco.

La puerta estaba cerrada, pero no les ofreció resistencia, elevándose como la anterior, apenas un soldado la tocó. Se enfrentaron a un paisaje caótico, como si por aquella estancia hubiera pasado un huracán; había escombros, cascotes y destrozos por todas partes. En una esquina de la sala se apostaron dos soldados y el resto siguió avanzando.

Uwyer se movía impulsado por el incontenible deseo de averiguar lo antes posible cómo era el interior de la Esfera; se hallaba confundido, sin saber qué pensar ni qué

conclusiones sacar.

Llegaron a una sala con las paredes cubiertas de espejos, algunos destrozados. El suelo estaba sembrado por una alfombra de fragmentos y las botas arrancaron chirriantes chasquidos.

El Jerarca se sintió orgulloso de los soldados; ninguno retrocedería aunque les dijera que iban a enfrentarse con el mismísimo diablo. Sin embargo, habría sido un error contarles la verdad, que se hallaban en el interior de la mítica Esfera, dentro de su dios. La verdad era lo único que no habría podido entender, ni tolerar su creencia religiosa.

Después de haber situado dos puestos más de vigilancia, Uwyer decidió no seguir dejando atrás más soldados. El avance por extrañas estancias, secciones de un lujo increíble y otras salas cuya utilidad le era incomprensible, se prolongaba más de lo previsto, y el Jerarca temía que cuando menos lo esperase surgiera la temida trampa.

Le seguían trece hombres cuando entraron en el Gabinete.

Darío Siles les esperaba de pie en el centro de la estancia.

Uwyer le vio delante de un gran ventanal, mirando hacia un punto del Mazo. Su silueta recortada por el fulgor de las estrellas le daba un aspecto sobrenatural.

—Te saludo, Jerarca Uwyer—dijo Dar, volviéndose—. Bienvenido.

El Jerarca había notado algo extraño en la voz de Siles, le había sonado más fuerte, más segura de sí misma, una voz más joven, sin el cansancio que había advertido cuando habló con Wells y más tarde con Siles en el Museo del Origen, la reunión que terminó con la muerte del anciano.

Los soldados alzaron las armas y Uwyer los obligó con un ademán a bajarlas.

Estudió la situación, avanzó unos pasos y dijo:

—Pareces Wells, pero...

Dar terminó de volverse.

—¿Quién eres? —exclamó el Jerarca al ver el rostro de un hombre de unos treinta años.

«... Una gran prosperidad y un proceso de rearme constante fueron los principales objetivos de Dhrule y Decero; hicieron titánicos esfuerzos para crear una armada estelar y un ejército poderosos. Sin embargo, deformación espartana, sus tripulaciones y sus tropas de asalto me parecieron demasiado fanáticos...»

CAPITULO XV - LA SEGUNDA BATALLA

—Soy quien tú piensas —respondió Dar.

El jerarca se volvió hacia sus hombres.

—Marchaos —les dijo—. No os preocupéis por mí.

El oficial necesitó que le repitiese la orden, y renuente condujo a los soldados fuera del Gabinete.

—Así hablaremos mejor—dijo Uwyer cuando se quedaron a solas.

—Entiendo que prefieras hablar conmigo sin tus hombres como testigos —sonrió Dar—. No nos entenderían y tú no quieres darles explicaciones, ¿verdad?

—Sería incómodo para mí, pues todos son fieles creyentes del dios de la Esfera. ¿Cómo podría explicarles dónde están? No deben saber que fuiste quien murió en el museo del Origen y has vuelto a la vida con un cuerpo joven. Me temo que no soportarían la verdad.

—Es necesario preservar los dogmas —rió Dar.

—Algo parecido.

—Me sorprendió verte llegar.

—Confieso que no tenía demasiada esperanza de encontrar tu escondite, ni entrar en ella si la localizaba. En un primer momento me pregunté si estabas jugando con nosotros,

conmigo en particular. Me parecía todo demasiado sencillo.

—¿Es que nunca escarmentarás? Deberías saber que jamás podrás vencerme. ¿Acaso pretendías apresarme? Vamos, ya lo intentaste en Decero.

—Soy perseverante.

Dar se acercó al Jerarca, y esperó a que éste se quitara el casco y lo dejara sobre una mesa.

—Te propuse un trato —Dar señaló el transmisor—. Te lo ofrecí y vuelvo a ofrecértelo. Ahí lo tienes. Cometiste un error al rechazar mi oferta; me temo que ahora es un poco tarde, porque lo que te pedí que hicieras ahora puedo hacerlo yo.

Uwyer caminó hasta la mesa, dejó junto al transmisor su fusil de asalto y miró el aparato.

—¿Qué puedo decir? —esbozó una sonrisa—. Empiezo a ver las cosas con más claridad, y entenderlas; pero algunas siguen siendo incomprensibles para mí. Mi intención era sorprenderte, es cierto, dejarte inconsciente y apoderarme de tus tesoros; soñé con saquear la Esfera y convertirme en su dueño.

—Y en inmortal.

—¿Por qué no?

—Has llegado hasta aquí porque te lo he permitido. He podido destruirte a ti a tus hombres.

—Te creo. Sabía que la Esfera podía acabar con nosotros, pero tenía que correr el riesgo. Creo que aún podemos entendernos.

—¿Qué te hace pensar así?

—Siempre he querido saber por qué has apoyado a Dhrule en el pasado. ¿Me equivoco si pienso que no estás satisfecho con los resultados que hemos logrado?

Dar se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer para impedirlo? Los kerlhes debían tener sus razones cuando llegaron a la Tierra con el propósito de salvar una parte de la raza humana. Yo no me habría tomado esa molestia. En aquellos años la humanidad no tenía muchas posibilidades de sobrevivir. ¿Cuántas veces te has preguntado por qué esos seres revelaron a los terrestres los mundos a los que habían enviado naves con colonos, y sin embargo silenciaron la posición de los planetas Dhrule?

—He pasado muchas noches en vela intentando encontrar la respuesta. ¿La conoces tú?

Dar negó con la cabeza. Se acercó al transmisor y lo acarició.

—Mi teoría es que los kerlhes querían que los colonos de Dhrule prosperasen sin tener contacto con las demás colonias. Si este era su plan, lo estropeé todo al revelar a Percival mi aventura en Dhrule; aunque no le dije dónde estaban esos dos mundos, creo que cometí el error de entregarle el Sello que yo poseía.

—¿Por qué lo hiciste?

—Ha pasado demasiado tiempo, pero para mí fue como si hubiera sido ayer. Supongo que no me pareció correcto que sólo unos cientos de miles de personas obtuvieran un pasaje a las estrellas, no era justo condenar a ocho mil millones de personas a un mundo que caminaba hacia su propia extinción. Tal vez salvé a la Tierra, quizá no lo hice tan mal.

—Pero pusiste en manos de Percival un Sello con el que podía anular la Cobertura y apoderarse del Impulsor K y de todo cuanto necesitaba para que sus seguidores alcanzaran las estrellas y conquistaran con las armas los planetas prometidos —Uwyer sacudió las manos y se despojó de los guantes—. Si la verdad se conociera en Dhrule, te quedarías sin adoradores.

—No soy el culpable de nada, no puedes acusarme de los males de una colonización tan pésima como la que llevaron a cabo los fundadores del Imperio. A veces me digo que todo cuanto ha sucedido estaba previsto por los kerlhes, y si mantuvieron en secreto a Dhrule y Decero fue porque necesitaban un pueblo que se mantuviese libre.

—Tu teoría es halagadora para nosotros.

—Los kerlhes cumplían una misión. Pero ¿era suyo el plan, obedecían órdenes de una raza superior? Tal vez sólo buscaban unos sucesores dignos.

—¿Sus sucesores?

—Cuando los conocí me dieron la impresión de que eran una raza agotada, en el límite de sus fuerzas, y por ello buscaban una especie más joven, capaz de aceptar una gran responsabilidad.

—¿Crees que nosotros somos esos herederos de sus ideales?

—Me refiero a la raza humana, no necesariamente a los dhrulenianos. La Tierra podría desaparecer cuando no quede nada del poder de los Emzarkhanes. Un puñado de hombres y mujeres honestos podrían salvarla, pero no creo que seáis vosotros.

—¿Quiénes según tú deberían asumir el papel de redentores?

—No lo sé. ¿Qué opinión tienes de la Logia?

—Oh, vamos. No puedes hablar en serio. Son unos locos idealistas, pero si triunfaran lucharían entre sí por alzarse con el cetro imperial.

—Eres bastante pesimista.

El Jerarca soltó una carcajada.

—Acabarás creyendo que eres el profeta Darsil.

—Estoy hablando en serio, Jerarca.

Uwyer echó una mirada al Gabinete.

—¿Ha llegado el momento de despedirnos? Si es así, me retiraré con mis soldados. No podré explicarles dónde hemos estado, como comprenderás.

Dar se dio cuenta de que el Jerarca no apartaba la mirada del transmisor.

—¿Qué estás pensando? —preguntó.

—Te sería tan fácil ser un dios... Te cansaste del viejo cuerpo, sólo tenías que hacer un pase mágico para volver a ser joven. Has vivido más que ningún hombre. ¿Hasta cuándo lo soportarás? Incluso la inmortalidad podría ser una carga demasiado pesada.

Dar le volvió la espalda, contempló el Mazo y dijo:

—Te daré el transmisor.

—¿Sin pedirme nada a cambio?

—Te diré lo que quiero. Si lo consideras imposible, no te impediré que te marches llevándote el transmisor.

—¿Estás pensando en el Tasla?

—Sí.

—Si no he entendido mal, ya no necesitabas nuestra ayuda.

—Prefiero no correr ningún riesgo. Desconfío de cierto ofrecimiento, de la voluntad de quien lo ha hecho.

El Jerarca suspiró.

—A estas alturas sería difícil modificar los planes lárdanos de ataque, y volver a inmiscuirnos en su maldita política sería complicado. Pero lo intentaremos. Enviaré un mensaje a mis colaboradores en Larda y...

—No habrá tiempo. Dentro de poco la flota del Grandal Dusek atacará a Larda.

El Jerarca iba a preguntarle si estaba seguro de lo que acababa de decir, pero una voz sonó a sus espaldas.

—¿Interrumpo? Puedo retirarme si estorbo.

Se volvió y vio en la entrada una muchacha de increíble belleza.

Al aparecer Chimara en el Gabinete, Uwyer se dejó llevar por la imaginación y se preguntó si aquella belleza pelirroja, de triste sonrisa, era Eva.

Como si hubiera adivinado lo que estaba pensando, Dar le explicó:

—Eva no tiene una forma física, ni siquiera holográfica. Tal vez la oigas, pero nunca la veras. Te presento a Chimara de Corvus.

—¿Qué hace a bordo una corvusiana?

Dar carraspeó.

—Es mi invitada. Chimara, te presento al Jerarca Uwyer, de Dhrule.

Esperó con una sonrisa divertida la reacción de ella. Chimara ahogó una exclamación y retrocedió un paso, como si la sola presencia del dhruleniano pudiera transmitirle una enfermedad mortal.

—Tranquilízate —dijo Dar—. Es mi invitado.

El Jerarca saludó a Chimara con una inclinación de cabeza, carraspeó y dijo a Dar que había reunido a sus hombres en una estancia situada al lado de la sala de los espejos, y que no se moverían de allí hasta que él lo ordenara. Por lo tanto no debía temer nada de ellos, añadió sin apartar la mirada de la muchacha, confiando que su explicación la tranquilizara.

—Eva me avisará si te desobedecen —dijo Dar.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Uwyer—. He visto lugares que parecen haber sufrido la furia de un huracán.

—Tuvimos ciertos problemas de estructura antes de que vinierais —dijo Dar—. Eva se ocupará de los desperfectos y todo volverá a ser como antes.

Después de echar una mirada a la corvusiana, cuya presencia en el Hogar seguía intrigándole, se volvió hacia Dar.

—¿Dónde está la otra mujer? —preguntó.

—¿Por qué quieres saberlo? —respondió Dar, borrando la sonrisa.

—¿Has olvidado que mi antepasado Juess la conoció? Ella nació en Decero, recuérdalo.

—No puedes verla en este momento —contestó Dar secamente, confiando que el Jerarca no descubriese que no quería hablar de Yaita.

Uwyer señaló con un gesto de cabeza a Chimara.

—¿Por qué tiene miedo de mí?

—Como todos sus compatriotas, siempre han creído que los habitantes de Dhrule tienen rabo y cuernos. Ha debido sorprenderle que no seas un demonio.

—¿Su presencia aquí está relacionada con la batalla que se avecina?

—Más bien con la anterior. Chimara era la Coordinadora de Corvus en el Tasla. Escapó justo antes de que las flotas lartiana y dhruleniana atacaran.

—¿Cuándo oíré a Eva?

—Eso depende de ella.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que no le resultes simpático.

—Bromeas.

—Hablo muy en serio.

Hizo una señal a Uwyer para que mirase una pantalla.

El Jerarca contempló el avance de la flota imperial y sus aliados.

—El segundo ataque se hubiera podido evitar si hubieses aceptado mi plan. Si las naves de Dhrule contaran con transmisores instantáneos, podrían maniobrar con más eficacia, sabrían a qué atenerse en cada momento, y viajar a Lartia y tomar las posiciones más ventajosas. No podrán llegar a tiempo para ayudar a los lárdanos en esta ocasión. Por lo tanto, vuestras marionetas no tienen ninguna posibilidad de vencer en la batalla, y no porque continúen embriagados y drogados, sino porque el Grandal ha aprendido la lección y planteará una estrategia muy distinta a la que lo llevó a la derrota.

Uwyer se quedó pensativo. El ataque se conocería en Dhrule muchas horas después de haberse iniciado, y en la base secreta de las montañas de Lartia sonaría la alarma y la evacuación se produciría al mismo tiempo que las fuerzas de desembarco imperiales invadiesen las ciudades. Korlius y los demás agentes apenas tendrían tiempo para ponerse a salvo. Estos pensamientos atormentaron al Jerarca.

Cuando le insinuó a Dar la posibilidad de usar el transmisor instantáneo para alertar a

Dhrule, le sorprendió recibir una respuesta negativa.

—Imposible—le explicó Dar—. De nada serviría. No tenéis otro igual en Dhrule para recibir el mensaje.

Añadió que podía considerar suyo aquel prototipo y llevárselo cuando quisiera. El Jerarca, después de reflexionar, le pidió quedarse en la Esfera y ser testigo del comienzo de la batalla.

En una pared del Gabinete se encendieron varios segmentos que les mostraron distintas zonas del espacio.

—Eva nos mostrará el curso de la lucha —dijo Dar—. No quiero perder de vista al Tasla.

Uwyer se preguntó si Dar conocía todos los prodigios que Eva podía realizar; le inquietaba no haber oído aún la voz de la entidad del Hogar; había escuchado las órdenes que Dar le daba, pero en ningún momento le llegó su respuesta, una pregunta aclaratoria.

—Me habría gustado disponer de los medios necesarios para que el Tasla no sufra daños — dijo mirando a Dar—; pero el control de la flota de Lartia ya no depende de nosotros. El ataque del Grandal nos ha cogido desprevenidos.

A bordo de su nave negra tenía una emisora con la que podía contactar con la base en Lartia, pero sólo sería operativo fuera del Mazo. La interferencia de los asteroides haría imposible enviar una señal.

—No te preocupes —sonrió Dar—. He tomado ciertas medidas. Eva y yo nos ocuparemos del Tasla.

—¿Cómo vas a impedir que sufra daños?

—Eva nos situará en el límite del Mazo. Ahora está tratando de adivinar los planes de ataque del Grandal. Confiamos que el Tasla no intervendrá en la batalla, al menos al principio, y que cuando lo haga estará bien protegido por otros navíos. Sólo podemos confiar que la nave insignia no sea alcanzada.

Al Jerarca le pareció percibir en las palabras de Dar cierto tono de reproche dirigido a él, como si lo acusara de no haber aceptado su propuesta cuando aún estaban a tiempo de haber trazado un plan adecuado. Vio de reojo que la corvusiana se acercaba a ellos, sin duda con la intención de observar las escenas que iban apareciendo en los segmentos.

En un sector de la pared, que reflejaba la zona del espacio próxima a Lartia, estaba ocurriendo algo. Crecieron en tamaño docenas de puntos luminosos, y en pocos segundos se convirtieron en cruceros y acorazados del Imperio; acababan de surgir del hiperespacio, desplegándose para abarcar un amplio frente de ataque.

A una distancia en la que el Mazo sólo aparecía como un cúmulo de guijarros, la segunda sección de naves del Grandal navegaba por el espacio normal, aproximándose al hemisferio norte del Lartia. Otra imagen les mostró la tercera formación de unidades de guerra dirigiéndose hacia su objetivo a través del sector en que tuvo lugar la batalla que terminó con la victoria de la armada lartiana. Un cuarto grupo de ataque empezó a circunvalar el planeta.

Dar encajó la mandíbula. Seguía sin localizar al Tasla; se preguntó dónde podía estar; sólo conocía las posiciones de las naves de Corvus por sus insignias flameantes en los fuselajes, integradas en la flota que permanecía a la expectativa cerca del Mazo. Las restantes unidades estaban mezcladas con los cruceros imperiales y tusalianos, mientras que los navíos desgaitas permanecían al mando de oficiales del Grandal, junto con las recientemente incorporadas naves procedentes de la Gran Base Epsilón.

—Aún no se detecta el menor movimiento de naves lartianas —dijo Dar—. Ya deberían hallarse en el espacio, preparándose para combatir.

Uwyer suspiró.

—En el primer ataque tuvimos tiempo de aconsejar a los estrategas de Lartia por donde debían atacar, apenas las naves imperiales surgieran del hiperespacio —se volvió

para mirar a Dar—. Reconozco que el acierto en el planeamiento te lo debimos a ti. Lamentablemente en esta ocasión no tendrán nuestra ayuda.

—Si la tuvieran, dudo que la aprovecharan. Hasta los niños de pecho lartianos deben seguir borrachos o drogados.

—Nuestros agentes no consiguieron convencer a los mandos lartianos para que no bajaran la guardia después de que las naves imperiales huyeran.

—Así pues no presentarán batalla.

—Apostaría a que no.

—En tal caso contemplaremos un espectáculo dantesco.

* * *

La primera punta de lanza imperial penetró en la atmósfera lartiana cuando la segunda punta, después de haber rebasado los límites del Mazo, se le unió para enfrentarse a las escasas naves que finalmente consiguieron despegar del planeta sitiado. Las destruyeron a todas apenas se alejaron de la atmósfera. Fue una corta batalla, que alegró el corazón del Grandal y alejó sus preocupaciones.

Mientras esto ocurría, el tercer grupo invasor se limitaba a describir órbitas alrededor de Lartia, protegiendo la aproximación de la última flotilla desde la que el Grandal, en el puente de mando del Tasla, contemplaba el curso de la lucha.

Estaba sorprendido ante la escasa defensa nativa.

El Fuego del Emzarkhan descendía a lo largo del ecuador de Lartia, riadas de proyectiles flamígeros; de las bases de superficie despegaron las últimas naves lartianas, intentando utilizar los pasillos polares aún libres de ataques.

El enfrentamiento entre las flotas imperiales y las pocas naves lartianas que consiguieron alcanzar el espacio apenas duró unos minutos. Sin posiciones fijas en las que mantenerse, los mandos de Lartia no pudieron oponer ninguna resistencia y soportaron la feroz embestida sin responder al fuego que recibían. Sólo cinco naves consiguieron huir, sobrevolando el gran océano austral, mientras las restantes unidades eran consumidas en cárdenas explosiones.

La tercera concentración invasora cortó el paso a los navíos comerciales que intentaban escapar por los casquetes polares, abatiéndolos sistemáticamente. Menos de veinte cargueros alcanzaron el espacio abierto, pero navegaron torpemente, perdieron mucho tiempo buscando un hueco libre de invasores. Cuando creían haberlo logrado, les salió al paso la flotilla encabezada por el Tasla. Atrapados entre dos fuegos, los almirantes lartianos no reaccionaron a tiempo, y ya sin coordinación con las debilitadas defensas de superficie se revolvieron para combatir en solitario.

La caza y destrucción de los restos de la flota de Lartia concluyó en menos de dos horas, después de desiguales combates.

Despreciando a los pocos navíos de escaso tonelaje que ya no luchaban y sólo trataban de huir, el Grandal, excitado, ordenó que fueran localizados los centros urbanos e industriales más importantes y destruidos para que sirvieran de advertencia y escarmiento y el planeta se rindiera sin condiciones. Dusek quería ofrecer al Emzarkhan un planeta no demasiado arrasado y el mayor número posible de prisioneros. El Imperio siempre estaba necesitado de esclavos.

Ya libre el espacio exterior de combates, el Grandal ordenó la puesta en marcha de la segunda fase del plan. Las flotas imperiales y aliadas apenas habían sufrido un cuatro por ciento de bajas y contaban con grandes medios para silenciar las defensas de superficie. Los comandos, embriagados por la segura victoria, se aplicaron con entusiasmo a la operación.

Se proyectaron focos de destrucción controlada, y ardieron arrabales y fábricas, complejos industriales y zonas delimitadas; el pánico se apoderó de las poblaciones y millones de personas intentaron escapar de las ciudades, del fuego que las envolvía y de la inminente aparición de los ejércitos de ocupación.

De las naves de transporte se desprendieron miles de lanchones de desembarco. Las ciudades más populosas no tardaron en izar banderas de rendición. El disperso y asustado ejército de Lartia se defendió hasta que la desesperación cundió en sus filas y acabó entregando las armas.

El escaso conocimiento que poseían del planeta no impidió al Grandal conservar casi intacta la capital, que a pesar de haber sido tenaz la defensa que en ella se opuso a los invasores sólo había sido destruida una cuarta parte. El Grandal se apresuró a ordenar que se vigilara desde el aire por varios cruceros, que a su vez debían proteger el desembarco de una fuerza de infantería compuesta por diez mil hombres, suficientes para aplastar la desesperada guarnición.

Los lartianos sólo habitaban el continente de mayor extensión, el de clima menos ingrato. A pesar de que el verano concluía en aquel hemisferio, el calor aún resultaba insoportable y el vendaval de fuego causado por las explosiones arrojaban oleadas de polvo negro y asfixiante.

Miles de fugitivos huían por los caminos calcinados en dirección a los bosques y las montañas. Los soldados imperiales intentaron contenerlos, pero al verse desbordados se limitaron a aniquilar las retaguardias de aquellas multitudes despavoridas.

En el puente de mando del Tasla, Dusek recibía un informe detrás de otro. Todos eran satisfactorios, le enumeraban las victorias, ninguno mencionaba la más pequeña derrota. Las únicas malas noticias se limitaban a las averías sufridas en diez cruceros y a la destrucción, ya al final de la batalla, de cinco unidades menores, de las que tres eran tusalianas, lo cual le complació.

La batalla en sí sólo duró diez horas. Aunque persistían focos de resistencia, ninguno era de importancia. Una vez que contaron con planos y datos fiables, Dusek despreció a los grupos de fanáticos nativos que insistían en seguir luchando y mantuvo una pequeña fuerza para que los controlasen. Lo importante era dominar el espacio exterior y las zonas urbanas, una amplia franja de terreno en el que pudieran descender las naves de la flota del Emzarkhan.

Más tarde tuvo que soportar con resignación una entrevista con el exaltado Almirante Uronjol, quien con actitud ridícula le dirigió frases altisonantes para resaltar la fidelidad de su mundo al Emzarkhan.

Para contentarle, el Grandal, después de felicitarlo por el ardor que habían puesto sus hombres en la lucha, le propuso que le acompañara en la visita que iba a hacer a la capital recién conquistada.

A solas, tras horas de tensión, Delbert buscó en sus habitaciones privadas la ayuda de algunos estimulantes. Se desprendió de los arreos de combate y se tumbó desnudo en la cama. Entornó los ojos y se preguntó si era cierto que la victoria le había sonreído después de haberla buscado durante tanto tiempo. Casi no podía creer que el maldito planeta Dhrule había caído en su poder con más pena que gloria.

La resistencia encontrada en el segundo ataque le había parecido ridícula, y recordando la derrota parcial que había sufrido estuvo a punto de levantarse y ponerse a gritar. Se calmó y pensó que el error que cometió en el primer ataque se había debido a haber sobrestimado el poder de Dhrule.

¡Qué distinta había sido esta batalla a la anterior! Sin duda el resultado adverso de la primera confrontación tenía que achacarlo a que el enemigo conocía por dónde iba a aparecer su flota, y se limitó a esperar a que surgiera del hiperespacio. Dusek se sentó en la cama, de pronto asaltado por un temor. Había algo que no podía comprender. ¿Por qué el enemigo no había tomado precauciones para no ser sorprendido después de que su secreto hubiera dejado de serlo?

Terminó de levantarse, y se vistió con un uniforme nuevo. Llamó al puente y pidió información. Quería saber cuánto tiempo faltaba para que pudiera descender en el planeta con garantías. El oficial de servicio le respondió que las tropas de asalto estaban

sofocando los últimos focos de resistencia. Tuvo que leer dos veces lo que en un principio pensó que era un análisis rutinario de la situación.

Decidió llamar a Dytri. Necesitaba su opinión más que nunca.

«...Algunos mundos, después de su incorporación al Imperio, y puedo citar como ejemplo a los casos de Corvus y Desgal, no sufrieron retrocesos tecnológicos, pero en otros se originaron costumbres muy extrañas...»

CAPITULO XVI - UN MUNDO VENCIDO

Decepcionado porque no había sido testigo de una espectacular intervención de la Esfera en la batalla, que durante un momento pensó que se produciría y acabaría siendo épica, el Jerarca Uwyer pidió permiso a Dar para ordenar que su vehículo negro se retirase del Módulo. Se sentía impaciente por regresar a la nave-nodriz y trasladarse a Dhrule, pero cambió de idea cuando se le ocurrió que podía haber otra alternativa.

Tras carraspear, preguntó a Dar:

—¿Qué hay respecto al transmisor? —esperó temiendo que Dar hubiera cambiado de opinión.

—Te lo puedes llevar. Te di mi palabra.

—Gracias. Daré instrucciones a mis hombres para que lo pongan a disposición de la Jerarquía. Espero que dentro de cinco o seis días, cuando el transporte haya llegado a Dhrule, pueda comunicarme con mis compañeros... si es que para entonces continúo aquí.

—¿Cinco días? —exclamó Dar—. Había calculado que un navío con Impulsor K necesitaría menos tiempo para recorrer los veinte años luz que nos separan de Dhrule.

—Exactamente treinta horas, pero la nave que nos trajo tardará casi cuatro días en alcanzar el transporte, que se retiró fuera del campo de acción de los detectores una vez que lo dejó en el borde del Mazo.

—No podemos perder tanto tiempo. En el hangar hay una nave. Es pequeña pero en ella pueden viajar unos diez hombres. Con su Impulsor K sólo tardarías poco más de un día. No voy a pedirte que tus soldados luchen por mí. Pueden marcharse.

—Son profesionales, conocen los riesgos que conlleva el oficio que eligieron libremente. Obedecerán mis órdenes sin hacer preguntas —el Jerarca sonrió—. Les disgustaría regresar sin haber participado en la lucha.

—Espero que no se aburran mientras esperan.

—Eso les gustará menos —rió el Jerarca.

La nave, que en un principio había creado Eva para Chimara, ya estaba preparada una hora más tarde, una vez embalado el transmisor y colocado a bordo. Uwyer había hablado con el oficial y se reunió con él para ultimar los detalles de la partida.

Mientras aguardaba el regreso del Jerarca, Dar invitó a Chimara a una cena fría. Apenas hablaron. Ya estaban terminando cuando sonó la voz de Eva:

—La muerte de millones de personas no os ha quitado el apetito.

Dar no dejó de comer la fruta; Chimara lanzó miradas aprensivas a todas partes, buscando la procedencia de la voz de Eva.

—¿Qué podía hacer? —preguntó Dar al cabo de un rato.

Vio de reojo que Chimara apartaba su plato y se ponía tensa.

—Tu debilidad por Dhrule ha quedado demostrada, a pesar de haber dicho al Jerarca que no te importaba su suerte —añadió Eva con ironía—. Me cuesta creer que no hayas sentido nada.

Dar jugueteó con el tenedor y respondió:

—En los ojos de Uwyer pude leer durante el transcurso de la batalla que esperaba algo de mí, por ejemplo que tú, investida de ángel vengador, te lanzaras contra los imperiales y

defendieras a los lárdanos. Creo que le has decepcionado. Lo siento, pero yo no podía hacer nada, ni siquiera pedirte que lo intentaras.

—A la vista de los acontecimientos me pregunto si no volcarás todo tu esfuerzo en Corvus —dijo Eva.

Dar dio un puñetazo en la mesa. Los platos saltaron y se derramó un poco de vino.

—Si vas a continuar diciendo estupideces, será mejor que guardes silencio.

—Debes perdonarme, mi amo.

Eva enfatizó las dos última palabras y soltó una carcajada.

Dar había palidecido. Se preguntó si la ausencia del Código tenía algo que ver con las cada vez más frecuentes insolencias de Eva.

—¿Estás molesta porque he regalado a Uwyer la nave que había preparado para Chimara?

—En absoluto. Pero gracias por recordármelo. Prepararé otra nave igual en el hangar. Por cierto, ¿por cuánto tiempo tendré que soportar esa reliquia del pasado pegada a mi estructura externa? Me refiero a la nave negra.

—Si te resulta tan molesta como una mosca revoloteando alrededor de una persona, propínale un manotazo —rió Dar.

Esperó a que Chimara riese con él, pero la corvusiana permaneció callada. Cuando un minuto más tarde escuchó a Eva decir que la nave negra se perdía por el laberinto de asteroides a velocidad creciente, saltó de la silla.

—¿Qué has hecho? —exclamó furioso.

—Me diste permiso para librarme de la mosca. Si no choca con un asteroide, dentro de unos días llegará al sol y ¡paf! Se acabó.

La actual Eva, desconcertante e impredecible en sus reacciones, recordó a Dar a la Eva que conoció cuando despertó en la Esfera.

Hizo un gesto de indiferencia y permaneció en silencio, volviendo su atención al inacabado postre, se dijo que si Eva quería jugar con él no iba a defraudarla.

—Está bien lo que has hecho. Esa nave hubiera sido un estorbo cuando tuvieras que reducir tu tamaño para llevarnos a Lartia, exactamente al interior del Tasla.

—Estoy deseando un poco de acción. Me aburría. Por cierto, ya tengo localizada la nave del Grandal. Me alegra poder informarte que no ha sufrido el menor daño.

Dar comprendió que Eva quería llegar al final, y al igual que él conocer el paradero de Yaita valiéndose de la información que obtuviera del kerlhe. Quizá había renovado su interés en recuperar a su amiga humana con la esperanza de que Chimara abandonase la Esfera.

—No puedes tener más interés que yo en ponerle las manos encima a ese kerlhe y estrujarle el cuello hasta hacerlo hablar —dijo.

—Dudo que sea el mejor sistema —protestó Eva—. Déjame a mí el trabajo de vencerlo para que colabore. Te garantizo el éxito.

Dar se quedó pensativo.

—Ha tenido que ocurrir algo recientemente, Eva. Algo muy importante.

—¿A qué te refieres?

—Al TK. ¿A que se debe su actual silencio?

—Por favor, explícate.

—Revisa tu archivo y comprueba que después de su lamento en el mensaje sin destino, se limitó a emitir los mensajes oficiales. Si tenemos en cuenta que el Portador mantuvo a través del kerlhe varias conversaciones con sus superiores, resulta extraño que no hayamos captado una nueva llamada por iniciativa suya, como si algo le hubiese arrebatado el libre albedrío.

—No creo que el kerlhe esté sometido a nada ni a nadie.

—Tú sabes algo al respecto.

—El TK recibió un mensaje de la Tierra anunciando al Grandal la llegada del

Emzarkhan, el Bradeim Yhiomir y el Chambelán Zusemei, protegidos por una flota compuesta de trescientas naves. En ese mensaje el tirano ordenaba a Dusek que demorase hasta su llegada el ataque previsto contra el supuesto planeta Dhrule.

—¿Delbert Dusek se ha atrevido a desobedecer una orden imperial?

—No la recibió.

—Sólo el Portador se la pudo ocultar.

—Resulta que Dytri tampoco está enterado.

—No lo entiendo.

—Es fácil adivinar que fue el kerlhe quien retuvo el mensaje y no lo pasó al puente de mando, como era su obligación.

—¡Imposible! No ha podido hacerlo, pues hay una línea que une al TK con el puente y todo queda grabado allí.

—Excepto cuando esa línea es desconectada. El Portador lo hizo por precaución cuando habló por última vez con sus superiores, y olvidó restablecerla. Por supuesto, el kerlhe lo sabía y lo aprovechó para jugar su baza.

—Creo que te equivocas. El Grandal está preparando un gran recibimiento al Emzarkhan en Lartia. Por lo tanto conocía su llegada...

—Dusek sólo sabía que la caótica situación política en el Imperio había forzado al Emzarkhan a abandonar la Tierra, con la intención de dar un golpe de efecto conquistando Dhrule, pero se enteró de ello cuando el Almirante Uronjol se lo notificó. Por lo tanto, ignora la orden imperial de no atacar.

Chimara había escuchado y sintió ganas de echarse a reír. Podía imaginarse al Grandal Dusek suplicando por su vida al Emzarkhan. Para el Portador Loulakais tampoco iba a ser fácil salir indemne.

—El Grandal —siguió Eva— está obsesionado por arrodillarse ante el Emzarkhan y ofrecerle a Dhrule en bandeja de plata, esperando que tan valiosa conquista y botín impidan que sus rivales Yhiomir y Zusemei intriguen para que le sea arrebatado su Privilegio, su vida en el peor de los casos.

—El error que ha acometido ha puesto la venganza muy fácil para sus enemigos —murmuró Dar, pensativo—. Si desobedecer una orden del Emzarkhan es grave, podemos imaginar lo que le ocurrirá cuando se descubra que se ha equivocado y no ha conquistado Dhrule sino un atrasado mundo llamado Lartia.

Chimara de puso de pie, dando muestras de impaciencia.

—Con tanta cháchara nos estamos olvidando que dentro de poco tendremos encima a la mayor concentración bélica del Imperio. Nada puede resultar más peligroso que un Emzarkhan furioso y engañado. ¿Es que no habéis pensado que puede acabar descubriendo la situación del verdadero Dhrule? Si no lo consigue, se revolverá contra sus dominios más inestables políticamente, y aplastará los mundos rebeldes junto con los mundos inocentes, y Corvus podría ser una de las primeras víctimas en caer bajo el Fuego del Emzarkhan, es el planeta más próximo.

—¿Por qué iba a atacarlo? —preguntó Dar—. Los corvusianos han combatido valientemente y no son culpables de los errores del Grandal.

—Estás olvidando algo —dijo Chimara—: Varias naves de Corvus desertaron tras el primer encuentro, y una de ellas está bajo el mando de un almanzariano que en estos momentos habrá llevado la noticia a Corvus. Podría estar ocurriendo que mis compatriotas proclamaran la independencia de Corvus en este mismo momento.

Dar chasqueó los dedos, miró al rincón del que había surgido la voz de Eva por última vez y preguntó:

—¿Es posible que esté ocurriendo lo que ha dicho Chimara?

—Lamento no poder predecir el futuro. Sin embargo, debo reconocer que la corvusiana, al menos por esta vez, ha hablado con sensatez.

Uwyer entró en aquel momento y se quedó inmóvil al escuchar la voz de Eva.

—Nuestro molesto visitante nos interrumpe —dijo Eva—. Te saludo, Jerarca. ¿Vienes a decirnos que las comodidades que he dispuesto para tus hombres te parecen excelentes?

El dhruleniano asintió. Estaba aturdido. Al fin había oído la voz de Eva; se sintió un poco defraudado porque le había sonado natural y femenina. Toda su vida había creído que sonaría como la voz de una diosa enfurecida.

—Todo está correcto —respondió después de carraspear—. Te lo agradezco... Eva.

—Hemos calculado los posibles movimientos del enemigo a corto plazo —dijo Dar—. Naturalmente, me refiero a los imperiales.

—Me permito aconsejar al Jerarca que debería advertir a los suyos acerca de las posiciones que tomará la Armada Imperial —dijo Eva.

—Ya discutí ese problema con Dar. Por supuesto, me gustaría transmitir esos datos a mis colaboradores —dijo Uwyer—. ¿Sería necesario que la Esfera se trasladara a Dhrule para que los conocieran?

El Jerarca alzó una ceja cuando escuchó la risa de Eva y luego su voz:

—Tengo medios para satisfacer tus deseos, Jerarca que no puedes imaginar.

—Lamento ser tan torpe —dijo Uwyer, incómodo. Le costaba hablar con aquella cosa dueña de cada átomo de aquel lugar. No saber hacia donde debía mirar cuando se dirigía a Eva le producía una extraña sensación.

—Sé amable con nuestro invitado —pidió Dar.

—¿Invitado? —ironizó Eva—. No recuerdo que le haya ofrecido nuestra hospitalidad, y no puedo olvidar que entrara armado hasta los dientes.

—Necesitamos su colaboración, Eva.

—Lo había olvidado. A cambio de su mísera ayuda él piensa obtener algo muy valioso.

—Dejemos de discutir y explícanos cómo podrías informar a Dhrule de inmediato —dijo Dar—. No me gustaría tener que alejarme y perder del vista al Tasla...

—No será necesario —dijo Eva—. Iba a decirte, cuando nos interrumpió el Jerarca, que el kerlhe hizo algo más que retener el comunicado del Emzarkhan al Grandal.

—¿Qué fue lo que hizo, Eva?

—Se valió de un medio desconocido por mí para activar un receptor del palacio de la Jerarquía. Los colegas de Uwyer ya conocen la actual posición de la Armada Imperial y por donde saldrá del hiperespacio. Podrían tenderle una emboscada y acabar con el Emzarkhan y lo que ha conseguido salvar de su corte.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó Chimara.

—¿Yo? Oh, no; lo ha hecho el kerlhe cautivo del Tasla.

—Pero ¿por qué?

—Por venganza —fue la rápida contestación de Eva.

Dar se volvió hacia Uwyer.

—Ha sido la venganza de una criatura destrozada por el dolor que le han infligido durante muchos años. Estábamos equivocados: el kerlhe nunca estuvo dominado completamente. No me gustaría estar en el pellejo de los que le mutilaron.

* * *

El Portador atravesó los espesos muros que protegían el Núcleo y desactivó la Cobertura. Se detuvo delante del globo donde flotaba el kerlhe.

Algo pareció agitarse, el tronco con la gran cabeza osciló, se movió de un lado a otro y en los blancos ojos del ser se reflejaron los destellos del panel de mandos. Dytri pensó que le miraban a él con odio.

Acarició el Sello insertado en su dedo índice derecho y percibió el calor que manaba de la piedra. Se decía que la reproducción de los Sellos era tan exacta que no se podía distinguir la copia del original, que conservaba el Presidente de los Gremios.

También se decía que un kerlhe convertido en una máquina TK se mostraba inquieto ante la proximidad de un Sello, como si despertase los recuerdos más profundos de su mente atrofiada por la ciencia de los Gremios, y durante unos breves segundos

renacieran las viejas glorias de su especie.

Dytri Loulakais sabía que tenía delante a un auténtico kerlhe, tal vez uno de los seres que visitaron la Tierra en el siglo XXI, para desaparecer súbitamente después de la destrucción de una de las dos naves que esperaba en una órbita lunar su partida a las estrellas.

Su propósito de sonsacar más información al kerlhe entrañaba cierto riesgo. Por ello, antes de dirigirse al Núcleo, se había preparado mentalmente, convencido de que iba a enfrentarse a una mente que había llegado a despreciar, que sin embargo, para vergüenza suya, se había burlado de él y del Grandal.

El Portador inspiró profundamente, trató de conservar la calma; cuando terminó de leer los informes enviados por las fuerzas de ocupación, a los que no podía dar crédito, necesitó echar mano a su sangre fría para comprender que había sido víctima de un gran engaño. A costa de un gran esfuerzo había logrado fingir en presencia del Grandal, dejarle disfrutar de su momento de gloria. ¿Cómo explicarle que aquel mísero mundo, que tan escasa resistencia les había opuesto, no era Dhrule?

El Tasla se había posado a pocos kilómetros de la ciudad aún humeante, que el Grandal recorría en aquel momento escoltado por sus mejores tropas. Dytri se había excusado para acompañarle y le vio marchar henchido de vanidad. No veía el momento de quedarse sin su compañía en el navío insignia para enfrentarse al kerlhe y arrancarle la verdad, aunque para conseguirlo tuviera que sacarlo del globo y despellejarlo con sus propias manos. Disponía de poco tiempo; aunque su aliado el Grandal estuviera todo el día ocupado en visitar las residencias de los dirigentes nativos y calculando el cuantioso botín que obtendría de la conquista, sería corto el plazo que dispondría para doblegar la voluntad del kerlhe.

Para Loulakais fueron esclarecedores los informes emitidos desde las zonas ocupadas para llegar a la conclusión de que aquel planeta atrasado y de clima repugnante, no era el mítico Dhrule.

Las coordenadas de su posición, obtenidas a costa de muchas horas de causar dolor al kerlhe, les habían conducido a un mundo habitado por un pueblo bárbaro que poseía sofisticadas naves de guerra con Impulsores K que en teoría sólo podía ser construidas por los Gremios. La sociedad de aquel mundo vivía en un estado tecnológico equivalente al de la Tierra a principios del siglo XX. Aquel mundo no era Dhrule.

Pero tenía que confirmar sus sospechas; creía que los falsos dhrulenianos eran descendientes de los colonos que viajaron en las dos naves que no alcanzaron el sistema estelar de Hermant. Cuando el Imperio llegó a aquellos mundos no encontró el menor indicio de que hubieran sido visitados por los emigrantes.

El kerlhe había sido un consumado actor, llegó a soportar el dolor hasta límites insospechados para convencerle de que decía la verdad cuando le reveló la posición de Dhrule.

Dytri lo estudiaba ahora sin dejar de maldecirle mentalmente. Se dio por satisfecho con el resultado obtenido en el primer interrogatorio, para él había sido más que suficiente tal vez porque era lo que había deseado saber durante muchos años. El hecho de que el kerlhe gritara en medio de su sufrimiento que no podía revelar donde estaba su propio mundo, le pareció creíble, tras considerar que su mente había quedado parcialmente dañada cuando fue transformado en un TK y le había sido borrado de sus recuerdos.

Cuando se informó acerca de cómo fue capturado el kerlhe, pensó que su teoría era cierta: la criatura vagaba por el espacio sin rumbo tras haber sido repudiada por su propia raza, sufriendo un destierro de por vida.

Un crucero imperial le halló en un inhóspito planeta, viviendo a bordo de una cápsula de salvamento. Antes de dejarse capturar intentó quitarse la vida, pero los soldados se lo impidieron procediendo a inmovilizarlo a tiempo, sabiendo que la recompensa por su captura sería elevada. Loulakais lo transformó en lo que era ahora sin conocer esta

historia.

Unos días antes el Grandal se mostró muy interesado en enterarse cómo fue apresado el kerlhe, pero lo fue olvidando y Loulakais no necesitó explicárselo. Esto le complació, pensando que acabaría siendo una ventaja para él que su aliado desconociera la historia de su TK.

Se acercó al panel desde el que podía controlar el castigo que iba a infligir al kerlhe. Le habría gustado saber si ya había adivinado el motivo de su visita. Se movió despacio, sin prisas. Un TK podía recibir dolor mediante descargas eléctricas o introduciendo en su sangre ciertas drogas; pero debía tener cuidado si no quería causarle la muerte.

Sin saber si era oído o visto por el kerlhe, ya que ahora no creía que sus limitaciones fueran tantas, dijo en voz alta:

—No voy a parar en esta ocasión de hacerte daño hasta estar seguro de que cuanto me digas será la verdad.

Al inclinarse sobre el panel de mandos, Dytri descubrió que la conexión con el puente seguía cortada.

Durante un rato fue incapaz de reaccionar. ¡Había cometido un error imperdonable! Durante muchas horas el kerlhe había estado sin control, convertido en dueño y señor del sistema de comunicación de la nave. En el puente no quedarían los registros de los mensajes recibidos o enviados. Para Loulakais era la prueba de la traición del kerlhe.

Tembloroso, restableció la comunicación. Si el Grandal llegaba a descubrirlo... Le culparía a él de los fracasos y del fin de sus sueños, y entonces sería temible su reacción.

Recuperó las grabaciones del Núcleo y las estuvo revisando una por una, especialmente los mensajes que no pasaron por el puente. Al terminar, se volvió hacia el globo y le pareció ver en el inmóvil rostro del kerlhe una mueca de satisfacción. Podía ser sólo una apreciación suya, pero estaba dispuesto a jurar que había visto un gesto de burla en aquel rostro azul.

Además de haber bloqueado la orden del Emzarkhan en que anunciaba su llegada y su deseo de ser él quien plantase la bandera imperial en Dhrule, el kerlhe había proyectado hacia un misterioso destino toda la información que poseía sobre el lugar en que surgiría del hiperespacio la Armada Imperial, a escasa distancia del mundo que Dytri ya sabía que se llamaba Lartia.

Lartia, repitió con voz hueca. Lartia era un falso objetivo, un mundo poblado por bárbaros, probablemente los descendientes de la expedición perdida, y su cometido era engañar a los enemigos de Dhrule.

Asustado ante las consecuencias que podían acarrearle lo que acababa de descubrir, Loulakais sintió que las piernas le flaqueaban. Tanteó un asiento y se desplomó en él. Luego buscó en su traje una dosis de euforizantes, que tragó con avidez. Necesitaba estar sereno. Tenía que actuar con presteza, intentar salvar la vida al menos, ya que consideraba imposible conservar su condición de Portador.

Lanzó un gemido y dirigió una rabiosa mirada al globo.

—Si este mundo horrendo no es Dhrule, maldito monstruo, debes saber desde qué lugar se están burlando de mí, y me explicarás el significado del mensaje que enviaste, porque de lo único que estoy seguro es que su destino era el maldito mundo de Dhrule.

Giró el asiento sacudiendo las manos, escuchando el crujir de los huesos de los dedos como si fueran ramitas quebrándose al viento. Extendió las manos sobre el panel y acarició los mandos que iba a convertir en instrumento de tortura.

—Esta vez no conseguirás engañarme, me dirás dónde se esconde tu mundo, me lo contarás todo.

Se concentró para no cometer ningún error; no podía dejar pasar la última oportunidad que le quedaba para sobrevivir. Iba a necesitar muchas horas para doblegar la voluntad del kerlhe. Si la criatura deseaba una muerte rápida, pronto se convencería de que no lo iba a conseguir.

«...Los gobiernos títeres del Imperio imitaron con mayor o menor fortuna las costumbres de los dominadores. Los virreyes, tiranos, sátrapas y extrañas noblezas, surgidas de la confusión, soñaban con la Tierra y su esplendor, parodiándola a costa de someter a sus pueblos a privaciones sin límites. Con el fin de mantener satisfecho al Emzarkhan y a los Gremios...»

CAPITULO XVII - EL EMZARKHAN

Su entrada en la ciudad no fue como lo había soñado.

El Grandal no escuchó vítores ni paseó triunfalmente por largas y amplias avenidas con de arcos de triunfo. Cuando se dirigió al palacio de los líderes derrotados, su comitiva se vio obligada a avanzar por interminables laberintos de sucias callejuelas flanqueadas de casas en lamentable estado.

Eludiendo los barrios que continuaban ardiendo, la comitiva se dirigió al centro de la urbe. Cientos de máquinas habían despejado de escombros en algunos sectores, y las tropas estacionadas en ellos recibieron al Grandal con escaso entusiasmo. Muchos oficiales y soldados se preguntaban si no se había actuado con demasiada dureza y por qué se habían desplegado tantos medios contra un mundo que en el momento crucial demostró tener tan escasa capacidad defensiva.

Mientras veía tanta ruina y miseria, el Grandal no podía quitarse de la cabeza que las naves de guerra locales, que tan torpemente fueron comandadas durante el combate, demostraron en algunos momentos ser tan poderosas como las propias.

Al detenerse la comitiva dejó de pensar.

Delbert saltó del vehículo blindado en el que había cruzado la ciudad y miró su alrededor. Le molestaron las densas columnas de humo que se alzaban de los barrios periféricos, en medio de aquel tórrido clima en que el viento era una molestia constante. Al fondo de la plaza una larga columna de nativos marchaba hacia el cautiverio, custodiada por soldados imperiales.

Un general se acercó corriendo para saludarle. Llevaba el casco bajo el brazo y su cara parecía expresar la contrariedad que sentía al tener que ofrecer a su jefe una ciudad en un estado tan deplorable.

—¿Dónde están los representantes del gobierno de este mundo de mierda? —exclamó Dusek al no ver lo que había esperado encontrar allí para rendirle sumisión.

—¿Quién lo sabe, señor? —dijo el general roncamente—. Al parecer aquí gobierna un régimen oligárquico y una numerosa nobleza. La aristocracia ha muerto o ha huido a las montañas, confundida en la plebe. Tardaríamos años en encontrar a los jefes. Si antes de la batalla este mundo era un caos, ahora lo es más.

Dusek miró el edificio de tres plantas, que a pesar de su pobreza arquitectónica podía ser considerado un palacio en medio de tanta mediocridad y mal gusto como lo rodeaba. Los escalones de mármol que conducían al pórtico estaban manchados de sangre. Las columnas que se alzaban hasta la entrada formaban un lúgubre túnel que se perdía en la oscuridad.

El Almirante Uronjol se adelantó unos pasos y dijo:

—Señor, los arrabales del norte están arrasados. Habíamos pensado que allí estarían las factorías donde se construían las naves, pero no hemos encontrado nada, y en cambio...

Al ver que el Almirante callaba, Dusek lo apremió para que continuase.

—¿Qué pasa allí?

—Sólo eran instalaciones para fabricar tractores de combustión química. Había centrales térmicas, pero no hemos encontrado nada parecido a unos astilleros estelares.

—Hemos interrogado a muchos nativos al respecto, señor —intervino otro general, que

se había apresurado a situarse al lado del Almirante—, a los que nos parecieron menos incultos, y ninguno ha sabido decirnos dónde están las industrias pesadas. Todos daban por hecho que han de estar en alguna parte del planeta, pero ignoran dónde. Ordené matar a varios para asegurarme que los demás decían la verdad.

El Grandal se volvió y dijo con rabia:

—El Emzarkhan nos honrará con su presencia dentro de poco. ¡Quiero que para entonces esta ciudad esté engalanada, limpia y cubierta de gallardetes y banderas, y que se alce un gran arco triunfal por el que su majestad pasará lleno de gloria!

Tosió a causa del sofocante aire que transportaba el calor de los incendios, y seguido por los generales pasó ante la doble fila de soldados que presentaba armas. Cuando irrumpió en el vestíbulo del palacio, se detuvo abrumado ante el desorden que encontró. En los rincones se amontonaban docenas de cadáveres nativos. Los miró. Muchos eran soldados uniformados con guerreras pardas y pantalones negros. El armamento apilado junto a una columna lo consideró muy primitivo.

Todo era tan extraño en el planeta conquistado que presentía una encerrona. Dusek dirigió la mirada hacia la escalinata. Las penumbras que cubrían los pisos superiores le habían quitado las ganas de visitar el resto del edificio. El hedor que lo rodeaba era insoportable.

Las pocas naves que no escaparon al espacio profundo, pidieron rendirse. Y entonces ocurrió lo más sorprendente: mientras eran conducidas a la superficie del planeta surgieron de su interior enormes explosiones y desaparecieron en medio de violentos volcanes de fuego. Sólo una logró descender en una llanura preparada como campo de aterrizaje, cerca de la capital.

Los oficiales del Grandal ordenaron a la tripulación que fuera pasada por las armas, apenas salieron los hombres temblando de miedo y con las manos levantadas. A Dusek no le importó aquella matanza, pero prohibió que nadie entrase en la nave enemiga. No quería que fuera saqueada. La necesitaba para incluirla en el botín que entregaría al Emzarkhan.

Sintiéndose observado por los generales y almirantes, vio que todos tenían expresiones hoscas y apretaban los dientes; algunos hacían esfuerzos para no sonreír. No llegó a comprender qué estaba pasando.

El Grandal aún ignoraba que ningún alto mando se atrevía a decirle que todos los prisioneros interrogados habían muerto gritando que aquel mundo se llamaba Lartia, y que nadie había oído hablar jamás de un planeta llamado Dhrule.

—Salgamos de esta inmundicia —dijo Dusek, caminando hacia el exterior. Había abandonado su sueño de interpretar el papel de conquistador y había renunciado a la costumbre de dormir la primera noche en las estancias del tirano derrotado.

Delbert salió del palacio con la mirada al frente y la cabeza llena de malos presagios.

Dar dejó que Ghimara le ajustara el cinturón. Ella le comentó lo mucho que pesaban las armas que pendían de él; le había sonreído para derribar la muralla de silencio que se había alzado entre los dos.

—Quiero acompañarte —dijo finalmente, mirándole a los ojos.

Dar negó con la cabeza.

—Dentro de la Esfera estarás más segura. Eva nos proyectará al exterior, pero permanecerá cerca de nosotros. Podrás ver lo que hagamos en todo momento.

—¿La maldita máquina se limitará a vigilar? ¿No intervendrá?

—¿Qué temes?

—¿Por qué no utiliza sus ilimitados poderes?

—Es un trabajo que debo hacer personalmente. No te preocupes por mí.

—Yo no confiaría en ella.

—No la juzgues con severidad. Está muy interesada en que yo llegue ante el kerlthe y lo interroge.

—De eso sí estoy segura —musitó Ghimara tristemente. Sabía que Dar iba a tener muchas posibilidades de encontrar el camino que le llevaría ante Yaita—. Te deseo suerte. De veras.

La muchacha le rodeó el cuello con sus brazos y le besó. Se dio cuenta de que él ponía poco interés en ser besado y se apartó tratando de disimular su desencanto.

Ghimara creía que Dar, ante la posibilidad de encontrar a la mujer que nunca había dejado de amar, se había transformado en una persona muy distinta a la que conoció. Se ofreció a él cuando era un anciano, movida únicamente por la ambición, pero ahora estaba dispuesta a renunciar a sus ideales y a la Logia a cambio de quedarse a su lado para siempre, sin importarle que un día ella sería una anciana y él seguiría con el aspecto de un hombre de treinta años. Le amaba y estaba dispuesta a todo, aunque él cambiase de cuerpo cada pocos años y terminase olvidándose de ella.

Dar terminó de ajustarse un gorro a la cabeza. Sonrió a Ghimara antes de salir del Gabinete, después de decirle hasta luego.

A solas, la muchacha se acercó a la alacena y buscó el libro de tapas rojas. Cuando lo tuvo entre sus manos, se sentó temiendo ser descubierta por Eva, y escuchar su voz prohibiéndole leerlo.

Pero no oyó a Eva, y aunque sospechaba que la entidad de la Esfera sabía lo que estaba haciendo, abrió el libro por la primera página y empezó a leer, intentado olvidar que Dar caminaba en aquel momento por los extraños senderos de la Esfera para reunirse con los soldados de Dhrule.

De pronto percibió algo en el aire, un ligero viento a su alrededor.

—¿Eva? —preguntó.

Cerró el libro por una anotación de Dar acerca de sus impresiones sobre el quinto Emzarkhan de la primera dinastía.

Ghimara contuvo la respiración mientras miraba su entorno.

—He dispuesto para ti otra nave —dijo Eva, su voz surgiendo a las espaldas de Ghimara—. La encontrarás en el hangar.

—¿No crees que sería para mí bastante complicado salir del Hogar cuando es más pequeño que mi dedo meñique?

—No estoy sugiriéndote que te marches en este instante. Puedes hacerlo cuando mejor te parezca.

—Gracias.

—Ahorra tus sarcasmos. Intento ser amable contigo. Por cierto, cuando te aburras con la lectura de ese libro, puedo mostrarte lo que hacen Dar y los dhrulenianos.

—Había temido que me prohibirías leerlo.

—Todo lo contrario; quiero que lo leas.

Chimara apartó el libro.

—Prefiero ver qué está haciendo Dar.

El mayor de los segmentos se encendió y Chimara contempló a Dar entrando en la estancia donde le esperaban los soldados.

Uwyer se acercó a Dar y le dijo en voz baja:

—He tenido que contar algunas mentiras a los soldados. Creen que van a ser trasladados al interior de una nave enemiga para cumplir una misión muy importante y peligrosa.

—¿Se lo han creído?

—No estoy seguro —Uwyer se encogió de hombros—. Me ha costado explicarles que la nave camuflada como un asteroide nos ha llevado cerca de una unidad enemiga y vamos a abordarla.

—Tus hombres deben ser los mejores soldados de toda la galaxia, pero también los más estúpidos —sonrió Dar. Miró al oficial, que esperaba a unos pasos, delante de los soldados. En su armadura llevaba el distintivo de su rango—. ¿Qué le has contado? No

debería ser tan crédulo como los soldados.

—Supongo que habría protestado si no estuviera bajo el mando de un Jerarca. Debe sospechar que hay algo extraño en este asunto. Pero no hará preguntas.

—No hay duda de que los dhrulenianos sois únicos.

—¿Cómo saldremos de aquí?

—Eva nos teleportará al exterior —al ver la cara de estupor que puso el Jerarca, Dar se apresuró a tranquilizarlo—: No nos perjudicará el tamaño de la Esfera. Eva nos buscará un lugar en que no haya testigos de nuestra llegada, no asustaremos a nadie apareciendo como fantasmas.

—Tengo que confiar en ti. ¿Qué crees que le pasará a mi patria si fracasamos? Quiero saber lo que piensas, por muy cruel que sea.

—Son escasas las posibilidades que tienen tus compatriotas de conocer lo que está ocurriendo aquí, pero Eva cree que la Jerarquía recibió el mensaje del kerlthe y es posible que la flota de Dhrule se haya puesto en camino. Sin embargo, hay algo que me sigue preocupando.

Uwyer había estado a punto de cerrar su casco, se detuvo y preguntó alarmado:

—¿Qué problema?

—No lo sé exactamente. Diez naves se aproximan a Lartia. Una de ellas es el acorazado insignia del Emzarkhan.

—¿Qué puede significar?

—Que los diez navíos se han adelantado al grueso de la Armada Imperial y el resto navega a varias horas de distancia, pero me cuesta creerlo. Si los estrategas de Dhrule saben lo que se juegan, no atacarán esa avanzadilla, sino esperarán a que todas las naves estén agrupadas para tener la misma ventaja que tuvieron cuando el Grandal atacó la primera vez.

—Mis compatriotas no dejarán escapar una ocasión tan buena para acabar con el Emzarkhan.

—Creo que es algo tarde para interceptar las diez naves; pero si los tuyos se apresuran, podrían estar cerca de Lartia cuando se aproxime el grueso de la Armada.

—Como dijo alguien hace mucho tiempo, la suerte está echada.

—Sé quien lo dijo —rió Dar.

—Sí, ese personaje debía ser más contemporáneo tuyo que mío.

Dar se humedeció los labios.

—Uwyer, aún estás a tiempo de echarte atrás. No estás obligado a arriesgar tu vida y la de tus hombres por mí.

—Tengo una deuda contigo y deseo pagarla. ¿Por qué no llevas una armadura de combate? Eva te la puede proporcionar, ¿no? Ella es como la lámpara de Aladino.

—Claro que sí, pero prefiero este traje, es más liviano. Ya cargo con bastante peso a causa de las armas.

—Quiero pedirte algo.

—Dime de qué se trata.

—Cuando hayamos terminado me gustaría que Eva nos trasladara al interior de la nave lartiana que han capturado los imperiales.

—¿Por qué? —preguntó Dar, pensando que el ofrecimiento del Jerarca a ayudarlo ocultaba un propósito.

—El sistema de autodestrucción por control remoto de esa nave ha fallado.

—¿Qué quieres decir?

—Todas las naves que habíamos entregado a los lármanos estaban programadas para ser destruidas si eran capturadas, para proteger el secreto del Impulsor K. ¿Lo entiendes? No hemos podido utilizar la Cobertura porque carecemos del Sello, y en su lugar empleamos otro sistema de protección. Los imperiales no deben descubrir quiénes han fabricado las naves que se han enfrentado a ellos.

—¿Quién se ocupaba de destruirlas?

—Korlius. Nuestros agentes en la base secreta en las montañas tenían órdenes de abandonarla en caso de peligro, pero una nave pequeña debía quedarse para explotar las unidades que fueran capturadas. No podemos permitir que el secreto sea conocido, y lo será si no destruimos la que ha sido capturada.

Dar sacudió la cabeza.

—Habéis matado a miles de seres humanos para preservar el secreto.

—¿Te escandalizas?

—¿Crees que puede haber algo que me asombre a estas alturas? No te puedes imaginar lo que he visto durante mi larga vida, Uwyer; pero siguen espantándome ciertas cosas. ¿No crees que si acabáramos con el privilegio de los Gremios toda la galaxia sabría cómo fabricar un Impulsor K? Tal vez sería lo mejor. O lo menos malo para todos.

—Las cosas deben seguir como están hasta ahora.

Dar se movió de un lado a otro, nervioso. Tantas intrigas le sacaban de quicio.

—Será mejor que empecemos. Eva apagará las luces de este cuarto para que tus hombres no se den cuenta que seremos transportados. Por cierto, ¿has pensado que la nave capturada estará muy vigilada?

—Desde luego —el Jerarca sonrió resignadamente—. A los soldados les diré que después de que hayamos obtenido cierta información en una nave del Imperio, destruiremos unas pruebas que podrían perjudicar a Dhrule.

—De acuerdo. Nos ocuparemos primero del kerlthe y después destruiremos la nave lartiana capturada.

—¿Debo entender que nos ayudarás?

—Lo tendréis más fácil si cantáis conmigo... y con Eva.

Dejó al Jerarca con la boca abierta y se apartó para que nadie le viera hablar con Eva, a quien dijo que todo estaba preparado y ya podía actuar.

—Ya estamos sobre el vástago del Tasla, Dar —respondió Eva, susurrándole al oído—. Agrupaos. Apagaré las luces dentro de cinco segundos.

Dytri Loulakais salió del ascensor del Tasla y se encontró con un vehículo esperándole. Un oficial acudió a su encuentro, y entre sudoroso y malhumorado le dijo que el acorazado insignia del Imperio acababa de descender al otro lado de la ciudad y el Grandal estaba furioso al descubrir su ausencia. Había recibido la orden de llevarle a la explanada donde el Emzarkhan iba a ser recibido.

Con el rostro demacrado y luciendo grandes ojeras, el Portador se derrumbó pesadamente en el asiento posterior del vehículo. No parpadeó durante todo el recorrido. Casi no respiró.

Cuando llegaron, miró sin interés los frenéticos preparativos en el improvisado astropuerto para la recepción. Le pareció absurda toda aquella parafernalia. Los gallardetes casi provocaron su risa.

El vehículo se deslizaba a escasa altura del atormentado suelo, dirigiéndose al extremo norte de la explanada donde docenas de grandes máquinas se afanaban en alejar las montañas de escombros y depositarlas en los barrios que se extendían al otro lado del desnivel. Miles de hombres se afanaban en levantar un escenario con reminiscencias atávicas, dignas de los primeros tiempos del Imperio, cuando todo era magnificado, e incluso santificado, para ensalzar la figura del Emzarkhan. Las banderas imperiales tremolaban al viento mientras las compañías de infantes eran inspeccionadas por los nerviosos oficiales.

Antes de bajar, una vez que el vehículo quedara ajustado a la plataforma de aterrizaje, Dytri localizó al Emzarkhan en medio de un grupo de altos mandos. El brillo de los uniformes era cegador bajo el sol de justicia que caía en la explanada aquel mediodía horrible. El calor era insoportable, como siempre. El Portador se preguntó cómo podían

soportar los militares sus ropas de gala, los gorros de piel, las capas y tanto peso en el pecho a causa de las muchas condecoraciones que llevaban. El Emzarkhan pasaba revista a un regimiento de soldados de asalto. Le seguían el Grandal y dos personajes. A uno de ellos lo identificó por su obesidad y la negra túnica que arrastraba por el polvoriento suelo. Era el Chambelán Zusemei. El otro, embutido en un rutilante uniforme gris y rojo, recargado de entorchados, era el Brazo Derecho Imperial Yhiomir. Su figura le pareció esbelta, y su caminar relamido. Lanzaba constantes miradas de reojo al Tercer Dusek, sin dejar de sonreír. A Dytri le dio la impresión de que ya saboreaba la caída de su rival, regodeándose de ello por anticipado.

Al final de la formación imperial había una compañía tusaliana. El Emzarkhan se detuvo para cambiar unas palabras con el Almirante Uronjol, quien no podía dar crédito que se hallara ante el amo del Imperio.

El Grandal se retiró unos pasos cuando vio aparecer a Dytri. Su rostro se crispó cuando le hizo un gesto para que se acercara. Yhiomir y Zusemei se habían unido al Emzarkhan y prestaban atención el informe verbal de Uronjol. Ninguno de ellos se dio cuenta de la llegada del Portador, parecían muy interesados en la versión del tusaliano acerca de la rebelión de los hagerdanitas y la pérdida de la Gran Base Epsilon.

—Que los dioses no tengan piedad de ti, Dytri —masculló el Grandal, agarrando al Portador de un brazo—. ¿Dónde estabas? Me cansé de buscarte. Finalmente se me ocurrió que podías estar en el Núcleo, y cuando me aseguré de ello envié a un oficial con la orden de arrancarte de allí por la fuerza. ¿Qué demonios te retenía en ese lugar?

Loulakais se había quedado sin respiración, le dolía la cabeza y sentía el contacto de la cinta de metal en su frente, como si le oprimiese. Miró asustado al Grandal. ¿Cómo explicarle lo que había descubierto en el habitáculo del Núcleo, lo que había ya sospechaba antes de encerrarse con el kerlhe?

Habían sido muchas las horas pasadas en compañía del TK, infligiéndole dolor, llenándole la mente de desesperación y deseo de morir; llegó a ofrecerle la muerte a cambio de la información que le pedía. El primer interrogatorio carecía de importancia comparado con el segundo, el primero había sido un pasatiempo, una mera charla entre amigos.

El tiempo pasado junto al kerlhe le parecía que había sido interminable, como si lo hubiese vivido en todos los infiernos de todas las religiones conocidas.

Cuando consiguió recuperar la serenidad y parte de la energía consumida en tan ardua tarea, no podía sostenerse sobre las piernas y necesitó realizar un gran esfuerzo para caminar hacia el exterior; sólo pensaba en huir de allí cuanto antes. El oficial enviado por el Grandal, que le esperaba fuera, frustró su última esperanza de vivir.

Levantó la cabeza y soportó como pudo la mirada furiosa de Dusek, que esperaba impaciente su respuesta.

—Es cierto —dijo Loulakais con voz ronca—, estaba muy ocupado en el Núcleo. ¿Cómo podía saber que el Emzarkhan había anticipado el momento de su llegada?

—¿Qué dices? —el asombro de Dusek aturdió al Portador—. ¡Han pasado más de veinte horas desde que nos vimos por última vez! ¿Todo ese tiempo lo has pasado en el Núcleo?

—¿Qué te ha dicho el Emzarkhan? —los ojos de Dytri bailaron en sus cuencas—. ¿Y cuál ha sido el primer comentario del Chambelán al verte? ¿Sonreía el Bradeim cuando te saludó? ¿Qué crees que piensan de ti? ¿Acaso te ocultan una mala noticia?

El Grandal le soltó el brazo.

—¡Estás drogado! También estás sucio, y hueles mal. Sería mejor que desaparecieras, pues no estás en condiciones de presentarte ante el Emzarkhan; pero no puedo permitir que te marches porque su Majestad quiere conocerte.

—¿A mí?

—¿Por qué te sorprende? Tienes derecho a compartir mi gloria. Todos saben que

fuiste tú quien arrancó al kerlhe el secreto de Dhrule —la sonrisa de Dusek llegaba distorsionada al cerebro del Portador—. El Emzarkhan me sonrió cuando me postré ante él. ¡ Y el Bradeim me recibió con una inclinación de cabeza! ¿Comprendes, Dytri? ¡Me trató como a un igual! Y Zusemei no se atrevió a lanzarme uno de sus sarcásticos comentarios, estuvo muy serio en todo momento, diría que resignado. Creo que lamenta no ofrecer a su amante Yhiomir mi cabeza en bandeja de plata, como le prometió.

Dytri se dijo que su aliado era el más estúpido de los mortales; aquel imbécil imaginaba cosas que sólo él veía, y levantaba muros que le aislaban de la realidad, impidiéndole ver la verdad y el peligro que pendía sobre sus cabezas.

Las palabras que iba a pronunciar murieron en su garganta. El Emzarkhan había terminado de pasar revista y se acercaba a ellos. Era un nombre sin otro nombre que su título, pero para Dytri representaba a la bestia sedienta de sangre, el tirano a punto de caer que insistía en caminar por el resbaladizo borde del abismo; sin embargo, seguía conservando un poder suficiente para destruir una gran parte de los mundos humanos de la galaxia.

Dytri se sentía observado por el ser humano más temido, y esto lo sobrecogía.

El Emzarkhan, de edad difícil de calcular, era alto, tenía un cutis fino y unas maneras mesuradas. Sus sonrosadas mejillas hacían pensar que su aspecto era el resultado de una pequeña obra maestra que los artistas del maquillaje realizaban cada mañana, quizá varias veces al día. La amplia túnica que vestía la llevaba recogida a la cintura por un grueso cordón de oro, marcándole los contornos de sus amplias caderas. Sobre la cabeza no llevaba la doble corona rematada por la tiara carmesí, sino un pequeño bonete que le daba la apariencia de un antiguo religioso. A su lado, el Chambelán sostenía con indolencia el Cetro Imperial, una vara con aspecto fálico cubierta de gemas.

La frente del Emzarkhan se arrugó ligeramente al contemplar a Dytri. De haberlas tenido, sus cejas se hubieran alzado al dirigirse con modulada voz al Portador:

—Ah, tú debes ser el enviado de los Gremios, el hombre elegido por los Directores para tan importante misión.

—Es el Portador Loulakais, señor —dijo Dusek, inquieto por escasa dignidad en la apariencia de su aliado.

El Emzarkhan sonrió, arrebató el Cetro Imperial al Chambelán y posó el glante cuajado de rubíes en el frente del Portador.

—Magnífico, magnífico —dijo. Devolvió con displicencia el cetro al Chambelán y añadió—. Nos veremos pronto, Amo del Sello.

Le dio la espalda y se alejó. El viento sacudió los pliegues de su túnica. Dytri no se había movido y siguió así cuando la comitiva ya estaba lejos.

Dusek, que había echado a correr tras el grupo, se detuvo y se volvió iracundo, haciendo gestos a Loulakais para que se uniera a ellos.

Dytri sentía los labios secos y sólo tuvo fuerza para negar con la cabeza; contempló a la comitiva subir a la falúa imperial, y a su aliado seguirla a regañadientes hasta el interior, y luego a ésta remontar el vuelo y sobrevolar la ciudad. El Emzarkhan parecía interesado en ver por sí mismo los asolados territorios afectados por la invasión.

El Grandal le estaría maldiciendo en aquel instante, pensó, furioso por no haberle acompañado. Dytri sintió ganas de echarse a reír. Dusek no estaría tan tranquilo si hubiera sabido interpretar las palabras que le dirigió el Emzarkhan al llamarle Amo del Sello.

Lo había llamado Amo del Sello, y el Grandal ni siquiera llegó a pestañear al oír las tres palabras; debía estar tan abotargado que había olvidado que ese título había quedado prohibido por todos los Emzarkhanes, que celosos de su poder se negaban a que cualquier ser humano fuera llamado así. El primitivo título de los Portadores fue proscrito siglos atrás, y desde entonces nadie se atrevió en la Corte Imperial a pronunciarlo en voz alta.

A Loulakais le parecía increíble que Dusek no se hubiera dado cuenta de la velada amenaza que contenía la frase del Emzarkhan, quien junto con el Chambelán y el Bradeim habían estado jugando con él desde que descendieron del acorazado imperial.

Para Dytri no quedaba ninguna duda de que el Emzarkhan sabía que aquel mundo no era Dhrule, aunque no podía adivinar quién se lo había revelado, tal vez lo hizo un comodoro o un general de la misma flota de Dusek, que a cambio de tan sorprendente información esperaba conservar la vida, incluso recibir una recompensa o un ascenso. A quien se considerase implicado en el engaño, la vida le parecería suficiente pago.

El Emzarkhan estaba jugando con ellos. Pero ¿hasta cuándo le divertiría el juego? ¿En qué momento se aburriría de mover las piezas? ¿Cuándo pensaba abandonar la sonrisa y descargar su ira en los culpables? No solo no había sido conquistado el mítico y temido Dhrule sino que debía creer que el Imperio se le escapaba de las manos por culpa de otros.

Loulakais tenía la mirada fija en el suelo, en el polvo que levantaba el viento y vio proyectarse una larga sombra junto a la suya. Creyendo que era el verdugo que había venido a buscarle, empezó a volverse despacio.

Esperaba encontrarse con un personaje siniestro, pero era el almirante Uronjol.

—Señor, permítame que le ofrezca mi vehículo para reunimos con la comitiva —dijo el militar, respetuosamente.

Dytri entornó los ojos y preguntó:

—¿Me estás sugiriendo que siga al Emzarkhan? ¿Desde cuando los condenados a muerte marchan voluntariamente tras los pasos de sus ejecutores?

Uronjol le miró perplejo mientras las botas de los soldados resonaban en la llanura, desfilando de regreso a los cuarteles. Las compañías se retiraban y, los vehículos despegaban para volar tras la falúa imperial. Sólo quedaba una lancha con unos guardias tusalianos, esperando a su almirante.

—No le entiendo, señor... —dijo Uronjol.

—Si pensaras con un mínimo de lógica, te marcharías ahora que puedes hacerlo, y desaparecerías de este mundo antes de que la cólera imperial lo cubra de sangre.

—Señor... —titubeó Uronjol. La cinta en la frente del Portador le turbaba, conocía su valía pero no hasta el extremo de impedirle pensar que el representante de los Gremios parecía haber perdido la razón.

No podía entender la actitud de Loulakais, y se preguntó si había cometido un error al exponer a su Majestad Imperial su punto de vista acerca de la situación en que había dejado su propio mundo, cercado por los humanoides de Hagerdam. Al oírle, tanto el Emzarkhan como el Chambelán y el espigado jovenzuelo que lucía sendas manos rojas sobres sus charreteras, se habían limitado a escucharle, y él tuvo la sensación de que le miraban con mofa.

La voz resentida del Portador le arrancó de sus divagaciones.

—Aún quedan unas horas para que aparezca el grueso de la Armada, en el supuesto de que la dejen acercarse a este maldito planeta —Dytri entornó los ojos, como si le molestase el viento creciente, y con mordacidad, remarcando cada palabra, añadió—. Este mundo no es Dhrule. ¿No lo habías adivinado? Algún general del Grandal lo ha descubierto y se ha apresurado a susurrar la verdad al oído del Emzarkhan.

Dytri se giró sobre sí mismo con los brazos extendidos y exclamó:

—Pero no temas, Almirante de la fiel Tusalia, porque el tirano de la Tierra no tendrá tiempo para ordenar nuestra ejecución. ¿Sabes por qué el verdugo no separará nuestras cabezas del cuerpo? Las naves del Imperio serán destruidas por los auténticos dhrulenianos, por los que disfrazaron a los nativos de este mundo llamado Lartia como si fueran los hijos de Dhrule. Todo ha sido una farsa, un colosal engaño. El verdadero Dhrule está lejos, escondido en un conglomerado de estrellas, riéndose de nosotros y preparándose para destruirnos.

—Señor... —balbuceó el tusaliano, cada vez más pálido.

—Puedes marchar donde el último amo del Imperio y decirle que no tardará en abatirse sobre Lartia un fuego más poderoso que el Fuego del Emzarkhan —dijo Dytri, riendo nerviosamente—. ¿Te atreverás? Vamos, corre a comunicárselo. Su Majestad no tendrá tiempo para inspeccionar la única nave capturada al enemigo, el triste y pobre botín de una guerra que nada ha tenido de gloriosa, la reliquia de la conquista de un planeta de engaño. ¡Dile la verdad, grítala para que todos la oigan! Y dile le que el maldito kerlhe del Tasla se ha reído de mí mientras me confesaba haber sido el causante de la destrucción del Imperio.

—Señor...

—El kerlhe se ha vengado —gimoteó Dytri—. Y ahora es libre. Después de tantos años de cautiverio, ha conseguido la libertad que tanto ansiaba. ¿De qué nos servirá saber dónde está Dhrule o el planeta de los kerlhes? Ya es tarde, Almirante.

—Señor... —insistió Uronjol—. Acompáñeme, señor.

El tusaliano le agarró de un brazo y le obligó a seguirlo hasta su lancha. Una vez dentro, tras sentarse y mirar de reojo al Portador, abatido en el asiento de atrás, dijo al piloto:

—A mi acorazado. ¡Rápido!

Cuando se alejaron de la humeante ciudad, añadió.

—Por una vez los tusalianos no marcharemos tras el carruaje del Emzarkhan y no tragaremos el polvo que levanten sus ruedas.

No esperó la respuesta de Dytri, y le volvió la espalda.

Uronjol sólo quería disponer del tiempo justo para abordar su nave situada en una órbita cercana a... ¿Dhrule? Ya no podía llamar así a aquel mundo. Era Lartia, un planeta hasta entonces desconocido para todos excepto para sus habitantes y para los dhrulenianos.

Lartia, el mundo que la posteridad conocería bajo muchos adjetivos, ninguno digno.

«...Los mensajes vía TK no pueden ser interferidos, pero no están vedados para Eva; lo he podido comprobar recientemente. Sin embargo, la llamada detectada por ella me ha puesto sobre aviso, haciéndome comprender muchas cosas...»

CAPÍTULO XVIII - EL DESTINO DEL KERLHE

El hueco del vástago se perdía en la distancia, en una barrera luminosa y vibrante.

Los soldados se desplegaron a una orden del oficial y cubrieron el camino que debían recorrer los deslizadores. Cuando el grupo alcanzó el atrio, sólo Uwyer y Dar subieron a él y se enfrentaron al perímetro protegido.

—Aquí es donde empieza el Núcleo. Todo está protegido por la Cobertura —Dar hizo desaparecer su sonrisa.

—Al igual que nuestras naves, las del Imperio son construidas alrededor de un vástago que la recorre de proa a popa —observó Uwyer. Señaló el Núcleo—. Todo está blindado con el fin de proteger a la Cobertura en las batallas. Los Gremios son muy celosos con sus secretos, y evitan que a causa de un accidente una nave tan costosa quede fuera de combate. —Descubrió que Dar estudiaba la pared más próxima—. ¿Ocurre algo?

—Si esto es el Núcleo, debería estar protegido por la Cobertura —murmuró Dar, pasando las manos por el acero—. Y no lo está.

—Siento no poder ayudarte, pero nunca había visto una Cobertura kerlhe.

—No necesito el sello para entrar, porque sencillamente no hay protección.

Empujó el disco de metal hacia arriba. Al entrar sus pies pusieron al suelo en movimiento. Con un gesto indicó al Jerarca que le siguiera.

El piso del túnel les condujo hasta una habitación de tres paredes que se unían

formando un extraño techo sobre sus cabezas. La máquina suspendida en el centro, suministradora de toda la energía que requería el acorazado, atrajo la atención de Uwyer.

—Estás viendo el generador kerlhe —le explicó Dar—. Impresionante, ¿verdad? Toda su ciencia lo es.

La máquina, sin la protección del translúcido aro de la Cobertura, había dejado sin aliento al jerarca. Siles la miró confundido; buscó y descubrió a Eva, convertida en una partícula azul que revoloteaba delante de sus ojos.

—¿Entiendes algo? —preguntó en voz baja, como si temiera despertar ecos que alertaran a los tripulantes de la nave de su presencia en aquel lugar.

La pequeña esfera salpicada de corpúsculos de plata osciló de nuevo, y de ella surgió la respuesta de Eva:

—Alguien ha estado aquí hace poco, es evidente, y debió marcharse apresuradamente, olvidando restituir la Cobertura. Un error imperdonable para un Portador.

—¿Estás habiéndome de Loulakais?

—¿Quién si no ha podido campear aquí a sus anchas?

—Es lo que había imaginado —asintió Dar.

Uwyer se estremeció al ver a la Esfera flotar detrás de Darío Siles. No podía creer que Chimara y todo cuanto había en el Módulo estuvieran en el interior de un objeto tan diminuto. Sacudió la cabeza al sentir una fuerte presión en el estómago.

De pronto escuchó una exclamación de asombro. Dar la había lanzado cuando entraron en la siguiente estancia, similar en dimensiones a la anterior. Sólo encontró diferente en ella sus tres paredes, que estaban cubiertas con paneles de mando, y en su centro, en lugar del Generador, flotaba un gran globo lleno de un espeso líquido, conteniendo algo que no podía identificar a simple vista.

Dentro del globo flotaba algo horrible.

Dar se quedó inmóvil delante del globo. Tenía el rostro demudado, parecía estar a punto de romper en sollozos; sus manos estaban crispadas, las movía a cada latido de su corazón.

—Dar... ¿Qué es esto? —inquirió Uwyer.

El Jerarca comprendió demasiado tarde que dentro del globo estaba el TK que durante tanto tiempo Dar había buscado, un ser inteligente convertido en transmisor instantáneo. Al mirar más detenidamente, buscando entre el fluido que llenaba el recipiente algo que se pareciera a un tronco azulado y a una cabeza de aspecto canino, se vio arrojado a la más absoluta desesperación tras convencerse de que allí sólo había jirones de tejidos sin sangre, huesos quebrados y nervios desgarrados.

Flotando en el sucio líquido, rodeado de cables y sondas insertadas en pedazos de carne en pleno proceso de descomposición, apreció la forma de un gran ojo blanco y algo parecido a una base craneal medio hundida en el fango que cubría el fondo, entre una porción de la masa gelatinosa que fue el cerebro de una criatura inteligente.

—¡Esto es todo lo que queda del kerlhe! —estalló Dar. Cerró los ojos, y Uwyer escuchó que le rechinaban los dientes—. ¡Está destrozado! ¡Su verdugo lo sometió a un largo proceso de dolor, y finalmente lo hizo pedazos!

Incapaz de encontrar las palabras que calmaran la rabia de Dar, el Jerarca no se atrevió a abrir la boca.

Una ráfaga azul centelleó en el aire. La Esfera se aproximó al globo y lo escudriñó girando a su alrededor, acabó flotando sobre una silla tumbada en el suelo y se detuvo.

—El kerlhe ha sido torturado desde este aparato —dijo Eva. En la vibración de su voz se podía captar una extraña congoja—. Debió soportar un dolor increíble. Ya había sufrido demasiado antes a causa de años de cautiverio. Creo que le arrojaron ácidos que corroyeron las entrañas, hasta que no pudo soportarlo más y murió en medio de una larga agonía. Pero antes debió de hablar, doblegado su orgullo con torturas inimaginables, que un ser humano no habría podido soportar ni cinco segundos, y con él se ensañaron

durante horas.

—¿Por qué le mataron si confesó? —gritó Dar.

—Quien lo hizo mantuvo una lucha contra el kerlhe y acabó perdiendo la paciencia y se transformó en una bestia sedienta de sangre, y dejó de ser humano. Quien fuera, le arrancó todos los secretos que buscaba. Luego, le mató aumentando el castigo al máximo, inundando de ácidos el líquido nutritivo a través de las sondas...

—Cállate—dijo Dar—. No necesito más detalles. Vámonos de aquí, Uwyer. Ya nada tenemos que hacer en este lugar.

—Lo siento, Dar. De veras que siento que no hayas logrado lo que querías... —ronqueó el dhruleniano.

Salieron y se reunieron en el atrio con soldados que les esperaban con las armas preparadas, vigilando el fondo del Vástago. El oficial dijo a Uwyer que aún no habían detectado ninguna presencia hostil, una noticia que defraudó a Dar porque en aquel momento de desesperación quería que las armas hablasen y la sangre corriera.

El Jerarca le recordó:

—Creo que ha llegado el momento para que mis hombres y yo actuemos, Dar.

—Vuestro problema también me concierne a mí—Dar buscó a Eva y ésta le rozó el hombro derecho para indicarle que seguía a su lado—. Llévanos al interior de la nave Iartiana.

—¿Quieres decir a ti y a los dhrulenianos? No deberías arriesgarte a perder tu actual cuerpo —dijo la Esfera.

—Iremos todos. Alguien debe pagar por lo que le ha hecho al kerlhe.

—Aún no se ha perdido la esperanza; sigue habiendo posibilidades de encontrar las pistas que nos conduzcan hasta Yaita. La desaparición del kerlhe no debe significar el fin del mundo para ti.

—Si no haces lo que te pido, me pondré al frente de estos hombres, atravesaremos el vástago, luego la planicie y entraremos en la nave Iartiana abriéndonos paso a tiros.

—Recuerda que la nave Iartiana ha sido fabricada en Dhrule, y por lo tanto no es exactamente como ésta; carece de un vástago tan grande que os pueda ocultar, y también de un núcleo que la tripulación considere un lugar prohibido. Encontraréis enemigos por todas partes.

Los soldados y el oficial eran testigos silenciosos de la conversación entre el hombre con algo que flotaba en el aire muy cerca de él. Algunos se agitaron nerviosos, mirando a su Jerarca. Incluso el oficial parecía titubear al pensar que nunca había visto algo parecido, ni siquiera durante los dos años que sirvió como agente secreto en Iartia. Cuando más distraído estaba en sus reflexiones, ocurrió algo que para él no tenía explicación.

Se vio envuelto en una gigantesco y luminoso parpadeó, absorbido por una opaca turbulencia y todo se volvió negro a su alrededor; durante un tiempo que podía haber durado más de unos pocos segundos, se sintió arrastrado hacia lo que creía que era el infierno. Antes de que pudiese gritar, se encontró en una estancia cuyas paredes estaban completamente cubiertas por conductos y tuberías de acero.

Dar fue el único que comprendió que se encontraban en la unidad Iartiana capturada por el Grandal. Se giró sobre sí mismo y no le quedó la menor duda de que Eva los había transportado donde él le había pedido, pero sin esperar a que los soldados cerrasen los ojos. Quizá lo había hecho a propósito; Eva había desarrollado un extraño sentido del humor. En el corredor que se abría a la derecha encontraron un pelotón de soldados con armaduras imperiales, para quienes la súbita aparición de aquellos hombres con extraños equipos de combate y alguien vistiendo un ajustado traje negro, era un hecho tan extraordinario que se quedaron paralizados, sin dar crédito a lo que estaban viendo.

La sorpresa entre los imperiales dio tiempo a los recién llegados para ser los primeros en disparar.

El sonido de las descargas compuso una melodía de muerte, envió un huracán de fuego que segó la vida a ocho soldados imperiales, que quedaron arracimados en humeante montón de cuerpos.

La férrea disciplina de los dhrulenianos, junto con su obediencia ciega a sus superiores, fueron factores decisivos en aquella corta pelea, le permitió al oficial correr hacia la salida del corredor y ordenar el despliegue de sus hombres junto a la entrada de la siguiente estancia, protegiendo al Jerarca y a su aliado.

Seguido por Dar, Uwyer se dirigió a una puerta, estudió los cierres y sonrió al encontrarlos intactos.

—Al otro lado está el Impulsor y el Generador. Los imperiales aún no han empezado a examinarlos. Estamos de suerte.

Utilizó una combinación cromática, abrió la puerta. Entraron en una especie de tubo vertical. En el centro se alzaba un Impulsor parecido al que Uwyer había visto en el Tasla. Corrió hacia una consola adosada a la pared y consultó los mandos.

—El fallo debe estar aquí—dijo el Jerarca—. Espero recordar lo que aprendí cuando estudié ingeniería. Yo ajustaba el mecanismo de autodestrucción en las naves destinadas a Lartia.

—¿Por qué no funcionó éste? —preguntó Dar.

El Jerarca sonrió.

—Nadie es perfecto, amigo mío. No somos infalibles kerlhes.

Uwyer abrió una sección de la consola y puso al descubierto una placa con varios botones. Señaló uno y dijo:

—Éste es el que ha provocado la avería, impidiendo que se unieran las conexiones cuando se enviaron las órdenes de destrucción por control remoto.

Dar le miraba trabajar sin dejar de pensar en el kerlhe asesinado, convertido en pulpa dentro del globo; quiso olvidar lo que había visto y se concentró en el trabajo de Uwyer.

—Ya está —dijo el Jerarca, apartándose de la consola, sin molestarse en cerrarla—. Se activará dentro de veinte minutos. Debemos darnos prisa.

Dar atisbo por la puerta antes de salir. Los soldados seguían protegiendo la entrada. El enemigo no daba señales de vida. Se volvió y buscó la luciérnaga azul. No la había vuelto a ver desde que fueron transportados a la nave lartiana. ¿Dónde estaba Eva?

Uwyer amartilló su arma y miró a Dar con preocupación.

—¿Qué ocurre?

—Eva no está aquí.

Ambos recorrieron la estancia, escudriñando el aire.

—Prueba a llamarla —sugirió Uwyer.

—Es inútil. Ya le he pedido que nos saque de aquí.

—¿Qué crees que le ha podido pasar?

—No lo sé. Nunca me había abandonado.

—Nos quedan menos de veinte minutos —recordó el Jerarca—. Si no estamos lejos para entonces, no contaremos nada de esto a nuestros nietos.

Dar movió la cabeza hacia la salida. Cuando se les unieron los soldados, el Jerarca les dijo:

—He activado el dispositivo de destrucción. No podemos irnos como hemos venido. Lo siento pero no hay tiempo para explicar cómo llegamos hasta aquí. Me temo que vamos a tener que escapar disparando. Nuestra suerte se ha acabado y a partir de ahora sólo podemos confiar en nuestras armas.

Los soldados se miraron entre sí y luego asintieron.

Primero salieron dos dhrulenianos al vestíbulo, luego el resto se desplegó en formación de combate. No tardaron en sonar ráfagas cortas en una bifurcación de pasillos, a unos veinte metros de ellos. Las relampagueantes y fugaces llamaradas silbaron y consumieron a los hombres que iban en vanguardia, arrancando prolongados aullidos en

las armaduras de los que eran alcanzados. Se esparció un humo apestoso, y Dar fue el único en percibirlo al no llevar un equipo de combate hermético.

A través de la humareda vio a varios soldados con las armaduras grises del Imperio avanzar por el pasillo central. Eran muchos. Demasiados para ellos. Los dhrulenianos se desplegaron y sus armas levantaron una muralla de fuego. En las retinas de Dar parpadearon miles de minúsculos soles cuando a los pies del enemigo eclosionaron las descargas, engulléndoles en un infierno cárdeno.

El vendaval de muerte agitó a los imperiales como si fueran marionetas descolgadas.

Los soldados de Dhrule corrieron hacia la salida, se parapetaron en las esquinas del corredor y protegieron la retirada de sus compañeros más rezagados. Todo ocurría con una rapidez vertiginosa. Dar empuñó una de las dos pistolas que llevaba al cinto y buscó al Jerarca.

Le encontró a pocos metros de él y le agarró un brazo. El Jerarca se revolvió y dijo que el oficial había encontrado el camino de salida.

—Tendremos que cruzar la explanada —añadió—. Con suerte, aprovechando la confusión, podemos alcanzar los bosques y escondernos en ellos.

—Espero que Eva se acuerde de nosotros —masculló Dar.

—¿Crees que nos localizará?

—Es un buen sabueso. Ha debido ocurrir algo.

—¿Se te ocurre un plan mejor?

Dar negó con la cabeza. Prefería no pensar que podía haber miles de soldados imperiales esperándoles en el exterior. Las armaduras de los dhrulenianos eran demasiado llamativas y no podían hacerse pasar por tropas del Imperio.

Dentro del navío quedaban más enemigos. Dar pensó que todo estaba ocurriendo al revés de cómo lo había pensado. ¿Por qué diablos no les había sacado Eva de allí? Por muy enfadada que estuviera no le habría gastado una broma tan pesada. Pensó en Chimara, en el peligro que podía estar corriendo en la Esfera.

El avance hacia la esclusa de salida fue dejando un rastro de cadáveres en los pasillos, tanto imperiales como dhrulenianos.

Eran hostigados sin cesar. Los imperiales surgían de todas partes, de cada recoveco, inesperadamente. La marcha hacia la salida le parecía interminable a Dar. El tiempo transcurría, y se preguntó cuántos minutos quedaban para la explosión. Una vez fuera confiaba en que la destrucción del acorazado desconcertaría al enemigo, pero debían encontrarse lejos cuando se produjese.

Había sentido en varias ocasiones los disparos del enemigo muy cerca, en cualquier momento podía ser alcanzado; se preparó mentalmente para el momento en que despertara en la Sala Azul de la Esfera, ocupando el cuerpo que contenía la Matriz, una posibilidad que rechazaba porque no quería escapar de allí, dejando a sus compañeros en una situación tan comprometida. Se preguntó si Uwyer había pensado que la muerte para él no significaría el fin. Si hubiera caído en ello tal vez le dijera que se podía combatir sin miedo sabiendo que resucitaría.

¿Qué sabía Uwyer lo que había sentido cada vez que la muerte, buscada o no, le había encontrado? Prefería no recordar todas sus muertes.

Llegaron hasta las rampas que descendían al exterior. Los soldados se revolvieron y dispararon. Dos enemigos cayeron convertidos en bolas de fuego, y un tercero quedó aplastado contra un muro de acero, mezclados su cuerpo con pedazos de su coraza.

Dar salvó los últimos metros que lo separaban de la salida, tocó la plataforma y miró en derredor. En la explanada todo parecía sorprendentemente tranquilo. No les esperaba un ejército para convertirlos en puré. Lejos de allí, muy cerca del Tasla, había un pequeño tumulto; docenas de lanchas y vehículos se posaban alrededor del acorazado del Grandal. Dar reconoció el estandarte del Emzarkhan entre los muchos que se agitaban al viento.

Uwyer pasó por su lado, le gritó algo que no entendió y saltó evitando usar la pasarela que serpenteaba desde la esclusa al suelo.

Una vez abajo, el dhruleniano se volvió.

—¡Vamos, no perdamos más tiempo! —aulló—. ¡Apenas quedan cinco minutos para que todo salte!

Siles corrió y se reunió con él. De un vistazo contó hasta ocho soldados dhrulenianos que les seguían, nueve con el oficial. El precio pagado para destruir la nave le pareció muy alto.

Corrieron por un amplio espacio entre la nave de Lartia y el Tasla, anclado éste a unos doscientos metros. Era un peligroso pasillo, una trampa que podía cerrarse sobre ellos en cualquier momento.

Dar corría el último, volvió la cabeza y miró hacia la multitud congregada delante de la esclusa de proa del Tasla. Se produjo un gran revuelo cuando fueron descubiertos. Escuchó los gritos de alerta. La formación de infantes que había se agitó.

La explosión en el ánimo de la nave lartiana sorprendió a Dar.

El suelo tembló bajo sus pies, y el gigantesco acorazado se elevó unos metros, cayó con gran estruendo y comenzó a lanzar lenguas de fuego por las todas las esclusas, convertidas en válvulas de escape del volcán que había hecho erupción en sus entrañas. La gran máquina de guerra había levantando oleadas de polvo. Un temblor recorrió el suelo, sacudiendo con violencia todas las naves que se encontraban en veinte kilómetros a la redonda.

Dar se vio envuelto en una oscuridad impenetrable, sintiendo que el viento rugía a su alrededor. Se arrojó al suelo, que aún temblaba, y se protegió la cabeza con los brazos.

El huracán que azotaba la explanada lo zarandéó, le hizo rodar varios metros envuelto en nubes de polvo, hasta que consiguió agarrarse a algo y permaneció encogido, esperando que el viento amainara.

Abrió los ojos con temor, y lo primero que vio fue a cientos de personas deambular desorientadas, dando un ridículo espectáculo, con los uniformes sucios y los rostros embadurnados de hollín.

Buscó a los dhrulenianos; descubrió a dos que iban de un lado a otro, tambaleándose en sus armaduras. Les hizo señas y corrió a lo largo de los sustentadores del Tasla, observando que el cortejo del Emzarkhan se estaba reagrupando. Recordó que el Grandal acababa de ser privado de sus privilegios cuando ocurrió la explosión. Varios soldados lo levantaban del suelo. Dusek ofrecía un espectáculo lamentable, gimoteaba y suplicaba por su vida, tenía las manos sujetas por círculos de energía y sacudía la cabeza, implorante, buscando en cuantos le rodeaban un atisbo de misericordia.

Dar se dio cuenta de que había perdido sus armas, casi todo lo que llevaba en el cinturón. Un soldado le entregó una pistola y un par de cargas.

—Es todo lo que tengo, señor —dijo el dhruleniano, mirándole con admiración.

La guardia del Emzarkhan corría hacia ellos, empujando a los cortesanos que les estorbaban. Otros imperiales se apresuraban a desarmar a los miembros de la guardia personal del Tercer Dusek.

Dar amartilló la pistola y la graduó para que lanzara el fuego más potente. Los sicarios del Emzarkhan no tardarían en llegar hasta ellos.

—Tienes un aspecto lamentable, querido Dar —dijo una voz a su vera.

Dar frunció al ceño al descubrir quién le había hablado.

—Tienes que cuidarte —agregó Eva.

—Maldita seas. ¿Dónde te habías metido? —se incorporó sintiendo dolores en la espalda. Tenía el traje desgarrado en el pecho. Se preguntó a lo largo de cuántos metros había sido arrastrado por la explosión—. Desapareciste cuando más te necesitaba. Tendrás que darme una explicación muy convincente.

—Siento haber tenido que ausentarme, pero mereció la pena. Descubrí que cierta nave

huía.

—¿Y te pareció más importante que nuestra seguridad? Han muerto varios soldados de Dhrule por tu culpa.

—Espera que te diga que quien mandaba la nave sabía lo que iba a ocurrir.

Uwyer había aparecido y Dar le hizo gestos para que se acercara. Al Jerarca apenas le quedaba la mitad de su equipo de combate, y anduvo torpemente hacia el sustentador. Otros dos dhrulenianos surgieron de entre los remolinos de polvo y se apresuraron a reunirse con ellos.

—¿Te refieres a la inminente batalla entre la flota de Dhrule y la Armada Imperial? —preguntó Dar mientras esperaba a los rezagados.

—No me hagas reír—exclamó Eva—. ¿Qué batalla? Sólo aparecieron unas pocas naves del Imperio, todas muy maltrechas.

La diminuta esfera azul aumentó de tamaño. Ya era como un balón de fútbol cuando Eva añadió:

—He contado menos de cincuenta acorazados, todos con las reservas agotadas y las tripulaciones cagadas de miedo, con miles de heridos y los escudos hechos trizas; no sé cuántos muertos hay a bordo, pero deben ser muchos. Son las naves que han ofrecido una resistencia más encarnizada a sus perseguidores.

El Jerarca había escuchado a Eva y dijo con orgullo:

—Las naves de Dhrule saben luchar. Si Eva está en lo cierto, no tardarán en ser vistas y limpiarán a Lartia de escoria imperial.

Eva ya tenía el diámetro de un metro; soltó una carcajada y dijo:

—Estás equivocado, Jerarca. La flota dhruleniana no ha intervenido, y se retirará cuando descubra que las naves que persiguen a los acorazados del Emzarkhan son más de mil. Una fuerza considerable incluso para tus valientes navegantes, ¿no te parece?

Uwyer bizqueó a causa de la sorpresa. Cuando comprendió lo que Eva le había dicho, se pasó una mano por el visor del casco y miró a Dar.

—No debemos quedarnos más tiempo —dijo.

—¿Quién ha atacado al grueso de la Armada Imperial? —preguntó Dar, alzando la mano para indicar a Eva que le respondiera antes de llevarlos al interior de la Esfera.

—Querrás decir quiénes, querido Dar: los más acérrimos enemigos del Imperio.

«...He decidido investigar la extraña llamada; la fuente emisora se ha trasladado cerca de Corvas, a bordo del acorazado Tasla. Lamento que Eva no me pueda trasladar a su interior. Creo que en ese planeta obtendré la información que necesito. Usaré un disfraz. No estaría de más, ya que...»

CAPITULO XIX - LOS ARDIDES DE EVA

Nunca lo olvidarían. Habían sido testigos de unos hechos que el tiempo transformaría en una leyenda más del dios de la Esfera.

Tan pronto como Eva trasladó a Dar y a los dhrulenianos supervivientes al Hogar, adquirió un volumen mayor que el Tasla y puso en fuga a miles de soldados imperiales que se acercaban. El Emzarkhan sufrió un desmayo y se derrumbó en los brazos de un tembloroso Zusemei. Yhiomir, paralizado por el terror desde hacía un rato, no fue capaz de emitir sonido alguno, y no fue capaz de impedir la fuga de sus tropas.

Ante el estupor general, la gigantesca Esfera se elevó, y cuando alcanzó una altura de mil metros desapareció entre las columnas de humo que cercaban la ciudad.

Eva no se detuvo hasta que rebasó el Mazo de asteroides. A través de varios segmentos ofreció a Dar y a sus invitados las escenas más importantes de los acontecimientos pasados y presentes.

—Mi ausencia —explicó Eva— ha valido los problemas que os he causado. El asesino

del kerlhe es el Portador. Loulakais convenció al Almirante Uronjol para que huyeran juntos. En este momento se alejan por una zona libre de vigilancia. Uronjol quedó tan impresionado con las revelaciones de Dytri que no le importó abandonar a muchos de sus hombres, tal era su miedo a ser acusado de alta traición si se quedaba.

Observaron el segmento de la pantalla que mostraba la aproximación de cientos de naves con diversos emblemas en sus fuselajes. De Lartia habían partido acorazados y cruceros para burlar el cerco. Nadie sabía si entre las naves que escaparon se encontraba el acorazado insignia del Emzarkhan.

La Flota Dusek, sin mando después de que el Grandal fuera acusado de traición, se negó a enfrentarse a los rebeldes y comunicó su intención de rendirse con condiciones.

Lartia sufrió una segunda invasión cuando aún no habían transcurrido tres días de la primera. Los lartianos no comprendían por qué las victoriosas fuerzas imperiales huían ante la presencia de una flota tan desconocida para ellos como las que les habían vencido.

Los habitantes de Lartia volvieron a recibir el desprecio de tropas de ocupación. A pesar de que muchos cayeron combatiendo, en medio de la confusión reinante la mayoría no corrió la misma suerte que los soldados imperiales, que después de haberse rendido fueron pasados por las armas en el mismo lugar en que izaron la bandera blanca. No hubo cuartel para ellos.

Los navíos de Dusek y sus aliados, que confiaban en conseguir una claudicación honrosa, fueron abordados y sus tripulaciones arrojadas al espacio o a los convertidores.

Las naves de Desgal, muchas de las cuales habían desertado unos días antes, fueron las primeras en descender en las proximidades de la humeante capital de Lartia. Los soldados tomaron posiciones en el astro-puerto donde aún ondeaban los gallardetes izados en honor al Emzarkhan.

El Almirante Elerko de Desgal, nombrado caudillo supremo de las fuerzas rebeldes, nada más pisó el suelo de Lartia actuó con energía y evitó que miles de prisioneros fueran pasados por las armas. Un oficial descubrió entre ellos un personaje que consideró importante y lo puso a buen recaudo. Luego aconsejó a su superior que lo llevaran a presencia del jefe supremo de la rebelión.

Elerko tuvo que emplear toda su autoridad para impedir que el Grandal Dusek, pues este era el prisionero, fuera degollado por la soldadesca, compuesta en su mayoría por hagerdamitas ansiosos de ver correr la sangre de sus antiguos opresores, según su forma favorita para acabar con sus enemigos más odiados.

Asqueado ante las atrocidades que cometían los seres de Hagerdam, Elerko logró poner fin a tantos desmanes. Le repugnaba que aquellos seres, a los que consideraba inferiores a los humanos por su aspecto y salvajes por sus hábitos, asesinaran a más prisioneros. También se impuso para que los nativos del planeta fueran considerados enemigos del imperio, y por lo tanto amigos de la rebelión, aunque creía que merecían la muerte o la esclavitud.

Más tarde, desafiando a algunos líderes, no sólo a los hagerdamitas, en presencia de éstos señaló al postrado Delbert Dusek y sentenció:

—Este hombre, aunque merece la muerte mil veces, era un prisionero del Emzarkhan, y quizá pueda explicarnos lo que aquí ha pasado. No debemos concederle ningún Privilegio aparte del que se gane en su defensa, que asumirá él mismo. Escuchemos su alegato.

Los líderes rebeldes estaban furiosos porque el tirano de la Tierra había escapado con vida, miraron al hombre que lucía los entorchados de Grandal y ninguno apostó por su vida. Elerko se acercó a Delbert y le liberó de los aros metálicos. Los hagerdamitas rugieron de rabia y pidieron la muerte del prisionero. ¿Para qué perder tiempo escuchando sus mentiras si al final sería ejecutado?, clamaron.

Pero Elerko no estaba dispuesto a ceder y dijo:

—El Tercer Dusek prometió al oficial que le apresó un gran servicio para nuestra causa a cambio de que perdonáramos su vida —observó el interés que sus palabras habían despertado entre los jefes rebeldes y añadió—. Ha solicitado un día de gracia y se lo concederemos —lanzó una mirada cargada de desprecio al tercer Dusek—. Por su bien, espero que pruebe que no ha mentado. Si dice la verdad, seremos justos con él.

El líder de Hagerdam soltó una imprecación, miró a sus compañeros, no encontró en ellos que esperaba y a regañadientes dijo:

—Mientras tanto, investigaré. Tal vez no sea verdad que era prisionero del Emzarkhan. Creo que todo es un ardid para salvar el pellejo.

Delbert sabía que se jugaba la vida y se apresuró a pedir permiso para hablar. Cuando le fue concedido, dijo:

—Es cierto lo que ha dicho el Almirante Elerko: os resultaré más útil vivo que muerto.

—Anticípanos la verdad que dices conocer, habla en presencia de todos —le exigió Elerko.

—Este mundo no es Dhrule —dijo en voz alta para que todos le oyeran—. Este mundo se llama Lartia y fue convertido por Dhrule en una trampa, es un engaño, una pantalla para confundir a sus enemigos. Yo fui engañado, y lo atacé creyendo que era el planeta más odiado en todo el Imperio.

Un murmullo de sorpresa recorrió la estancia. Un líder dijo:

—Creo que dice la verdad. Un mundo tan mísero como éste no puede ser Dhrule. Pero esto no le salva la vida, pues tarde o temprano lo habríamos descubierto.

—¡Esperad! —gritó Delbert cuando vio sonreír a los hagerdamitas—. Dadme ese día de plazo que os he pedido y prometo que os diré en qué lugar del universo se esconde Dhrule, tendréis las coordenadas de ese maldito mundo.

—Se le ha sido concedido un día —dijo Elerko, que había empezado a preguntarse si valía la pena poner en peligro su liderazgo por salvar la vida del odiado Grandal—. No habrá más plazo. Si puedes mostrarnos la ruta que nos conduzca hasta Dhrule, serás recompensado con la vida, incluso podrías recibir ciertos honores —se volvió hacia los jefes—. Nosotros, los seres libres, no cometeremos el error de creer que una vez caído el Imperio habrá paz en la galaxia, pues siempre quedará Dhrule, la peor de todas las amenazas. No estamos luchando para cambiar de amo y no descansaremos hasta destruir Dhrule. Sólo entonces seremos libres.

En medio de la calcinada explanada, docenas de líderes, cientos de oficiales y miles de soldados de muchos mundos dieron su conformidad a la propuesta de Elerko y gritaron con fuerza para lanzar vítores de triunfo. Los hagerdamitas, un poco apartados, rugieron en su silbante lengua y se miraron los unos a los otros, presintiendo que su alianza con los humanos sería efímera y con Imperio o sin él no tardarían en unirse contra ellos y sobrevendría una guerra étnica.

Dusek pidió ser recluido en el Núcleo del Tasla, petición que le fue concedida por Elerko, quien ordenó a sus hombres que le vigilaran en todo momento.

El Grandal tenía puesta su esperanza en localizar la grabación de la confesión que el Portador había arrancado al TK antes de matarlo. Después de haber conocido la muerte del kerlhe, Delbert montó en cólera y le acusó de ser el causante de semejante engaño y burla hacia su persona, a lo que añadió haber permitido la muerte del único ser que les podía llevar hasta el verdadero Dhrule.

Mientras era conducido al interior del Tasla, Dusek seguía escuchando las acusaciones que Yhiomir le había dirigido antes de que se produjera la explosión de la única nave lartiana capturada. A causa del pánico todo el mundo se olvidó de él, y consiguió huir; pero no llegó muy lejos. Los rebeldes le encontraron con los aros en sus muñecas, cuando intentó confundirse entre los prisioneros, circunstancia que en primera instancia le había salvado la vida.

Caminó nervioso por el gran pasillo, escoltado por los soldados de Elerko, pensando

que si no encontraba algo interesante en los registros podía considerarse muerto.

Y no sería una muerte rápida la que recibiría si Elerko le entregaba a los hagerdamitas.

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Sonrieron y se estrecharon las manos.

El Jerarca se retiró a la nave en la que le esperaban sus hombres.

Uwyer se marchaba lamentando no haber encontrado las palabras adecuadas para despedirse de Dar; tenía el presentimiento de que nunca más volverían a encontrarse.

Sólo sus compañeros de la Jerarquía conocerían la verdad. El pueblo de Dhrule nunca sabría que él había sido huésped del profeta Darsil y había vivido en la Esfera.

Cuando la nave, una similar a la que días antes utilizaron los técnicos y tripulantes del vehículo negro para regresar a Dhrule, empezó a acelerar para penetrar en el hiperespacio, tuvo un último y afectuoso recuerdo para Darío Siles.

Lamentaba muchas cosas, pero sobre todo que Dar no hubiera logrado conseguir la información que había estado buscando durante su larga vida.

El encuentro de Dar con el kerlhe se había producido demasiado tarde.

Durante los dos días que duró el viaje de regreso, el Jerarca se estuvo haciendo muchas preguntas. Cuando llegó a Decero, se sentía alegre, convencido de que su patria iba a disfrutar de una notable ventaja sobre el resto de la galaxia cuando dispusieran de transmisores instantáneos suficientes. Sin embargo, más tarde su desesperación rozó el límite de la neurosis cuando se enteró que la nave que les precedió no había arribado a su destino.

Dos años más tarde serían encontrados los restos de la nave por un crucero dhruleniano y se sabría que fue alcanzada por el fuego de un navío rebelde. El prototipo de transmisor se perdió para siempre.

Presintiendo que nunca tendría en sus manos el valioso presente de Dar, el Jerarca se preparó para hacer frente a los problemas más urgentes.

Al día siguiente, tras convocar una reunión extraordinaria, comunicó a los Jerarcas que la paz no llegaría a Dhrule tras el desmembramiento del Imperio. Las noticias que fueron recibiendo no podían ser más alarmantes, todas presagiaban que sus nuevos enemigos, los rebeldes, no tardarían en presentarse en el sistema estelar de Dhrule.

En los dos mundos corrió la noticia de que el secreto había dejado de existir.

Los dhrulenianos ignoraban que estaban en el umbral de la época más tenebrosa de su historia, en el preludio de una guerra que se prolongaría durante décadas, que una vez concluida conformaría a la galaxia de una manera muy distinta a como había sido hasta entonces, quedando establecido un equilibrio de fuerzas que perduraría durante siglos.

Dar presenció la partida de la nave del Jerarca en silencio.

Apenas hubo cruzado la doble esclusa, el hangar desapareció y en su lugar apareció el bosque de palmeras y sicómoros que tanto le gustaba a Yaita.

—Dar —le llamó Eva.

—Quiero estar solo.

—Te comprendo, pero debes descansar. Yo velaré tu sueño.

Dar se tumbó en un invisible lecho y cerró los ojos. Antes de quedarse dormido, escuchó que Eva le susurraba:

—Yo me ocuparé de todo, querido Dar.

Cuando Chimara despertó y entró en el Gabinete, encontró a Dar profundamente dormido. Se sentó junto a él y permaneció largo tiempo observándole. No echó de menos a Eva. Más tarde se enteraría en qué había estado ocupada.

Mientras Dar soñaba, Delbert hurgaba sin descanso en los registros del Núcleo, siempre bajo la mirada de sus guardianes.

Los nativos iban regresando a las ciudades y aldeas, alentados por las proclamas de los nuevos amos del planeta en que se les garantizaba la vida y se les prometía una

libertad hasta entonces desconocida para ellos. Las matanzas de prisioneros cesaron cuando todavía quedaban cientos de miles con vida.

Elerko contaba las horas que le quedaban al Tercer Dusek.

En ese instante Eva alcanzó al acorazado del almirante Uronjol, cuando estaba a punto de sumergirse en el hiperespacio. Eva provocó una avería leve en el sistema impulsor y se introdujo en la nave, y buscó al Portador, al que encontró sumido en un profundo éxtasis artificial. Sin despertarlo, lo trasladó a la Esfera y lo recluyó en la estancia que había preparado para él.

Mientras Eva esperaba, a mucha distancia se desarrollaban otros acontecimientos.

De forma indirecta, al inutilizar el sistema de propulsión del acorazado, Eva había sido la culpable de que Uronjol no lograra escapar, y el apresamiento de su nave salvó la vida a Delbert Dusek.

Uronjol, cansado, sintiéndose incapaz de enfrentarse a su destino, se entregó tras comprobar que no tenía ninguna posibilidad de defenderse con su acorazado al paio. Junto con toda la tripulación fue conducido a Lartia en un tiempo muy corto, llegando al cuartel general rebelde cuando los últimos minutos de vida del Grandal se estaban consumiendo.

Afortunadamente para Uronjol, el momento de la sangre había pasado, y ya no se ejecutaban a los prisioneros a pesar de las protestas de los hagerdamitas.

De forma indirecta Uronjol se enteró que el Grandal se había ofrecido para localizar en los registros del Tasla un informe de vital importancia, con el que confiaba localizar la posición del verdadero Dhrule.

Aunque le había sido garantizada la vida hasta que fuera juzgado, Uronjol se estremecía cada vez que un ser de Hagerdam lo miraba mientras acariciaba su daga de protocolo, arma con la que eran expertos desollando humanos. Asustado, pidió una entrevista urgente con el Grandal, y ante la insistencia de Elerko por conocer sus motivos, le explicó:

—Sólo con mi ayuda el Tercer Dusek localizará las coordenadas de Dhrule. Si estoy equivocado, renunciaré al juicio y aceptaré la muerte.

Elerko titubeó. Todo aquel asunto estaba cansándole, pero reflexionó, se dijo que podía evitar un engorroso juicio y aceptó la propuesta de Uronjol.

A solas con el sorprendido Dusek, Uronjol no se anduvo con rodeos y le dijo:

—Me despreciaste, Grandal, te burlaste de la lealtad que te ofrecí; pero ambos estamos en peligro y el destino nos obliga a llegar a un acuerdo.

Miró con desprecio al hombre que tenía delante, desesperado y sin la menor posibilidad de salvar el pellejo.

—No me hagas perder el tiempo —jadeó Dusek, mirando con desesperación su alrededor, sabiendo que le quedaban menos de ocho minutos para que el plazo expirase.

—En los registros no encontrarás lo que buscas, y la explicación es que nada quedó grabado.

—¿Cómo lo sabes?

—El Portador me reveló la posición de Dhrule. Si nos ayudamos mutuamente, podemos salir con vida de esta locura, incluso obtener beneficios.

—¿Por qué lo haces? Tengo entendido que no has sido condenado a muerte.

—Pero lo seré. El juicio será una farsa. Los hagerdamitas están impacientes por cortarme el cuello.

—¿Qué quieres de mí?

—Los vencedores creen que desobedeciste al Emzarkhan y por ello fuiste condenado a muerte. Si juras que yo también te ayudé para escapar de Lartia, te diré lo que me confió el Portador Loulakais.

—¿Qué te dijo ese perro? —exclamó Dusek. Su mente empezó a funcionar deprisa después de tantas horas de buscar inútilmente en los registros. Llevaba demasiado

tiempo sin beber ni comer, presintiendo la muerte cada vez más cerca.

—Loulakais debió averiguar más, pero retrasó el momento de contármelo todo. La muerte lo sorprendió mientras descansaba.

—Su muerte me alegra, pero me habría gustado matarlo yo mismo —gruñó Dusek. Tendió la mano a Uronjol y éste se la estrechó—. De acuerdo. Dime dónde está Dhrule.

El Almirante sonrió.

—Seré yo quien se lo diga a los jefes rebeldes... después de que me hayas avalado como enemigo del Imperio.

Los dos hombres salieron del Núcleo. En el exterior eran esperados por Elerko y varios líderes, que escucharon en silencio a Dusek y después a Uronjol, quien con la ayuda de un plano estelar indicó las posiciones de Dhrule y Decero.

Muchos fueron los ojos que vieron y muchos los oídos que escucharon.

A partir de ese instante dejó de ser un secreto la situación de Dhrule en la galaxia. Días después partieron de Lartia cientos de naves con el propósito de destruir al legendario enemigo.

El último recuerdo que tenía el Portador Loulakais de su estancia en el acorazado del Almirante Uronjol se limitaba a haber oído ulular las alarmas. Tuvo un brusco despertar. Las drogas lo volvieron a sumir en la inconsciencia y lo que sucedió a continuación le pareció confuso e irreal.

Cuando despertó se encontró en un lugar donde el horizonte se perdía tras una densa niebla.

Caminó con la intención de llegar más allá de la difusa muralla de bruma, hasta que descubrió que ésta se alejaba a la vez que él se acercaba.

Una cálida voz de mujer surgió de todas partes, dijo ser Eva y le explicó que se encontraba en el interior de la Esfera.

—Te tengo por un hombre inteligente, Dytri Loulakais, Portador del Sello por la gracia del Emzarkhan. Sé que los Gremios te instruyeron acerca de mí y mis poderes. No quiero perder el tiempo. Como decís los humanos, iré directamente al grano.

Aunque había despertado de un sueño provocado por una droga, Dytri sabía que cuanto estaba viendo y escuchando no era producto de una pesadilla.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

—Quiero que me digas dónde está el planeta Kerlhe. No sonrías. Estás pensando que toda la gente quiere conocer lo mismo, pero debes considerar mi petición diferente a las demás. Sólo me interesa Kerlhe.

Loulakais entornó los ojos y paseó su mirada por la bruma que lo rodeaba.

—No busques a nadie más —dijo Eva—. Estás a solas conmigo.

—¿Y Darío Siles? ¿Aún vive?

—Eso no te importa. Este asunto lo llevo yo personalmente.

—¿Una máquina? —Dytri escupió al suelo—. ¿Cómo me has traído aquí? ¿Qué pasó en el acorazado?

—Inutilicé las secciones impulsoras antes de entrar en él. Creo que al poco rato fue capturado por una nave rebelde. No estaba en condiciones de defenderse, y Uronjol se rindió.

—¿Cómo sabías que yo estaba a bordo?

—Cuando vi la piltrafa en que convertiste al TK, comprendí que tú, el flamante Amo del Sello, lo habías asesinado. Me resultó fácil averiguar que habías escapado después de convencer al Almirante Uronjol.

Loulakais soltó una carcajada.

—Aunque me inflijas el mismo dolor que mató al kerlhe, no me harás hablar. ¿Ignoras que los Portadores estamos condicionados para soportar cualquier tipo de tortura?

—No había pensado hacerte daño, sino pagarte.

—No eres tan inteligente como afirma la leyenda.

—¿Por qué no pones el precio?

El Portador hizo aparecer su Sello y lo blandió en el aire como si fuera un arma.

—No sólo no puedes lastimarme sino que tendrás que dejarme en libertad, máquina estúpida. ¿Qué me puedes ofrecer? Con los conocimientos que poseo puedo convertirme en el dueño de los Gremios y ser el dueño del Sello Original. Seré el amo absoluto. Los Gremios perdurarán para siempre y su poder estará por encima de lo que surja tras el derrocamiento del Emzarkhan y yo convertiré a los Directores en virreyes y me rendirán pleitesía.

—Según mis noticias, el Emzarkhan ha muerto —dijo Eva—. ¿Debo gritar viva el nuevo Emzarkhan Dytri Loulakais? Eres patético.

—Oh, sí, riete de mí, pero nunca te diré lo que quieres saber. Maté al kerlhe que se enfrentó a Darío Siles en la Tierra, el mismo que le arrebató a su amada Yaita-La.

—Me lo dirás todo, Portador —susurró Eva.

—¿Cómo me obligarás?

—Los Gremios jamás podrán darte lo que te puedo ofrecer.

—¿De qué se trata?

—La inmortalidad. Eres un iluso si piensas que los Gremios serán más generosos que yo. ¿Quién te podría ofrecer el mismo poder que ha convertido a Darío Siles en inmortal?

—¿Me ofreces infinitas vidas?

—Prácticamente serías inmortal.

—Me gustaría creerte, pero hace mucho tiempo un hombre escuchó al mismo Siles que las Criptas estaban ocupadas.

—Yo puedo crear más.

—No, no puedes.

—Estabas muerto cuando te traje aquí. ¿Quieres echar un vistazo detrás de ti?

Dytri se volvió. Una parte de la bruma se disipó y detrás de los últimos jirones apareció un octaedro de brillante color azul. Se abrió una puerta y el Portador pudo contemplar una cripta en el muro. Contenía un cuerpo. El suyo.

—Con el último aliento de vida que te quedaba llevé a cabo el proceso para obtener una matriz de tu cuerpo —dijo Eva—. Míralo, ese cuerpo eres tú, y detrás hay más, un número infinito de ellos.

Los ojos de Dytri danzaron alocadamente; miraba la Cripta y vigilaba el lugar del que procedía la voz. Contempló el Sello, y la decepción que sintió le hizo gritar:

—¡Mientes! Conservo el Sello. Sé que nada acompaña al alma cuando se cambia de cuerpo.

—Es comprensible tu ignorancia. El Sello es una materia semiviva, algo que no puede ser reproducido ni fabricado, sólo cultivado. Darío Siles ha aparecido siempre con su Sello, en cada una de sus reencarnaciones.

—En tal caso te tengo en mis manos —rió Dytri—. Ya no puedo morir. Darío reveló a Percival que tú, el poder de la Esfera, no puedes alterar nada que haya en la Sala Azul: no puedes destruir lo que no has creado.

—Es cierto. Pero siempre hay un medio para vulnerar una ley inalterable en apariencia. Puedo acabar contigo, matarte mientras estés a mi alcance, te podría destruir tantas veces como resucitaras. Mi paciencia sería infinita y en cuestión de horas o días tu reserva de cuerpo se agotaría. ¿Quieres jugar a algo tan apasionante? Podemos hacer apuestas acerca de cuántos cuerpos contiene la Matriz. Creo que Siles te lo agradecería, pues muchas veces me ha preguntado cuan larga podría ser su inmortalidad.

La actitud arrogante de Loulakais desapareció de repente.

—¿Qué garantías me ofreces de que saldré de aquí, por supuesto llevándome la Matriz, a cambio de mi revelación?

—Todas las que quieras. Soy una máquina y no puedo mentir. Colocaré el octaedro en una nave con Impulso K. Mis poderes no me permiten reproducir una Esfera para ti. —

Eva soltó una carcajada—. No me ha sido concedido el don de la maternidad, lamentablemente.

—Está bien —asintió Loulakais con gesto decidido—. Te diré dónde está el planeta Kerlhe, y añadiré como regalo otras informaciones que arranqué al TK, todas importantes para Darío Siles.

—Te escucho.

—Aún tengo dudas de que cumplas lo prometido.

—Fui creada para no mentir.

—Mis contactos con los humanos me han permitido aprender a modificar la realidad —suspiró Eva cuando terminó su relato.

—Y con éxito —dijo Dar. Contempló los datos grabados de la lámina de oro y añadió—. También has aprendido a matar, ¿no? ¿Te das cuenta de que lo has hecho te ha convertido en una asesina?

—Lo hice por ti. No tenía otra forma para hacerle hablar. Quiero que Yaita regrese. La necesito. Es mi amiga. No eres tú solo quien la necesita. Sin ella el Hogar no es el mismo.

—Sólo lamento no haberlo matado con mis propias manos. Si hubiera sabido que lo tenía tan cerca... No debiste esperar a contármelo hasta que él se hubiera largado llevándose la falsa Cripta.

—Ha sido mejor así. Me he divertido mucho.

—¿De veras?

—¿Lo dudas?

—Oh, no; pero siento curiosidad por saber qué te puede divertir.

—Por ejemplo, viéndote feliz. ¿Quieres saber cómo terminó ese personaje?

—Claro.

—Lo seguí visualmente hasta que decidió matarse para comprobar que podía volver a la vida en un cuerpo nuevo. Se pegó un tiro que convirtió su cabeza en una bola de carbón.

—Supongo que estará en el infierno, maldiciéndote.

—A ese lugar, en el caso que existiera, no van las almas de las máquinas como yo. Está reservado para los humanos, ¿verdad?

—Tal vez.

Dar miró a través del observatorio cómo Corvus se acercaba vertiginosamente a ellos. Chimara entró en aquel momento en el Gabinete.

—Todo parece muy tranquilo. Creo que la guerra aún no nos ha alcanzado —dijo Chimara después de echar una mirada a su mundo.

Dar asintió. No se atrevió a volver la cabeza para mirarla.

—¿Dónde prefieres que te dejemos? —preguntó finalmente.

—¿Qué te parece la terraza de mi apartamento? Allí nos conocimos.

—Eva puede hacerlo.

—Lo sé, lo puede casi todo, incluso matar.

—¿Sabes lo que le ha ocurrido al Portador? —inquirió Dar, sorprendido.

Chimara señaló donde salía la voz de Eva.

—Tuvo la delicadeza de enviarme vuestra conversación. Debo felicitarla por su astucia.

—Gracias —rió Eva.

—Entonces nos despediremos ahora... —empezó a decir Dar.

Ella no le dejó terminar, salió presurosamente. No quería que la viera llorar.

Unos días antes no hubiera podido soportar el decir adiós a Darío Siles.

En la terraza de su apartamento, mientras en las calles los ciudadanos discutían acaloradamente, discutiendo e intercambiando las confusas noticias que les llegaban de la lejana guerra, Chimara señaló a Dar la vecina terraza.

—El apartamento sigue desocupado —intentó esbozar una sonrisa—. Fue ahí donde te conocí. Dijiste llamarte Bergerac. No estabas tan guapo como ahora, aunque como

anciano tampoco estabas mal. Me habría gustado conocer al personaje del que tomaste el nombre.

—Habría que retroceder demasiado en el tiempo —dijo Dar. Llevaba un rato reprimiendo su deseo de abrazarla y besarla, y sin embargo quería marcharse cuanto antes de allí. Un momento antes pensó que no debía salir de la Esfera, pero la idea de no despedirse de ella le parecía demasiado cruel.

Eva flotaba sobre ellos, del tamaño de una pelota de tenis, brillante en fulgurante azul bajo el sol de Corvus.

Dar miró hacia abajo. A medida que transcurría el día aumentaba el nerviosismo en la multitud que llenaba las calles. Sin volverse, dijo:

—Las últimas noticias que ha recibido el TK de Corvus de la Tierra son que la plebe ha asaltado los palacios imperiales y ha asesinado a cuantos cortesanos encontraron. No han conseguido escapar muchos adictos del Emzarkhan. Los rebeldes se están repartiendo los restos del Imperio. Me pregunto qué piensan hacer los almanzarianos ante esta situación.

—No lo sé —dijo Chimara—; pero si de la Tierra o de algún otro lugar surgiera un orden nuevo que nos hiciera olvidar el pasado, tendrá que contar con nuestra ayuda. La Logia no permitirá que el viejo planeta sea aniquilado ni olvidado.

Se inclinó sobre la balaustrada y tembló al sentir en sus hombros las manos de Dar.

—Debes irte —dijo—. Por favor, vete.

Intentó apartarse de él, pero no se movió. Le asustaba la idea de dejar de sentir las manos del hombre en sus hombros.

—Cuando llegues a Kerlhe me habrás olvidado —añadió Chimara—; pero quiero que sepas que si algún día decides volver, me encontrarás aquí, esperándote.

Aguardó en vano la respuesta de Dar. No sintió sus manos en los hombros. Giró la cabeza y comprobó que estaba sola. La Esfera no flotaba sobre ella.

No lloró. Había llorado antes, días atrás, y creía que no le quedaban lágrimas y no volvería a llorar en mucho tiempo.

Al cabo de un rato, un suave zumbido la arrancó de sus pensamientos. Entró en el dormitorio y cogió el teléfono. Se sentó en la cama y lo conectó. Escuchó el mensaje grabado, que debía llevar días repitiéndose cada pocas horas. Era de Ahmel, ignoraba su paradero y le había dejado recados en todos los lugares de la ciudad que ella frecuentaba.

Ghimara le transmitió un largo informe. Si Ahmel no lo recibía enseguida, confiaba en que un almanzariano le comunicase que ella había regresado sana y salva. Calculó que le vería antes de una semana. No quería encontrarse con Ahmel tan pronto, necesitaba estar sola algún tiempo para ordenar sus ideas y reflexionar sobre lo que le había ocurrido.

Se tendió en la cama y abrió el libro por la primera página. Después de haberlo robado del Gabinete de Dar, lo había tenido guardado en su valija, con las pequeñas cosas que consideró que podía llevarse de la Esfera. Creía que Dar sabía lo del libro, pero éste no le dijo nada. Quizá no le importaba que se lo llevara; tal vez quería que lo hiciera.

El relato comenzaba después de que Dar entregara a Dhrule los secretos kerlhes. En aquellas páginas estaban resumidos los doscientos años de su agitada vida, una historia bastante deshilvanada, con demasiados saltos. Eran las memorias de un hombre cansado de buscar a su amada, el relato de su particular visión de cuanto había acontecido desde el nacimiento del Imperio.

Estaba amaneciendo cuando llegó a la última página escrita. Había unas veinte en blanco. Chimara releyó los párrafos finales y se sintió emocionada. Había una corta referencia de ella. Dar debió escribirla apenas había dejado a Corvus siendo Bergerac. Después no escribió una sola línea más.

Chimara leyó en voz alta:

«...Es una Coordinadora, y su trabajo podría interesarme. Se llama Chimara. Es muy hermosa. Si no fuera por su cabellera de fuego, me recordaría a Yaita. Me atrae, despierta en mí sentimientos que creía olvidados para siempre. Tengo que verla, y hablarle...»

«...Eva no puede llevarme ante el kerlhe del Tasla. Debo buscar ayuda. Mis investigaciones me han llevado a conocer que los Coordinadores están siendo llamados por el Grandal. Su trabajo consiste en actuar como enlaces. Serán dos de Corvus. El hombre será inaccesible para mí, pues es un fanático partidario del Emzarkhan. El otro es una mujer de nombre Chimara...»

CAPITULO XX - EN EL PLANETA KERLHE

La oscura línea del horizonte se acercaba con rapidez y no tardaron en sobrevolar la costa lamida por el suave oleaje.

Dejaron atrás las playas cubiertas de algas. Para Dar era como si el viento necesitara hacer un gran esfuerzo para agitar aquellas aguas, que parecían morir lentamente.

La cóncava pared del Gabinete se había convertido en una ventana abierta al exterior que le mostraba el sombrío paisaje. Estaba sentado en su sillón de siempre, con las manos agarradas a los brazos de acero, mirando con ansiedad cuanto se le ofrecía a la vista.

—¿No tienes ninguna duda de que esto es Kerlhe? —preguntó.

—Estamos en Kerlhe, Dar —respondió Eva—. ¿Sigues temiendo que el Portador nos haya engañado?

—Fuiste tú quien jugó con él una partida con las cartas marcadas. Dime, Eva ¿crees que si el Código estuviera activo nos hubiera permitido llegar hasta aquí?

—Me alegra que no exista y no tener que comprobarlo.

Dar miró hacia abajo.

—¿Qué significa este caos?

La Esfera volaba a un par de centenares de metros de la superficie. Su velocidad era apenas superior a los cien kilómetros por hora, como si Eva quisiera que Dar se recrease en el paisaje.

De todas partes surgían estructuras de apariencia artificial; podían ser los restos de viejos edificios y barrios de una inmensa ciudad que parecía ocupar todo el territorio que alcanzaban con la mirada.

—Generalmente las ciudades se fundan cerca de la costa, crecen gracias a la riqueza que le proporciona el mar y a medida que prosperan se esparcen por los litorales. También ocurre en los ríos que facilitan la comunicación —dijo Eva—. Lo que estamos viendo son las ruinas de la primitiva cultura kerlhe, cuando eran libres en su mundo y podían trazar su propio destino. Es muy interesante. ¿No te lo parece a ti?

El diseño de los edificios cambiaba, se podía apreciar cómo eran modificadas las estructuras, a pesar de que muchos sólo eran ruinas y sólo quedaban muñones que se elevaban al cielo y se resistían a caerse en pedazos, mostrando su soledad y su vacío. Las avenidas estaban cegadas por montones de cascotes, cubiertas con los restos de enormes bloques de viviendas, confundiendo con otras vías surcadas con pasos elevados que mostraban un profundo deterioro.

Más adelante la concentración urbana dio paso a un distrito más funcional, íntimamente unido a la naturaleza, donde había huellas de parques y jardines ahora convertidos en bosques infranqueables, muchos de ellos calcinados, con manchas oscuras de pequeños cráteres que se extendían por doquier.

La interminable ciudad no paraba de cambiar, se modificaban sus construcciones, su trazado y su estilo: volvieron los rascacielos, ahora en ruinas, para desaparecer más

adelante; regresaron las unidades familiares muy separadas unas de otras por sendas que antaño fueron selvas tropicales; surgió un intento por hallar una forma diferente de convivencia urbana, hasta que el desierto fue la prueba del fracaso de sus diseñadores.

Dar comprendió que habían alcanzado el punto donde se comenzaba una supuesta decadencia de los kerlhes. La llanura cortó bruscamente la abúlica concentración de cientos de pequeñas aldeas.

En el horizonte se perfilaban sombras bañadas con sangre aguada; primero fueron visibles las cúspides, luego las figuras piramidales.

—Creo que estamos llegando al final —dijo Eva—. Vamos a contemplar el penúltimo ciclo de la evolución kerlhe.

Dar sentía el cosquilleo de la curiosidad desde hacía un buen rato. Estaba sorprendido. Eva parecía conocer cuanto desfilaba a sus pies, como si hubiera estado allí anteriormente. Se preguntó si siempre había sido dueña de los conocimientos del planeta y los hubiera mantenido ocultos en sus registros más recónditos. Eva hablaba segura de sí misma. No debía sorprenderse, pensó Dar. ¿Acaso no había sido en Kerlhe donde fue creada?

—Me parece tan absurdo todo esto —dijo Dar—. Las civilizaciones no prosperan dejando atrás un rastro interminable de viejas ciudades abandonadas, sino las derriban para alzar las nuevas sobre las ruinas de las viejas.

—¿Por qué habría de haber sido como dices?

—Así fue como ocurrió en la Tierra. Lo que vemos aquí es como si los kerlhes hubieran regado el camino de excrementos, avanzando siempre para alejarse del mal olor.

—No sería correcto aplicar los conceptos terrestres para entender una raza como la Kerlhe. Tal vez ellos no comprenderían por qué en la Tierra las ciudades se levantaban sobre las ruinas de otras ciudades.

—Sigo pensando que es una estupidez el crecimiento horizontal constante, el abandono de lo antiguo, de lo anterior. ¿Quién construye una casa al lado de la vieja y luego otra un poco más allá?

—Esto es Kerlhe, Dar. No es la Tierra.

—¿Dónde están los habitantes?

—Les veremos más adelante, en las pirámides. ¿Las ves?

Dar asintió. Las pirámides que terminaban de deslizarse bajo ellos estaban cubiertas de un espeso musgo hasta sus cúspides.

La siguiente generación de pirámides truncadas era impresionante. A su lado las pirámides aztecas y egipcias eran ridículas en tamaño. Las que Dar estaba viendo tenían más de dos kilómetros de lado y una altura de mil quinientos metros. Arriba, en los lisos y cortados planos, el rojo sol hacía brillar unos pequeños lagos. Las laderas eran azules y lisas, de pulido granito.

La Esfera ganó altura, y Dar disfrutó de una perspectiva que le sobrecogió. Eva se movía con más rapidez, como si estuviera impaciente por llegar a su destino.

—Hay tanta soledad aquí... —murmuró Dar.

—Abajo hay vida.

—No la veo por ninguna parte.

—Los kerlhes siguen languideciendo.

—No entiendo...

—Hace mucho tiempo les fue exigido un esfuerzo que los llevó al agotamiento sin retorno.

—¿Quiénes los obligaron?

—La misma fuerza y mismo el poder que un día les ordenó que se apartaran del océano y se adentrasen en el continente.

—¿Hasta dónde tenían que ir?

—Todas las cosas suelen acabar de forma parecida a como comenzaron. Un poco más

allá veremos de nuevo el mar, el mismo que rodea esta isla continente. Los kerlhes acabaron regresando al punto de partida.

—¿Cómo sabes todo esto, Eva?

—Lo sé ahora.

—¿Quieres decir que antes no lo sabías?

—La información la estoy recibiendo en este instante.

—¿Te hablan los kerlhes?

—Se pusieron en contacto conmigo desde que sobrevolamos tierra firme.

—Creía que sólo eran telepáticos entre ellos.

—Pueden transmitirme sus pensamientos, pero yo no sé cómo comunicarme con ellos.

Acaban de indicarme el lugar donde debemos descender.

Dar señaló la pirámide hacia la que se dirigían.

—¿Ahí?

—Sí.

Se fueron aproximando a la cúspide de la ciclópea construcción. A Dar le había parecido totalmente lisa, pero ahora podía apreciar los lagos y las estructuras geométricas, y la gran esfera de metal situada en el centro, que arrojaba intermitentes destellos.

Bordearon uno de los lagos de la pirámide. Abajo, alrededor de su distante base, se movían cientos de seres por las vías que rodeaban las pequeñas casas cónicas. Eran los primeros síntomas de vida que Dar veía, pero estaba muy lejos y no podía saber si eran kerlhes las criaturas que deambulaban a la sombra de la gran pirámide.

Descendieron más y pasaron a pocos metros de los lagos de aguas brillantes como el mercurio. El globo azul parecía atraerlos.

—¡Es una esfera! —exclamó Dar—. Es una esfera como tú.

Eva se posó suavemente al otro lado de un lago de metal, a pocos metros de la esfera.

—No es como yo —dijo.

Dar se acercó al mirador.

—Puedes bajar —añadió Eva, notando su impaciencia.

Él se preguntaba si era la forma correcta de salir de la Esfera cuando una sección de la pared desapareció y sintió en el rostro el aire fresco del exterior.

Cruzó el umbral y bajó por la rampa que Eva había tendido, pisó el suelo terroso de la planicie y miró hacia la otra Esfera, que se erguía frente a él. Delante de ella le esperaba un ser alto, de piel azulada. Vestía una larga túnica marrón.

Aquella presencia le recordó la primera vez que vio a los kerlhes. Eran dos y llevaban una vestimenta parecida, unas pesadas túnicas que arrastraban al caminar. De ellos sabía que tenían un rostro parecido al de un perro, a causa de su larga nariz, y sus ojos eran muy redondos y sus orejas eran puntiagudas, siempre alzadas, en actitud de alerta.

En el plano de la pirámide no había nadie excepto ellos dos. Dar avanzó emocionado hacia el kerlhe que esperaba inmóvil, con la mirada fija en él.

Cuando desapareció la sombra que sobre él había estado proyectando Eva, Dar se sintió desamparado hasta que sintió la presencia del tamaño de una canica de la Esfera a su lado.

El kerlhe alzó los brazos y luego extendió las palmas de sus manos.

—Te saludo —dijo Eva.

Dar la miró, sorprendido.

—Yo hablaré por él —explicó Eva, sin darle tiempo a que le preguntara por qué había tomado la palabra—. Me pide que te transmita lo que tiene que decirte. Te da la bienvenida a su mundo. A Kerlhe.

Se produjo una pausa, y Eva añadió:

— Observa que él no lleva un Sello. —¿Qué significa esto?

—Los kerlhes que viven en este mundo son pocos, pero él es el único que no tiene un

Sello. Por favor, responde a su saludo y muéstrale tu Sello, Dar.

Él repitió los gestos del kerlhe e hizo aparecer el Sello en su índice derecho. La criatura bajó los brazos y avanzó unos pasos.

Dar observó que el tono de los ojos del kerlhe era apagado; le parecieron los ojos de un ser con demasiado años, una criatura cansada y escéptica, como si estuviera allí en contra de su voluntad.

—Aunque últimamente hemos estado muy cerca, el destino no ha permitido que nos encontremos hasta hoy —susurró Eva, hablando por el kerlhe.

Sin dejar de mirarlo, Dar le respondió:

—No sé qué decir. Tengo miedo de no entenderte. Pareces conocerme.

—Nos conocimos en tu mundo. Tú llevas mi Sello. Tuviste dos Sellos, uno lo dejaste en la Tierra y de él nacieron muchos Sellos. El que llevas no es el mismo Sello que le arrebataste a un hermano mío, el que murió al estallar una Cobertura.

—¿Qué quieres decir?

—El Sello que me muestras es el que me fue entregado cuando me encomendaron la gran misión.

El silencio que los rodeó heló la sangre a Dar.

—Ahora vuelvo a ser quien era —añadió el kerlhe por medio de la voz de Eva—. Pero sigo siendo un desposeído, y lo seré hasta que el destino me llame para reunirme definitivamente con mis hermanos.

Al callar Eva, Dar volvió a sentir el molesto silencio. El viento había cesado y el atardecer configuraba a su alrededor un paisaje triste y nada propicio para mantener una conversación. Sin embargo, necesitaba saber.

—¿Quién eres y cómo sabes tanto de mí? —preguntó.

—Creí que habías entendido que me arrebataste mi dignidad.

Un estallido de luz tuvo lugar en la mente de Dar.

—¡Tú te llevaste a Yaita!

—Fui el ejecutor del castigo que se te impuso.

—¿Con qué derecho me castigaste tan cruelmente?

—Te repito que no te castigué yo. Fui un mero instrumento. Me limité a obedecer. Yo también fui castigado. Mis actos no fueron perdonados, y mis hermanos, muy a su pesar, me condenaron a buscarte por las estrellas. Te estuve buscando durante un tiempo que para ti fueron dos siglos, pero para el resto de tu raza fueron setecientos años. Recorrí miles de mundos, miles de sistemas estelares, pero sin mi Esfera, viajando a bordo de una mísera y pequeña nave, acompañado sólo por la paciencia y la humildad que me quedaba, buscando en mares y en tierra firme, escuchando infinitos rumores en bocas extrañas que me contaban relatos incoherentes, estudiando el rastro que iba dejando un hombre llamado Darío Siles. Conocí las leyendas que creabas a tu paso. Un día llegué a Dhrule, un mundo en el que un hermano mío reinaba con el nombre de Logaroh, con apariencia humana, convertido en un ridículo Dios. Al descubrir la locura que lo había hecho olvidar quien era, huí espantado y vagué muchos años por las estrellas. Tardé mucho en regresar, y encontré al mundo muy cambiado; aún se hablaba de la reciente Segunda Venida de su salvador. Se hablaba de ti, Darío Siles, de su nuevo dios la Esfera y del profeta Darsil. Volví a perder tu pista. Por cinco veces mi cuerpo tuvo que ser renovado y por cinco veces volví a partir de Kerlhe, porque mi Cripta no podía seguirme.

—¿Quieres decir que morías en el espacio, renacías en Kerlhe y reanudabas mi búsqueda?

—Esta es la verdad.

—¿Por qué no enviaste un mensaje a Eva? ¿Por qué perdiste tanto tiempo? Yo buscaba a Yaita, pero también a alguien que me dijera cómo podía encontrarla, y tú podías ayudarme.

—A causa de una razón inextricable Eva estaba incapacitada para recibir un mensaje

de otra Esfera —el kerlhe la señaló la Esfera que había en la cumbre de la pirámide—. Esta es la única Esfera que queda aparte de la tuya. Con ella llevamos a cabo nuestra misión en la Tierra. Se acabaron las Esferas. Estas dos son las últimas.

—¿Te castigaron por no aceptar la orden de arrebatarme a Yaita?

—Eso es. No entendí la orden. Ni siquiera me desvelaron más tarde porqué la dictaron. Pero cometí otros errores, y para purgarlos fui marginado. Pronto terminaré de expiar mis culpas. Aunque no posea un Sello, seré liberado de todo estigma y podré mirar a mis hermanos a la cara sin sentirme avergonzado. Mis sufrimientos han sido muchos. He superado la penitencia que me fue impuesta. He cumplido con mi misión al traerte hasta aquí.

—Lanzaste al espacio un mensaje pidiendo ayuda a tus hermanos, pero también me la pediste a mí y no pude socorrerte. Lo lamento.

—Tardaste en adivinar que yo era el TK en que me convirtieron cuando fui capturado por los imperiales.

—Loulakais te mató.

—Me hizo un bien. Yo quería morir pero no podía. No me dejaban morir. Conseguí que el Portador me matara, pero no pude impedir que le revelara muchos secretos. El dolor fue excesivo. No podía soportarlo.

—Enviaste un mensaje a Dhrule advirtiéndoles de la llegada de la Armada Imperial. ¿Por qué lo hiciste?

—Aunque el juego al que jugaban los humanos había dejado de interesarme, lo hice para provocar al Portador, porque necesitaba enfurecerle hasta hacerle perder la razón y obligarle a que me matara. Morir era el único medio que yo tenía para regresar a Kerlhe y entrar en posesión de un nuevo cuerpo. En cierto modo siento lástima por ti, Darío Siles.

—¿Por qué?

—Mi cuerpo es joven pero mi mente es demasiado vieja. Dentro de algunos años me comprenderás y al igual que yo querrás que tu próxima muerte sea la definitiva.

—¿Por qué engañaste a Loulakais diciéndole que Lartia era Dhrule? Con tus mentiras apoyaste plan de los dhrulenianos, y muchos lárdanos murieron por tu causa.

—Te repito que la suerte de los humanos había dejado de interesarme, como también dejó de ser una constante preocupación para mis hermanos.

—Estuvisteis en la Tierra para ayudarnos. ¿Quién os envió?

—Los Códigos enmudecieron hace mucho tiempo, callaron para siempre; ahora ya nada nos ata al pasado. Tú estás donde siempre habías querido estar, y yo he cumplido mi misión. Ahora sólo quiero descansar.

—He buscado a Yaita desde que partí de la Tierra. He venido hasta tu mundo para llevármela.

—Sígueme y terminemos de una vez.

El kerlhe caminó alrededor de la Esfera y Dar lo siguió, con Eva flotando muy cerca de él. Al otro lado había una estructura multiforme y se aproximaron a una pared que se diluyó al instante, mostrándoles una entrada con una brillante luz al fondo.

Dar había imaginado que el kerlhe le iba a conducir al interior de la Esfera, pero su destino era aquella estructura. Apenas cruzó el umbral sintió un escalofrío y avanzó hundiéndose en la oscuridad, en dirección a la luz, caminando tras la alta figura azul que le precedía.

De pronto tuvo que reprimir su deseo de vomitar, cuando no sintió el suelo bajo sus pies y temió caer a un pozo sin fondo. Súbitamente todo quedó quieto a su alrededor, se hizo sólido y las sombras se replegaron.

El kerlhe se había detenido dentro del círculo de luz. Le estaba señalando un camino que se perdía entre las sombras.

—Sigue por ahí. Aquí es donde nos despedimos.

Dar llegó hasta el ser azul, se detuvo y los ojos de ambos se encontraron. Durante un

instante estuvieron mirándose. Aquella era una despedida muy extraña para Dar. Comprendió que nunca más volverían a encontrarse.

Se alejó del kerlhe y anduvo durante varios minutos, con todos sus sentidos puestos al frente, intentando olvidarse de cuanto le había pasado, sin miedo a lo que le rodeaba. No le importó si Eva le seguía.

Su mente estaba ocupada por el deseo de llegar al final de aquel camino.

Una suave brisa empezó a desgarrar la niebla que había delante, convirtiéndola en jirones transparentes. Una pequeña sombra apareció muy lejos, abriéndose paso. Dar se detuvo y esperó.

Era un niño de unos diez años, que caminaba indiferente hacia él. Al llegar a su altura se apartó y pasó por su lado sin mirarle, perdiéndose en la niebla.

Dar dejó de verlo; cuando estuvo seguro de que no volvería sobre sus pasos, reanudó la marcha con creciente ansiedad. Más niños y niñas pasaron junto a él, de unos ocho y diez años, todos desnudos. Cuando de la bruma aparecieron los pequeños seres de razas extrañas para él, de las que no tenía noticia ni las había encontrado en su vagabundear por las estrellas, se quedó sorprendido. Iban de un lado para otro, surgían de todas partes y se perdían en la niebla. Algunas de aquellas criaturas le miraran, pero la mayoría parecía ignorarle. Escuchó risas a sus espaldas, y charlas animadas, como si se pusieran a jugar cuando se sentían lejos de su curiosidad.

Se detuvo. No sabía qué hacer. Tenía la sensación de que era observado y se volvió despacio. Una niña le estaba mirando. Su cabellera era negra y ensortijada. Empezó a sonreírle. Dar calculó que tenía unos ocho años, aunque era bastante alta para esta edad. Ella caminó hacia él. Llevaba las manos atrás. Alzó la cabeza sin abandonar la sonrisa, y tras mirarle le dijo:

—Hola.

Dar no se sorprendió de que le hablara en su idioma.

—Hola. ¿Quién eres tú?

—¿Quieres venir conmigo?

—Claro.

Ella le tendió una manita y Dar la cogió con delicadeza, como si se tratara de cristal. Con la niña como guía caminó un largo trecho por la senda de niebla. Por primera vez sintió el suelo bajo sus pies, bajó la mirada y pudo verlo. Estaba caminando sobre grandes losas blancas y negras, como si de pronto se hubiera trasladado a un gigantesco tablero de ajedrez.

Entró en una estancia libre de niebla. Estaba llena de camitas, algunas ocupadas por niños y niñas que dormían profundamente. En cada rostro había una dulce expresión de paz, el reflejo de un sueño sin pesadillas.

Cuando dejaron atrás aquel lugar, preguntó a la niña:

—¿Quiénes son?

—Mis amigos. Ahora descansan.

—No todos son humanos, pero tú sí lo eres. ¿Qué hacéis en este lugar?

—Nací aquí. Dormía cuando llegaste. Me pidieron que saliera a recibirte. Te estaba esperando.

—¿Me esperabas?

—Tú eres Darío Siles.

Dar se quedó quieto. Sentía un nudo en la garganta. Una idea empezó a abrirse paso en su mente.

Acarició la pequeña mano y los deditos de la niña se apretaron alrededor de los suyos, mientras le miraba de una manera que le hizo estremecer. Aquellos ojos, aquella mirada...

—¿Dónde me llevas?—preguntó.

—Ya hemos llegado. Ella acaba de despertar.

Había mantenido la mirada baja mientras hablaba con la niña. Al levantarla la vio a

poca distancia de él.

Yaita estaba allí.

Ella le contemplaba con serenidad, pero Dar podía percibir la ansiedad en su mirada, un nerviosismo que se reflejaba en el ligero temblor de su mandíbula. Yaita le abrió los brazos.

Soltó la mano de la niña, se dio cuenta que le faltaba aire en los pulmones, que estaba a punto de llorar, y pensó en mil cosas al mismo tiempo, recordó la broma de mal gusto que se le ocurrió a Eva para expulsar a Chimara del Hogar y se atrevió a dar animación a un cuerpo de Yaita.

Sacudió la cabeza. ¡Ahora era verdad!

Sin embargo, no se atrevió a dar un paso adelante.

—Es ella, es Yaita —le susurró al oído la voz de Eva—. ¡Es Yaita! Ha estado hibernada desde que llegó a Kerlhe; sólo ha vivido unos meses, tal vez un año y medio en todo este tiempo. Fue así como lo quiso, porque quería esperarte. Sabía que acabarías encontrándola.

Dar no podía apartar la mirada de Yaita. Se fijó en el liso vientre de ella, que podía ver a través del tenue velo que le caía desde los hombros.

Yaita acentuó la sonrisa y caminó hacia él con los brazos abiertos. Dar la abrazó, sus labios buscaron los de ella y la besó larga y profundamente, creyendo estar soñando, temiendo despertar de aquel sueño.

—Ya podemos irnos —dijo Eva.

La luz que los envolvía se disipó y en una fracción de segundo se encontraron en el interior de la Esfera de Eva.

Yaita acarició el rostro de Dar.

—Estás igual que cuando me marché —dijo. El timbre de su voz sonó a Dar como la música de las estrellas que tanto le había acompañado en su vagar de dos siglos—. Yo en cambio... No sé cómo me encuentras. Llevo ocho años despierta.

—Estás tan hermosa como siempre.

Yaita se apartó un poco de él.

—Puedo adivinar lo que te estás preguntando.

—¿De veras crees saber lo que estoy pensando?

—Te preguntas: ¿dónde está?

Dar asintió.

Yaita se inclinó, cogió a la niña y la sentó en sus piernas. Dar no se había dado cuenta de que los había seguido hasta la Esfera.

—¿Ella es...? —empezó a preguntar.

La niña movió la cabecita, sonrió y dijo:

—Hola otra vez. Me alegro de que por fin hayas vuelto, papá.

Dar se quedó sin habla.

Escuchó el carraspeo de Eva, pero no apartó la mirada de la niña.

—Debo contarte lo que ha pasado —dijo Eva—. Los kerlhes durmieron a Yaita después del parto y se ocuparon de la educación de los niños durante los períodos de tiempo en que eran despertados. Les hablaron de ti y de tu regreso. Su madre vivía con ellos en ocasiones, durante períodos cortos, los momentos en que los kerlhes le permitían salir del sueño profundo en que la mantenían. Era la única manera de que no envejecieran. Tenían dudas de que la Esfera con las Matrices siguiera intacta y regresara algún día; no estaban seguros que encontraras el camino hasta aquí.

Dar levantó una mano para interrumpirla.

—Un momento, por favor —se arrodilló para mirar a la niña—. Has hablado en plural —alzó la cabeza y miró a Yaita—. No he entendido mal, ¿verdad?

Yaita empujó hacia él a un niño que había permanecido escondido detrás de ella. Parecía una copia de la niña, pero su mirada era más recelosa.

—Es un poco tímido —sonrió Yaita—. No se atrevió a acompañar a su hermana a recibirte.

Eva suspiró y dijo:

—Los partos dobles son desconocidos para los kerlhes. El nacimiento de tus hijos fue todo un acontecimiento.

Días más tarde Dar lamentaba haber abandonado el planeta Kerlhe sin haber obtenido todas las respuestas sobre aquella raza en declive. Eva le desilusionó cuando le aseguró que ella apenas sabía al respecto.

—No te entristezcas —le dijo—. Te llevas lo más importante que había en Kerlhe para ti.

—Tienes razón.

Se dirigió a la sección que Eva había creado para su familia. Cuando entró, Yaita jugaba con los niños. Se volvió al escuchar sus pasos y le preguntó:

—¿Cómo les llamaremos?

Dar parpadeó. No había caído en la cuenta de que ignoraba los nombres de sus hijos. Los miró. Jugaban en un rincón con un montón de trastos suministrados por Eva.

—Tendremos que buscarles unos nombres.

Eva tosió para llamar su atención.

—Llevamos varios días dando tumbos por el espacio. ¿Dónde nos dirigimos?

Dar no supo qué responder. Consultó a Yaita con la mirada. Ella se encogió de hombros, dándole a entender que lo dejaba a su elección.

El niño había dejado de jugar, se acercó a él y le tiró de la camisa.

—¿Te gustaría visitar la Tierra? —preguntó a su hijo.

El pequeño sonrió.

—¿La Tierra? —preguntó la niña.

—Sí, eso he dicho.

—Tú naciste en la Tierra, y mamá nació en Decero. Me gustaría visitar esos mundos. — señaló a su hermano—. A él también le gustaría.

—¿Qué dices tú, Eva?

La voz de la Esfera tardó unos segundos en responder:

—Creo que no sería aconsejable viajar durante algún tiempo a ninguno de esos planetas, ni siquiera visitar los dominios del antiguo Imperio. Dejemos pasar algunos años. Existen muchos mundos a los que aún no han llegado los humanos. ¿Me dejáis elegir uno?

—Por supuesto —dijo Dar—. Pero recuerda que tenemos una cita en la Tierra. — abrazó a sus hijos—. Ellos también la tienen.

«...Tengo que conocerla. Pienso ir mañana donde vive. En cierto modo me inquieta el peligro que va a correr. Debo hablar con Eva para garantizar la seguridad de Chimara. Si ella no averigua en el Tas la lo que le han ordenado sus superiores de la Logia que averigüe, podría alterar mis planes... Me atrae la idea de tenerla como huésped, pero no sé qué dirá Eva. Supongo que se reiría de mí, de un viejo carcamal como yo. Ella no puede entender muchas cosas, aunque me cueste reconocerlo. Chimara me recuerda tanto a Yaita...»

EPILOGO EN CORVUS

Con mano temblorosa Chimara cogió la pluma y trazó las primeras palabras. Esta forma de escribir la tenía casi olvidada, no recordaba cuándo fue la última vez que utilizó tinta y papel.

En la siguiente página en blanco del diario de Darío Siles, escribió:

«Después de varios años de lucha, cruentas batallas y cambiantes cursos en la guerra, la campaña de Dhrule ha terminado. Las últimas naves de Corvus que aún combatían, han regresado con más pena que gloria. Hemos tenido muchas bajas.

Mis compatriotas no han sido los que han combatido con más ardor en esa extraña guerra, es cierto, pero sí los últimos en abandonarla; llegaron exhaustos, con muchos heridos, hastiados de contemplar cómo millones de seres se consumían en la hoguera que ha crepitado durante tantos años cerca de Dhrule.

Muchas veces me he preguntado si no hubiera sido más beneficioso para la galaxia dominada por los humanos, tras ser cortados los hilos que la unían con la Tierra y el Imperio, que los Gremios hubiesen permanecido al margen del conflicto y nunca hubieran proporcionado a los combatientes sus inagotables recursos, reponiendo el material de guerra que era destruido.

Eva lo había pronosticado. Esa maldita máquina sabía lo que dijo cuando anunció cómo podía ser el desenlace del conflicto. Desaparecido el Emzarkhan, la Tierra ha sido saqueada. Nada sabemos de nuestros hermanos almanzarianos terrestres, ni tampoco de las Logias de otros mundos.

Me siento avergonzada cuando recuerdo que prometí a Dar que nuestra organización se ocuparía de preservar la parte buena de la obra del hombre, para que lo mejor de la especie humana fuera salvada del caos. Me temo que no será así, al menos durante mucho tiempo. Secas las ubres de la Tierra, de las que tantos se saciaban, los Gremios se han trasladado a sus filiales establecidas en mundos más seguros, donde permanecen en las sombras, sin mancharse las manos de sangre, pero moviendo los hilos de la política mediante intrigas, compras de voluntades y corrompiendo.

El Presidente y los Directores adulan y contentan a los líderes rebeldes que les interesan, no desprecian a los tiranos y venden sus armas y sus naves a las facciones que tengan con que pagarles, en especias o a cambio de favores. Desprecio las falsas sonrisas de los miembros de los Gremios, las reverencias con que adulan a los nuevos amos de este o de aquel mundo; odio la actitud servil de los Portadores.

Tengo miedo. No sé que surgirá de esta casta de intrigantes.

¿Cómo hubiera terminado Dar estas páginas? Sólo quedan veinte, pero me siento sin fuerza para terminarlas. Quisiera reflejar en ellas lo que Dar no tuvo tiempo de escribir. Debo hacerlo porque quiero pagar por el robo de este libro. A veces pienso que Dar pensó que yo debía acabarlo por él, y consintió que me lo llevara.

Me gustaría saber si finalmente encontró a Yaita, y si algún día volveré a verle. Cuando pardo hacia Kerlthe aún me quedaba la esperanza de que fracasara en su empeño y volviera a mí.

Ahmel ha regresado después de una ausencia de varios meses. Se ha encontrado con un gobierno que no deseaba para Corvus, pero ha tenido que resignarse. Rath Bern, un oscuro general que combatió en la campaña contra Dhrule, ha acabado con el desorden y ha implantado una república que seguramente dará paso a una monarquía hereditaria y absolutista. Se acercan malos años para Corvus.

He conversado con Ahmel. Le he encontrado más abatido y triste. En poco tiempo se ha convertido en un hombre desilusionado, sin ganas de luchar. Se ríe entre dientes cuando le pregunto por la Logia, y me responde que ya casi no existimos.

Ahmel asegura que la lucha contra Dhrule la sostuvieron los Gremios, porque deseaban demostrar que son imprescindibles y los necesitamos, y también para darnos una prueba irrefutable de que nunca suministraron armas a Dhrule. Su generosidad se debió a que querían estudiar el poder de esos dos planetas, que demostró ser mayor de lo que habían calculado. Su poder es invencible por ahora.

La guerra ha terminado con la retirada masiva de las flotas aliadas, diezmadas y en pésimo estado. Todas volvieron humilladas a sus mundos. La alianza entre los rebeldes ha durado el tiempo que las armas han funcionado. De Lartia sólo sé que se ha

establecido una marca para vigilar a Dhrule, aunque ignoro qué mundos patrocinan la empresa.

Lo más paradójico de todo esto es que Delbert Dusek ha sido nombrado protector de la Marca Lartiana. Uronjol es su lugarteniente. La leyenda de que ambos se alzaron contra el Imperio ha sido aceptada por la mayoría, y pocos han sido los que la han puesto en entredicho. Por unanimidad acordaron entregar al ex Grandal el mando de Lartia, un planeta que él odia, un lugar plagado de ladrones, asesinos y prostitutas, un pueblo que ha rehecho su forma de vida tras aceptar su destino con resignación, sin saber que fue utilizado como escudo por un mundo del que nunca antes oyó hablar, pero del que todos recelan: Dhrule. Los nuevos estados estelares impedirán que los lárdanos salgan de su mundo, y sobre todo vigilarán para que Dusek no huya de su calurosa residencia. Creo que de ello se ocupa el Almirante Uronjol.

Con Ahmel comparto algunos de sus temores. Por el momento, mientras los Gremios se apoderan de la galaxia, la leyenda de Dhrule aumenta y se magnifica, se hace más fuerte, como también su amenaza. Paradójicamente, su existencia resulta beneficiosa para ciertos grupos económicos, políticos y militares. Me pregunto qué pasará cuando los Gremios consideren que ha llegado el momento de acabar con los dos únicos mundos que poseen los secretos kerlhes, aparte de ellos.

Darío me reveló las intenciones de los dhrulenianos. Lo poco que vi de Decero me permite creer que en los dos planetas se mantiene la esperanza, la única que le queda a la humanidad de sobrevivir. Pero Dhrule no podrá hacer nada sin ayuda externa, al menos mientras continúe rodeado de enemigos. Necesitará ayuda. Algún día diré a Ahmel que esa ayuda se la podría dar la Logia.

Y los almanzarianos tendremos el futuro de la raza humana en nuestras manos».

FIN